

Libros del Asteroide



Natascha Wodin

Mi madre era de Mariúpol

Traducción de Richard Gross



Natascha Wodin

Mi madre era de Mariúpol

Traducción de Richard Gross

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Mi madre era de Mariúpol

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Agradecimientos

Árbol genealógico de Natascha Wodin

Referencias bibliográficas

Fotografías

Colofón

Primera edición, 2019

Título original: *Sie kam aus Mariupol*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2017, Rowohlt Verlag GmbH, Hamburgo, Alemania

© de la traducción, Richard Gross, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Rowohlt

Imagen de la cubierta: © Archive Image / Alamy

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-89-8

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

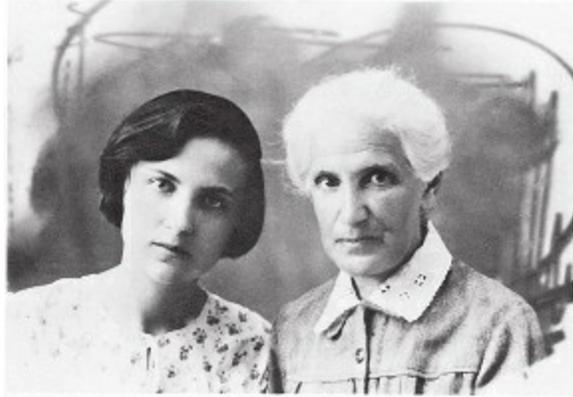
Diseño de cubierta: Duró

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Goethe-Institut.



Para mi hermana

PRIMERA PARTE



Yevguenia Iváshchenko con su madre Matilda Yósifovna De Martino.

Teclear el nombre de mi madre en el buscador ruso de internet no era más que una manera de pasar el rato. A lo largo de las décadas, había intentado una y mil veces dar con alguna huella suya, me había dirigido a la Cruz Roja y a otros servicios de búsqueda, a archivos y centros de estudio, a personas de Ucrania y de Moscú que no conocía en absoluto; había rastreado listas de víctimas y ficheros amarillentos, pero no había conseguido hallar ni un asomo de rastro, una prueba, por vaga que fuese, de su vida en Ucrania, de su existencia anterior a mi nacimiento.

Durante la segunda guerra mundial, a la edad de veintitrés años, la habían deportado de Mariúpol a Alemania junto con mi padre para someterlos a trabajos forzosos, y solo me constaba que ambos habían sido destinados a una fábrica de armamento del consorcio Flick en Leipzig. Once años después del final de la guerra, mi madre se quitó la vida en una pequeña ciudad germanooccidental, cerca de una colonia para «extranjeros apátridas», como en aquel entonces se llamaba a los extrabajadores esclavos. Salvo mi hermana y yo, no quedaba nadie que la conociese. Y, a decir verdad, nosotras tampoco la conocíamos. Éramos niñas —mi hermana tenía cuatro años escasos, yo diez— cuando, un día de octubre de 1956, salió de casa sin decir palabra y no

volvió. En mi memoria era una pura sombra, un sentimiento más que un recuerdo.

Había abandonado su búsqueda hacía tiempo. Mi madre había nacido más de noventa años atrás, de los cuales solo había vivido treinta y seis, y no fueron años cualesquiera, sino los de la guerra civil, las purgas y las hambrunas en la Unión Soviética, los de la segunda guerra mundial y el nacionalsocialismo. Había quedado atrapada en la trituradora de dos dictaduras, primero la de Stalin en Ucrania, luego la de Hitler en Alemania. Era una falsa ilusión querer encontrar, al cabo de tantas décadas, en el océano de víctimas olvidadas, los vestigios de una joven mujer de la cual yo sabía poco más que el nombre.

Cuando, en una noche de verano de 2013, introduje su nombre en internet, el buscador ruso devolvió un resultado inmediato. Mi estupefacción no duró sino unos segundos. Una circunstancia agravante de mi búsqueda siempre había sido que mi madre tuviera un nombre ucraniano muy común; había cientos, probablemente miles, de mujeres ucranianas que se llamaban como ella. Bien era cierto que la persona indicada en la pantalla llevaba también el patronímico de mi madre, Yevguenia Yákovlevna Iváshchenko, pero también Yákov, el nombre del padre de mi madre, era tan común que mi hallazgo no significaba nada.

Abrí el enlace y leí esto: Yevguenia Yákovlevna Iváshchenko, año de nacimiento: 1920; lugar de nacimiento: Mariúpol. Me quedé mirando la entrada fijamente; la entrada me miraba fijamente a mí. Aun sabiendo poco acerca de mi madre, sabía que había nacido en Mariúpol en 1920. ¿Sería posible que en una pequeña ciudad como la Mariúpol de aquel entonces hubieran nacido en el mismo año dos niñas con el mismo nombre y apellido y un padre llamado Yákov?

Si bien el ruso era mi lengua materna, una lengua que nunca había perdido por completo, y que desde mi mudanza al Berlín posterior a la caída del Muro volvía a hablar casi a diario, no tenía la certeza de estar leyendo de verdad el nombre de mi madre en la pantalla ni de que ese nombre no fuera un espejismo en el desierto que el buscador ruso representaba para mí. Se usaba en él un ruso que, francamente, se me antojaba un idioma desconocido, una neolengua que cambiaba a ritmo vertiginoso, que no paraba de alumbrar vocablos

nuevos, que se mezclaba cada día con americanismos de nuevo cuño que, una vez transcritos al cirílico, ya apenas podían identificarse como tales. La página que me miraba desde la pantalla tenía un nombre inglés: «Azov's Greeks». Sabía que Mariúpol estaba situada a orillas del mar de Azov, pero ¿de dónde salían los «griegos azovianos»? Nunca había oído hablar de ningún nexo entre Ucrania y Grecia. Si fuese inglesa, habría podido decir muy acertadamente: *It's all Greek to me*, todo esto me suena a chino.

Por aquellas fechas, yo de Mariúpol no sabía prácticamente nada. Mientras buscaba a mi madre, nunca se me había ocurrido instruirme sobre la ciudad de la que era originaria. Mariúpol, que se llamó Zhdánov durante cuarenta años y que solo recuperó su antiguo nombre tras el desmembramiento de la Unión Soviética, continuaba siendo un lugar en mi interior que nunca había expuesto a la luz de la realidad. Desde siempre, había vivido en la vaguedad, en mis ideas e imágenes del mundo. La realidad exterior amenazaba a ese hogar interno, por lo cual yo la esquivaba en lo posible.

Mi imagen primitiva de Mariúpol estaba marcada por el hecho de que, en mi infancia, nadie distinguiera entre los diferentes estados de la Unión Soviética; todos los habitantes de sus quince repúblicas eran considerados rusos. Aunque Rusia había salido de la Ucrania medieval —la Rus de Kiev, llamada la cuna de Rusia, la madre de todas las ciudades rusas—, mis padres se referían a Ucrania como si fuese una parte de Rusia... El país más grande del mundo, según decía mi padre, un imperio enorme que se extendía desde Alaska hasta Polonia y ocupaba una sexta parte del total de la superficie terrestre. Alemania, por el contrario, solo era una mancha en el mapa.

Lo ucraniano se disolvía para mí en lo ruso, y cuando me imaginaba a mi madre en su vida anterior en Mariúpol, la veía inmersa en la nieve rusa. Vestida con su trasnochado abrigo gris de solapas y puños de terciopelo, el único abrigo que le vi, caminaba por las calles heladas y oscuras de un espacio infinito, barrido eternamente por un temporal de nieve. De nieve siberiana, que cubría Rusia entera y también Mariúpol, el imperio espeluznante del frío perpetuo en el que gobernaban los comunistas.

Mi idea infantil del lugar de origen de mi madre pervivió décadas en los cuartos oscuros de mi interior. Cuando llevaba ya tiempo sabiendo que Rusia y Ucrania eran dos países distintos y que Ucrania no tenía absolutamente nada

que ver con Siberia, ese conocimiento no afectó a mi Mariúpol... a pesar de no saber a ciencia cierta si mi madre procedía realmente de esa ciudad o si mi fantasía se la había asignado porque me gustaba el nombre. A veces, ni siquiera estaba segura de si existía una ciudad con ese nombre o si, más bien, era una invención mía, como tantas otras cosas que concernían a mi ascendencia.

Un día, al hojear el periódico, llegué a la sección de deportes y, a punto ya de volver la página, mi mirada recayó en la palabra Mariúpol. Me enteré de que un equipo alemán de fútbol había viajado a Ucrania para jugar contra el Illichevets Mariúpol. El mero hecho de que la ciudad tuviera un equipo de fútbol resultó tan desilusionante que mi Mariúpol interno se desintegró como una seta podrida. Nada en el mundo me interesaba menos que el fútbol, pero fue precisamente el fútbol el que hizo que me topara con la verdadera Mariúpol. Supe que se trataba de una ciudad con un clima eminentemente suave, un puerto del mar de Azov, el más cálido y somero del planeta. Se hablaba de vastas y dilatadas playas de arena y de infinitos campos de girasoles. Los futbolistas alemanes resoplaban por las temperaturas veraniegas, próximas a los cuarenta grados.

La realidad me pareció mucho más irreal que mi idea de la misma. Por primera vez desde su muerte, mi madre se convertía en una persona fuera de mí. En vez de verla caminar en la nieve, de pronto la veía caminando por una calle de Mariúpol con un vestido de verano claro y ligero, los brazos y las piernas desnudos, los pies en sandalias. Una joven que no se había criado en el lugar más gélido y oscuro del mundo, sino cerca de Crimea, a orillas de un cálido mar del sur, bajo un cielo tal vez idéntico al del Adriático italiano. Nada me había parecido tan incompatible como mi madre y el sur, mi madre y el sol y el mar. Ahora tenía que transferir a otro clima, a otra temperatura, todas las ideas que me había formado acerca de su vida. De súbito, lo viejo desconocido se transformaba en lo nuevo desconocido.

Años después, una novela breve rusa cuyo título he olvidado me ofreció una imagen real del invierno en la Mariúpol de los tiempos de mi madre: «Detrás de la ventana del hotel Palmyra caía nieve. A cien pasos más allá, el mar, del cual no me atrevo a decir que resonara. Hacía gluglú, agonizaba, aquel mar plano, insignificante, insípido. Amoldada a las aguas, la anodina

villa de Mariúpol con su *kos'ciól* polaca y su sinagoga judía. Con su puerto hediondo, sus almacenes, la carpa rota de un circo itinerante en la playa, sus tabernas griegas y la farola solitaria y macilenta a la entrada del mencionado hotel». Me pareció un mensaje íntimo sobre mi madre. Todo eso ella lo había visto con sus propios ojos. Sin duda había pasado alguna vez por delante del hotel Palmyra, quizá con su abrigo gris, quizá por esa misma nieve húmeda y con el hedor del puerto metido en la nariz.

La página de internet a la que había ido a parar me reveló nuevos detalles sorprendentes de Mariúpol. En la época en que mi madre había nacido, la ciudad aún conservaba una fuerte impronta griega. En el siglo XVIII, Catalina la Grande se la había regalado a los helenos cristianos procedentes del Kanato de Crimea. Solo después de mediados del siglo XIX se volvió a permitir el establecimiento de otras etnias en la entonces Marioypoli. Hasta el día de hoy reside en la ciudad una minoría griega, y por algún motivo el nombre de mi madre me llevó a un foro de ucranianos descendientes de griegos. Surgió en mí una sorda sospecha. Guardaba un vago recuerdo, ya apenas descifrable, de lo que mi madre había contado sobre su vida en Ucrania, pero en mi memoria se había asentado la idea de que su madre era italiana. Claro que, después de tanto tiempo yo no podía estar segura de si de verdad se trataba de un recuerdo y no de un sedimento fortuito en la mente. Tal vez, y eso me pareció lo más probable, ya de niña me había inventado una abuela italiana y la había convertido en objeto de mis fantasiosos embustes; tal vez la abuela italiana había nacido del antaño candente deseo de escapar de mi piel rusoucraniana, de ser algo distinto de lo que era. Me preguntaba si el error de mi memoria estribaría únicamente en que la madre de mi madre no era italiana, sino griega. ¿No parecía esto verosímil, dado lo que acababa de aprender sobre Mariúpol? ¿Acaso la griega, en mi memoria, se había transformado imperceptiblemente en italiana, quizá porque ya en mi juventud Italia había devenido en lugar de añoranza para mí?

Me pareció haber entrado en un nuevo ámbito oscuro de mis orígenes, como si de repente estuviera arraigada en un fondo aún más extraño y definitivamente indistinguible. Tenía la mirada fija en el nombre de mi madre en la pantalla, con la sensación de que la precaria identidad que me había forjado a lo largo de la vida se reventaba como una pompa de jabón. Por un

momento, todo a mi alrededor se disolvió. Solo fui capaz de recuperar el aplomo al pensar que las raíces griegas de aquella Yevguenia Yákovlevna Iváshchenko recién descubierta únicamente tenían relevancia para mí por constituir la prueba de que esa mujer no podía ser mi madre. Estaba segura de no haber oído jamás la palabra *greki* en su boca, que en nuestro pobre y recluso mundo de los barracones de entonces se me habría grabado como algo extraordinario y exótico; por otra parte, me costaba creer que mi madre no hubiera aludido nunca al pasado griego de su ciudad natal, cuando en sus tiempos la cultura helena estaba todavía muy presente, según extraje de las informaciones históricas del foro.

Azov's Greeks ofrecía también una plataforma de búsqueda de familiares, y aunque mis investigaciones habían quedado en agua de borrajas demasiadas veces, decidí dejar un mensaje. Para poder hacerlo, primero tuve que registrarme, cosa que nunca había hecho en una página de internet rusa. Juzgué improbable poder superar esa barrera técnica, pero, para mi sorpresa, resultó muy fácil, mucho más que en las páginas de internet alemanas. Un minuto después, el acceso quedó desbloqueado.

En la solicitud de búsqueda pude poner poco más que el nombre de mi madre y su lugar de origen. De su patronímico, Yákovlevna, se desprendía que su padre se llamaba Yákov, pero el nombre de soltera de su madre era para mí desconocido. Sabía que tenía un hermano y una hermana, pero ignoraba sus nombres. Obraba en mi poder una partida de matrimonio ucraniana que daba fe de que mi madre se casó con mi padre en julio de 1943 en la Mariúpol ocupada por los alemanes. En la cartilla de trabajo expedida por la oficina de empleo de Leipzig constaba que en 1944 fue deportada a Alemania junto con mi padre. Era todo lo que sabía de ella.

¿Y a quién buscaba en realidad? Se podía descartar prácticamente que sus hermanos aún viviesen, a menos que hubieran alcanzado una edad bíblica. Incluso mis primas y primos potenciales, sus hijos, si es que existían, debían de tener una edad avanzada, al igual que yo. Difícilmente podían haber conocido a mi madre e incluso era dudoso que supiesen de su existencia, que alguien les hubiese hablado de ella. En aquel tiempo, y todavía décadas después, era arriesgado ser familiar de una persona como mi madre, alguien que se había dejado deportar a Alemania quién sabe si de forma voluntaria, o

que ni siquiera había conseguido sustraerse al trabajo forzoso para el país enemigo aunque fuera suicidándose, como Stalin exigía a los verdaderos patriotas. De tales parientes, considerados traidores a la patria, no se les hablaba a los hijos en aquel entonces para no ponerlos en peligro.

Antes, al picar textos rusos, mis dedos tenían que adaptarse a un teclado cirílico e iniciar una trabajosa búsqueda de letras; ahora podía picarlos con el familiar teclado latino gracias a un milagroso programa de ordenador, el cual automáticamente convertía los caracteres latinos en cirílicos. Aun así, dudé de mi capacidad para llevar mi mensaje transliterado a la página rusa —el camino me pareció muy largo—, pero después de los habituales clics con el ratón, dio el salto a Azov's Greeks. Indiqué mi dirección de correo electrónico bajo el texto y lo envié sin saber adónde iría a parar. Quizás a algún lugar muerto, a una nada digital, donde nunca nadie descubriría mi mensaje en botella.

Me encontraba, desde hacía unas semanas, en mi cuartel de trabajo, en Mecklemburgo. Compartía aquel pequeño piso a orillas del Schaalsee con una amiga y nos alternábamos en su uso. Ese año, casi todo el verano junto al lago me correspondía a mí. Gilla era actriz, estaba metida hasta las orejas en algún proyecto de teatro en el extranjero y no volvería hasta septiembre. Yo acababa de concluir un libro y holgazaneaba. Ya no tenía memoria de cuándo había estado ociosa más de media jornada. Mis temas hacían cola, implacables, no consentían pausas y me recordaban de forma cada vez más acuciante el tiempo limitado de mi vida. Normalmente, tras terminar un libro, comenzaba uno nuevo al día siguiente, no aguantaba permanecer más tiempo sin escribir, sin luchar con las palabras. Así había transcurrido la mayor parte de mi vida, apenas me había dado cuenta. Ahora, de pronto, no quería hacer otra cosa que estar sentada en el balcón, sentir la tenue brisa en la piel y contemplar el lago teñido del azul del verano. Hacia el atardecer, cuando bajaba el calor, cogía los bastones nórdicos y daba largas caminatas por la ribera, en cuyos solitarios humedales se abalanzaban sobre mí nubarrones de mosquitos hambrientos. Camino de casa, me compraba la cena en la caseta del pescador, quien tenía corégonos y salvelinos frescos del lago.

Por el Schaalsee había discurrido la frontera interalemana. Una parte del lago pertenecía a Mecklemburgo, la otra a Schleswig-Holstein. A pocos

kilómetros de distancia había un letrero que decía: «Este punto marcó la división entre Alemania y Europa hasta las 16.00 horas del 18 de noviembre de 1989». En la antigua zona restringida del lado oriental de la divisoria, la flora y la fauna habían podido desenvolverse a sus anchas durante cuarenta años, casi a salvo de la especie humana, que solo hacía su aparición en forma de guardias fronterizos. Después de la caída del Muro, aquel paisaje asilvestrado fue declarado reserva natural e incluido en la Lista de reservas de la biosfera de la Unesco. Naturaleza, sí, pero naturaleza administrada, en la que entretanto había aterrizado la bioélite de Hamburgo. Para los urbanitas amantes del ecologismo que se establecieron allí, o que acudían a sus residencias vacacionales los fines de semana, se abrieron tiendas y restaurantes ecológicos; cada dos por tres se montaban mercados con productos de proximidad, y se podían adquirir bonos de cincuenta euros para la protección de la grulla; en la localidad había un lugar denominado «Centro del futuro: hombre y naturaleza». A los vecinos germanoorientales de toda la vida, una solía encontrárselos exclusivamente en los supermercados Lidl y Penny; se habían convertido en unos extraños, en meros espectadores de su propio mundo, donde ahora vivían en sus reformadas casitas de la RDA.

Por el ventanal de mi piso yo no veía más que el lago. Tenía todo el día una sensación de leve borrachera de tanto mirar sus aguas celestes, que parecían no tener fondo, de una profundidad fresca e infinita, en la que una no cesaría de hundirse bebiendo y bebiendo. De lejos llegaban las risas y los gritos de los niños que chapoteaban en el agua. Las vacaciones escolares, los ruidos y los olores, toda la maravilla de un verano de la infancia que se me antojaba interminable. Por suerte, las lanchas a motor estaban prohibidas; el lago pertenecía a las numerosas aves acuáticas que vivían allí, y solo de vez en cuando se veía pasar una solitaria barca o un bote con una vela blanca y menuda. Las golondrinas surcaban el aire a centenares, a veces a tan escasa altura que casi me rozaban con las puntas de sus alas mientras, sentada en el balcón, estaba leyendo un libro o mirando al agua, cuya superficie rielaba en un sinfín de espejos que se lanzaban unos a otros destellos plateados. Gansos comunes sesgaban el cielo en configuraciones geométricas, unidos por hilos invisibles; los vencejos se perseguían mutuamente, protagonizando juegos bizarros, frenéticos, en las alturas. En el crepúsculo vespertino empezaba el

concierto de las aves acuáticas, el agitado cua-cuá de los patos, el chillido de los cisnes cantores, el ajetreado guir de las grullas que, procedentes de los campos donde encontraban su alimento, se reunían por la noche en la ribera. De tanto en tanto aparecía un pigargo, planeando inmóvil con sus alas anchas y poderosas; era la majestad del lago, el espanto de los peces y otros habitantes lacustres. En una ocasión, según me contaron, se había podido observar desde la orilla cómo un pigargo mataba a una grulla. Era invierno, y una de las grullas, que dormían de pie en las aguas someras donde se resguardaban de sus enemigos, se había quedado con las patas adheridas al suelo helado durante el sueño. Cuando el pigargo se abatió sobre ella, no pudo escapar y terminó hecha pedazos, cautiva del hielo.

Estaba tan enamorada de ese verano junto al lago que permanecía insomne. A veces me quedaba toda la noche en el balcón, bañada por el aire fresco, mirando la vereda de luz que la luna proyectaba en el agua oscura, y no me hartaba de escuchar el silencio, en el cual, ya solo a ratos, una de las aves oculta en el opaco cañaveral emitía un ruido quedo, soñoliento.

Nunca antes había visto amaneceres como los vividos a orillas de aquel lago. Se anunciaban en el horizonte poco después de las tres de la madrugada, con tonalidades rosáceas casi imperceptibles en el cielo, sobre el agua, que iban transmutándose por momentos en una orgía lumínica de irreal belleza. Me extrañaba que todo el mundo durmiera, que nadie salvo yo, al parecer, asistiera a ese teatro cósmico. El cielo ardía en mil colores, desde el verde claro hasta el oro, el lila y el rojo flameante, cada día distinto, cada día de nuevo: espectáculos de luz, lienzos surrealistas que el sol se inventaba en el firmamento y cuya metamorfosis, minuto a minuto, seguía yo en mi balcón como desde un palco ubicado en cualquier parte del universo, aturdida por la algarabía con visos de pánico de las aves acuáticas, que sonaba como si los animales esperaran un apocalipsis, algún acontecimiento nunca visto y ajeno a la sensibilidad humana. Los colores se condensaban, explosionaban, luego empezaban a palidecer, a apagarse suavemente y a diluirse en los torrentes de luz blanca que se derramaban sobre las aguas. Los animales enmudecían, el peligro había pasado, y rompía un día de verano largo y achicharrante. Me levantaba de la vieja butaca que había corrido hacia fuera, me lavaba los dientes y me dirigía a mi dormitorio, orientado al oeste, cuya ventana había

tapado con una lona de toldo multicolor para estar protegida de la luz diurna y la canícula. Incluso mientras dormía seguía oyendo el silencio y soñaba cualquier sueño épico y lúcido. Cuando me despertaba, hacia el mediodía, enseguida saltaba de la cama y me acercaba en pijama a la ventana del otro cuarto para volver a ver el lago, su resplandor azul.

Había transcurrido casi una semana desde mi solicitud de búsqueda a Azov's Greeks. Ya me había olvidado del asunto cuando me llegó un correo electrónico con caracteres ilegibles en el campo del remitente. Solía recibir con frecuencia correos con remitentes rusos, pero esta vez el programa de correo electrónico no había identificado las letras cirílicas. Un tal Konstantín con apellido griego me pedía que le facilitara datos más concretos de mi madre. Intentarían ayudarme, pero necesitaban saber algo más sobre la persona.

Nunca había llegado tan lejos en mi búsqueda. Un hombre de Mariúpol estaba dispuesto a ayudarme, y por lo visto se encontraba en condiciones de hacerlo, si yo le proporcionaba más detalles de mi madre. Solo que no podía proporcionárselos porque todo lo que sabía ya se lo había comunicado. Por alguna razón sentí vergüenza, como si fuera un certificado de indigencia moral, una afrenta, saber tan poco sobre la propia madre. Y al mismo tiempo era como si hubiese aprendido algo nuevo acerca de ella. Parecía como si a través de los ojos de un extraño pudiera adentrar la mirada en Mariúpol, como si aquel hombre fuera un antiguo vecino de mi madre que cada día pasara por delante de su casa, me llevara por calles donde ella había transitado antaño, viera casas, árboles y plazas que ella había visto, el mar de Azov y las tabernas griegas que tal vez aún existían. Pero la realidad era otra: de la Mariúpol donde vivió mi madre quedaba poco. La Wehrmacht alemana la redujo a escombros y cenizas durante la guerra.

Agradecí al amable Konstantín de apellido griego su buena disposición y mandé saludos a Mariúpol, mientras pensaba que tras este renovado fracaso mi madre se hundiría definitivamente y para siempre en la oscuridad.

En realidad, no había sido un gesto del todo azaroso el que hubiera consultado precisamente ahora el nombre de mi madre en el buscador ruso. Llevaba tiempo dando vueltas a la idea de escribir acerca de ella, acerca de la mujer que ella había sido en Ucrania y en el campo de trabajo alemán antes de

que yo naciera. Pero tampoco sabía prácticamente nada de esa mujer. Nunca me habló de los tiempos de su trabajo forzoso, ni ella ni mi padre, y si lo hizo, no me acordaba. Lo que aún guardaba en la memoria de sus relatos sobre la vida en Ucrania no eran más que fuegos fatuos de la mente. Solo podía intentar escribir una biografía ficticia que se basara en la historiografía, en los lugares y la época —hechos conocidos— que le había tocado vivir. Hacía años que buscaba algún libro de algún antiguo trabajador forzado, una voz literaria en la que inspirarme. En vano. Los supervivientes de los campos de concentración habían producido una literatura universal, los libros acerca del Holocausto llenaban bibliotecas, pero los esclavos no judíos que habían sobrevivido al exterminio mediante el trabajo estaban sumidos en el silencio. Habían sido deportados por millones al Reich alemán; consorcios, empresas, talleres de manufactura, granjas y hogares privados distribuidos por toda la geografía germana se habían servido a voluntad del cupo de aquella mano de obra importada, cuya máxima explotación con el mínimo gasto tenía carácter de plan y método. Tuvieron que realizar, en condiciones por lo general infrahumanas, similares a las de los campos de concentración, el trabajo de los hombres alemanes que estaban en el frente devastando los pueblos y las ciudades de los países de origen de los deportados y asesinando a sus familias. Los hombres y mujeres trasladados a la fuerza a Alemania fueron machacados hasta la muerte por la industria bélica germana, pero incluso décadas después de terminar la guerra, los crímenes cometidos contra ellos, cuyo número varía entre seis y veintisiete millones —las cifras oscilan de forma dramática según la fuente que se consulte—, solo tuvieron eco en algún parvo relato de hoja parroquial o periódico dominical de limitada difusión. Solían ser mencionados de paso, «entre otros» y junto con los judíos, siendo un apunte marginal, un apéndice del Holocausto.

Durante la mayor parte de mi vida ni siquiera supe que era hija de trabajadores forzados. Nadie me lo había dicho, ni mis padres ni el entorno alemán, en cuya cultura de la memoria el fenómeno masivo del trabajo forzoso no existía. Pasé décadas sin saber nada de mi propia vida. No tenía idea de quiénes eran todas esas gentes con las que convivíamos en los distintos guetos de la posguerra, ni de cómo habían llegado a Alemania: aquellos rumanos, checos, polacos, búlgaros, yugoslavos, húngaros, letones, lituanos,

azerbaiyanos y muchos otros que, pese a una confusión babilónica, se comunicaban de alguna manera. Solo sabía que pertenecía a una especie de escoria humana, a alguna basura residual de la guerra.

En la escuela alemana nos habían enseñado que los rusos asaltaron Alemania, que lo destruyeron todo y que despojaron a los alemanes de la mitad de su territorio. Yo estaba sentada en la última fila, al lado de Inge Krabbes, con la que tampoco nadie quería tener que ver, pese a ser alemana, porque llevaba ropa sucia y olía mal; delante, junto al pupitre, la maestra contaba que a su novio los rusos le quemaron los ojos con carbón al rojo vivo y que pisotearon con sus botas a criaturas de tierna edad. Todas las cabezas se giraron hacia mí, la propia Inge Krabbes se apartó un poco, y supe que a la salida de clase volvería a comenzar la caza.

Hacía tiempo que mis patrañas ya no me servían, que no solo formaba parte de los bárbaros rusos, sino que había quedado descubierta como embaucadora de altos vuelos. Con el fin de ganar puntos a ojos de los niños alemanes, les había dicho que mis padres, por quienes sentía mucha vergüenza, no eran mis padres de verdad, que me habían recogido en la cuneta durante su huida de Rusia; que, en realidad, yo provenía de una familia rica de príncipes rusos que poseía tierras y palacios; obviaba explicar cómo, siendo hija de príncipes, había ido a parar a la cuneta, pero por un día o unas horas era un ser incomprensible, lleno de misterio, que disfrutaba de la maravillada admiración de los niños alemanes. Está claro que acabaron por desenmascaramme y entonces, con más razón, empezaron a perseguirme; persiguiéndome a mí, aquellos pequeños vendedores del hundido Tercer Reich, aquellos hijos de viudas de soldados y padres nazis daban caza a todos los rusos, pues yo era la encarnación del comunista y bolchevique, del infrahumano eslavo, del enemigo mundial que los había derrotado en la guerra. Y yo corría, corría por mi vida. No quería morir como Dschemila, la hija pequeña de los yugoslavos, a la que los niños alemanes también habían dado caza y empujado, un día, al río Regnitz, donde se había ahogado. Corría arrastrando a mis espaldas una ola de alaridos, pero era una esprinter experimentada, ni siquiera tenía ya agujetas cuando corría, de modo que solía dejar descolgados a mis perseguidores. Solo tenía que alcanzar las canteras de grava, donde discurría la frontera entre el mundo alemán y el nuestro; en

efecto, detrás de las graveras comenzaba nuestra zona de jurisdicción, nuestra *terra incognita*, en la que ningún alemán había puesto el pie todavía, salvo la policía y el cartero, y que tampoco los niños alemanes se atrevían a pisar. A la altura de las graveras se desviaba de la calzada asfaltada un sendero que conducía a las «casas». No sabía por qué los alemanes llamaban así a nuestros bloques de piedra, quizá para distinguir entre nosotros y los gitanos, que se alojaban aún más allá, en barracones de madera. Los gitanos ocupaban un escalón todavía más bajo que el nuestro y me despertaban un horror parecido al que seguramente nosotros suscitábamos a los alemanes.

Una vez traspasada la frontera mágica, estaba a salvo. Detrás del recodo, donde mis perseguidores me perdían de vista, me dejaba caer en la hierba y esperaba a que mi corazón desbocado se serenara, a que mis pulmones recuperaran el aliento. Por ese día lo había conseguido, y aún no pensaba en mañana. Remoloneaba todo el tiempo posible, merodeaba por las vegas del río, hacía saltar piedras sobre las aguas del Regnitz, me metía acedera en la boca, roía las mazorcas de maíz forrajero que robaba en los campos. Nunca quería ir a casa. Quería marcharme, siempre marcharme. Desde que tuve uso de razón, durante toda mi infancia, solo esperaba la edad adulta para poder marcharme de una vez. Quería irme lejos de la escuela alemana, de las «casas», de mis padres, de todo lo que me constituía y consideraba un error del que era prisionera. Aun cuando hubiera podido saber quiénes eran mis padres y el resto del colectivo al que pertenecía, no habría querido saberlo, no me interesaba, nada menos que eso, yo no tenía nada que ver con aquello. Solo quería irme, nada más que irme, dejarlo todo atrás para siempre, despegar por fin hacia una vida propia y verdadera que me esperaba en alguna parte del mundo.

Me acuerdo de mi primera imagen consciente de mi madre: tengo unos cuatro años, vivimos en el almacén de una fábrica metalúrgica donde mis padres han encontrado asilo transitorio en Alemania. Tengo prohibido, bajo castigo, abandonar el patio de la fábrica, pero ya entonces trato de escapar constantemente. Detrás del patio, en la Leyher Strasse, empieza un mundo diferente, desconocido. Hay comercios, un tranvía, casas que me parecen palacios, casas de piedra con puertas grandes y pesadas, con ventanas altas provistas de cortinas; no recuerdo ruinas de guerra. Y hay un prado con

perales silvestres, nunca he comido peras, quiero saber cómo saben. Pero soy demasiado pequeña, no alcanzo las ramas de las que cuelgan los frutos. Pruebo con una piedra, la tiro al árbol. Rebota en una rama y vuelve disparada hacia mí, un bumerán que me abre una brecha en la cara y por muy poco no me da en el ojo izquierdo. Ya no recuerdo cómo llego a casa, solo me acuerdo de que estoy en el patio de la fábrica y no me atrevo a entrar en nuestra posada. Por la cara me baja un chorro de sangre que gotea sobre mi vestido. Detrás de la ventana abierta del almacén, mi madre. Tiene la cabeza inclinada sobre una tabla de lavar donde frota la ropa, un mechón de cabello moreno le cae sobre el rostro. Levanta la cabeza y me ve. Y yo la veo a ella, veo la imagen que primero acude a mi memoria. Comienza con un grito, el resto es ojos. Ojos transidos de espanto, un espanto que se convertirá para mí en la quintaesencia de su persona. Un espanto que viene de lejos, de mucho más lejos que yo, un espanto inconcebible, insondable. El espanto al que se refiere cuando dice: «Si tú hubieras visto lo que he visto yo...». Una y otra vez, ese estribillo de mi infancia: Si tú hubieras visto lo que he visto yo...

Tengo dos fotografías tuyas que traje de Ucrania, retratos tomados en estudio. En el primero es una joven de dieciocho años aproximadamente, flanqueada por una delicada mujer de pelo blanco que no sé quién es. Mi madre, muy flaca, desnutrida seguramente, lleva un sencillo vestido de verano, su cabello espeso y negro como la tinta está cortado a lo paje, conforme a la que debía de ser la moda de la época. Es obvio que el fotógrafo quiso hacer resaltar sus habilidades artísticas y otorgarle un aire de misterio, pues hay una sombra que oscurece la mitad izquierda de su cara. Tiene aspecto de niña, pero la inocencia y el desamparo de su rostro van asociados a un conocimiento aterrador. Difícil de creer que un ser humano tan frágil sea capaz de soportar ese conocimiento... como si un peso de varias toneladas pendiera de un hilo de coser. La mujer de cabello blanco a su lado tiene, con todo y su menuda complexión, un no sé qué de masculino; a juzgar por la edad, podría tratarse de la abuela de mi madre. Un vestido gris con cuello de encaje blanco, la postura derecha, severa, el orgullo de los humillados y ofendidos en el semblante. La fotografía debe de datar aproximadamente del año 1938, apogeo del terror estalinista, del hambre y del miedo.

En la segunda foto, mi madre es algo más vieja, sin duda, quizá la toma se hizo durante la guerra, poco antes de su deportación. Los ojos miran completamente hacia dentro, hacia un paisaje lejano, inexplorable, la melancolía de sus facciones se mezcla con el asomo de una sonrisa. Su cara está enmarcada por un pañuelo al estilo folclórico ucraniano, envolviendo suelto la cabeza. Tal vez fue al fotógrafo para hacerse un último retrato en Ucrania, una foto de recuerdo.

Qué mujer más hermosa, dice todo el que ve estas viejas tomas en blanco y negro. Ya en mi infancia la belleza de mi madre era un mito. Qué mujer más hermosa, oigo comentar a los demás en todo instante. Y: Qué mujer más desdichada. Belleza y desdicha parecían ir unidas en ella, parecían condicionarse de forma recíproca y sibilina.

En mi archivo tengo una tercera foto procedente de Ucrania. Muestra a un bien trajeado caballero ya mayor, de ojos sagaces y melancólicos, frente alta y barba completa de cañones cortos y entrecanos. Posa de pie detrás de dos mujeres sentadas, una con vestido severo de escote cerrado y cara de intelectual que lleva quevedos sobre la nariz; la más joven, con blusa blanca, gesto de timidez juvenil y mirada poseída por la vanidad de las cosas humanas. En el dorso de la fotografía está escrito en alemán y en letra de mi madre: «El abuelo y dos conocidas». No sé a qué abuelo se refiere, al mío o al suyo. Tampoco sé por qué rotuló la foto en alemán, cuando siempre se opuso a que me dirigiera a ella en esa lengua y me hablaba pertinazmente en ruso.

Aparte de estas tres fotografías, me quedan los dos documentos oficiales señalados. Si quiero leer la partida de matrimonio de mis padres, tengo que sostener el papel, de tamaño postal, ante el espejo. Se trata de una misteriosa copia con letra manuscrita blanca e invertida sobre un fondo negro. En el espejo puedo leer que mi madre, Yevguenia Yákovlevna Iváshchenko, contrajo matrimonio con mi padre en Mariúpol el 28 de julio de 1943. El acta está expedida en ucraniano, los matasellos aparecen desvaídos, pero se distingue claramente la palabra alemana *Standesamt*, Registro Civil. Tropiezo una y otra vez con esta palabra. ¿Qué se les había perdido a los alemanes en el Registro Civil de Mariúpol? Es un pormenor del día a día de la ocupación del que no me hago mucha idea. Siempre me parece un milagro que ese anodino documento sobreviviera no solo a la guerra, la deportación, el campo de

trabajo y la subsiguiente odisea por los campos de posguerra de Alemania, sino también a mis sucesivas mudanzas, de las cuales llevo un buen número a las espaldas. Un documento de más de setenta años, al parecer incombustible, el comprobante de un matrimonio calamitoso y no demasiado largo.

La cartilla de trabajo alemana de mi madre ha desaparecido, tal vez quedó reducida a polvo en un rincón oscuro y sin aire de mi escritorio; pero sé que, excepto el nombre, era idéntica a la de mi padre, expedida en Leipzig el 8 de agosto de 1944, que todavía se conserva: un trozo de papel de las dimensiones de una pastilla de jabón, doblado dos veces, manoseado y amarillento. Lleva el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento de mi padre, llamado Kamyshin, apellido que en el viaje de su boca a los oídos de la secretaria alemana se transformó en Chanuchin. A continuación, pone:

Nacionalidad: Sin esclarecer, trabajador del Este.

País de origen: Territorios Ocupados del Este.

Distrito: Mariúpol.

Domicilio: -----

Empleo: Auxiliar metalúrgico.

Destino: ATG Maschinenbau GmbH, Leipzig W 32,
Schönauer Str. 101.

En territorio nacional desde el 14.5.44.

Dos matasellos con el águila del Reich, uno de la jefatura de policía, otro de la oficina de empleo de Leipzig, además de una foto de mi padre con un número sujeto a la solapa de su traje. En el dorso, sendas huellas digitales de los dedos índice izquierdo e índice derecho. Por debajo dice: «Esta cartilla de trabajo solo autoriza para la actividad con el jefe de factoría expresado, perdiendo su vigencia en el momento de abandonar dicho puesto. El titular debe llevarla siempre consigo para poder legitimarse. Válida hasta nuevo aviso. A reserva de revocación».

Toda mi herencia familiar consiste en este par de documentos históricos —la partida de matrimonio y la cartilla de trabajo—, las tres fotos en blanco y negro y un viejo icono que mi madre se llevó en su hatillo al largo viaje. Pintado a mano sobre fondo dorado, en él estaban representados los santos

ruso-ortodoxos más importantes. Cada detalle estaba ejecutado con tanto primor que se distinguían incluso las uñas de los personajes.

Si hay algo que recuerdo con precisión es cómo mi madre hablaba de la pobreza de su familia en Ucrania, del hambre permanente. El miedo a Stalin y la pobreza eran, en mi memoria, los factores que determinaron su vida ucraniana. Pero ¿de qué manera se compaginaba la pobreza con el valioso icono que se trajo de allí? También este sobrevivió milagrosamente a la deportación y al campo de trabajo, sin perderse por el camino, sin sufrir daños, sin que nadie se lo quitara o robara a mi madre. Colgaba, en cada uno de nuestros barracones, en una esquina, quieto y con un brillo misterioso, y a él elevaba yo mis más encendidos rezos de niña, mis desesperadas súplicas por la vida de mi madre cada vez que se despedía de mi hermana y de mí para acostarse deseando morir. Ahora cuelga en mi piso de Berlín, sobre un viejo reclinatorio católico que en algún momento encontré en un desván. Probablemente sea la pieza más valiosa que jamás he tenido.

A ese pobre archivo solo podía agregarle unas remembranzas borrosas, dudosas, los recuerdos de una criatura que quizá ya no eran recuerdos, sino mera espuma dejada en mi memoria por procesos de fermentación ocurridos a lo largo de décadas:

Encontré en mí la palabra rusa *advokat*, abogado... se supone que el padre de mi madre lo fue. Ella siempre había pasado miedo por él, un hombre enfermo del corazón, y el día que fueron a la escuela para sacarla de la clase supo, al instante, que había muerto.

Encontré el nombre De Martino... Así se llamaba, según parece, la madre de mi madre, descendiente de una próspera familia italiana, aunque no me explicaba qué pudo haberla llevado a Ucrania en el siglo pasado o el anterior. La fortuna familiar se contradecía con la palabra «carbonería», radicada, en mi memoria, al lado mismo del apellido De Martino.

Encontré el nombre Medveshya Gora, que significa «monte de los osos»... denominación, en mis recuerdos, del lugar donde confinaron a la hermana de mi madre. Era todo lo que sabía acerca de ella. Mi memoria solo había retenido que, un día, la madre de mi madre emprendió el camino de Medveshya Gora para visitar a su hija en el campo de reclusión. Sin embargo, por aquellas fechas estalló la segunda guerra mundial, y ya nunca volvió.

Parecía ser la mayor catástrofe en la vida de mi madre: haber perdido a su madre, no saber qué le sucedió, si aún estaba viva o si había hallado la muerte bajo la lluvia de bombas alemanas. En mi imaginario infantil, se la habían comido los osos de Medveshya Gora.

Encontré, aún más, a un hermano que supuestamente fue un conocido cantante de ópera y al que mi madre estuvo unida por un amor profundo. Lloró por él casi tantas lágrimas como por su madre.

En el fondo no me creía casi nada de todo aquello. La pudiente familia italiana, un abuelo letrado, el conocido cantante de ópera e incluso la carbonería se asemejaban sospechosamente a mis ansias infantiles de un origen respetable que, desde mi perspectiva del momento, incluía también un carbonero. Sin duda, el cantante de ópera databa de un tiempo posterior, cuando, siendo aún muy joven, descubrí con absoluta sorpresa la ópera y por lo visto me inventé un tío que entonaba mis arias preferidas de Bellini y Händel. Y quizá el destierro de mi tía respondía a un deseo pueril de relevancia trágica o al angustioso nombre «monte de osos», que debí de oír en boca de mi madre en algún contexto totalmente distinto, tal vez en uno de los muchos cuentos de hadas que me contaba.

Solo recuerdo con claridad un relato de mi madre protagonizado por una amiga suya. Me lo contó una y otra vez, con aquel espanto en los ojos que yo tanto temía. Resulta que también en Mariúpol los nazis cazaron a los judíos, y llegaron a fusilar a ocho mil en solo dos días de octubre de 1941. Lo que culminó en la masacre de Babi Yar ocurría en toda Ucrania, densamente poblada por hebreos. La amiga de mi madre era judía, y un día la apresaron. Junto con otros judíos, tuvo que cavar un largo foso y después colocarse en su borde, con las ametralladoras alemanas a la espalda. Logró esquivar la bala que le estaba destinada al dejarse caer en el foso un segundo antes de los disparos. Allí esperó hasta la oscuridad, luego se zafó de la montaña de cadáveres que la sepultaba y corrió a casa de mi madre. Apareció en el umbral bañada en sangre.

Llevaba yo mucho tiempo devanándome los sesos sobre el tipo de relación que mi madre tuvo con los invasores alemanes durante la guerra. A la población de los territorios ocupados no le quedaba más remedio que trabajar para ellos. Solo quienes trabajaban recibían la cartilla de alimentación, sin la

cual no había manera de sobrevivir. Pero mi madre, que al estallar la guerra no tenía más de veintiún años, ocupaba un puesto especial. Ella, futura trabajadora forzada, se desempeñaba precisamente en la oficina de empleo alemana, institución que reclutaba a los trabajadores forzados y los trasladaba rumbo al Reich. Era como si trabajara para su propia deportación. Además, las oficinas de empleo constituían un órgano de poder y control esencial para el invasor; todo el mundo debía registrarse en ellas, nadie podía eludirlas. ¿Qué tareas desempeñaría mi madre allí? ¿Estuvo del lado de los alemanes, viendo en estos a los liberadores que derrotarían al régimen de Stalin? ¿Trabajó por convicción en aquel organismo o no fue más que una ruedecilla accidental en el engranaje de la maquinaria de guerra alemana? ¿La deportaron, al final, como a todos los demás o se apuntó voluntaria? ¿Cayó en la trampa de la propaganda omnipresente que a los ciudadanos soviéticos, crédulos y paupérrimos, les prometía un paraíso en Alemania? ¿Aún seguía creyendo en esa propaganda en 1944, año de su deportación, cuando ya todo el mundo sabía lo que esperaba a los que eran detenidos por millares cada día y transportados al Reich en vagones para ganado? A esas alturas no pocos habían vuelto, enfermos, destrozados física y psíquicamente por las brutales condiciones de vida y de trabajo en Alemania, esclavos incapaces ya de rendir y por tanto inservibles para los alemanes. Quizá mi madre, si de veras llegó a marcharse como voluntaria, estaba al corriente, pero no tuvo elección. Cuando pudo preverse que el Ejército Rojo reconquistaría Mariúpol, solo le cabía huir, porque haber trabajado en la oficina de empleo alemana habría sido motivo suficiente para que la fusilaran en el acto por colaboracionista y traidora a la patria. Y mi padre, posiblemente, tenía razones aun de mayor peso para abandonar la Unión Soviética. Tal vez ella no hizo más que seguir al hombre que entonces era su protector, su único amparo. Probablemente fuera demasiado joven, ignorante e intranquila para tomar decisiones de tamaño alcance, para oponerse a las fuerzas de su tiempo y su lugar.

En aquel verano hechizado a orillas del lago, fui comprendiendo con pavor creciente la magnitud de mi proyecto. Mi primer libro, publicado décadas atrás, había sido una especie de intento autobiográfico, aunque entonces no tenía idea de mi biografía, desconocía mi vida y sus ramificaciones. Mi madre nunca había dejado de ser una figura interna para

mí, formaba parte de una *vita* privada e imprecisa ubicada en el terreno de lo aproximado, una vida que me había inventado al margen de sus contextos políticos e históricos, en una tierra de nadie donde yo era una persona sin orígenes, sin raíces. Solo mucho después comencé a entender quiénes eran mis padres y qué «material» me habían legado. Me enfrentaba a la tarea de cumplir con la asignatura pendiente, de decir en un libro, quizás el último, lo que tendría que haber dicho en el primero. Pero seguía sin saber prácticamente nada sobre la vida de mi madre en los años previos a mi nacimiento, seguía sin saber absolutamente nada de su tiempo en el campo de trabajo alemán. Me encontraba con las manos vacías, disponía solo de la historiografía y de mi imaginación, impotente ante los abismos del tema.

Cuando, en los años noventa y con gran retraso, los llamados «trabajadores del Este», concepto acuñado por Hermann Göring, empezaron a reclamar indemnizaciones, la temática entró de lleno o a medias en el foco de la opinión pública alemana. Ya existían libros de divulgación, informes y documentaciones sobre el trabajo forzoso en el Tercer Reich, que yo podía leer para ponerme al día. Incluso había dado con la voz literaria que llevaba buscando en vano mucho tiempo, a saber, un libro de Vitali Siomin titulado, en su traducción alemana, *Zum Unterschied ein Zeichen* («Para distinguir, una señal»), y aparecido ya en los años setenta, libro en el que este autor ruso cuenta la historia de un adolescente deportado de Rostov, a orillas del Don, quien solo sobrevivió al trabajo forzoso en Alemania porque estaba convencido de que lo que había visto y vivido no debía desaparecer con su muerte, que tenía la obligación de dar testimonio a la posteridad. «En el campo de trabajo», escribe, «se estaba mejor que en el campo de exterminio, pero solamente en la medida en que no lo mataban a uno al instante, sino poco a poco: con un ritmo de trabajo inhumano, con el hambre, los golpes, las trabas constantes y la falta de cuidados médicos».

Para mi sorpresa, observé que el traductor del libro era Alexander Kaempfe, con quien mantuve una amistad en los años setenta. A menudo me había leído pasajes de sus traducciones, y bien podía ser que me hubiera leído partes del libro de Siomin, y que yo no me acordara porque en aquel momento no sabía que ese libro trataba de mis padres, pues alguna vez también ellos

llevaron una seña distintiva, el parche «OST», que los diferenciaba de los trabajadores forzados del Oeste, considerados racialmente superiores.

Cuanto más investigaba, tantas más monstruosidades iba descubriendo, monstruosidades que apenas nadie parecía haber oído mencionar hasta entonces. No solo yo misma seguía en la inopia acerca de muchos aspectos, sino que tampoco entre mis amigos alemanes, que yo tenía por personas ilustradas y con conciencia histórica, había nadie que supiera cuántos campos nazis existieron en el territorio del Reich. Unos partían de una docena, otros de doscientos, unos pocos calculaban que dos mil. Pero, según un estudio del Museo Conmemorativo del Holocausto en Washington, su número ascendía a 42.500, sin contar los pequeños ni los campos satélite. De ellos, 30.000 fueron centros de trabajo forzoso. En una entrevista con *Die Zeit* publicada el 4 de marzo de 2013, el historiador estadounidense Geoffrey Megargee, coautor del estudio, señalaba que esa cifra espeluznante confirmaba que casi todos los alemanes conocían la existencia de los campos, aun cuando no comprendieran la dimensión del sistema que se ocultaba tras ellos o no conocieran las condiciones de vida que imperaban en cada uno. Era la historia de siempre: nadie sabía nada... a pesar de que el país, plagado de campos, 42.500 y más, debió de haber sido todo él un gulag.

Me fui extraviando en la historia mundial, en las fantasmales tragedias del siglo XX. Los relatos sobre el trabajo forzoso en el Tercer Reich estaban llenos de puntos oscuros, de incongruencias y contradicciones. El tema se me escapaba a ojos vista, me desbordaba. ¿No era demasiado tarde?, me preguntaba. ¿Me alcanzaría el aliento para hacer justicia a esa materia inmensa? ¿Y habría siquiera palabras para nombrar todo aquello, para evocar la vida de mi madre, desaparecida en el anonimato y cuyo destino simboliza el de millones de personas?

Ya me había olvidado de Azov's Greeks cuando me llegó un nuevo correo electrónico con los extraños jeroglíficos en el campo del remitente que correspondían al Konstantín de apellido griego. Leí esto:

Estimada Natalia Nikoláievna:

Después de volver a mirar, he llegado a la conclusión de que la Yevguenia Yákovlevna Iváshchenko que figura en nuestro archivo

es, con gran probabilidad, su madre. Permítame que comience muy atrás. En el siglo XIX vivía en Mariúpol un terrateniente ucraniano natural de la Gubernia de Chernógov, un aristócrata llamado Epifán Yákovlevich Iváshchenko. Era el bisabuelo de usted. Presumiblemente, formaba parte del grupo de los primeros pobladores no griegos que por esas fechas se asentaron en Mariúpol, a la sazón una villa de comerciantes de apenas cinco mil vecinos. Compró para sí y su familia una casa en la calle Mitropolítskaia, se hizo consejero áulico, naviero y director de la aduana marítima. Con el paso del tiempo fue adquiriendo varios inmuebles en la ciudad, abrió negocios y alcanzó gran reputación. Estuvo casado con una tal Anna von Ehrenstreit, de la que solo sabemos que era originaria de la nobleza rural alemana del Báltico y, según el registro parroquial, vivió de 1845 a 1908.

Los bisabuelos de usted tuvieron seis hijos, dos varones y cuatro chicas. El mayor era Yákov, su abuelo, el padre de su madre. El hermano menor de este, Leonid, murió a la edad de veintiséis años a causa de la epilepsia que sufría, conforme dice en la correspondiente entrada del registro parroquial. Sobre las hermanas Yelena y Natalia no hay información, pero sabemos que Olga, la tercera de las hermanas, estuvo casada con el famoso psicólogo y filósofo Gueorgui Chelpánov, quien tenía raíces griegas. Así se explica que a nuestro archivo hayan llegado no solo el nombre de su madre, sino también datos de toda la familia política de Chelpánov.

La cuarta hermana de su abuelo, su tía abuela Valentina, pertenecía a la flor y nata de la *intelligentsia* mariupolense, y todavía hoy es conocida en la ciudad. En el artículo que le adjunto, puede usted encontrar más información sobre ella.

Por desgracia, no sabemos nada acerca de su abuela, solo nos consta que se llamaba Matilda Yósifovna. La hermana de su madre se llamaba Lidia y nació en 1911, siempre según el registro parroquial. El hermano se llamaba Serguéi y vio la luz en 1915. Era cantante de ópera, actuó en el frente durante la guerra y fue

condecorado. El diploma de honor digitalizado lo encuentra usted igualmente en el anexo.

Hace poco se publicó un libro sobre Gueorgui Chelpánov, en el que también hay varias referencias a la familia de su esposa. Parece que su tía abuela, Olga, sufría una enfermedad mental y a los cuarenta y tres años se precipitó por la ventana de un edificio en Moscú. Vamos a pedirle al autor un ejemplar para usted.

Los hermanos de su madre probablemente ya no están vivos. Pero tampoco será fácil encontrar a sus descendientes, sobre todo porque el apellido Iváshchenko está muy extendido, y de su tía Lidia no sabemos más que el nombre. El rastreo de mujeres se dificulta cuando no se conoce el nombre matrimonial. Por esta razón sugiero que empecemos por centrar nuestra búsqueda en su tío Serguéi y sus descendientes. Para comenzar, podemos dirigirnos a la redacción del programa de televisión *Espérame*, un formato muy conocido para buscar parientes que se emite tanto en Rusia como en Ucrania.

No comprendía lo que estaba leyendo. ¿Quién era ese Konstantín? ¿Algún ciberfantasma, un chiflado, un fullero? ¿Quería, en una época en que en Rusia volvía a estar de moda tener sangre azul en las venas (aunque solo fuese una gota), engatusarme con antepasados nobles para luego suministrarme, previo pago, nuevas entregas de su «conocimiento»? Me pareció absolutamente imposible que mi madre procediese de esa clase, de los estamentos superiores. La mujer a la que yo había conocido no pertenecía ni siquiera al estamento más bajo. Eslava infrahumana, figura deplorable, ruinosa, a la que se le tiraban piedras por la calle, se hallaba fuera de todas las clases. Si hubiera hecho la más mínima alusión a un origen noble, yo, movida por un desesperado afán infantil de prestigio social, habría incorporado ávidamente ese detalle. Era como si el autor de los correos electrónicos hubiera leído en las quimeras de mi niñez, como si me contara mis embustes de entonces. Parecía que me enfrentaba a un retoño particularmente turbio de la jungla digital.

Abrí el primer anexo y leí el titular en negrita de un artículo: «Valentina Epifánovna Ostoslávskaja: una hija no olvidada de nuestra ciudad». Debajo, el

retrato en forma de medallón ovalado de una mujer. Se me cortó el aliento. Conocía a esa mujer, la conocía desde que tenía memoria. Estaba retratada en la foto de papel que guardaba en el cajón de mi escritorio, sobre cuyo dorso mi madre había escrito «El abuelo y dos conocidas». La mujer que ahora me miraba desde la pantalla era algo más joven, algo más delgada, pero se trataba, sin lugar a dudas, de la misma cara: la de la intelectual de los pómulos altos, las facciones severas, la boca un tanto altiva. También en esa foto llevaba un vestido oscuro de escote cerrado y unos quevedos sobre la nariz.

Me sentía como si afuera, delante de la ventana, el lago se tambaleara. De pronto, todo a mi alrededor era nuevo y extraño. Seguía mirando fijamente la cara de la mujer en la pantalla, y poco a poco, como a cámara lenta, empecé a entrever lo que aquello significaba. Esa foto constituía la increíble, la fantasmagórica prueba de que Yevguenia Yákovlevna Iváshchenko, con quien había dado en el foro de Azov's Greeks, era, efectivamente, mi madre. Y la mujer de la foto, tan familiar para mí y a la que mi madre llamaba una «conocida», era en realidad mi tía, una hermana de su padre.

Leí el artículo a toda prisa, sin darme tiempo a respirar. Me enteré de que Valentina Epifánovna, nacida en 1870, había fundado un liceo privado para hijas de familias sin recursos. Durante toda su vida luchó por la justicia social. Gracias a su entrega, multitud de chicas de Mariúpol pudieron acceder a la enseñanza superior y librarse de una vida abocada a la ignorancia y la pobreza. En sus ideas estaba íntimamente ligada a su hermano Yákov, el padre de mi madre, quien había estudiado Derecho e Historia y colaborado como alumno con los bolcheviques en la clandestinidad. A los veintitrés fue arrestado por la policía secreta del zar y confinado en Siberia durante veinte años.

Valentina Epifánovna, la tía de mi madre, estuvo casada, según el artículo, con Vasili Ostoslavski, hombre de una familia aristócrata extraordinariamente acaudalada y conocida por su cultura, su liberalismo y cosmopolitismo. Tras la Revolución, ese hombre murió de hambre junto con millones de personas que perdieron la vida durante la gran hambruna en Ucrania. El liceo de Valentina se quemó en la guerra civil, y poco después ella falleció a la edad de cuarenta y ocho años a consecuencia de la gripe española, que hacía estragos en aquel momento. Su hijo, Iván Ostoslavski, se

convirtió en un importante estudioso de la aerodinámica, cuyos libros fueron lectura obligatoria en toda la Unión Soviética para los estudiantes de la aeronáutica y la técnica aeroespacial. Una foto mostraba a un señor mayor con aspecto de perro San Bernardo, con rasgos bastos y ojos sagaces, chispeantes. Irina Ostoslávskaja, la hija de Valentina, llegó a viceministra de educación pública, pero fue detenida por enemiga del pueblo bajo Stalin y desterrada a Siberia.

Y supe algo más. Al parecer, mi bisabuelo Epifán, el terrateniente oriundo de la Gubernia de Chernógov, se fue abandonando al alcohol y acabó perdiendo toda su fortuna. En algún momento, se decía, desapareció sin rastro, dejando sola y huérfana de recursos a su esposa, Anna von Ehrenstreit, con sus seis criaturas. Corría el rumor de que había huido a la India a bordo de uno de sus antiguos buques cargueros.

Me sentía como si necesitara una segunda cabeza para abarcar todo aquello, para acogerlo dentro de mí, para comprenderlo. Hasta entonces siempre había experimentado que la verdad resultaba ser mentira; ahora, era de risa, mis mentiras de la infancia se revelaban, en su esencia, como la verdad.

Lo que más me consternaba era la jamás sospechada altura de la que cayó mi madre. ¿Por qué nunca habló de sus orígenes, por qué nunca dijo una sola palabra? ¿Por qué negó incluso el parentesco con su tía Valentina, llamándola una conocida? A mis ojos, mi madre siempre fue una mujer del pueblo, salida de un medio pobre; su verdadero origen, que seguía pareciéndome una invención, confería a su destino una dimensión de brutalidad completamente nueva e inconcebible para mí.

Abrí, con dedos entumecidos, el segundo anexo que me había llegado con el correo de Azov's Greeks, y en mi monitor apareció la copia digital de un documento corroído, asepiado, que tuve que ampliar varias veces para poder descifrar la letra rusa mecanografiada y fuertemente descolorida. Leí lo siguiente:

La orden estatal de la Estrella Roja se otorga a Iváshchenko, Serguéi Yákovlevich, nacido en Mariúpol en 1915, miembro del Partido, soldado del Ejército Rojo desde 1939 y llamado a filas en Kiev,

quien cumpliendo servicio en el frente desde los primeros días de la guerra llegó al grado de sargento y no presenta heridas.

Solista del conjunto lírico Estandarte Rojo, el camarada Iváshchenko ha reunido méritos en el campo de la música clásica rusa al interpretar para los soldados y oficiales del frente arias de óperas patrias. La *Canción india* de la ópera *Sadkó*, de Rimski-Kórsakov, y el aria de Galitski de la ópera *El príncipe Ígor*, de Aleksandr Borodín, se han convertido en melodías predilectas de las tropas y unidades ante las cuales el camarada Iváshchenko ha actuado. Sin arredrarse ante peligros e inclemencias de ninguna índole, ha proseguido sus intervenciones aun en las circunstancias más adversas, a veces hasta arriesgando su propia vida. Sus actuaciones siempre han mantenido la máxima calidad artística, razón por la cual los soldados del frente lo han querido y venerado. El camarada descuella por una disciplina y una moral de trabajo ejemplares, es un leal afecto al partido de Lenin y Stalin y sirve de forma abnegada a su patria socialista. Ha sido distinguido con la medalla al mérito por la defensa de Stalingrado. Con la presente, el Gobierno Soviético le otorga la orden estatal de la Estrella Roja.

Jefe del departamento de Prensa, Propaganda y Agitación,
Coronel B. F. Prokófiev

Pasé varios días en una especie de bloqueo por shock. Hacía lo que solía hacer, me sentaba en el balcón, paseaba junto al lago, me preparaba la comida, pero no era yo; era una extraña que realizaba sus rutinas. Permanecía horas enteras con la vista fija en la pared o, de repente, prorrumpía en carcajadas sin motivo. Llegaba al extremo de manotear, de protestar vivamente o asentir con la cabeza en conversaciones internas, enigmáticas para mí misma, con personas invisibles. Cualquier observador me habría tomado por una perturbada mental.

Una y otra vez releí el correo de Konstantín y sus anexos, una y otra vez tuve que asegurarme de que no estaba soñando. Mis ojos se detenían con extrañeza en el nombre de mi abuela. Matilda Yósifovna. Así se llamaba, pues. Una Matilda cuyo padre se llamaba Yósif. Era un nombre femenino que

yo nunca había oído en ruso. Konstantín podía acceder a un registro parroquial digitalizado de Mariúpol y me comunicaba que el credo de Matilda Yósifovna se especificaba como «católico romano». Asociado al nombre de Matilda, esto constituía ya un claro indicio del origen italiano de mi abuela, origen al que apuntaba también su patronímico derivado de Yósif, la forma rusificada de Giuseppe. Pero eso aún no cabía en mi conciencia, demasiadas cosas me abrumaban a la vez.

Tenía la sensación de haber encontrado a mi madre al leer el nombre de mi abuela: Matilda Yósifovna, la mujer por la que mi madre lloró tanto, que había iniciado un largo viaje para encontrarse con su desterrada hija Lidia y no había vuelto. Parecía como si mi hallazgo hubiese revertido aquella parte de la desgracia de mi madre que consistía en el dolor por su propia madre desaparecida, y que había contribuido a que no pudiera seguir viviendo. A cada momento me imaginaba a mí misma corriendo hacia mi madre para darle el mensaje: Matilda Yósifovna, tu madre, la he encontrado, Matilda, ¿la reconoces? La he encontrado de verdad, está aquí, mira...

La magia de los nombres. También los hermanos de mi madre se habían convertido de pronto en personas de carne y hueso. Lidia y Serguéi. Consideraba absolutamente obvio que solo podían llamarse así y no de otra manera, me extrañaba que no hubiera caído en la cuenta yo sola. Lidia y Serguéi, dos nombres que sonaban como el complemento natural del nombre de mi madre. Mi tía Lidia y mi tío Serguéi. Leía y volvía a leer el diploma de honor de este, prueba fehaciente de su distinción con la orden estatal de la Estrella Roja, buscando en él referencias sobre su vida que también lo hubieran sido sobre la vida de mi madre.

Cada vez que me había figurado a mi tío imaginario, el cantante de ópera, había escuchado a un tenor que entonaba arias tan rutilantes como *Lunge da lei* o *Care selve*, pero las piezas citadas en el diploma revelaban que tenía voz de bajo. Enseguida apareció en mi mente un hombre por completo distinto, uno de estatura fornida, panzuda, con voz grave y voluminosa. Un cantante del frente, un miembro del Partido, solista de un conjunto lírico llamado Estandarte Rojo. El documento privó a mi tío del brillo que un cantante de ópera revestía para mí. Más que por sus hazañas himnicas, al parecer, se le había concedido la orden estatal por su lealtad al régimen, su carácter ejemplar como ciudadano

soviético. Konstantín juzgó muy insólito que alguien nacido en el seno de una familia aristócrata fuese admitido en el PCUS en aquellos tiempos y distinguido con una orden estatal; según él, antes hubiera pasado un camello por el ojo de una aguja. ¿Quién era, pues, el hermano de mi madre? ¿Qué hizo para pasar por el ojo de la aguja? Teniendo en cuenta que su hermana había sido confinada en un campo de castigo y, por tanto, considerada enemiga del pueblo, el ojo de la aguja debía de ser doblemente estrecho para Serguéi. ¿Y cómo era posible que mi madre hubiese querido a su hermano con un amor tan profundo, siendo para ella el PCUS, como sé con certeza, la quintaesencia del mal? Si hay algo que recuerdo con precisión es el odio de mis padres al poder soviético, a Stalin; ese odio era, tal vez, lo que más compartían. Mi madre nunca perdió el miedo al largo brazo del régimen, del cual no se estaba a salvo en ninguna parte del mundo, según decía. Los soviéticos tenían la culpa del fiasco de su vida, habían asesinado a un número incontable de personas, habían destruido su patria y la obligaban a vivir en un país extranjero.

Ahora bien, resultaba que también su padre había sido socialista, un bolchevique de primera hora, al que el régimen zarista impuso un destierro de veinte años por sus convicciones. Mi confusión iba en aumento. ¿Qué familia era esta? El padre de mi madre, un revolucionario bolchevique con una dilatada historia de confinamiento; su hermano, un condecorado miembro del Partido; su hermana y ella misma, dos renegadas, la primera recluida en un campo de trabajo soviético, la segunda trabajadora forzada del enemigo alemán, una potencial colaboracionista. ¿No tenía que ser una familia escindida por un abismo? ¿Cómo pudo mi madre odiar al poder soviético y al mismo tiempo querer a un padre y a un hermano que se habían puesto al servicio de ese poder?

Mi idea de la familia de mi madre, por difusa que fuera, se había revelado como absolutamente irreal y descaminada. Ahora sabía menos que nunca. Solo sabía que mi madre era totalmente distinta de como siempre la había imaginado, y que yo misma no era aquella por la que me tenía.

Que su padre estudiara Historia y Derecho cuadraba con la palabra *advokat* grabada en mi memoria, pero esa palabra siempre estuvo asociada en mí a la imagen de un probo señor burgués que se pasaba el día sentado en su gabinete, tomando té del samovar, recibiendo clientes y repasando autos

judiciales a través de unos impertinentes. Veinte años de destierro cambiaban de forma radical la imagen de ese «señor». No fue un estudiante serio y formal que empollaba artículos de leyes y se preparaba para su carrera profesional, sino un joven rebelde que militaba en la clandestinidad bolchevique, hermano de una mujer que fundó un liceo para hijas de familias sin recursos... dos personas que simbolizaban la lucha por la justicia social, la solidaridad con el pueblo sojuzgado por el régimen del zar, la abolición de su propia clase nobiliaria. Mi abuelo pagó un precio elevado por todo ello, veinte años de cautiverio en el yermo siberiano, quizá una parte considerable de su sustancia vital. Un hombre con un destino cruel que no podía tener nada en común con el abogado imaginario de mi infancia.

Según el registro parroquial, había nacido en 1864. Si lo confinaron a los veintitrés años, había salido en libertad en 1907, con cuarenta y tres. Mi madre no nació hasta trece años después, cuando él tenía ya cincuenta y seis. Existía un paralelismo llamativo entre ella y yo: también tuve un padre viejo, veinte años mayor que mi madre. Asimismo, el suyo debió de estar casado con una mujer notablemente más joven, de lo contrario mi madre no habría visto la luz del mundo. Sería a su regreso de Siberia cuando se casó con la entonces aún joven Matilda Yósifovna; a los cuatro años nació Lidia, la hermana de mi madre, y otros cuatro años después Serguéi, su hermano. Mi madre fue la más joven de los tres, una rezagada, tal vez la mimada del nido. Aunque por aquellas fechas, año 1920, ya no podía haber nido, pues la familia debía de haberse visto expropiada tiempo atrás y estaría sufriendo duras represalias. Los hermanos de mi madre, al menos, habían vivido los últimos años previos a la Revolución, disfrutando todavía los privilegios de su alcurnia, aunque por poco tiempo. Mi madre, en cambio, solo conoció la destrucción de aquello que nunca le dio provecho. Había nacido en plena época de la guerra civil, el terror, el hambre, la persecución, circunstancias estas que marcaron tanto el principio como el fin de su tiempo en Ucrania. Jamás conoció allí algo diferente.

Poco a poco fui comprendiendo los motivos por los que nunca mencionó sus orígenes. Mientras vivió en la Unión Soviética, no había nada peor que ser aristócrata. Era un crimen, una culpa innata, la mayor ignominia, un motivo para ser asesinada. Y la angustia, en mi madre, debió de mezclarse con la

vergüenza y el desprecio de sí misma, porque se fue convenciendo de que personas como ella eran una excrescencia degenerada de la sociedad, que carecían de razón de vivir, que su sitio estaba en el basurero de la historia. No fue solo al llegar a Alemania cuando la declararon infrahumana, lo había sido ya en Ucrania, mi pobre, pequeña y enloquecida madre, que venía de las tinieblas más densas del sanguinario siglo XX.

También consideré posible otra versión: no le dijeron quién era, se lo silenciaron para protegerla. Quizá, como yo, no supo durante toda su vida cuáles eran sus raíces. Quizá no conocía el mundo de sus antepasados ni por referencias, porque tales referencias habían sido eliminadas en la Ucrania soviética y porque en su infancia su clase social ya estaba erradicada tan de cuajo que había dejado de existir en la realidad colectiva.

Quizá escribió «El abuelo y dos conocidas» en la foto traída de Ucrania porque, efectivamente, no sabía quiénes eran aquellas mujeres, siendo acaso la segunda, la más joven con la sonrisa incierta en la cara, otra tía suya, otra hermana de su padre. Quizá las enormes devastaciones de su época precipitaron a las personas a tal caos, las desarraigaron y dispersaron de tal modo, que todas las relaciones quedaron rotas, que ya nadie conocía al prójimo. O simplemente pensó, al rotular la fotografía, que las dos mujeres no tenían significado alguno para nosotras, mi hermana y yo, porque de todas formas no las conocíamos ni las conoceríamos nunca, porque nada del mundo en el que había vivido podía rescatarse para el extraño universo alemán.

Pero, con todo lo que ahora sabía, había una cosa evidente: el hombre de la foto no era el abuelo de mi madre. Era su padre y *mi* abuelo. Mi madre rotuló la foto para mi hermana y para mí. El padre de mi madre, eso sí, se parecía mucho más a la vieja idea que me había hecho de él que a la nueva. No podía descubrir en su estampa ningún rasgo de revolucionario y cautivo siberiano; de hecho, recordaba más bien al respetable abogado burgués cuya imagen yo veía de niña en mis pensamientos. Irradiaba paz y calor, tenía facciones dulces e inteligentes y los ojos tristes de mi madre. Presumiblemente, no era solo por su edad y su enfermedad del corazón que mi madre se angustiaba por él. Había un tercer peligro, quizá más imprevisible que todos los factores biológicos: una persona con intereses políticos corría el riesgo de quedar atrapado por el engranaje mortífero de Stalin en cualquier

momento. Nadie estaba a salvo, y menos un hombre como él, que no solo cargaba con el peso hereditario de su origen noble, sino que en los tiempos del zar había dado muestras de un espíritu rebelde, díscolo. Toda sublevación contra el poder atraía las sospechas de Stalin, no importaba de cuál se tratara. Observé un detalle elocuente cuando volví a echar una ojeada al registro parroquial digitalizado, cuyo acceso me había facilitado Konstantín. Y es que los demás miembros de la familia, cuyas fechas de defunción estaban consignadas allí, aparecían con la indicación de la respectiva causa de muerte. No así el padre de mi madre. De él solo constaba el año de fallecimiento: 1937. Fue, tal vez, el año más horrible de la historia soviética, el culmen de las purgas que formaban parte de las mayores masacres políticas de la historia de la humanidad. Mi madre tenía diecisiete años en ese momento.

Más tarde, al procurar orientarme en aquella espesura de relaciones de parentesco siempre ajenas a mi conciencia y al cotejar unas fechas con otras, entendí que mi madre, hija tardía de su padre, había nacido no solo en medio de un exceso de violencia y destrucción, sino también de un gran vacío. El mundo de sus antepasados había desaparecido, y también habían desaparecido ellos mismos en su inmensa mayoría. De su ramificada familia italoucraniana, no quedaba prácticamente nadie. Su tía Valentina, la fundadora del liceo para chicas, había muerto dos años antes de su nacimiento a causa de la gripe española; su tía Olga se había precipitado por la ventana catorce años antes; su abuela baltogermana, Anna von Ehrenstreit, llevaba doce años bajo tierra; su abuelo Epifán, el antiguo terrateniente de la Gubernia de Chernígov, debía de haber salido por pies hacía tiempo; su tío Leonid había fallecido de epilepsia hacía casi veinte años. Las fechas de fallecimiento de sus tías Natalia y Yelena eran las únicas que no figuraban, el registro parroquial solo informaba sobre los años de su nacimiento. De ser ciertos, habían nacido con tanta anterioridad a mi madre que ella solo pudo haberlas conocido, si acaso, cuando ya eran unas ancianas.

Me había sucedido un extraño milagro. La caja negra de mi vida se había abierto en el declive de mis años, y aunque por lo pronto no veía en ella más que otra caja negra que tal vez ocultaba otra y aún otra, como en las matrioskas, aunque no había llegado al final de mis preguntas, sino solo a su principio, por primera vez en mi vida consideré posible no ser ajena a la

historia de la humanidad, sino pertenecer a ella como cualquier persona. Eso sí, todo lo aprendido se refería únicamente a la familia del padre de mi madre. Por ahora, Konstantín y yo buscábamos, en vano, un rastro de su madre. El registro parroquial no mencionaba ni su apellido de soltera ni su año de nacimiento, sino solo su nombre, su patronímico y el credo. Una Matilda Yósifovna católico-romana, probablemente de origen italiano, era la gran incógnita de mi ecuación.



Yákov Iváshchenko con sus hermanas Yelena, Valentina y Natalia.

En el lago se presagiaba el otoño... Una hoja amarilla que me cogió por sorpresa en el balcón; el súbito eclipse de la caravana de hormigas de la cocina, blanco durante semanas de una lucha infructuosa. Al atardecer, cuando la luz mórbida y soñolienta descansaba sobre el agua, lisa como un espejo, cuando el aire se aquietaba hasta detener el movimiento de la última hoja, e incluso las vocingleras aves acuáticas ya no emitían sonido alguno, reinaba una paz tan asombrosa, tan irreal, que tenía la sensación de no encontrarme ya en el mundo habitado.

Mientras llevaba mi equipaje al coche, me embargaba un miedo inexplicable. Me parecía que, con mi partida, dejaba atrás todo lo que había encontrado en ese lugar. No acertaba a imaginar que pudiera llevármelo a casa dentro de la plana y anodina carcasa llamada portátil, dentro de no se sabe qué chips y electrodos. También tenía la impresión de estar perdiendo a Konstantín por abandonar el lugar de nuestra correspondencia, al Konstantín ucraniano de las raíces griegas, que ni siquiera vivía en Mariúpol, como entretanto supe. Aunque había nacido en Ucrania, residía desde hacía tiempo en Cherepovets, en el norte de Rusia, donde trabajaba de ingeniero en una fábrica siderúrgica y, en sus ratos libres, dirigía un foro para ucranianos descendientes de griegos.

Estaba casado, tenía cuatro hijos y numerosos nietos. Uno de sus hijos era historiador y vivía en Estados Unidos.

Ignoraba yo los motivos que lo determinaron a hacerse cargo de la búsqueda de mi madre. Tuve con él la suerte más grande. No solo era un excelente conocedor de la historia rusa y lo que suele llamarse un forofó de la informática, sino también un apasionado genealogista. Ya de niño, su ocupación favorita había sido la de dibujar árboles genealógicos con el máximo número de ramas posible. Remontó su propio árbol hasta el siglo XVI o aún más atrás, la cantidad de ancestros que encontró llenaba varios metros de papel.

Su mayor hazaña detectivesca había consistido en hallar, a más de sesenta años del final de la guerra y en algún lugar perdido del paisaje, un ala rota, perforada por metralla, en la que todavía figuraba el número del avión de combate pilotado por su tío desaparecido. Como ocurría con todos los desaparecidos de la guerra, sobre aquel tío pesaba, en la Unión Soviética, la sospecha de la deserción. Con su espectacular hallazgo, Konstantín sacó a la luz la verdad. El tío fue rehabilitado *post mortem*, su hijo, que malvivía de una granja en un pueblo ucraniano —los que descendían de desertores potenciales no podían optar a empleo alguno— recibió, entrado en años, una modesta reparación que le permitió costearse una prótesis dental. Konstantín incluso averiguó que quien derribó el Iliushin de su tío había sido un piloto alemán, titular de la Cruz de Caballero y llamado Hubertus von Bonin, uno de los más exitosos aviadores de caza alemanes de la segunda guerra mundial, que perdió la vida en un combate aéreo posterior. Encontré al instante, en internet, a un sobrino suyo e hice de traductora de una pequeña correspondencia electrónica entre Konstantín y él. El descendiente alemán del titular de la Cruz de Caballero no parecía captar del todo lo que el ruso quería de él; quizá sospechó que aquel forastero surgido de la nada pretendía atribuirle alguna culpa por el hecho de que, setenta años atrás, su tío le hubiera matado a un familiar en combate aéreo, o tal vez llegó a creer que el otro traía en mente reclamar una indemnización. El caso es que las ofertas de diálogo que le hizo Konstantín se estrellaron contra sus cortesías prusianas. Lo lamenté por él, que solo quería charlar un poco, saber qué persona había sido aquel que descargó la ráfaga mortal contra el avión de su tío; y, seguramente, se habría alegrado

de que el otro le formulara una pregunta acerca de su familiar. Pero esa pregunta no se hizo. Aun así, el detective dentro de Konstantín salió triunfante. Después de más de setenta años había hallado en Alemania a un descendiente del hombre al que se debían los impactos de metralla en el Iliushin de su tío, e incluso había intercambiado unos correos con él. Siendo un hombre que no descansaba hasta haber dado con la última pieza del puzle, ahora solo le faltaba la llamada notificación de derribo. Años atrás había consultado al Archivo militar alemán, sin recibir respuesta. Ahora era yo quien se dirigía a esta institución. Tras rellenar, con la ayuda de Konstantín, un complicado formulario y efectuar una transferencia de treinta euros, a los dos meses me llegó un pequeño paquete postal que incluía una bobina de película precintada. Después de la guerra, el viejo material filmico había sido recomprado a un archivo militar americano, y ahora la cinta regresaba a su lugar de producción. La calidad de las imágenes era deficiente, pero Konstantín vio todo lo que quiso ver; había encontrado la prueba definitiva.

Creo que no solo me ayudaba a mí. En cuanto llegaba del trabajo, se sentaba ante su cuadro de mandos digital y ataba cabos sueltos... era su pasión, su obsesión, su necesidad interior. Recuperaba para el mundo lo desaparecido, confeccionaba grandes y complicados árboles genealógicos, como ya había hecho de niño, con la diferencia de que ahora utilizaba para ello el ordenador. Supongo que por no haber podido viajar en toda su vida y, cuando le fue permitido, no haber tenido el dinero para hacerlo, internet también le servía como sustituto del mundo. En lo virtual, podía viajar sin trabas a todos los lugares de su búsqueda. Al final había establecido un árbol genealógico también para mí, y no era un árbol, sino un bosque en el que me perdía constantemente. Yo, que nunca había tenido antepasados, de pronto tenía tantos que los confundía a todos y, muchas veces, no sabía cómo interpretar aquel maremágnum de relaciones cruzadas y grados de parentesco. Había ampliado ese árbol, lo había clavado en la pared, sobre mi escritorio, y a ratos me sentaba delante y lo estudiaba como un mapamundi.

Entretanto supe que no era ni mucho menos la única que buscaba. Después de la Revolución, los aristócratas y los acomodados habían sufrido la muerte o la expulsión del país, los campesinos habían sido expropiados e internados en campos, numerosos intelectuales desaparecieron en el gulag o el

exilio, y en la guerra murieron otros veinte millones, cifra que algunas estimaciones corregían sustanciosamente al alza. Todo eso había atajado los lazos naturales entre las generaciones en el siglo XX. Ahora, casi cien años después del miedo y el silencio, etnias enteras emprendían, en la antigua Unión Soviética, la búsqueda de allegados, desaparecidos, arrestados y nunca retornados; buscaban sus orígenes, su identidad, sus raíces. Mi madre, nacida en el año 1920, era la última persona consignada en la crónica familiar de los Iváshchenko. Con ella se truncaba la historia de la estirpe. Era el farolillo de cola de la familia antes de comenzar la gran desaparición; los hijos de sus hermanos no se mencionaban, ni hablar ya de sus nietos.

Nadie podía tener en estos momentos más demanda que un rastreador de huellas tan obsesivo como Konstantín. Abría brechas en la espesura, y yo lo seguía. Y él me seguía a mí, que era lo más incomprensible. Me seguía a través de todos los altibajos de la búsqueda, compartía mi fiebre, mi decepción cuando un rastro se perdía. A veces pensé que él era mi mayor hallazgo. Sin él, me habría extraviado rápidamente en la jungla del internet ruso, sin su perseverancia habría abandonado la búsqueda en alguno de sus puntos muertos. Pero Konstantín no claudicaba, continuaba y continuaba, era la fuerza motriz de la búsqueda y me arrastraba a su paso. Él era el mago, yo su asistente, la ayudante de un detective magistral. Konstantín era un enigma para mí, el único, en mi búsqueda, que nunca me ayudó a resolver.

En casa me esperaba el libro que había prometido enviarme: el volumen sobre Gueorgui Chelpánov, el filósofo y psicólogo ucraniano que se casó con Olga, tía de mi madre, al que yo debía la entrada de internet acerca de ella. Por el artículo de la Wikipedia alemana ya sabía que Chelpánov vivió de 1863 a 1936, que fue un neokantiano que creó el primer centro de investigación ruso en psicología experimental. De su pluma salió una retahíla de libros, como «Cerebro y alma», «Tratado de Lógica», «Introducción a la psicología experimental» y muchos más. Cabía la posibilidad de que mi madre hubiera llegado a conocerlo, pues parece que, tras el suicidio de su esposa, aún viajó a menudo a su ciudad natal, Mariúpol, y en alguna de esas ocasiones tal vez visitó a su cuñado, el padre de mi madre.

El pequeño paquete con el libro venía cerrado con nada más que una cuerda y estaba tapizado de sellos de bajo valor por una de sus caras; por lo

visto, en la oficina de correos de Cherepovets no tenían otros en el momento del envío. Sobre el recuadro de papel blanco reconocí el tipo de letra que utilizo para los correos electrónicos. Konstantín, para evitar errores, no había escrito la dirección a mano, sino que había imprimido mi correo y recortado las señas para pegarlas en el papel de embalaje. Desanudé torpemente la cuerda. Me habría parecido un sacrilegio cortar aquel cordel de yute, deshilachado y reaprovechado varias veces, como solo lo había visto en mi infancia. Lo que salió a la luz fue un libro de grosor mediano, encuadernado en cartón brillante con los colores nacionales de Ucrania, el celeste y el amarillo trigo. Sobre pequeñas fotos de Mariúpol y Moscú, esparcidas como dados por la tapa, figuraba el título: «Gueorgui Chelpánov. Vida y obra».

Por Konstantín me había enterado de que a mi madre no se la mencionaba en el libro, pero de pronto me encontraba tan cerca de su mundo vivido que sentí vértigo. Al abrir la tapa, mi mirada recayó, en el mismo frontispicio, en una foto que no mostraba la familia de origen de Chelpánov, como pudiera esperarse, sino la de su esposa, Olga Iváshchenko. Recorrí con la vista una habitación de los abuelos de mi madre, en cuya existencia no había gastado un solo pensamiento a lo largo de mi vida. Reconocí al instante a Valentina, la fundadora del liceo para chicas, y al enfocar la mirada, descubrí otra cara conocida: la de la mujer que, en la fotografía de papel traída de Ucrania, está sentada al lado de Valentina. El pie de foto que constaba en el libro me decía que se trataba, como ya había supuesto, de otra tía de mi madre: Natalia. No había indicación acerca del momento en que se hizo aquel retrato familiar, pero pude calcular la fecha de forma aproximada. Dado que se veía a Leonid, el único tío de mi madre, la toma debió de realizarse antes de 1901. Fue el año en que Leonid murió, a los veintiséis, a consecuencia de un ataque de epilepsia. Luciendo un traje oscuro con corbatín, posaba detrás de sus hermanas, sosteniendo algo que podía ser una boquilla de cigarrillo y, por lo visto, sin presentir en absoluto su cercana muerte.

Me sorprendía cuánto sabía ya sobre la familia. Tenía claro que en la fotografía faltaban tres personas. Epifán, el abuelo de mi madre, que a la sazón muy probablemente ya había abandonado a su mujer para largarse en una de sus naves; Olga, la tía mayor de mi madre, también había dado la espalda a Mariúpol y vivía con su marido, Gueorgui Chelpánov, en Moscú; y el padre de

mi madre, a quien me habría gustado volver a ver en otro instante de su vida, se encontraba, hacia el cambio de siglo, en un remoto campo siberiano. En la foto se reunía, según parece, la parte de la familia que residía aún en Mariúpol en aquellas fechas. Los valiosos muebles antiguos y alfombras databan, sin duda, de tiempos mejores, cuando Epifán aún no se había arruinado y marchado para siempre. Sobre las personas, dispuestas con premeditación en sus asientos, destacaba una palmera de interior, colocada encima de una ménsula.

Natalia, a la que ya conocía por la fotografía de papel traída de Ucrania, aún no mostraba aquella sonrisa marcada por la futilidad del mundo, era notablemente más joven y exhibía un aspecto de juvenil despreocupación. Tenía el pelo en forma de nido, llevaba un vestido largo con mangas gigot y sostenía un abanico. Valentina vestía como una directora de escuela, con la cual ya me había familiarizado; alta y enjuta, posaba sentada con la espalda erguida sobre la *chaise longue*, junto a su madre. A su lado, en una silla, Vasili Ostoslavski, su marido. Joven y de buen ver, lucía un selecto atuendo, imagen viva del pudiente aristócrata ruso que reflejaba cualquier cosa menos su futura muerte por inanición. Yelena, la tercera tía de mi madre, a quien vi por primera vez en ese retrato, era la más elegante de todos. Llevaba un vestido de brocado, de corte estrecho y con cuello Médici; sobre sus rodillas descansaba un libro abierto. El centro de la imagen lo ocupaba Anna von Ehrenstreit, la abuela baltogermana de mi madre, rodeada de los hijos que aún la acompañaban en Mariúpol. Una mujer menuda, de aspecto un tanto rústico, con vestido sencillo y oscuro; su cabello, severamente peinado hacia atrás, debía de estar recogido en un moño.

Uno de los principales fantasmas de mi infancia había sido una pariente materna que, según afirmaba mi padre, sufría una enfermedad mental incurable. Ni siquiera el tratamiento a manos de un célebre psiquiatra había podido ayudarla. Mi padre estaba convencido de que mi madre y yo habíamos heredado esa enfermedad. Durante toda mi niñez y adolescencia me mantuve a la espera de que se declarara esa patología congénita. Después, cuando me había desembarazado de la siniestra teoría hereditaria de mi padre y me preguntaba si esa teoría no denotaba, más bien, su propio miedo a la locura, la tan extendida agateofobia rusa —invocada ya por Pushkin en uno de sus más

famosos poemas—, cuando ya era adulta y los traumas de mi infancia comenzaban a inundarme con miedos insensatos, abstrusos, que parecían no tener remedio, a veces pensé si mi padre llevaría razón y mi fiasco psíquico hundía sus raíces en el suelo de mis antepasados cual hierba rastrera de la que uno podía tirar como quisiese sin conseguir arrancarla jamás, de modo que yo no podría liberarme de las improntas destructivas de mi niñez.

Concluí que esa pariente presuntamente alienada de mi madre solo podía ser su tía Olga. En el libro se la describía como psíquicamente enferma y, como ya sabía por Konstantín, se había precipitado por una ventana a la edad de cuarenta y tres años. En cuanto al célebre psiquiatra que no fue capaz de ayudarla, mi padre no pudo haberse referido a otra persona que a Chelpánov, el marido de Olga.

Aparte de numerosas fotos de él y otros filósofos rusos de la época, en el libro se veían también algunas tomas de su mujer. Miraba yo al espectro, cuajado en imagen, de mi infancia. Efectivamente, esa pariente había existido alguna vez fuera de mi ámbito; no pertenecía al personal ficticio de mi niñez, sino que era un ser de carne y hueso, una de mis tías abuelas, una mujer de pelo moreno y rostro dulce, pueril, de baja estatura y eminentemente grácil, con grandes ojos serios. Una de las fotografías la mostraba con un fastuoso vestido de baile, con flores en la exuberante cabellera; otra, con elegante indumentaria de viaje junto a su marido; una tercera, rodeada de los suyos en la terraza de una dacha medio sumergida en verdes frondosidades. El autor del libro la describía como una mujer muy inteligente, culta y cargada de alma. Citaba fragmentos de sus cartas, primero las escritas desde Mariúpol a su novio en Moscú, luego las dirigidas desde Moscú a sus padres, en Mariúpol. Una voz que derrochaba apelativos cariñosos, diminutivos rusos, una especie de tierno canto lleno de nostalgia de la madre y de los hermanos, lleno de preocupación por su hermano Yákov, confinado en la lejana Siberia. Las tempranas cartas a su novio revelaban escasa autoestima: le aconsejaba insistentemente que volviera a pensarse lo del matrimonio, porque justo él, el prodigioso, el amado hombre que tenía abiertas las puertas de las máximas instancias científicas y de los más selectos salones de Moscú, merecía a una mujer distinta, una mujer mejor. Que ella no era ni hermosa ni digna de amor, que arrastraba desde siempre una salud débil, que había envejecido antes de

tiempo y muchas veces no podía desprenderse de sombríos y obsesivos pensamientos.

Así y todo, se casan. Olga da a luz tres hijos, gestiona, con la ayuda de una niñera y un ama de llaves, un hogar grande con frecuentes invitados de la élite intelectual y cultural moscovita. Se decía que fue una madre cariñosa, que amaba a su marido con abnegación, y que presintió en fecha temprana los acontecimientos políticos que sellarían el destino de este. A menudo lo acompaña en sus viajes al extranjero, a Nueva York, a Suiza, a Leipzig, donde se reúnen con el famoso psicólogo experimental Wilhelm Wundt, con quien su marido colabora, y también, en varias ocasiones, al hospital de la Charité, en Berlín. En los tres últimos años de su vida parece sufrir fijaciones, un miedo constante por su esposo y sus hijos, no para de dar vueltas a cosas y sucesos que ya no sabe interpretar, reacciona de forma muy susceptible ante la menor injusticia y prorrumpe en lágrimas por cualquier nimiedad. Su salto por la ventana en el año 1906 no se describía con más pormenores ni estaba documentado; no pasaba de ser una afirmación del autor.

Konstantín lo conocía; vivía en un recóndito pueblo del sur de Ucrania y no tenía contacto con el mundo exterior. Los intentos de entrar en comunicación con él, de interrogarle acerca de Olga y las fuentes de sus aseveraciones sobre ella, se malograron. No respondió a nuestros correos, ni a los de Konstantín ni a los míos.

Cuanto más reflexionaba sobre esta historia, tanto más lúgubre me parecía. ¿Vería Chelpánov, defensor del «congenitalismo», una enfermedad mental innata en las volubilidades psíquicas de su esposa? ¿Acaso Olga se convirtió en víctima de su psicología experimental? ¿Padecíamos todos, Olga, mi madre y yo, la enfermedad de Chelpánov? ¿Había encontrado yo al autor de aquel pensamiento que, posiblemente, propició el suicidio no solo de Olga, sino también de mi madre? ¿Fue el pensamiento de Gueorgui Chelpánov el que, retomado por mi padre, tuvo continuidad a lo largo de más de un siglo hasta llegar a mi cabeza? Cada tanto veía en mi mente los pies gráciles y menudos de Olga que, ceñidos en botines de viaje con cordones, trotaban a pasitos por una calle berlinesa hacía más de cien años, al lado de su marido que visitaba el Charité. Tan cerca de mí había estado alguna vez, en mi tiempo

anterior, a una distancia de solo veinte minutos a pie de mi actual piso de Berlín...

A los diez años de su muerte, a poco de estallar la Revolución, se apagó la estrella de su marido en el firmamento de las ciencias, tal y como ella lo había presentado. Fue acusado de misticismo, idealismo y antimarxismo, perdió su cátedra en la Universidad de Moscú, se le vedó el acceso a la institución fundada por él, sus libros desaparecieron de las bibliotecas. Una de sus hijas se convirtió en artista leal al régimen, y destacó por sus esculturas heroicas y monumentales; la segunda hija se casó con el filósofo francés Brice Parain y se marchó con él a París, al extranjero capitalista, lo que no hizo más que engrosar el descrédito de Chelpánov. Su hijo, germanista y filólogo clásico, intervino en la edición de un gran diccionario ruso-alemán que, tras su publicación, fue tildado de contrarrevolucionario y fascista. Los tres autores, entre ellos el hijo de Chelpánov, fueron condenados a muerte y fusilados. El propio Chelpánov eludió de milagro su ejecución. Parece que, en los últimos años de su vida, empobrecido y abandonado, merodeaba por la entrada de su antigua institución, preguntando a los transeúntes si aún se acordaban de él. Hoy está rehabilitado, sus libros vuelven a editarse, se escribe sobre él y se estudia su obra.

Contemplaba yo una y otra vez el retrato familiar de los Iváshchenko con la palmera de interior. ¿Había conocido mi madre el original, lo había tenido en sus manos, se encontraban sus invisibles huellas digitales en la reproducción? Cuanto más miraba la foto, tanto más irreal se me antojaba que ella proviniera del mundo que estaba viendo. Un mundo del que nunca se le había notado nada, absolutamente nada. ¿No debería haber arrojado un destello de cuando en cuando, no debería haberlo traslucido alguna vez, por mucho que ella negase, angustiada, sus orígenes? ¿Cómo podía un ser humano evadirse tan por completo de su piel? ¿O solo es que yo, de niña, no sabía interpretar sus señales, no veía lo que quizá hoy hubiera sabido ver al momento?

Empecé a buscar pistas de su abuela baltogermana, pero no hallé, en internet, más que una entrada poco informativa perteneciente a un diccionario biográfico austríaco de la nobleza del año 1826: «Fue hecho noble Zwillach, Jacob, capitán del primer regimiento de infantería valaco en el año 1798,

quien pasó a llamarse Edler von Ehrenstreit». Parecía muy probable que el ennoblecido Jacob Zwillach fuera un familiar de mi bisabuela, tal vez su padre o abuelo, siempre que «valaco» no se refiriera a lo que en alemán es un caballo castrado procedente de Valaquia y sí a la región del mismo nombre. Es posible que fuera por él por quien al padre de mi madre le pusieran Yákov. Dado que la Valaquia rumana era en aquellos tiempos un protectorado del Imperio ruso al que pertenecían también el Báltico y Ucrania, los Ehrenstreit y los Iváshchenko se movían en el territorio de un solo país. Anna von Ehrenstreit debió de seguir a Epifán a Mariúpol de muy joven, pues, según el registro parroquial, tenía diecinueve años cuando allí dio a luz a su primera hija, Olga. En breves intervalos siguieron dos hijos más: Yákov, el padre de mi madre, y Yelena. Al cabo de una pausa de cinco años llegaron Valentina, Natalia y Leonid. Si es cierto que no existe dolor mayor que el de una madre al perder un hijo, mi bisabuela experimentó ese dolor nada menos que dos veces en su vida. Cuando tiene cincuenta y seis años, su hijo Leonid muere de un ataque de epilepsia; cinco años después, su hija Olga se tira por la ventana. Quizá por entonces ya está sola, abandonada por su marido, Epifán. Dos años después de Olga, ella también muere, de cáncer. Posiblemente le sirva de consuelo que, antes de morir, como cabe suponer, vuelve a ver a su hijo Yákov, quien por esas fechas debió de haber regresado a Mariúpol tras veinte años de cautiverio.

No sabía lo que me hacía mirar invariablemente a mi bisabuela, lo que me resultaba tan conocido en ella. Al fin se me cayó la venda de los ojos: me reconocí a mí misma en aquella foto de hacía más de cien años. Yo era clavada a mi bisabuela, hasta su manera de acodarse en el apoyabrazos del sofá y de sostener la otra mano en el regazo, la reconocía en mí. Los genes de mi bisabuela, nacida exactamente un siglo antes que yo, se habían saltado dos generaciones para volver a imponerse en mi persona. Esa era, pues, la razón por la cual me parecía tan poco a mis padres en lo físico. Quizá fue esa notoria diferencia fisiológica la que moviera a mi madre a afirmar que yo no era hija carnal suya, que en realidad tenía otra madre. Me lo dijo tantas veces que, incluso de adulta, no podía liberarme del todo de esa sospecha. Ahora, tantas décadas después, el retrato familiar de mi bisabuela despejaba todas las dudas. Yo era la bisnieta de esa mujer y, por tanto, hija de mi madre. No sabía

lo que esta prueba significaba para mí, pero mientras observaba a mi bisabuela, sentí brotar por primera vez en mis adentros aquella sensación, hasta entonces desconocida para mí, que tal vez pueda definirse como «lazos de sangre». Era una especie de sensación profundamente física de pertenecer al mismo género humano.

Mientras me leía el libro sobre Chelpánov, Konstantín subió a su foro una de mis fotos de papel traídas de Ucrania, aquella que mostraba a mi madre junto a la mujer desconocida de pelo blanco. Una tal Irina, de Járkov, que llevaba tiempo buscando a sus ancestros italianos, había topado a su vez con el foro de Konstantín, y cuando vio la fotografía no dio crédito: era la misma que estaba pegada en su propio álbum familiar. También ella conocía la vieja toma en blanco y negro desde su infancia, las dos mujeres le eran «dolorosamente familiares», según se expresó.

Algo raro estaba sucediendo en esa búsqueda. Apenas la viejísima foto salía de la oscuridad del cajón de mi escritorio para ver la luz del mundo, surgía una pariente lejana, probablemente la única mujer en la tierra que poseía el mismo retrato de familia y lo contemplaba, al igual que yo, desde su infancia.

Sin embargo, a diferencia de mí, ella sabía quiénes eran las que aparecían en la fotografía. Escribía que la mujer de pelo blanco al lado de mi madre era Matilda Yósifovna, la madre de mi madre. Yo no podía creerlo. Aquella mujer de cabello níveo era demasiado vieja para ser la madre de mi madre, que tendría entonces dieciocho años; le calculé por lo menos setenta, pero la abuela de Irina, que aún estaba viva, no dejaba lugar a dudas de que se trataba de Matilda Yósifovna, la hermana de su abuela italiana Angelina De Martino.

Irina, a quien me vinculaba una relación de parentesco que ya no atinaba a desentrañar, me contó una historia increíble: El padre de aquella Matilda, mi bisabuelo Giuseppe De Martino, venía de una pobre familia de canteros napolitanos. Se hizo grumete a los doce años y, a pulso, fue escalando hasta llegar a ser capitán de navío. Sobrevivió a la viruela que contrajo en Hong Kong, y parece que fue el primer italiano en circunnavegar el continente africano. Un buen día, llegó a Mariúpol en un buque mercante y conoció a la hija de un acomodado hombre de negocios italiano, Teresa Pacelli, de catorce

primaveras, que se enamoró del apuesto capitán. La boda se celebró al cabo de un año. Teresa, que entretanto había cumplido quince, se presentó a bordo del barco y acompañó en adelante a su marido en sus viajes. Parece que dio a luz un total de dieciséis hijos, de los cuales solo sobrevivieron siete. Uno de ellos fue Matilda, la madre de mi madre. Ella y sus seis hermanos se criaron con parientes en Mariúpol, mientras Teresa, enamorada de sus muñecas y del capitán italiano, seguía de singladura por los mares del planeta. Cuando por fin mi bisabuelo italiano dejó la navegación para establecerse con su esposa en Mariúpol, rápidamente se volvió rico. Los italianos emigrados a Ucrania comerciaban entonces con el famoso trigo ucraniano, con vino o las inagotables reservas de carbón del Donéts. Giuseppe De Martino eligió el carbón, lo exportó al mundo entero y ganó millones. El armador cuyos barcos transportaban la preciada mercancía a sus destinos era el padre de su futuro yerno, mi bisabuelo ucraniano Epifán, casado con Anna von Ehrenstreit. Las dos familias trabaron amistad, y así se conocieron los padres de mi madre: Matilda, la hija del exportador italiano de carbón, y Yákov, el hijo del armador ucraniano.

Irina me envió a mi ordenador una docena de fotos de los antepasados italianos que compartíamos. Una mostraba a mis bisabuelos de jóvenes, en un momento en que, por lo visto, se encontraban de vacaciones en tierra. El capitán y su novia del mar eran poco aparentes y, a la vez, tenían un aspecto audaz; ambos vestían de negro, como para asistir a misa mayor. Teresa, con sus negras faldas de tafetán cuyo frufnú parecía oírse, me recordaba una joven viuda siciliana sacada de una película de Visconti. De sus siete hijos supervivientes, solo se conservaban fotos de Matilda y su hermana Angelina, una mujer con la belleza andrógina de un arcángel, casada con un griego, el hombre más rico de Mariúpol. Vivían en una casa que, en la ciudad, se conocía como la «Dacha blanca», aunque no guardaba ningún parecido con una dacha, sino que era un palacete. La toma databa de la época comunista; en la majestuosa balaustrada sobre las columnas griegas flameaba la bandera soviética, y fuera, en el parque, había dos enfermeras de cofias blancas. Tras la Revolución, la casa había sido reconvertida en sanatorio para obreros tuberculosos y bautizada con el nombre de Nadezhda Krupskaja, la mujer de Lenin.

En otras fotografías, ribeteadas de oro y con viñetas, pude admirar a las tres hijas pequeñas de mi tía abuela Angelina, primas de mi madre. Lucían en sus ondulantes cabelleras los grandes lazos rusos y estaban distribuidas como muñecas por los suntuosos asientos. Se las veía en brazos de su niñera polaca, envueltas en pieles y manguitos, en invernales paseos en trineo, en tutús tomando clases de ballet. Una foto ulterior presentaba a un elegante caballero de sombrero y abrigo, un tío griego de mi madre, cantante de ópera para más señas, un vitoreado tenor del Teatro Mariinski de San Petersburgo, según explicaba Irina.

Observaba yo con estupor las fotografías de aquellas personas extrañas y me reía para mis adentros. En efecto, de niña no me había pasado con mis mentiras, al contrario: me había quedado corta. En realidad, yo era la bisnieta de un supercapitalista, cuyos negocios de carbón constituían tal vez por entonces una mina de oro similar a la del petróleo en nuestros días. Gente que debía de vivir fastuosamente, mientras el grueso de la población ucraniana arrastraba una vida de miseria y pobreza.

Pero ¿cómo era posible que Yákov, el padre ucraniano de mi madre, que pagó sus ideas revolucionarias con veinte años de destierro, contrajese matrimonio con la hija de un millonario extranjero? ¿Había sido por mera exaltación juvenil que se afilió a los bolcheviques, cuyo programa político era la abolición de su propia clase social? ¿Lo había transformado el campo en un converso? ¿Fue su regreso a Mariúpol, la vuelta a su viejo y acomodado mundo, la vuelta a Matilda, su amiga de la adolescencia, a quien amaba quizá desde antes de su confinamiento? ¿Supuso un golpe de suerte para él poder emparentar con una familia acaudalada después de que la suya se hubiera arruinado en los años del destierro?

No podía dejar de examinar la fotografía de mi joven madre con aquella vieja señora, la presunta Matilda Yósifovna De Martino. Si bien las fechas que daba el registro parroquial me decían que Matilda tuvo a mi madre a la tardía edad de cuarenta y tres años, y aunque mi madre, al ser deportada, no se habría llevado unas fotos cualesquiera, sino solo aquellas donde aparecieran sus padres, me costaba creer que esa mujer de pelo cano, una anciana casi, había de ser la madre de una joven de dieciocho años. ¿No se trataría más

bien de la abuela italiana de mi madre, Teresa Pacelli, la antigua novia del mar, en edad avanzada?

Irina había vuelto a trastocar mis ideas acerca de mi madre. ¿Era ella la hija de una mujer nacida en alta mar, la hija de una hija de capitán que se había criado sin padre ni madre, con parientes en tierra, más tolerada que querida, una niña desechada, solitaria, sin verdadero hogar? ¿Aquella mujer había podido proteger a sus propias criaturas? De repente, me pareció que la condición de apátrida de mi madre no había comenzado en Alemania, sino ya en Ucrania, que no se había caído del nido en algún momento, sino que nunca tuvo nido porque sus padres eran personas sin hogar. Matilda, entregada al cuidado ajeno por sus progenitores; Yákov, abandonado por su padre, el armador venido a menos, que un día desapareció para no ser visto jamás. Y Yákov, durante los veinte años de destierro siberiano, ¿no debió de convertirse en un apátrida, en un extranjero en el mundo? ¿Eran estos los padres de mi madre? ¿Dos desarraigados, dos repudiados, que se habían encontrado mutuamente? ¿Nunca había existido esa Ucrania cuna de mi madre? ¿Tenía yo que narrarme su historia de manera nueva?

Me sorprendió la fiabilidad de mi memoria infantil. Algo que había considerado una quimera, una realidad interna generada de no importa qué forma, había vuelto a convertirse en un hecho. El nombre De Martino existía de veras en mis antecedentes, mi madre era de veras la hija de una italiana, y ni siquiera al «carbonero» me lo había inventado, pues también él formaba parte de mis orígenes, aunque se tratara de un carbonero completamente distinto del que se suele asociar con esta palabra.

Entre las fotos de su bisabuela Angelina que tenía Irina había una en la que se veía a Serguéi, el hermano de mi madre. La toma, asepiada y muy desvaída, databa de 1927, cuando él tenía doce años. Alguien la hizo a orillas del río Dniéper, en Jersón, donde un tío italiano de mi madre poseía en aquel entonces una finca vitícola. Hundí la mirada en un día de verano de 1927, en la infancia de mi madre, cuando tenía siete años. Una naturaleza hechizada, durmiente, una barca en la orilla, un árbol viejo y grande. Se podía apreciar que los retratados no ocupaban sus puestos de forma aleatoria, sino que todos mantenían una relación artística tanto con el árbol como entre sí. En el centro, sentada con gracia en una rama en horquilla, había una mujer joven, cuya

identidad Irina desconocía. Debajo, de pie en el suelo, tres chicas, las hijas de Angelina y, por consiguiente, primas de mi madre... tres bellezas ya notablemente mayores de lo que eran en las fotos de las viñetas, las tres con trenzas largas y gruesas y blusas claras a lo Tolstói. Sobre una rama prominente del árbol, un chico riendo, con grandes orejas de soplillo. Llevaba pantalón corto y gorra de marinero, sus piernas desnudas parecían estar balanceándose en el aire.

Era, según sabía Irina, Serguéi, el hermano de mi madre, cuyas huellas Konstantín y yo habíamos rastreado sin éxito hasta ese momento. Se ve que la sonrisa de foto aún no se estilaba en aquella época, al menos en Ucrania, ya que en todos los retratos que había visto hasta entonces me había llamado la atención la seriedad de las personas fotografiadas, incluso de los niños; pero el hermano de mi madre, precisamente, reía. Por alguna razón eso me decepcionó. Justo a él, tan cercano para mi madre, yo lo creía particularmente profundo, sensible y melancólico, y lo consideraba, sin duda, el correspondiente masculino de mi madre. Y ahora me lo encontraba sentado en la rama de un árbol, en actitud de balancear las piernas y riendo divertido a la cámara. Un muchacho alegre, de aspecto un tanto basto, robusto. Tampoco en su físico pude descubrir parecido alguno con mi madre. ¿Estaba viendo de verdad a su hermano o es que Irina estaba mal informada y se trataba de otro muchacho?

En el agua, muy próxima a la orilla, se veía una barca y, dentro de esta, las siluetas de dos personas, una de las cuales sostenía un remo. ¿Eran mi madre y su hermana Lidia?, me preguntaba yo. ¿No tenían que serlo a la fuerza? ¿Por qué Serguéi habría ido al campo solo con sus tres primas? ¿No era lo más probable que la fotografía datara de las vacaciones de verano que los niños pasaban juntos en la finca de su tío italiano, a orillas del río Dniéper?

Una y otra vez, hasta que me lagrimean los ojos, miro las sombras de los dos ocupantes de la barca. Una y otra vez amplío la imagen en mi pantalla, luego la reduzco porque a partir de un determinado tamaño se borra todavía más. La contemplo a través de la lupa, la imprimo en distintas variantes, pero las dos figuras de la barca son demasiado pequeñas, demasiado lejanas,

demasiado difuminadas, se resisten a la técnica moderna y guardan su secreto, negándome la que tal vez sería la primera mirada posible a mi madre de niña.

Lidia, la hermana mayor de mi madre, era íntima amiga de su prima Marusya, según me escribía Irina desde Járkov. Un día, cuando tenían ambas unos dieciocho años, decidieron quitarse la vida juntas. Los motivos de su decisión quedaron en nebulosa, pero Irina opinaba que podían estribar en que el nuevo régimen no les ofrecía perspectivas de futuro a ninguna de las dos a causa de sus orígenes. Consta que Marusya no fue admitida en la universidad, después de lo cual se mesó su negra melena, maldijo su vida y cayó en una grave depresión. A Lidia, posiblemente, le pasó algo similar, el caso es que ella fue la fuerza motriz del proyecto, según parece. Consiguieron el veneno no se sabe dónde y acordaron el día y la hora exacta para ingerir la sustancia letal al mismo tiempo. Marusya cumplió lo convenido y murió, probablemente entre dolores horribles. Lidia, en cambio, se arrepintió en el último instante.

Sonaba a cuento de terror, nacido del talento ruso para el drama; no obstante, sentí un leve cosquilleo de pavor. ¿Acaso todas se inscribían en la misma línea?: Olga, la tía de mi madre, que se precipitó por la ventana; Marusya, su prima, asimismo muerta por su propia mano; Lidia, su hermana, que solo en el último momento perdió el coraje; y, finalmente, mi madre. ¿Padecerían todas ellas la enfermedad de Chelpánov? ¿Era el suicidio una especie de tradición familiar? Mi madre, que tendría nueve años por aquellas fechas, ¿se enteró de la tragedia? ¿Y cómo vivió Lidia el haber roto el pacto letal y dejado morir a su prima en la creencia de una muerte común? ¿Quién era esa hermana de mi madre? ¿Pendía sobre ella, ya entonces, la espada de Damocles del campo de castigo?

Podría haber mirado en internet, pero de algún modo la palabra me parecía demasiado íntima para teclearla en un buscador anónimo. Pregunté a Konstantín si conocía un topónimo llamado Medveshya Gora. Me respondió lo que sigue:

Medveshya Gora es una estación ferroviaria de Carelia. Hace mucho tiempo, después del primer ciclo de la carrera de Medicina, me asignaron un puesto de trabajo en Petrozavodsk. Viví allí algunos años, y en una ocasión recorrí, en bicicleta y siempre por bosque,

los ciento sesenta kilómetros entre aquel lugar y Medveshya Gora. Si a su tía la confinaron en ese campo, hay poca probabilidad de que falleciera de muerte natural. Los presos de ese campo tuvieron que construir el canal Mar Blanco-Báltico, una vía acuática de aproximadamente doscientos treinta kilómetros de longitud que conecta el mar Blanco con el Báltico y que había de abrir a Leningrado el acceso al mar de Barents. Los presos tuvieron que talar miles de árboles sin disponer prácticamente de recursos técnicos modernos, viéndose obligados a cavar el canal literalmente con las manos. El centro administrativo de esa gigantesca obra (campo de reeducación por el trabajo) se encontraba en Medveshya Gora. Se trataba de un puesto satélite del tristemente famoso campo de Solovetsky, ubicado en un archipiélago del mar Blanco. En el pasado, Solovetsky había sido un célebre monasterio, para convertirse, en el siglo XVIII, en la cárcel estatal más temida de la época zarista. Bajo el poder soviético nació allí el prototipo del *Archipiélago Gulag*. Nadie sabe cuántas personas murieron en la construcción del canal Mar Blanco-Báltico; las estimaciones van de 50.000 a 250.000. Muchos murieron en pleno trabajo, hundiéndose en el barro y el lodazal, donde siguen enterrados hasta el día de hoy.

La encantada Carelia rusa con sus infinitos bosques y lagos, sus iglesias de madera, recoletas y ocultas... Allí estaba, pues, Medveshya Gora, el monte de los osos. Era un lugar que existía de verdad, también ese nombre lo memoricé correctamente de niña. No era nuevo para mí pensar que la hermana de mi madre podría no haber sobrevivido al campo, pero ahora la veía machacada a muerte, pisada y repisada en el lecho del canal, con todos los demás que fallecieron en aquella obra. Un lecho de canal de doscientos treinta kilómetros poblados de cadáveres, entre ellos el de mi tía.

Consulté el atlas. Medveshya Gora quedaba a dos mil trescientos kilómetros de Mariúpol. Con sus quince mil habitantes, el lugar se hallaba en medio de un área forestal francamente inmensa, que se extendía desde el mar Blanco, un apéndice del océano Ártico, hasta Finlandia. La interminable taiga rusa, las ciénagas, los osos, los lobos, la nieve durante más de la mitad del

año, la noche polar, las legiones de mosquitos en los breves periodos de calor... El régimen totalitario aprovechó para su sistema penitenciario no solo las distancias, sino también la naturaleza hostil al ser humano. Intenté imaginar cuánto se tardaba, en aquellos tiempos, en salvar un trayecto de dos mil trescientos kilómetros. ¿Cuántos días, cuántas noches, se desplazó Lidia para llegar al campo? Por primera vez cobré conciencia de toda la dimensión de las distancias en aquel vasto imperio, de todo el potencial de desamparo que poseía aquel espacio enorme. Por la distancia con respecto al lugar de origen, a Lidia le había tocado un castigo relativamente suave; al fin y al cabo, existían campos soviéticos situados muchísimo más lejos de Mariúpol, a diez mil kilómetros y más.

Hoy, Medveshya Gora es un balneario de famosas aguas medicinales. Los turistas admiran los espectáculos de las luces polares y las noches blancas; visitan el histórico monasterio, circundado por fantasmales murallas hechas para la eternidad, en el archipiélago del mar Blanco, así como otro lugar de interés, acerca del cual un artículo ruso de internet relata lo que sigue:

En la zona boscosa de Medveshya Gora murieron antaño innumerables presos que construyeron el canal Mar Blanco-Báltico y, según el espíritu de la época, recibían el nombre de «soldados del canal». La visita a su cementerio conmemorativo deja una sensación extraña, mezcla de duelo, espanto e impotencia. No hay tumbas en el sentido convencional, sino solo árboles que sirven de soporte a placas con las fotos y las fechas de vida de los muertos. Son muchos, muchísimos árboles, un bosque entero. Y el bosque susurra al viento, susurra como si nos hablara con las voces de los miles de asesinados...

¿Había sido la hermana de mi madre una «soldado del canal»? ¿Tendría yo que haber ido, para encontrarla, en busca de un árbol en Carelia? ¿Habría podido ver allí, en el tronco de ese árbol, lo que tanto ansiaba ver: una foto de la hermana de mi madre?

Solo más tarde, al hacer cálculos, deduje que seguramente no habría encontrado la foto de Lidia en ninguno de aquellos árboles. El canal fue

construido de 1931 a 1933. Dado que la guerra de agresión alemana contra la Unión Soviética comenzó en junio de 1941, Matilda, la madre de mi madre, debió de partir poco antes hacia Medveshya Gora para ver a su hija, es decir, ocho años después de terminarse el canal. Todo esto significaba que Lidia había sobrevivido o había ingresado en el campo en fecha posterior a 1933, cuando los árboles de Carelia se talaban ya para otros fines. Quizá se estableció en el lugar de su destierro, como hicieron no pocos presos una vez cumplido su tiempo de reclusión. Unos habían sucumbido para siempre a la naturaleza, otros prefirieron seguir al margen de los centros de poder o habían perdido el contacto con su casa tras el largo periodo de confinamiento.

Entretanto, yo había intercambiado con Konstantín varios centenares de correos electrónicos, a veces una docena o más por día. Hacía meses que no me dedicaba a otra cosa que a leer sus mensajes y a escribirle, mientras continuábamos juntos nuestras indagaciones. No obstante, faltaban pistas para dar con los hermanos de mi madre. Lidia parecía haberse desvanecido para siempre en las vicisitudes de la historia mundial, y tampoco adelantábamos en la búsqueda de Serguéi. Konstantín tuvo la maravillosa idea de recurrir al programa de televisión *Espérame*, nombre inspirado en un famoso poema de guerra ruso de Konstantín Símonov, pero fracasó porque los redactores del programa estaban desbordados. Cada día se presentaban cientos de personas buscando a familiares, el tiempo de espera era superior a un año, y seguramente la historia que acompañaba a cada caso tenía que ser más espectacular que la que podíamos ofrecer nosotros. Nuestra solicitud de información al archivo central del Partido, donde Serguéi, como exmiembro, debía de estar más que registrado, quedó sin contestación. Konstantín averiguó las direcciones de todos los Iváshchenko que residían ahora en Mariúpol, y yo escribí cuarenta y ocho cartas, pero solo tuve dos respuestas en las que se negaba la existencia de un parentesco con la persona buscada. También la oficina del padrón de Mariúpol nos respondió con el silencio. Seguimos unas huellas que conducían a un pueblo ucraniano a orillas del mar de Azov, mantuve correspondencia con un adolescente que afirmaba que sus bisabuelos, aún vivos, habían conocido a Serguéi, pero después de esta prometedora comunicación y sus quejas sobre las desoladas condiciones que reinaban en Ucrania, el joven enmudeció. Realizamos pesquisas entre los vecinos de una

determinada calle de Kiev porque existía un vago indicio de que Serguéi alguna vez había vivido en ella; Konstantín incluso recurrió a un amigo residente en Kiev para que buscara *in situ*, pero volvió con las manos vacías. Finalmente, se dirigió a los teatros de ópera más importantes de las antiguas repúblicas soviéticas, y entonces dio en el blanco. El Teatro Bolshói bielorruso de Minsk le comunicó que Serguéi Yákovlevich Iváshchenko había formado parte del elenco operístico como «solista de primera categoría». Se sabía que había estado casado con una médica y que tuvo una hija llamada Yevguenia. En 1958 se había marchado de Minsk al teatro estatal de Kazajistán, en Almá Atá. Desde Almá Atá nos llegó la parca noticia de que en 1962 se había mudado al teatro estatal de Rostov del Don. De allí ya no hubo noticia.

Como Serguéi había nacido en 1915, teníamos que partir de la hipótesis de que ya no estaba vivo; sin embargo, disponíamos ahora de una información esencial. Había tenido una hija, una tal Yevguenia Serguéievna, que perfectamente podía estar viva todavía. Pero ¿dónde empezar a buscar? Habría sido mucho mejor si Serguéi hubiese tenido un hijo. La hija, presumiblemente, se había casado y vivía ahora bajo el nombre de un marido que no conocíamos. De nuevo nos encontrábamos en un callejón sin salida.

Dada su intervención en el frente de guerra con el conjunto lírico Estandarte Rojo, yo había considerado al cantante Serguéi una pequeña lumbrera, pero los teatros donde estuvo contratado como «solista de primera categoría» me desmintieron. La ópera y yo teníamos una larga historia en común. Una vez, en mi juventud, cuando no conocía del mundo mucho más que los campos de la posguerra alemana para antiguos trabajadores forzados, fui a parar por casualidad al recién inaugurado Teatro Nacional de Múnich. Representaban *Don Carlo*, y no entendí muy bien de qué se trataba, pero escuchar al senecto rey Felipe, en El Escorial nocturno y entre velas medio consumidas, cantar *Ella giammai m'amò*, fue mi vivencia iniciática. Estaba sola y enferma de hambre, sin sospechar que existiera ese alimento. Por primera vez en la vida me sentía interpelada, por primera vez me llegaba, desde el mundo exterior, la noción de mí misma. La ópera, el universo de las voces, se convirtió en mi primer hogar. Fui, muy posiblemente, la asidua más incansable de las localidades de pie del Teatro Nacional muniqués. Nada

deseaba con más fervor que ser una piedra del edificio para no tener que abandonarlo nunca, para no perderme un solo tono de la música que en él se tocaba y se cantaba. Escuché a todos los grandes cantantes de la época, desde Birgit Nilsson hasta Teresa Stratas, desde Fritz Wunderlich hasta Nikolái Ghiáurov. Después de cada función esperaba temblorosa a la salida de los artistas para pillar un autógrafo en el dorso de mi entrada y ver a mis dioses de cerca por unos segundos. ¿Era acaso mi propio tío uno de aquellos dioses? ¿Habría podido ser él quien, en el escenario oscurecido, entonaba con su bajo el aria del rey español, el gran lamento del monarca cansado del poder y hombre no amado? ¿También su voz me habría arrebatado, en un solo instante, a la soledad y transformado para siempre?

Como la práctica onomástica en el área rusófona no expresaba preferencia por un nombre, sino predilección por una determinada persona, generalmente un pariente cercano, apenas había lugar a dudas de que Serguéi bautizó a su hija Yevguenia en recuerdo de mi madre. Tuve ganas de volver a correr hasta ella y darle la nueva: Tu hermano Serguéi no te olvidó, no, nunca dejó de quererte, tengo la prueba, escucha... le puso a su hija tu nombre...

Mientras Konstantín y yo proseguíamos nuestras investigaciones en la nada azul, me visitó mi amiga Olga de Kiev. Poco después de la caída del Muro había venido a Berlín por primera vez y, acostumbrada a la miseria de la Ucrania de entonces, no daba crédito cuando veía, en la terracita de un restaurante de la Ku'damm, las gigantescas porciones de carne servidas a los comensales. Licenciada en Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos, había trabajado durante muchos años como mujer de la limpieza en Berlín, enviando dinero a Ucrania para que su nieto no se muriera de hambre. Poco tiempo después de la Revolución Naranja había vuelto a Kiev, donde vivía de nuevo con su exmarido, un caraíta de Crimea, y su nieto, con los que compartía su viejo piso de treinta y seis metros cuadrados en un bloque de construcción prefabricada con vista a las puestas de sol sobre el río Dniéper. Su hija hacía tiempo que había optado por el exilio en los Países Bajos.

Al igual que en sus visitas anteriores, Olga me trajo una tarta Kiev, exquisitez sin parangón hecha de merengue, avellanas y crema de mantequilla, que desde el cambio de poder en Ucrania llamábamos tarta Poroshenko, porque salía de las fábricas propiedad del nuevo presidente. Terminaba yo

siempre con el inevitable retortijón Poroshenko porque, incapaz de controlarme, comía demasiada tarta. Esta vez Olga no hacía una visita puramente amistosa: venía porque había muerto su hermana mayor, Tamara, residente de un centro geriátrico judío. El entierro ya había tenido lugar, y Olga quería recoger la urna con las cenizas para sepultarla en el cementerio del pueblo ucraniano donde pasó la infancia con su hermana. Venía de la guerra civil que acababa de estallar en Ucrania... En la Maidán, la plaza central de Kiev, donde todo había comenzado pacíficamente, ya se producían disparos.

Era una extraña fantasmagoría: los comienzos de la búsqueda de mi madre coincidían con las primeras ondas sísmicas de un renovado enfrentamiento militar en Ucrania. Me sentí como si las imágenes de la televisión me mostraran aquella guerra civil en la cual ella nació, como si me evocaran lo que ella había vivido en su día. La violencia no tardaría en alcanzar Mariúpol, donde la primera casa en arder sería precisamente aquella en cuyo solar se encontraba el liceo para chicas fundado por mi tía abuela Valentina. Los medios ucranianos informaban sobre la «casa que ardió tres veces». La primera vez había sido pasto de las llamas durante la guerra civil, cuando todavía era el liceo de Valentina. Después, en aquel preciso lugar, en la calle Gueorguiyevskaya 69, los invasores alemanes habían instalado su oficina de empleo, a la que prendieron fuego en su retirada de Mariúpol con el fin de borrar las huellas de su organismo de deportación.

Eso parecía dar respuesta a una de mis preguntas más importantes. Probablemente, según mi hipótesis, el liceo de Valentina fue reconstruido tras el primer incendio, y más tarde impartió clases en él mi joven madre, sobrina de la entonces ya fallecida fundadora. Cuando llegaron los alemanes, cerraron el instituto, establecieron en aquel céntrico edificio su oficina de empleo y le incorporaron el personal escolar. Fue así como mi madre se convirtió en trabajadora de la oficina de empleo alemana. Ni había escogido ese puesto libremente ni la habían escogido a ella; había sido un trámite automático, burocrático. En cualquier caso, resultaba mucho menos probable que los ocupantes alemanes la destinaran por mera casualidad a un puesto ubicado en el mismo edificio que el antiguo liceo de su tía.

Hasta hacía poco, en Alemania apenas nadie había oído hablar de Mariúpol, pero de la noche a la mañana la guerra civil hizo converger los focos en la ciudad. Mientras mis pensamientos estaban centrados en mi madre, la televisión emitió por primera vez imágenes de la ciudad en la que ella había vivido. Calles por las que había caminado, casas que había conocido, un pequeño parque que tal vez ya existía entonces. Y, sobre todo, una y otra vez la casa ardiente y humeante de la calle Gueorguiyevskaya 69, donde en el momento del atentado estaba localizada la jefatura de policía de Mariúpol... un lugar clave de mi historia familiar, repentino protagonista de las noticias de la televisión alemana. En una placa conmemorativa, adherida al edificio, que había desafiado las llamas, se podía leer esto:

Durante la ocupación de 1941 a 1943 se hallaba en este lugar la oficina de empleo alemana. Desde aquí más de 60.000 mariupolenses fueron deportados para ser esclavos en Alemania. Uno de cada diez murió en el cautiverio.

También Tamara, la hermana de Olga, que acababa de morir en Berlín a edad avanzada, fue una de las deportadas ucranianas. Tenía veinte años cuando la enviaron a Viena, destinándola a trabajar en una conservera. Si bien es cierto que a su regreso a Ucrania eludió la suerte de quienes fueron fusilados por traidores a la patria y colaboracionistas, o trasladados de un campo de trabajo forzoso al siguiente, integraba el grueso de aquellos para los que el trabajo esclavo en Alemania tuvo consecuencias para el resto de su vida. Los retornados, que no habían conseguido oponerse a la deportación por su enemigo de guerra, no fueron readmitidos en la sociedad, la mayoría de ellos arrastró una mísera vida de hambre hasta su muerte. Tamara no pudo estudiar ni encontró trabajo, ni siquiera el más simple. Durante muchos años se vio obligada a dejarse mantener por sus padres, quienes también pasaban hambre. Finalmente, un conocido de la casa, catedrático de bioquímica ya entrado en años, se enamoró de ella y pidió su mano. Ella no le correspondía, pero el matrimonio fue su salvación por asegurarle, al menos, la supervivencia. Su valiente marido, ya estigmatizado por su condición de judío, no salió indemne: durante mucho tiempo fue el único catedrático de toda Kiev al que no se le

asignó una vivienda propia y tuvo que vivir con su mujer y sus dos hijos en un piso colectivo.

Conocía yo a la hermana de Olga como una mujer imperturbable, completamente ecuánime. Nada en el mundo parecía conmoverla, su rostro expresaba una especie de calma meteorológica eterna. Cuando su marido murió en los años ochenta y sus hijos emigraron a Alemania, los siguió... y como madre de hijos judíos obtuvo el permiso de residencia. Después de haber vuelto de forma voluntaria al mundo de su antigua esclavitud, pasó el último y todavía largo trecho de su vida como perceptora del subsidio social en un bloque de pisos del barrio berlinés de Wedding. En su apartamento de una sola habitación, veía la televisión rusa o resolvía crucigramas rusos. Parecía no oír la lengua alemana, no tomaba nota del extraño país situado al otro lado de la ventana. En cambio, calificaba su tiempo en Viena como el más feliz de su vida. Cuando hablaba de esa ciudad, sus ojos turbios empezaban a relucir y sus mejillas pálidas, enceradas, adoptaban un brillo rosado. Olga estaba segura de que su hermana había vivido en Viena su primer y último amor, y que su elegido había sido un alemán. Si era cierto, había asumido un gran riesgo, pues a las trabajadoras forzadas de origen eslavo que se relacionaban con alemanes se las castigaba con la muerte o el ingreso en un campo de concentración. También en Ucrania, si hubiese trascendido, Tamara habría pagado caro su amorío con un alemán, posiblemente con la vida. Es más, su familia entera se habría visto represaliada. Tamara lo sabía y acató durante toda su vida la ley del silencio. Era obvio que había borrado de su memoria todos los horrores del trabajo forzoso y vivía sumida en recuerdos de exaltación romántica. Murió con casi noventa años en aquel lado del mundo donde, mucho tiempo atrás, debió de haber dejado su alma, y se llevó su secreto a la tumba.

Olga tenía que resolver algunos trámites para la entrega de la urna y se quedó unas semanas. Nos pasábamos la mitad de las noches escuchando ópera en YouTube, como siempre cuando estaba de visita. Ya al comienzo de nuestra amistad, hacía casi veinticinco años, le había contagiado mi pasión por la ópera. Una y otra vez escuchamos al barítono ruso Dmitri Hvorostovsky, natural de la ciudad siberiana de Krasnoyarsk, quien convertido ahora en estrella mundial había dicho en una ocasión: «No canto para entreteneros y

depararos sensaciones agradables; canto para sacudiros, para haceros daño, para que lloréis conmigo». Cantaba «*Ah, per sempre io ti perdei*» o «*Kak molody my byli*», y no le resultaba difícil hacernos daño con su voz. Llorábamos sentadas ante la pantalla.

Yo seguía dedicando numerosas horas del día a la búsqueda de mi tío Serguéi y de su hija Yevguenia, mi prima. Un día que volví a intentarlo con mi simple método de prueba y error, consultando al Google ruso sobre una tal Yevguenia Serguéyevna Iváshchenko, alguna página indefinible me mostró una dirección de Kiev: Krutoy Spusk, casa 26, piso quinto. Olga conocía la calle, que traducida significa «declive pronunciado». Estaba en una zona representativa del casco antiguo, justo detrás de la Maidán. Tras la dirección había un número de teléfono. Cuando por fin hice de tripas corazón y marqué, una voz de autómatas me explicó en ucraniano e inglés que ese número estaba fuera de servicio.

El miedo a los familiares siempre había sido un fenómeno extendido en el territorio de la antigua Unión Soviética. En el día a día salvaje y sin reglas, el peligro acechaba por doquier; la delincuencia era elevada. Ahora que en Kiev reinaba una situación parabólica, Olga moría mil muertes cuando su nieto de veintitrés años salía de casa. Nunca le habría permitido ir a la Maidán, donde quería defender la libertad de Ucrania, pero estaba tan contagiada por mi fiebre de la búsqueda que, a través de Skype, lo hizo aparecer en mi pantalla para enviarlo con órdenes estrictas a la dirección indicada en internet.

Pasaron dos horas y media —que para Olga debieron de equivaler a una eternidad— hasta que el nieto volvió de su expedición. No encontró a nadie en la citada vivienda, y tampoco en el piso vecino respondieron al timbre. El conserje le dijo que, años atrás, vivía en el número cinco una anciana, pero que ya había muerto y él no recordaba el nombre. Entretanto, el piso había cambiado de dueño dos veces, y ahora lo estaban reformando de nuevo.

Antes de partir, Olga envolvió la urna con las cenizas de su hermana en dos toallas y la acomodó en su maleta. La acompañé a la estación de autobuses, situada en el otro extremo de la ciudad. Su hermana Tamara, que había pasado los días más felices de su vida como trabajadora forzada en una conservera vienesa, volvía por segunda vez a Ucrania... esta vez no en un

vagón para ganado, sino en un autocar confortable y climatizado. Y esta vez, para siempre.

Llegada a Kiev, pese a las fatigas del viaje, Olga ni siquiera se tomó el tiempo de dormir. Bebió dos tazas de café que, indiferente a la técnica moderna, preparó sobre la placa del fogón en una *chesva*, una jarrita de cobre de mango largo, encendió un cigarrillo y se apresuró a dirigirse al metro. Cualquiera que solo la hubiese visto por detrás o desde cierta distancia la habría tomado por una mujer joven. Era esbelta como un junco, y a sus setenta y dos años aún trepaba a los árboles de su finca para recoger la fruta.

Esta vez tampoco abrió nadie en el quinto de la casa número 26 de Krutoy Spusk, pero Olga encontró a la vecina. Por ella supo que la anciana, Yevguenia Serguéievna Iváshchenko, antaño médica de distrito, no estaba muerta en absoluto, sino que se había cambiado de casa hacía unos años. De esta forma, en principio, quedaba claro que se trataba de la hija de Serguéi. Podía haber muchas mujeres llamadas Yevguenia Serguéievna Iváshchenko, pero además médica como su madre, probablemente solo existía una. No obstante, Olga preguntó si la vecina sabía por casualidad quién era el padre de Yevguenia Serguéievna.

«Claro que lo sé —repuso la mujer—. Era natural de Mariúpol y un famoso cantante de ópera.» Le dio a Olga el nuevo número de teléfono de su antigua vecina.

En tiempos soviéticos, las gentes se reunían en sus cocinas. Ahora había en Kiev multitud de cafés y restaurantes que le quitaban a la cocina su privilegio de lugar de encuentro sociocultural. Mi prima Yevguenia, además, no podía recibir a nadie en su casa por la simple razón de que en su reducido piso de dos habitaciones tenía seis realquilados, según explicó al teléfono. Eso no era habitual, ni siquiera en la calamitosamente abarrotada Kiev, donde se alquilaba cualquier agujero.

Tenía yo constancia de que los médicos en la antigua Unión Soviética estaban mal pagados. En mi mente aparecía la imagen de una facultativa de distrito agotada y amargada, que después de haberse matado a trabajar en un sórdido y desabastecido hospitalucho, regentaba una especie de asilo de noche en su pisito porque su jubilación no le daba para vivir. Una anciana inmersa en la miseria postsoviética.

Olga, tras su cita con ella, me relató algo distinto. Se había encontrado a una mujer vestida con elegancia, maquillada y de rasgos excéntricos; por su complexión y tipo se me parecía mucho, me dijo mi amiga, que había estado media noche buscando fotos y libros míos en su atestado piso para enseñárselos a mi prima, pero esta no se dignó echarles más que una breve ojeada. Reprimió de entrada cualquier intento de Olga de contarle algo de mí o averiguar algo sobre ella. Yevguenia habló sin tregua de su padre, que a todas luces había sido su dios. Al cabo de dos horas, Olga, de talante suave y paciente, salió huyendo... incluso en la pantalla del ordenador parecía todavía derrengada y desmadejada, como si hubiese mantenido un enfrentamiento físico con mi prima.

Cuando al día siguiente llamé por teléfono a Yevguenia, enseguida comprendí lo que Olga había tenido que aguantar. A los diez minutos, como mucho, sabía que apenas me concedería la palabra, que difícilmente conseguiría hacerle las preguntas que llevaba apuntadas. Después de saludarme con una exclamación estridente, me aplastó con su verborrea, tanto que yo ni siquiera estaba segura de si sabía con quién hablaba. Solo me quedaba concentrarme y tratar de entresacar de su perorata lo que quería saber.

Mi débil esperanza de que hubiera llegado a conocer a mi madre no se cumplió. Yevguenia había nacido en 1943, exactamente en el año en que mi madre abandonó Mariúpol para siempre. Resultó que el adolescente ucraniano de aquel pueblo del mar de Azov que desapareció tras su fugaz correspondencia conmigo seguía la pista correcta; era muy probable que sus bisabuelos conocieran a Serguéi, porque fue en ese pueblo donde Yevguenia, hija concebida durante un permiso del frente, había nacido en plena evacuación. Un día, cuando ella tenía tres años, un desconocido entró en el cuarto y le dijo: «Soy tu padre». Y ella supo al instante que era cierto, que aquel hombre y no otro era su progenitor. Desde el principio se quisieron «fanáticamente», decía una y otra vez, alargando la segunda *a* como un aullido de sirena.

De su boca oí por primera vez el nombre de una niñera llamada Tonya, que ya antes de la Revolución había vivido con la familia de mi madre y continuó haciéndolo luego, a través de todas las épocas y catástrofes. Parece

que dicha Tonya contaba que mi madre se había casado con un oficial americano durante la guerra y después se había marchado a Estados Unidos con él.

Conocía yo la pasión rusa por las mistificaciones, pasión con la que había de contar a lo largo de mi búsqueda. Sin embargo, en este caso me sorprendió el desprecio por los hechos, de los cuales los antiguos ciudadanos soviéticos solían tener un buen conocimiento. Yo había oído hablar de trabajadoras forzadas soviéticas que, tras la liberación, se habían casado con soldados americanos y los habían seguido a Estados Unidos; pero eso había sucedido en Alemania. Podía descartarse del todo que en la guerra se encontrara en suelo soviético un oficial americano al que mi madre hubiera podido conocer en Mariúpol. Aun cuando Tonya hubiese divulgado ese rumor, era extraño que a mi prima no le suscitara dudas.

Así y todo, la noticia de la niñera cerró otra laguna abierta en la vida de mi madre. Las circunstancias de su vida al estallar la guerra siempre me habían resultado enigmáticas: su padre, muerto desde hacía cuatro años; el hermano, en el frente; la hermana, desterrada; la madre, desaparecida mientras se desplazaba al encuentro de esta. La creía completamente sola en ese periodo terrible, porque, excepto sus familiares directos, no conocía a nadie en cuya compañía me la hubiera podido imaginar. Ahora sabía que, presumiblemente, estaba a su lado la niñera Tonya, una persona a la que tal vez conocía desde su nacimiento. Era probable que fuera Tonya la que calentaba la estufa cuando había combustible, la que conseguía comida en la ciudad reducida a escombros, la que corría con ella al refugio antiaéreo cada vez que sonaba la alarma.

Serguéi, según relataba mi prima, efectivamente le puso a ella, su hija, ese nombre en memoria de mi madre. Adoraba a su hermanita, no paró de hablar de ella hasta su muerte, describiéndola como extraordinariamente bella e inteligente, y nunca dejó de esperar noticias suyas. Por primera vez en mi vida oí hablar de una persona que había querido a mi madre, a la que yo solo conocía como una paria. La primera mirada amorosa que, desde fuera, recaía en ella me mostró más clara y crudamente que nunca la dimensión del desamor que había sufrido en Alemania. Mi prima tenía ahora la ocasión de recibir las noticias que su padre esperó en vano durante tanto tiempo, pero no me hizo una

sola pregunta acerca del verdadero destino de mi madre. No dejó que yo desbaratara sus falsas ilusiones de haber tenido una tía en el país de las oportunidades. A lo mejor, incluso pensó que mi madre aún estaba viva y que yo la llamaba desde Estados Unidos.

De Matilda Yósifovna De Martino, nuestra abuela común, le constaba que no había muerto en la guerra. Eso sí, de su viaje a Medvesya Gora nunca regresó a Mariúpol. Mi prima desconocía los motivos, solo sabía que la última fase de su vida la pasó en Voskresensk, una ciudad cerca de Moscú. Murió en 1963, a la edad de ochenta y seis años, o sea, solamente siete años después de mi madre.

Si mi madre hubiese sabido lo que yo ahora sabía, quizá las cosas habrían tomado otro rumbo. Si en aquel entonces hubiera podido pensar que su madre estaba viva, tal vez le habría sido más fácil soportar su suerte en Alemania. Tal vez ese conocimiento la hubiera disuadido de suicidarse. Por el contrario, cabe pensar que el río la llamaba precisamente con la voz de su madre, que al caminar hacia el Regnitz alemán imaginaba que iba al encuentro de su madre muerta.

Mi prima no había visto a nuestra abuela sino en dos o tres ocasiones, pero recordaba exactamente la fecha de su muerte. Era la de mi cumpleaños. El día que yo cumplía dieciocho en una ciudad de provincias alemana, mi abuela moría en la lejana Voskresensk, una ciudad cuyo nombre en ruso significa «domingo» y «resurrección». ¿También creía que su hija vivía una vida feliz en América?

La describió como una mujer fría, distante y sarcástica. Una vieja diminuta, flaquísima, de pelo color nieve y nariz larga; solo comía migajas, igual que un pájaro. Todos le tenían un poco de miedo, también Serguéi, cuya voz ella siempre criticó por no considerarla nunca lo suficientemente buena. En toda su vida amó a un solo hombre: su hermano Valentino De Martino. Su hija Lidia fue hija de los dos, una criatura fruto del incesto. Por lo demás, mi prima no supo decir nada respecto de Lidia, no la había visto nunca. Tras su arresto, Serguéi no había vuelto a saber de ella ni hablado jamás de ella. Probablemente, como opinaba mi prima, Lidia murió en el campo de castigo.

Según sostuvo Yevguenia, Yákov, el padre de mi madre, se quitó la vida. Iban a detenerlo y obligarlo a una delación, a lo cual se sustrajo pegándose un

tiro en vísperas del arresto. Parece que fue mi madre quien encontró su cadáver. Esto, curiosamente, me sonaba, como si alguna vez lo hubiera oído ya en boca de mi madre. Al mismo tiempo, me acordaba exactamente de cómo me contó que su padre había muerto de un ataque al corazón. Incluso sentía el sobresalto que ella dijo haber experimentado cuando, en la escuela, la sacaron de la clase y comprendió en el acto lo que había sucedido. Parecía que su padre había muerto dos veces, que ella había vivido dos veces esa pérdida. Tanto una como otra versión cuadraban en mi memoria. ¿Cómo era eso posible? Me acordé de la entrada de Yákov en el registro parroquial. La no mención de la causa de la muerte, ¿no avalaba, en efecto, que se había suicidado? ¿Se explicaba el espacio en blanco con el hecho de que la palabra «suicidio» no podía figurar en un registro parroquial?

De quien más me habló mi prima fue de su padre, Serguéi. Dijo que hablaba doce idiomas y que era el cantante más sublime de su tiempo, con una voz de ópera típicamente italiana; nadie le llegaba a la suela del zapato. Ya durante sus estudios en Kiev le había llamado la atención a Stanislav Kosior, antiguo presidente de Ucrania y considerado uno de los principales responsables de la hambruna de los años treinta. Cuando la mirada de este recayó en Serguéi, había ascendido a miembro pleno del politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética. Escuchó a Serguéi en un concierto del conservatorio de Kiev, y a partir de entonces lo protegió. Debió de entrarle por el ojo derecho, pues no solo lo promovió como cantante, sino que también lo invitó a su casa varias veces. Era un hecho casi inaudito el que un miembro del politburó concediera a un estudiantillo acceso a su esfera privada. Pero pronto Kosior se convirtió en víctima del sistema al que servía. Stalin lo hizo arrestar y torturar para forzarle quién sabe qué confesiones. Como se resistió, trajeron a su hija y la violaron delante de él. Entonces confesó, su hija se precipitó por la ventana, a él lo fusilaron y arrojaron sus cenizas a una fosa común del cementerio moscovita de Donskoy. Con eso, el destino de Serguéi estaba sellado. Era el favorito de un enemigo público declarado, y la sombra de este lo perseguiría durante el resto de su vida. Gracias a su extraordinaria voz, según Yevguenia, fue contratado por grandes teatros soviéticos, pero la gloria verdadera pasaba exclusivamente por el Bolshói de Moscú, teatro cuyas puertas quedaron cerradas al preferido de Kosior para siempre.

Me acordé de lo que Konstantín había dicho sobre la curiosa afiliación al Partido de Serguéi. Ahora entendía cómo el camello había pasado por el ojo de la aguja. Solo pudo haberlo promovido Kosior, sin duda bastó un chasquido de dedos suyo... ¿y con la condición de que Serguéi renegara de su hermana interna en un campo de castigo? Vislumbré a mi tío como una persona débil, angustiada, que había pactado con el poder y lo pagó toda su vida. Que, necesitado de mano dura, se había casado con una mujer a la que su hija calificó de «Stalin con falda» en nuestra conversación telefónica.

Yevguenia nunca se había casado... ese disparate, según sus palabras, no iba con ella. Solo había vivido para su padre, quien por lo visto había heredado del suyo un corazón delicado. Se había hecho médica para poder tratarlo ella misma. Llevaron una vida de nómadas, transitando de república en república, de ciudad en ciudad, cada vez a sitios donde a Serguéi le había salido un contrato por unos años. Siempre vivieron en pisos provisionales, y las más de las veces eran tres en una habitación para invitados propiedad del respectivo teatro. En todas partes, Yevguénia se había lanzado a obtener para su padre la escasa fruta y verdura, se había procurado medicamentos cardiovasculares en el extranjero y, por último, hasta se había hecho embarazada a fin de darle el anhelado nieto a su padre, que era ya un hombre mayor y se había casado. Convivió con él y su hija en la casa de Krutoy Spusk, pero como no congeniaba con su madrastra hubo que permutar la vivienda grande por dos pequeñas.

A los cincuenta y dos años, Serguéi padeció un infarto de miocardio del que ya nunca se recuperó totalmente. Cuando tuvo que abandonar el canto, la familia se mudó a Kiev, donde por fin se cumplió su eterno sueño de disponer de una vivienda propia. Cobrando como cobraba una jubilación miserable, pese a su notable carrera, se veía obligado a ganar un extra. Así pues, en los últimos años de su vida, trabajó de vigilante en un parque de atracciones. «Murió en la calle —dijo Yevguenia—. Un día que volvía del parque a casa cayó muerto.» Estaba convencida de que lo habían asesinado: había presenciado en el parque un accidente de carrusel en el que murieron varios niños, y lo eliminaron por haber sido testigo. ¿Debía creerla? ¿O sería que mi prima no podía soportar la idea de que su dios padre hubiese muerto de una

muerte absolutamente banal, lo más probable de un segundo infarto que tampoco ella logró evitar, por mucho que hubiera estudiado medicina?

Mi prima me contó más de lo que me había atrevido a esperar, pero después de la llamada de cerca de dos horas de duración, en las cuales prácticamente no hablé, de pronto me sentí por completo vacía. Estaba sentada ante el ramificado árbol genealógico que Konstantín me había dibujado y que, ampliado, colgaba sobre mi escritorio... habría podido añadirle tres ramas más, correspondientes a mi prima, su hijo y su nuera, pero ya no sabía para qué. Ya no sabía qué había buscado en realidad, qué me importaban todas esas personas desconocidas, qué me unía a ellas. Durante toda mi vida me había sentido en desventaja por no tener familia, pero esa sensación solo se debía al hecho de haber ignorado que sin ese lastre era una persona feliz. La tristeza abismal que últimamente me había asaltado a veces ante la perspectiva de no llegar a conocer nunca a mi clan italoucraniano se había convertido en un horror ante ese clan. Ya no quería escuchar nada de todas esas monstruosidades, de esas tétricas y desmedidas historias de amor, de odio y de locura, según las cuales prácticamente ninguno de mis antepasados había fallecido de muerte natural. La fábula y la mentira, la realidad y las quimeras de una vieja medio desquiciada, encerrada en sí misma y en el delirio por su padre, daban vueltas en mi cabeza. No tenía idea de lo que podía creer y lo que no, añoraba volver al tiempo tranquilo y feliz con mis muertos, todas esas personas bellas e interesantes de las viejas fotografías en blanco y negro. Habían perdido su encanto para mí y adoptaban los rasgos de mi prima viva. También ella habría vivido más sustos de los que caben en una sola existencia, al parecer nunca había encontrado una vida propia y se había ocultado detrás de su identidad de hija. ¿Qué destino tendría su hijo, previsto para una vida de nieto?

Lo que más me turbaba era la descripción que Yevguenia ofrecía de nuestra abuela Matilda. ¿Mi madre se habría consumido llorando por una mujer fría, distante, sarcástica? La imagen que ella me había transmitido de su madre, ¿se debía a esa tristeza idealizadora que a menudo sentimos por lo que está perdido de forma irremediable? Hija desechada de Teresa Pacelli, la novia del capitán, Matilda ni siquiera habría estado en condiciones de dar

amparo y abrigo a sus propios hijos, puesto que ella misma no había experimentado estas formas de cariño.

El mar parecía atravesar cual hilo temático la historia de la familia de mi madre. Epifán, su abuelo ucraniano, eligió la vía marítima para desaparecer para siempre. Giuseppe, su abuelo italiano, el capitán, pasó gran parte de su vida en los océanos, junto con su mujer, que se llevaba sus muñecas al barco y, en cambio, se deshacía de sus retoños. Quizá sus hijos Matilda y Valentino no se criaron con los mismos parientes, sino por separado, quizá eran lo suficientemente extraños el uno para el otro como para enamorarse un día mutuamente. ¿O fue una cercanía nacida del abandono compartido la que, de la noche a la mañana, encendió la pasión entre los hermanos, una pasión que dio como fruto a Lidia? ¿Era esta de veras una hija incestuosa, del pecado de la endogamia y, por tanto, una marginada, una proscrita de la familia, sobre la cual guardaron silencio no solo su hermano Serguéi, sino también la hermana de este, mi madre? ¿Estaba todo entrelazado: el pecado congénito, el pacto de suicidio con su prima Marusya y el campo de castigo donde finalmente desapareció? ¿Fue así o seguían mis pensamientos las cataratas interiores de esa rara y monomaniaca prima mía que, desde la idolatría por su padre, urdía historias de incesto?

Si era cierto lo que decía de Lidia, si la hermana de mi madre había muerto de verdad en el campo, yo había llegado al final de mi búsqueda. De potenciales parientes remotos apenas podía esperar informaciones sobre mi madre. Mi prima Yevguenia me había dejado en un desierto, con más preguntas que nunca, preguntas para las cuales, presumiblemente, ya nunca tendría respuestas. Había perdido de vista a mi madre, parecía haber desaparecido para siempre en el abismo que mediaba entre la verdad y la ficción, en una nada trémula e inasible. En definitiva, todo lo que había averiguado a propósito de ella no era más que materia para conjeturas e hipótesis, materia para cuentos de hadas.

A los pocos días de mi llamada a Yevguenia, Olga se la encontró en la Maidán. Ciertamente, la plaza constituía por entonces el foco de la ciudad, en el sentido cabal de la palabra, pero Kiev tenía unos tres millones de habitantes, y era muy poco probable cruzarse por azar con alguien al que se acababa de conocer. Olga se asustó y se escondió entre la muchedumbre,

aunque seguramente mi prima no la hubiera reconocido. Durante su cita ni siquiera la había mirado, no paró de exhibir, permanentemente y desde todos los lados posibles, los hoyuelos que tanto había admirado su padre y en los que parecía cifrarse su orgullo. Vestida con un elegante abrigo de color añil y un gran sombrero negro, se mantenía al margen y cantaba. Con voz levemente cascada y ojos relucientes elevados al cielo, entonaba, a orillas del tumulto bélico, la versión rusa de la famosa elegía de Massenet que todo el mundo en Ucrania conocía y que, sin duda, también había cantado su padre: «¡Oh, dulces primaveras de otros tiempos, verdes estaciones, habéis huido para siempre!...».

Al final de mi llamada, Yevguenia sí me hizo una pregunta. Quería saber si alguna vez había estado en Mariúpol. Dijo que iba siendo hora de que me desplazara hasta allí, de que viera con mis propios ojos el lugar de origen de mi madre. En el fondo, mi prima y yo no éramos tan diferentes. Ella se había parapetado ante la vida tras su padre, yo tras la mole de mi escritorio. Por razones totalmente distintas, yo también tenía algo en común con Konstantín. No solo para él, sino también para mí, internet era un sustituto del mundo.

De mi prima no supe nunca más.



Serguéi con sus primas a orillas del Dniéper.

Era enero en el lago. Nunca me había envuelto una oscuridad tan gélida y persistente, tampoco de día clareaba del todo. Me veía en una especie de noche polar, en un silencio sideral donde, en las horas nocturnas, no se oía más que el crujido del hielo. A veces era un sordo gruñir, un leve golpeteo que parecía venir de una estación ferroviaria de maniobras. Me figuraba que por allá, en el fondo del lago, las placas de hielo entrechocaban y se deslizaban unas sobre otras. Solo la farola del alumbrado público frente a mi casa, la última del pueblo, me recordaba que me hallaba en el mundo animado. Pero a veces, incluso esa farola parpadeaba como si estuviera cansada y fuera a adormecerse en cualquier momento. A su luz convulsa la niebla se agolpaba como un humo nacarado, impenetrable, y cuando se disipaba, se veían flotar diminutos copos de nieve, que se esparcían cual serrín blanco sobre la hierba yerta y parda. A menudo se oía también gritar a las aves acuáticas por la noche. Procuraban mantener abiertos los orificios en el hielo apiñándose y formando islotes, pero a la larga el calor de sus pequeños cuerpos no podía con la masa glacial. Los orificios para sus zambullidas se cerraban, y perdían su fuente de alimentación. El clamor nocturno de las aves me llenaba de desasosiego, como si también a mí me amenazara una desgracia.

Bajo el capó de mi coche se había aposentado una garduña. Protegida del frío, dormía allí y se comía cables de vital importancia, según me explicaron en el taller. Al parecer, las garduñas modernas se nutrían de plástico y cobre; el caso es que mi vehículo ya no emitía ningún sonido, salvo el clic de la llave de contacto en la cerradura. Cada día me proponía llamar al automóvil club, cada día lo dejaba para el siguiente. Quizá era la prolongada oscuridad la que originaba mi inercia, quizá no me importaba estar incomunicada del mundo durante un tiempo. Sentía la piel seca y escamosa, siempre estaba cansada y pensaba que me encantaría meterme en la cueva de un oso y compartir su arcaico letargo.

Un día, ya cerca del amanecer, levanté la vista de mi ordenador y quedé aterrada. En un primer momento tuve la certeza de que se había producido alguna catástrofe, que la orilla opuesta del lago estaba ardiendo. En un segundo vistazo lo observado resultaba aún más inexplicable. Parecía como si una extensa cinta adhesiva color rojo sangre atravesara en línea recta la oscuridad, bordeando por completo la ribera de enfrente. No podía ser ni fuego ni luz, ni lo uno ni lo otro tenía ese contorno nítido, como trazado con una regla. Me preguntaba si había estado demasiado rato mirando la pantalla, si alucinaba o las leyes naturales habían sido anuladas, pero minutos después volvía a ver las mismas tinieblas estigias que antes. Por lo visto, una ranura de una precisión antinatural en la negra capa de nubes me había mostrado la conflagración del cielo detrás de la oscuridad.

En aquellos días, había empezado a trabajar en el proyecto de libro sobre mi madre. Escribía con una entrega desconocida, una sensación de felicidad desproporcionada, mientras al mismo tiempo tenía la impresión de horadar una montaña cuyo final no podría alcanzar jamás. Me encontraba como en el pozo de una mina, escribía toda la noche y me pasaba el día, corto y pizarroso, durmiendo, para lanzarme al ordenador nada más despertar, aún antes de poner a hervir el agua para el té. En el fondo eran las fotos de la familia las que escribían el libro; me conducían en direcciones distintas, a menudo inversas, se enredaban en contradicciones, me atraían a laberintos sin salida. Apenas había hilos visibles que unieran a las personas entre sí, todas permanecían extrañamente aisladas en el espacio, guardando una relación desconocida, solo hipotética, con mi madre.

El foro de Konstantín era una fuente de información inagotable. Disponía, por ejemplo, de un archivo sobre la Mariúpol de antes, desde la cual me llegaban mensajes del mundo temprano de mi madre, acontecimientos que habían ocurrido entre el cuarto y el decimosexto año de su vida:

Con motivo de la muerte de Vladímir Ilich Lenin, 2.500 mariupolenses se reunieron en un mitin luctuoso. El 28 de abril se celebra un desfile de antorchas de los komsomolets.

Una marea viva inundó la parte baja de la ciudad. 120 familias perdieron sus hogares.

La comisión de distrito para la expropiación ha resuelto desposeer a los terratenientes Jreshchátnitskaya, Krasnyansky, Shutenko y Pásterev del derecho de usufructo de la tierra y expulsarlos de Mariúpol.

El 25,6 % de los menores de entre ocho y once años no van a la escuela, siendo por tanto analfabetos. La redacción del periódico «El Proletario de Azov» busca suscriptores mediante una gran lotería. Los premios gordos son un abrigo raglán para caballero, retales, zapatos, polainas y las obras completas del camarada Lenin.

La orilla derecha del mar espera voluntarios. Para la construcción de la fábrica Acero de Azov se necesitan por lo menos mil voluntarios. La participación en esta iniciativa es una cuestión de honor para cada uno de nosotros.

El conglomerado metalúrgico Ilich va a tener un palacio cultural; en Acero de Azov y el puerto se instalarán clubes de cultura. Además, está previsto construir nuevas residencias de vacaciones y ampliar el sanatorio local.

Comienza el juicio político contra los profesores de la escuela del Partido de Mariúpol. Se les imputa la creación de un grupo nacionalista-burgués trotskista.

En un encuentro de las trabajadoras mariupolenses se repartieron primas de 150, 200 y 250 rublos. Además, cada delegada recibió un tonelillo de espadines en salmuera.

El teatro cinematográfico de los obreros ha adquirido un equipo de sonido y proyectará, del 10 al 12 de febrero y por primera vez en nuestra ciudad, una película sonora. Se trata de una versión fílmica de la novela *La madre*, de Maksim Gorki.

¿Cuál sería, en aquellos tiempos, el aspecto de la ciudad natal de mi madre? Debía de guardar poco parecido con el luminoso lugar marítimo del sur que se evocaba en la crónica periodística del antes mencionado partido de fútbol, crónica que dio al traste con la imagen invernal que tenía en mi cabeza. Ahora mi idea de la ciudad volvía a cambiar. Mariúpol es una urbe fabril desde antes de la Revolución, en la época soviética la industrialización se ve propulsada poderosamente, los estajanovistas establecen plusmarcas mundiales de productividad laboral. La silueta urbana está dominada por chimeneas que vomitan penachos de humo, sus emisiones tóxicas empañan el cielo azul de los veranos y se abaten día y noche sobre las calles y los transeúntes. Está la Tórgovaya Úlitsa, con sus numerosos puestos y tienduchas que, tras la Revolución, ofrecen ya poca cosa, algo de requesón, carne, patatas y tomates cultivados en huertas particulares, inasequibles para el grueso de la población hambrienta; la Fontánaya Úlitsa, con las fuentes de las que, hasta el cambio de siglo, la gente sacaba el agua para el consumo propio y del ganado; la Grécheskaya Úlitsa, donde tal vez vivían la primas de mi madre antes de ser expulsadas del palacio; la Italiánskaya Úlitsa, en la que presumiblemente se encontraba la casa de mis bisabuelos italianos. Carruajes tirados por caballos traquetean sobre el adoquinado roto, y en 1933, cuando mi madre tiene trece años, pasa el primer tranvía, el único que circula en ambas direcciones por un solo carril.

Justo detrás del centro comienza la jungla. Las calles se encuentran sin pavimentar, todo es un laberíntico trazado de caminos y senderos hollados por pies humanos. Casitas con huertos minúsculos pegadas unas a otras e imbricadas entre ellas, ya de piedra, ya de madera; chozas de adobe, barracones, emparrados, cobertizos... no hay lugar donde no viva nadie en una ciudad donde la superficie residencial por habitante es de tres metros cuadrados y medio. No existe alcantarillado, campa la suciedad, la basura, la pestilencia, la pobreza. Epidemias, fiebre tifoidea, malaria. Niños sin techo que han perdido a sus padres en los avatares de la guerra civil merodean sin norte, buscando desechos, robando y, en invierno, durmiendo en los calderos de alquitrán que salpican los bordes de la vía pública, en los cuales los peones de obra preparan durante el día su mezcla negra y viscosa para sellar las calzadas.

Y el mar, el de Azov, el menos profundo de la tierra, como creado expresamente para mi madre no nadadora... ¿Se bañó en él? ¿Acudió a sus playas a menudo? ¿Con otras chicas, con chicos? ¿Qué traje de baño llevaba? ¿En aquel entonces se bañaban con lo puesto, en ropa interior? ¿No debía de haber en el día a día de mi madre momentos bonitos, despreocupados, de exaltación juvenil? ¿Se embelesaba con la poesía, con las últimas canciones de moda, con algún chico? ¿Iba, en invierno, a la pista de hielo, donde alquilaban patines y tocaba una orquesta a cuyo compás los jóvenes se movían sobre la superficie helada? ¿Asistió, en el palacio cultural, a funciones de teatro, conciertos, sesiones de baile? ¿Le gustó alguno de los admiradores que tendría? ¿O amaba en secreto justamente a aquel que no la quería? ¿Soñó con él y le escribió cartas nunca enviadas? ¿O fue mi padre su primer amor? ¿Llegó a amarlo alguna vez?

Mientras me extraviaba en ideas e hipótesis y escudriñaba, en los artículos sobre la vieja Mariúpol, piezas, esquirlas de la vida de mi madre, una vida que para mí consistía en lagunas más que en cosas visibles, Konstantín perseveraba en la búsqueda de Lidia. Había seguido en vano muchas pistas, y cuando finalmente el propio centro conmemorativo del antiguo campo de Medveshya Gora le notificó que en su registro no figuraba ninguna presa con el nombre de mi tía, perdí la esperanza. Pero Konstantín no habría sido Konstantín si hubiese claudicado. Perseveró. Y, un día, se topó en

internet con una lista de las «víctimas del poder soviético entre 1923 y 1953». Tan solo para ese lapso de treinta años se relacionaban más de cuarenta millones de víctimas. El apellido Iváshchenko salía treinta y nueve veces, entre las cuales había también una Yákovlevna.

En la misma página de internet figuraba la dirección de correo electrónico de un hombre llamado Alfred Kramer, residente en Odesa, que ofrecía ayuda profesional para la búsqueda de víctimas. Konstantín encontró en la red una entrada sobre él: era germanorruso, miembro de varias instituciones de Odesa e intervenía de forma un tanto opaca en la política municipal. Le escribimos, y ya al día siguiente le comunicó a Konstantín que había consultado el archivo estatal de víctimas del gobierno de Odesa y hallado el expediente de la persona buscada. Pedía que la solicitante de Alemania le girara doscientos euros por Western Union, entonces recibiría el expediente de forma digitalizada al cabo de pocos días.

Konstantín me aconsejó que, de momento, no hiciera ningún giro porque primero necesitábamos una prueba de que realmente se trataba de mi tía. Cuando pidió esa prueba al odesita, este le comunicó que el lugar de nacimiento de la víctima era Varsovia. Konstantín le agradeció sus esfuerzos y empezamos a pensar en un procedimiento distinto. Pero solo horas después nos dio otro detalle del expediente: la madre de la víctima era una tal Matilda Yósifovna Iváshchenko, de soltera De Martino.

Hice, por primera vez en mi vida, una transferencia de dinero a Ucrania y la esperé. La impaciencia me hacía revisar mi bandeja de entrada veinte veces al día. Efectivamente, habíamos encontrado a la inencontrable, a la misteriosa Lidia, el apellido De Martino despejaba cualquier duda. Si bien su nacimiento en el extranjero polaco enseguida me planteó nuevos enigmas, Konstantín, una vez más, aportó luz al asunto. En 1911, año de nacimiento de mi tía, no solo Ucrania, sino también una parte de Polonia pertenecían al Imperio ruso. Por consiguiente, Lidia había nacido en territorio nacional. Quedaba la pregunta de por qué su nacimiento se había producido tan lejos de Mariúpol. Al instante se me ocurrió pensar que el remoto lugar reforzaba la tesis del origen incestuoso de mi tía. No sabía qué sentido tenía eso, pero me imaginé que Matilda había huido a Varsovia para dar a luz allí, lejos de su medio social, a la criatura de

su amor prohibido. Al mismo tiempo pensé que estaba loca por seguir hilvanando las quimeras de la charlatana y chalada de mi prima.

Desde mi transferencia habían pasado más de dos semanas. Alfred Kramer me había confirmado la llegada del dinero, pero después ya no volví a saber nada de él. Estaba casi segura de haber sido estafada. No podía ser que alguien tuviera libre acceso a un archivo de víctimas estatal e hiciera negocios con ello enviando copias de expedientes a interesados residentes en el extranjero de los que no constaba más que una dirección de correo electrónico. Pero volvía a pensar con mi cerebro alemán. Alfred Kramer, según conjeturó Konstantín, daba una parte del dinero que recibía de sus clientes a un empleado del archivo, quien a cambio le dejaba consultar y copiar los expedientes en cuestión... el método habitual en esa parte del mundo; una y otra vez las leyes de la vida en la Europa del Este rebasaban mi limitado horizonte occidental. No obstante, el tiempo pasaba y de Odesa seguía sin llegar nada. Al insistir, se me explicó que el expediente se encontraba en muy mal estado, y que revisar las quinientas páginas con su letra descolorida, clasificarlas y ponerlas en el orden correcto implicaba mucho trabajo. Se me rogaba paciencia. Lo interpreté como un sutil anuncio de posteriores reclamaciones económicas motivadas por la elevada carga de trabajo, pero a los dos o tres días entraron en mi buzón dieciséis envíos sucesivos, una cantidad de datos inquietante compuesta de archivos zip separados. Debí de ser una labor ingente clasificar cada una de esas hojas, al parecer ya medio desintegradas, colocarlas en un aparato y escanearlas. Sentí vergüenza por mi desconfianza. Los doscientos euros que había girado, y que el germanorruso quizá tenía que dividirse con otra persona, eran una remuneración irrisoria por la tarea desempeñada... aparte de que lo que yo recibía era impagable.

La primera página del expediente consistía en un trozo de papel de embalar, arrugado y mal recortado, con las fotos policiales de cinco mujeres y dos hombres pegadas encima. Se los había retratado de tal manera que parecían delincuentes peligrosos. Solo faltaba una foto del total de ocho acusados: la de Lidia. A todas luces había sido arrancada dejando un vacío bajo el cual ya solo podía leerse su nombre. La decepción estuvo a punto de hacerme llorar.

Seguía una avalancha de actas de interrogatorios, resoluciones, disposiciones, instrucciones, la orden de arresto, la orden de registro domiciliario, el auto de acusación y más actas de interrogatorios. Papeles de ochenta años de antigüedad que parecían despedir, incluso desde mi pantalla, un olor a moho, a archivo subterráneo de Odesa con miles y miles de expedientes de víctimas aguardando su exhumación.

Del expediente de Lidia se desprendía que, en efecto, había nacido en Varsovia, donde vivió hasta los cinco años con sus padres. Que después de regresar a Mariúpol, la familia se había instalado en casa de mis bisabuelos italianos. Allí, Lidia había pasado los años hasta el inicio de sus estudios en Odesa.

Mis intentos de imaginarme bajo qué techo se crio mi madre en Mariúpol siempre habían resultado fallidos; ahora me parecía tener la certeza de que también ella vivió en la casa de sus abuelos italianos. Dada la fortuna acumulada por Giuseppe De Martino con su negocio de carbón, debía de tratarse de una mansión de lujo que, al nacer mi madre, sin duda alguna había sido declarada ya propiedad del pueblo. Presumiblemente, estaría atiborrada de personas desconocidas, a los enemigos del pueblo expropiados no se les habría dejado más que un rincón del que fuera su domicilio. Bien puede ser que mi madre creciera entre personas que la odiaban, para quienes los de su condición eran caza sin coto; personas a las que ahora no solo les pertenecía la casa, sino también los muebles, las vajillas, las alfombras de sus padres; personas que quizás incluso llevaban su ropa, que en la cocina comunitaria escupían en la sopa de los antiguos vástagos de sangre azul e integrantes de la clase orpesora y que, seguramente, habrían podido matarlos con impunidad absoluta en cualquier instante.

Tras licenciarse en Ciencia de la Literatura en Odesa, Lidia, según supe por su expediente, volvió a Mariúpol y trabajó por breve tiempo en el periódico «El Proletario de Azov», con cuyo nombre acababa de toparme en el archivo de Azov's Greeks. El 5 de noviembre de 1933, con apenas veintidós años, fue detenida. Se le imputaba pertenencia a una asociación antisoviética llamada Grupo para la Liberación del Proletariado, y se le enjuició por actividades contrarrevolucionarias hostiles al pueblo. Al parecer, el objetivo de la organización, supuestamente fundada en Odesa en el año

1931 y con células en distintos lugares de Ucrania, consistía en derrocar al poder soviético, ya que este, en opinión de los miembros del grupo, había traicionado al socialismo e instaurado un capitalismo de estado antiobrero. Los presuntos conspiradores, estudiantes todos de Ciencia de la Literatura, tenían la misión de organizar círculos literarios en las fábricas del país en los que se instruiría a los trabajadores con el fin de ganarlos para una contrarrevolución. Las reuniones se celebraban en los pisos de los miembros, y en más de una ocasión tuvieron lugar en el de Lidia, que en Odesa estaba alojada en casa de una hermana de su padre, su tía Yelena, la elegante mujer del vestido de brocado con cuello Médici, a la que yo conocía por el retrato familiar con la palmera de interior y con cuyo nombre volvía a encontrarme ahora en el expediente judicial de su sobrina.

¿Cómo debió de ser el momento en que arrestaron a aquella joven de veintidós años, casi una niña todavía si la miro con mis ojos de hoy? ¿Cuándo, aquel 5 de noviembre de 1933, acudirían sus verdugos? ¿A su hora preferida, la noche o la madrugada, momento en que todos dormían y se llevaban a la víctima soñolienta y desprotegida? ¿También mi madre, de trece años, se despertaría aquella noche por los inapelables toques en la puerta que millones de personas temían en aquel entonces? ¿Se sabía, se sospechaba, que la detención de Lidia era inminente o llegó completamente por sorpresa? ¿Presenció mi madre el registro de la casa, el instante en que esposaron a su hermana y se la llevaron? No pude menos que pensar en el *Réquiem* de Anna Ajmátova: «Te llevaron al alba / Yo fui tras de ti como en un entierro / En el ático oscuro lloraban los niños / Y ante la imagen sagrada se derretía la vela».

Hasta su condena, Lidia pasó medio año en prisión preventiva en las cárceles de Mariúpol, Odesa y Donetsk, encerrada en calabozos durante aproximadamente la mitad de ese periodo. Las actas de los interrogatorios, que abarcaban cerca de trescientas páginas, eran, según Konstantín, una farsa. Las declaraciones de los acusados se conseguían mediante tergiversaciones, manipulaciones, amenazas y el uso de la fuerza. Y como a la gente se la fusilaba por solo contar un chiste, se practicaban temiendo por su vida. Con frecuencia los interrogadores violaban a los acusados si eran mujeres, y los torturaban o sometían a la llamada noria, una cadena de interrogatorios donde al poco tiempo, por los efectos de la privación aguda de sueño, ya no sabían

lo que decían. Aunque eso no importaba, pues por lo general se les dictaban las palabras, cuando estas no procedían directamente de la pluma del interrogador, quien, expuesto a presiones de arriba, se veía obligado a lograr ciertos resultados o a entregar actas que complacieran a sus superiores. A nadie le interesaba la verdad. Solo se trataba de cumplir con el débito diario de la maquinaria de aniquilación, de satisfacer el insaciable apetito de víctimas humanas de Stalin.

Efectivamente, las declaraciones de Lidia no tenían nada que ver con un discurso oral, y menos con el de una persona que hablaba temiendo por su vida. En cuanto a su contenido, las actas eran todas iguales y abundaban en expresiones preestablecidas, estereotipadas. Al parecer, Lidia traicionó al conjunto de sus camaradas, indicaba nombres y señas, describía las vidas de los integrantes del grupo y las actividades que llevaron a cabo en su seno, daba circunstancias detalladas de ellos. Con monotonía soporífera y una absurda profusión épica se reproducían de acta en acta los mismos debates políticos e ideológicos del grupo, se enumeraban sus lecturas conjuntas, se pormenorizaba el ejercicio de comportamientos conspirativos y agitatorios, se citaban los diez puntos del manifiesto político que redactaron. Lidia, sin ton ni son, juraba que había renegado hacía tiempo de sus orígenes aristócratas y condenaba a su abuelo Giuseppe De Martino, el gran exportador del carbón del Donéts, como explotador del pueblo ucraniano; sus padres, aseguraba, nunca poseyeron nada y vivieron de meros realquilados en la antigua casa parental. Era el único pasaje de las actas que me pareció auténtico, un intento desesperado de Lidia, quizá, de sacar la cabeza de la soga al distanciarse de sus orígenes. Todas las actas terminaban con la misma proclamación de compromiso, formulada tal vez por un interrogador biempensante:

Mucho antes del día de hoy, me di cuenta del gran daño que mis correligionarios y yo causábamos al pueblo soviético con nuestras actividades contrarrevolucionarias. Obré por ingenuidad e ignorancia políticas, influida por nuestra líder, Bella Glaser, cuya extraordinaria cultura y carisma me impresionaron poderosamente, incitándome a pensamientos y acciones equivocados. De buena fe, y a la luz de la dictadura soviética del proletariado, he declarado

cuanto me consta acerca del Grupo para la Liberación del Proletariado. Soy consciente de que mi culpa ante el poder soviético consiste no solo en mis falsas creencias y actividades ejercidas dentro del grupo, sino también en haber guardado silencio sobre ellas. He contraído una deuda profundísima, pero tengo la esperanza de haberla expiado en parte con mis declaraciones francas y veraces, y de tener, en el futuro, permiso para desempeñar un trabajo honrado al servicio de mi patria soviética.

Los tiempos habían cambiado drásticamente desde el derrocamiento del último zar, pero los métodos punitivos para personas desafectas seguían siendo los mismos. Todos los acusados pertenecientes al grupo fueron condenados a tres años de reclusión en campo de castigo «allende las fronteras de Ucrania». Considerando que se trataba de conspiradores enemigos del Estado que habían querido derribar el régimen, era una sentencia inexplicablemente benévola. La única que no salvó la vida fue Bella Glaser. La líder, que prosiguió sus actividades en un campo siberiano, fue juzgada de nuevo y sentenciada a muerte por fusilamiento. La contemplé en la foto policial: una mujer joven inequívocamente intelectual con boina y gafas redondas a lo Trotski y, según el expediente, judía. Diez años después la habrían asesinado los nazis alemanes si de ello no se hubiera encargado ya la policía secreta soviética.

La pregunta de si Lidia de verdad fue una activista antisoviética y el Grupo para la Liberación del Proletariado siquiera existió o, más bien, era un invento de la policía secreta, un pretexto para castigar a personas como ella por su extracción social, pese a ser hermana de un miembro del Partido apadrinado por Stanislav Kosior e hija de un veterano bolchevique que había pagado sus convicciones con veinte años de destierro, no tenía respuesta. Pero, si Lidia realmente se atrevió a enfrentarse a la dictadura de Stalin, debía de ser una persona completamente distinta de mi madre. Las hermanas parecían estar en las antípodas la una de la otra. Lidia, la fuerte, la valiente, la casi temeraria quizá; mi madre, y eso me pareció seguro, ya de niña hipersensible, aprensiva, indefensa. Lidia, al menos en los primeros años de su vida, fue una niña protegida, satisfecha, en tanto que mi madre nunca

conoció otra cosa que el hambre y el miedo. Tal vez era en esto en lo que radicaba la diferencia clave entre las hermanas.

Del expediente resultaba que Lidia no había muerto, que, contrariamente a lo que suponía mi prima de Kiev, había sobrevivido al destierro. Encontré entre los papeles una solicitud de rehabilitación que ella había presentado a los cincuenta y cinco años de finalizar su pena de confinamiento, en 1992, inmediatamente después del ocaso de la Unión Soviética. Tenía entonces ochenta y un años. Al cabo de un breve periodo de trámites se accedió a su petición. Lidia percibió una reparación por valor de 115.425 rublos, correspondientes a tres años de reclusión en el campo. Según los cálculos de Konstantín, esa cantidad daba para comprar unos quinientos panecillos en aquel momento, lo que equivalía a ni siquiera medio panecillo por día de internamiento. Además, la inflación de la era postsoviética había alcanzado entonces su punto máximo; el dinero se devaluaba tan deprisa que a los pocos días la ridícula indemnización de Lidia ya no valdría nada.

La solicitud de rehabilitación estaba redactada de forma manuscrita... una letra menuda, inclinada, sorprendentemente fina y regular para una persona de ochenta y un años. En el encabezamiento del folio constaba la dirección: en la fecha en que presentó la solicitud, 1992, Lidia vivía en Klimovsk, una pequeña ciudad situada a unos cincuenta kilómetros de Moscú. Copié la dirección en Google Maps, y no solo me apareció la calle, sino también —y me restregué los ojos de puro asombro— una imagen de satélite de su casa. Había penetrado hasta la ventana de la casa de la hermana de mi madre, hasta la puerta por la que Lidia entraba y salía. Un típico edificio soviético de los años cincuenta, muy digno, pintado de rosa mate, con jardines de invierno y logias, ajeno a la degradación de Europa del Este. Al otro lado de la calle, un bosquecillo de abedules, silencio visible en medio de la ciudad, y, lindando con la casa, un supermercado en el que Lidia presumiblemente hacía la compra. No sabía qué ventanas pertenecían a su piso, pero sabía que las estaba viendo. Una técnica milagrosa que permitía ver desde la propia mesa de trabajo los rincones más recónditos de la tierra me mostraba una casa en la que la hermana de mi madre había vivido por lo menos hasta cumplir ochenta y un años. Sentí una lástima lacerante. ¿En cuántas ocasiones había estado yo en Moscú como intérprete de idiomas, la primera de ellas en 1972, cuando

Lidia apenas tenía sesenta y un años! No era un abismo, una eternidad, lo que me separaba del pasado de mi madre en Ucrania; estábamos prácticamente al lado. Si ya entonces Lidia vivía en Klimovsk, el tren de cercanías me habría dejado en su casa en una hora.

También sabía ahora que el periodo de su destierro había acabado cinco años antes de que Matilda, a punto de comenzar la guerra, emprendiese el camino a Medveshya Gora para visitarla. ¿Qué retuvo a Lidia en aquel confin del mundo tras su puesta en libertad? ¿Un hombre que vivía allí y con el que se había casado? ¿Qué mediaba entre la litera del campo y el edificio urbano de los años cincuenta, dotado de agua caliente y de calefacción central, en las proximidades de Moscú? ¿Lidia, tras su detención, acaso regresó alguna vez a Mariúpol o nunca más volvió a ver esta ciudad? ¿Tuvo familia, descendientes a los que yo podía buscar? Su nombre de soltera, que figuraba en la solicitud de rehabilitación y que era la única referencia gracias a la cual yo la había encontrado, lo desmentía. Veía ante mis ojos a una de esas ancianas rusas nacidas todavía en tiempos del zar, supervivientes de la Revolución, el gulag, la guerra y todos los cataclismos sucesivos de su país, viejecillas diminutas a las que el hambre enseñó a guardar siempre un mendrugo de pan en el armario, con aspecto de santas, de papel blanco, casi transparentes. Sus cuerpos habían desafiado a tantas muertes que parecían inmortales. Lidia tendría ahora ciento dos años, y no juzgué imposible que aún estuviera viva.

Echando cuentas, era fácil determinar que mi madre tenía apenas ocho o nueve años cuando Lidia se marchó a Odesa a estudiar. En realidad, fue una despedida para siempre. Es cierto que Lidia, después de graduarse, volvió a Mariúpol, pero no se quedó mucho tiempo. En 1933 fue arrestada, entonces mi madre había cumplido trece. Tal vez ya no guardaba, en Alemania, un recuerdo vívido de su hermana, máxime porque tras su detención quizá solo se hablaba de ella de tapadillo. En tanto que contrarrevolucionaria, se había vuelto un peligro para cuantos la conocían, y aún más para sus familiares. Cabe pensar que mi madre se trajo el silencio sobre su hermana desde su misma tierra natal y que no hizo sino continuarlo en Alemania, por aquel miedo arraigado que escapa al poder de la razón.

En aquel momento, yo sabía casi más sobre los hermanos de mi madre que de ella misma. Entre otras cosas, me constaba que Serguéi había estudiado

canto y Lidia, literatura. Este hecho me llenaba de un sentimiento de unión casi mística con los dos. Debí de salir a ellos, efectivamente, porque, pese a los abismos existentes entre nuestros tiempos y pertenecer a mundos distintos, compartía con ellos justo los dos universos que eran mi hogar: con Lidia, la literatura; con Serguéi, la música. ¿Y qué compartía con mi madre? Me rompía la cabeza elucubrando sobre la especialidad que habría elegido mi madre, pero cada vez que el recuerdo parecía tangible se me escapaba. Solo recordaba que mi madre había aprobado el examen para la universidad con nota de sobresaliente, al menos eso fue lo que mi padre comentó con orgullo en más de una ocasión, aunque la enfermedad mental que mi madre padecía, a su juicio, era incompatible con lo que él entendía por rendimiento intelectual.

Si de veras mi madre trabajó de profesora en el antiguo liceo de su tía Valentina, seguramente estudió materias de enseñanza secundaria. ¿Tal vez filología germánica, la lengua alemana, en la cual ya estaba iniciada por su padre, el hijo de la baltogermana Anna von Ehrenstreit? ¿Podía ser que hubiera adquirido sus notables conocimientos del idioma en un periodo tan breve en Alemania? ¿No era más probable que los trajera ya de Ucrania? Nunca había parecido muda en Alemania, como mi padre, como la mayoría de los reclusos de los campos. Con todo y su inferioridad, era superior a mi padre en el extranjero porque entendía y era entendida, porque sabía interpretar las señales de su entorno mucho mejor que él, para quien Alemania continuó siendo un misterio durante toda su vida. En el mundo exterior germano se invertían los papeles de mis padres. En las oficinas públicas y los demás centros neurálgicos del universo alemán, mi padre era un sordomudo que dependía de ella. Y eso un hombre como él difícilmente podía perdonárselo a una mujer, motivo adicional, sin duda, para el odio que le tenía.

El que mi madre fuera todavía muy joven antes de la guerra no era óbice para que contara ya con una licenciatura que la facultaba para la enseñanza. En esa época, en la Unión Soviética no cabía pensar en una alegre vida estudiantil. Poder estudiar representaba un privilegio del que uno tenía que hacerse acreedor con aplicación y rendimiento, a fin de colaborar lo antes posible en la construcción del socialismo. Bien podía ser, pues, que con veinte o veintiún años mi madre ya estuviera frente a una clase enseñando.

Probablemente, muchas de las cosas que me hacían cavilar y buscar dando laberínticos rodeos las habría podido sacar de los papeles que habían estado arrumbados en nuestro sótano, cuando vivíamos en la periferia de una ciudad de provincias alemana, en el enclave para antiguos trabajadores forzados, la última estación de mi madre. Los documentos que había traído de Ucrania, entre ellos sus diplomas, que presumiblemente nunca interesaron a nadie en Alemania, se hallaban en una caja metálica cuya tapa lucía el relieve de un castillo alemán. Contemplé a menudo aquellas hojas de olor mohoso, cubiertas de caracteres cirílicos —sabía descifrar ya algunas palabras, porque mi madre me había enseñado el alfabeto ruso antes de que me estrenara en la escuela alemana—, pero un día, a los ocho años aproximadamente, decidí que aquellos viejos papeles ya no tenían ninguna utilidad, o en cualquier caso no la tenían para mí. De modo que una de las veces que me mandaron bajar al sótano para subir carbón, cometí uno de los peores crímenes de mi infancia. Cogí la susodicha caja y la hundí en el contenedor de la basura que se encontraba debajo de las escaleras del subterráneo. Quería que no hubiera pruebas de mi origen, que tanto odiaba, quería que desaparecieran para siempre. Más tarde, después de la muerte de mi madre, mi padre buscó los papeles sin sospechar, desde luego, que habían ido a parar a algún basurero, donde muy probablemente se habían podrido hacía tiempo. Pensó que alguien los había robado del sótano, quizás uno de los espías soviéticos por los que se veía asediado en todo momento.

Konstantín y yo emprendimos la búsqueda de posibles descendientes de Lidia. Como la mayoría de los pisos en la antigua Unión Soviética eran viviendas de propiedad y la gente cambiaba de casa con mucha menor frecuencia que en el mundo móvil de Occidente, Konstantín estaba seguro de que en el edificio de Klimovsk vivían personas que habían llegado a conocer a Lidia, tal vez incluso familiares que heredaron su piso y se instalaron en él tras su muerte. Me aconsejó que enviara una carta a la dirección que figuraba en la mencionada solicitud de rehabilitación, haciendo constar en el sobre el nombre de Lidia y añadiéndole «o familiares/vecinos». Además, escribimos un correo al Ayuntamiento de Klimovsk para recabar información sobre mi tía y sus descendientes, siempre que los tuviera, gestión esta que no pareció muy prometedora. Incluso en Rusia debía de haber una mínima protección de datos,

las autoridades no podían facilitar información sobre sus ciudadanos a personas completamente desconocidas, y menos tratándose de una solicitante sin credenciales que residía en el extranjero y no podía justificar con nada su parentesco con la persona buscada. Por otra parte, habíamos acudido ya a menudo a instancias oficiales sin recibir nunca respuesta alguna; todo lo que sabíamos por ahora lo habíamos encontrado por otros caminos. Pero hice caso a Konstantín, y volvió a suceder uno de esos milagros infalibles a los que estaba ya casi acostumbrada en mi búsqueda. Y es que a los pocos días me llegó un correo del Registro Civil de Klimovsk que decía:

Estimada Natalia:

En respuesta a la consulta que usted dirigió a este Ayuntamiento le notificamos lo siguiente: de los documentos que obran en nuestro Registro Civil se desprende que Lidia Yákovlevna Iváshchenko falleció el 22 de agosto de 2001. Su hija Yelena Yúryevna Tsímova falleció el 10 de octubre de 2001. Actualmente, en la vivienda de la calle Roshchínskaya número 5 vive Kíril Grigóryevich Tsímov, el nieto de Lidia Iváshchenko. Lamentamos no disponer de más información.

Atentamente,
Svetlana Lijachova,
Directora del Registro Civil

Fue la última frase la que mayor perplejidad me produjo. ¿Qué más información podría haber contenido ese correo electrónico? ¿Qué habría podido ser «más» que la dirección del nieto de Lidia? Si en ese momento alguien me hubiera planteado la eterna pregunta sobre la esencia del alma rusa, no habría vacilado en citar como ejemplo a Svetlana Lijachova, del Registro Civil de Klimovsk. Ella no había actuado como funcionaria, sino como persona, entregándome a mí, una extranjera residente en Alemania, la llave de la vida de Lidia y quizá también la llave de la vida de mi madre.

La fecha de la muerte de Lidia indicada en el correo electrónico de Klimovsk significaba que, tras su solicitud de rehabilitación, todavía vivió diez años, alcanzando los noventa y uno. Doce años atrás, aún habría podido

encontrarla en el edificio de la década de los cincuenta pintado de rosa mate frente al bosquecillo de abedules de Klimovsk. Había vivido cincuenta y cinco años más que su hermana, mi madre. Esta la habría visto por última vez el día de su detención. ¿Aún se acordaría de ella cuando murió casi setenta años después? Al parecer, sí estuvo casada, o en cualquier caso tuvo una hija, mi prima Yelena, igualmente fallecida.

Tras reenviarle a Konstantín el correo del Registro Civil de Klimovsk, todo fue muy rápido. Enseguida Konstantín encontró en Odnoklassniki, una red social que gozaba de popularidad en Rusia, a un Kíril Grigóryevich Tsímov. El hombre vivía en Klimovsk y tenía cuarenta y un años. Ambos datos apuntaban a que se trataba del nieto de Lidia. Konstantín le dejó un mensaje con mi dirección electrónica y me envió su foto del perfil que aparecía en la página de la red. Quedé aterrada. Durante mi búsqueda me había acostumbrado a que mis familiares fueran personas cultas y de buen aspecto; ahora, por lo visto, había llegado a un hueso duro de roer. Miraba la cara obtusa, apática, de un hombre que se asemejaba a un abotargado infante gigante, al parecer, uno de aquellos proletarios rusos que su abuela Lidia antaño había querido liberar. Posaba sentado en un sórdido sofá, ante un pringoso empapelado con el estereotipado diseño barroco ruso, en una de esas moradas postsoviéticas donde el indefectible compañero de piso solía llamarse alcohol.

Si ese hubiese sido el primer retrato que hubiera visto de la familia de mi madre, no me habría extrañado en lo más mínimo: solo habría confirmado mis expectativas. Comparada con el mundo en el que mi madre vivió en Alemania, la foto incluso rezumaba cierto confort, algo de aquella seguridad burguesa que, de niña, se me antojaba tan deseable. ¿Pero cómo casaba la fisonomía de ese hombre con todos los demás, cuyos retratos había visto hasta la fecha? ¿Era eso el lamentable resto de mi familia?

Solo entonces, al releer por tercera o cuarta vez y palabra por palabra el correo electrónico del Registro Civil de Klimovsk, me llamó la atención un detalle curioso. Lidia había muerto el 22 de agosto de 2001; su hija Yelena, el 10 de octubre del mismo año, o sea, solo siete semanas después. ¿Qué significaba eso? No era difícil imaginarse a una madre anciana cuya vida se apagara por la muerte de un hijo, pero ¿por qué una hija moría inmediatamente

después de su madre de noventa y un años? ¿Sufriría ella, también ya una mujer mayor seguramente, alguna enfermedad grave y no soportó la muerte de la madre? Fuese como fuese, costaba imaginar que no hubiera relación entre las dos muertes.

En vista de mi experiencia, me preguntaba si detrás de ello no se ocultaba una nueva tragedia familiar, sobre todo porque descubrí otro detalle desconcertante en el correo electrónico. Tenía yo un extraño punto en común con Kíril Tsímov, quien, de ser correctos mis cálculos, era mi sobrino segundo. Si bien nuestras madres habían fallecido con cuarenta y cinco años de diferencia, ambas lo hicieron un 10 de octubre. No pude resistirme a pensar que este hecho no era mera coincidencia, sino que estaba interrelacionado de manera fantasmal, que en alguna parte se estaba urdiendo, de forma invisible y funesta, una nueva trama familiar.

Abrigaba aún la leve esperanza de que la foto de la página de la red no mostrara al nieto de Lidia, que no fuese más que una coincidencia de nombres, pero la suerte que me acompañaba en esta búsqueda seguía de mi lado. Había vuelto a encontrar a un pariente. Mi ordenador portátil me avisó de la entrada de un correo de Kíril Tsímov. Leí esto:

Buenos días, Natalia:

He recibido la noticia de que su madre fue la hermana de mi abuela y que usted espera un mensaje mío. Sé que mi abuela tuvo un hermano y una hermana, y sé que se llamaban Serguéi y Yevguenia. De Serguéi no sé nada, solo que fue cantante de ópera, mi abuela tenía un disco con su voz que me hizo escuchar con frecuencia. De Yevguenia, la madre de usted, oí decir que se casó con un oficial americano y que emigró a Estados Unidos. Mi abuela Lidia estuvo buscándola mucho tiempo, pero sin éxito. En aquel entonces aún no había internet.

Mi abuela tuvo dos hijos, Yelena, mi madre, e Ígor, mi tío. Mi madre está muerta, mi tío vive en Miass, pero lamentablemente no tengo su dirección. Yo vivo con mi mujer y mis dos hijos en el antiguo piso de mi abuela. Le adjunto algunas fotos.

Atentamente,
Kíril Tsímov

Abrí el archivo adjunto. Ahí estaba... Lidia, la tanto tiempo desaparecida, la considerada muerta, cuyo nombre yo suponía, no hacía mucho, grabado en una pequeña placa conmemorativa de un árbol de Carelia. No guardaba gran similitud con mi madre, pero me pareció extrañamente familiar, como si contemplara la imagen que me había formado de ella desde la nada. Una mujer seria, delicada, orgullosa, de mirada muy franca y escudriñadora, una mirada que no se sabía si escondía el cuchillo o era el cuchillo mismo. Una mirada que parecía medirse con un contrario invisible y que de ningún modo sería la primera en humillarse. Rizos morenos cortos, un sencillo vestido de verano con cuello blanco. No supe adivinar la edad que tenía en la foto, si esta databa del periodo anterior al campo o del posterior; pero si, por esas fechas, Lidia ya había dejado atrás Medveshya Gora, había sobrevivido absolutamente incólume a las tentativas de romperla.

En la segunda foto vi a una mujer totalmente distinta. Le eché unos cincuenta años, presentaba un aspecto hosco, duro, impenetrable, cual fortaleza irreductible, cual esfinge. Allí se apreciaba, pensé, a la superviviente de la maquinaria de aniquilación, molida y desgastada, además, por el tiempo posterior, los largos años de la corrosiva cotidianidad soviética. Reflejaba algo de aquel *Homo sovieticus* que parecía encarnarse en su nieto. En la fotografía a este se le veía, al lado de su abuela, con unos tres años; un niño gordo y serio, como hecho de nube de azúcar. Se le notaba ya claramente su futura robustez.

Una tercera foto mostraba a Lidia de anciana. Una mujer menuda, delicada como un soplo de aire, con el cabello blanco como la nieve pero todavía abundante. La piel ajada aún traslucía a la joven Lidia y todo rasgo de dureza y amargura se había desvanecido. Sentada derecha en una butaca, lucía un atuendo y un peinado impecables, llevaba un collar de perlas y mantenía sus flacas piernecitas envueltas en medias de nailon, rectas y con el recato propio de una dama.

Tras su divorcio —me escribía Kíril— vivió todavía más de treinta años sola y pudo valerse por sí misma hasta el final. Conservó su agilidad y

disciplina hasta el último momento: hacía gimnasia cada día y siempre tomaba las comidas a la misma hora. Trabajó como profesora de lengua y literatura rusas casi hasta sus setenta años y mantuvo su lucidez mental en todo momento. En julio de 2001 se cayó en su piso y se rompió el cuello del fémur. Poco después murió de un fallo cardíaco en el hospital.

En cuanto a su estancia en el campo, Kíril solo sabía que había estado confinada en una colonia penitenciaria para delincuentes menores de edad, y que probablemente fue esa la razón por la cual pudo sobrevivir. Se había casado en Medveshya Gora; su hijo Ígor, nacido en el campo, debía de tener ahora setenta y cinco años. Kíril llevaba mucho tiempo sin mantener contacto con él, pero sabía que vivía detrás de los Urales, en la ciudad siberiana de Miass.

A Matilda, su bisabuela, Kíril no llegó a conocerla porque había muerto cinco años antes de que él naciera. Sin embargo, aún recordaba muy bien cómo de niño viajó en tren con Lidia, su abuela, de Klimovsk a Voskresensk para llevar una cruz hecha por ellos a la tumba de la bisabuela. Al instante vi la escena: una mujer mayor y un niño pequeño transportando en ferrocarril una cruz de madera, llevándola al cementerio de Voskresensk. La madera la sacarían del bosque, tal vez del bosquecillo de abedules que, según la imagen de satélite, se veía desde la casa de Lidia. Una cruz ruso-ortodoxa con el tradicional palo transversal, ensamblada de manera rudimentaria con clavos y que ahora se levantaba en el cementerio de Voskresensk, la ciudad cuyo nombre significaba «domingo» y «resurrección». Sujeta a la cruz, había seguramente una pequeña placa con el nombre de Matilda De Martino o Matilda Iváshchenko y un medallón esmaltado con una foto, como se acostumbraba a hacer en Rusia.

Pensar en la tumba de Matilda me procuraba consuelo. A diferencia de mi madre, tenía ahora un lugar para ella. Sabía que no había sido descuartizada por una bomba en la guerra, sino que había fallecido de muerte natural a los ochenta y seis años, y que desde entonces yacía en el cementerio de Voskresensk, bajo una cruz de madera confeccionada por su hija y en la que figuraba su nombre.

Entretanto, a Kíril también le había llegado mi carta. Efectivamente, el cartero aún conoció a Lidia y sabía que Kíril era su nieto. Otro milagro ruso,

aunque gracias a Svetlana Lijachova, del Registro Civil de Klimovsk, Konstantín y yo no lo hubiéramos necesitado.

Pregunté a Kíríl por el disco con los cantos de Serguéi que, según él, Lidia le hacía escuchar en la infancia. En realidad no podía ser, pues mi prima Yevguenia, que tenía por sagrado cada tono de su padre, se lamentó una y otra vez de que no existiera una sola grabación de la voz de su padre. También Konstantín había removido ya cielo y tierra para conseguir un documento fonográfico de él, pero a pesar de que Serguéi hubiera trabajado en teatros importantísimos de la antigua Unión Soviética estaba como borrado de los anales de la historia operística del país. Sin embargo, Kíríl insistió en que todavía tenía su voz grabada en la cabeza, que el disco llevaba una etiqueta de color azul oscuro con letras doradas. Que debió de perderse al vaciar el piso tras la muerte de Lidia, que habría ido a parar a un basurero por error.

En el fondo, Kíríl no era mal tipo. Sus correos electrónicos no cuadraban con aquella foto suya, tal vez una mera instantánea muy poco favorecedora. Trabajaba de técnico de software, escribía un ruso sin tacha y mantenía una cortesía invariable, lo que no permitía concluir que fuera un adicto a la droga endémica rusa, el alcohol. Me envió numerosas fotografías en color de sus hijos, un niño y una niña en edad preescolar, a los que parecía querer mucho y a cuya correcta educación daba gran importancia. Ví a las dos criaturas pintando en la cocina con pintura para dedos y soplando las velas de una tarta de cumpleaños.

Llamaban un poco la atención su sobriedad y su talante formal. Contestaba escrupulosamente cada una de mis preguntas, pero sin mostrar emociones en ningún momento. Solo una vez, cuando al sacar del álbum una foto de su madre que iba a escanear para mí le rajó el borde sin querer, se alteró de una manera que me desconcertó y me hizo sentirme culpable.

Por lo pronto, de su madre solo me había contado que su matrimonio no aguantó mucho tiempo... sus padres se habían separado cuando él tenía dos años. Su padre aún vivía, lo veía regularmente. Al preguntarle yo con delicadeza la razón por la cual su madre había muerto tan temprano, me escribió esto:

Me educaron de forma distinta de cómo se educaba a los niños en Rusia. Mi madre y mi abuela no querían tener nada que ver con la sociedad soviética y me transmitieron una idea completamente equivocada del pueblo ruso y de mis compañeros de edad. Consideraban a los niños de mi entorno primitivos y degenerados. Me mantenían alejado de ellos, y vivía en el mundo virtual de las matemáticas, para las cuales tuve un talento especial desde niño. A quien se le educa de ese modo nunca puede fundar una familia ni tener hijos. Yo solo lo conseguí porque como soldado de la marina pasé por la escuela rusa de la vida. Usted me ha preguntado la razón de la temprana muerte de mi madre. La razón es que yo la maté. Me declararon inimputable y me tuvieron cuatro años en una unidad psiquiátrica.

Era noche avanzada. El hielo había dejado de crujir, ahora flotaba en el lago formando islotes quebradizos, pero por la noche seguía reinando la misma oscuridad de apariencia ilimitada. Con la vista fija en la pantalla me preguntaba si Kíril Tsímov me estaba tomando el pelo. Sabía que en el mundo había asesinos, también asesinos de sus madres, pero ¿era posible que justamente yo tuviera parentesco con uno de ellos? ¿Yo, que en toda la vida no había tenido parentesco con absolutamente nadie? Me maldije por haber comenzado esa búsqueda. ¿Qué había estado metiendo en mi vida? ¿Por qué me exponía a eso? Mis pensamientos se precipitaron hacia Konstantín, pero a esas horas él ya tenía que estar durmiendo porque en Cherepovéts era dos horas más tarde que donde yo me encontraba. Tampoco ninguno de mis amigos estaría todavía despierto, no podía llamar a nadie. Poco a poco fui comprendiendo... la mirada apática, embotada, en la foto; la estereotipada cortesía y ausencia de emociones de Kíril, la palabra «correcto» en relación con la educación de sus hijos, su alteración desproporcionada por haber rasgado la foto de su madre. Conociendo como conocía la fecha de su muerte, no me resultó difícil calcular que Kíril Tsímov tenía treinta años cuando la mató. ¿Se había vuelto capaz de cometer ese asesinato después de pasar por lo que llamaba la escuela rusa de la vida, a saber, la marina, considerada la rama más brutal de las fuerzas armadas rusas? Sin duda alguna, ya era un enfermo

mental antes de ingresar en la unidad psiquiátrica, y seguro que allí no le ofrecieron psicoterapia, sino que lo trataron con fármacos para luego darlo de alta convertido en un zombi. Quizá ahora también se encontraba bajo los efectos de fuertes medicamentos, me parecía una bomba de relojería a punto de estallar. Pensé sobrecogida en su esposa y sus dos niños pequeños. ¿Quién era esa mujer para arriesgarse a un matrimonio con un hombre así? ¿No tenía miedo por sus hijos, por sí misma?

El primer móvil del crimen que se me ocurrió fue el piso: la incesante y catastrófica carencia de viviendas en Rusia, que a menudo constreñía a las personas a convivir durante toda su vida con el clan familiar en un espacio estrechísimo y que llevaba a mucha a gente a la locura. Ya Mijaíl Bulgákov en su novela *El maestro y Margarita* hizo decir a satanás que los moscovitas eran personas como los demás, ni mejores ni peores, que solo la falta de viviendas los echaba a perder. ¿Fue la consabida penuria la que también echó a perder al nieto de Lidia? ¿Mató a su madre en la pelea por el piso que había quedado libre con la muerte de Lidia? ¿Fue esa la razón de los fallecimientos casi simultáneos de madre e hija? En cualquier caso, era obvio imaginar que Lidia, mientras vivió, tuvo a raya a su nieto. Su muerte debió de desatarle las manos.

Por no sé qué motivo estaba yo segura de que Kíril había matado a su madre estrangulándola. La veía ante mis ojos, con las zarpas de aquel niño gigante atenazándole el cuello. A juzgar por una foto suya que Kíril me había enviado, era, al contrario de su madre, eminentemente grácil, una mujer rozagante, de aspecto vigoroso y de acusada sensualidad. Quizá se defendió con vehemencia, quizá fue una agonía larga. Y todo ello sucedió el día de la muerte de mi madre... las dos, sobrina y tía, murieron un 10 de octubre y de muerte violenta: una, por fuerza externa; otra, por su propia fuerza.

Pensé en Svetlana Lijachova, del Registro Civil de Klimovsk. Ahora comprendía la frase en que me comunicaba que no disponía de *más* información. Al fin y al cabo, en los registros civiles no solo se expedían actas de matrimonio, sino también partidas de nacimiento y de defunción, y Svetlana Lijachova, tanto por ser funcionaria del Registro Civil como por ser vecina de Klimovsk, estaba sin duda al corriente. En Rusia, las madres eran sagradas, y en una ciudad relativamente pequeña la noticia de un matricidio tenía que

correr como la pólvora. Tal vez yo debía la extraordinaria gentileza de Svetlana Lijachova a su compasión hacia mí y mi inopia; tal vez ella sabía lo que yo llegaría a saber en la antigua dirección de Lidia.

Me pregunté por qué Kíril me había hecho una confesión que de ningún modo estaba obligado a hacerle a una pariente remota surgida de la nada. ¿Fue por descargo de conciencia o por falta de vergüenza al no sentir culpa alguna? ¿Le habían enseñado a hablar abiertamente de lo que había hecho? ¿Formaba eso parte del código de conducta que le habían transmitido sus escuelas rusas de la vida, la marina primero y el psiquiátrico después? ¿Y quién era Lidia, la tan largamente buscada hermana de mi madre, que en alianza con su hija se había apropiado de la voluntad de un niño para evitar que se transformara en un ser soviético? ¿Se la había educado para desarrollar una conciencia de clase a prueba de todo, enseñándole a desdeñar al ser soviético? El liberalismo y el compromiso social de la familia ¿acaso solo encubrían, en definitiva, el desprecio de la nobleza hacia el pueblo llano? ¿Había conseguido Lidia mantener su conciencia de clase a lo largo de más de ochenta años de poder soviético o era, muy al contrario, una vencida, una mujer que, sin haberse dado cuenta, se había convertido en parte del sistema totalitario al apropiarse de su nieto, aislarlo y romperlo a la manera en que antaño el sistema se había apropiado de ella, aislándola e intentando romperla? Y Kíril, tras cursar la escuela rusa de la vida y acabar por convertirse en un ser soviético, ¿había vuelto a abolir, matando a su madre, aquella clase obsoleta, la nobleza, cuyo desgraciado residuo era él? ¿Por qué había tenido que hacerlo? ¿Para poder casarse y tener hijos? ¿Qué había sucedido entre él y su madre?

Hablé en mi mente con Konstantín. Sabía que por las mañanas, después de levantarse, siempre echaba un vistazo a la bandeja de entrada de su correo. A veces llegaba a contestarme antes de salir hacia el trabajo, lo que en esa estación del año significaba salir a un frío marcial. Haciendo clic en el correo electrónico de Kíril sobre la opción «reenviar», se lo mandé a Konstantín con el comentario de que ahora, efectivamente, habíamos entrado en una novela policíaca... así llamábamos en broma a nuestra búsqueda.

Con la mirada fija en la negrura frente a la ventana, donde solo se reflejaba la luz de la lámpara de mi mesa, me preguntaba qué familia era esa

de la que descendía mi madre. Y qué había de importarme a mí todo eso, el fiasco soviético y postsoviético, el *fatum* ruso perpetuo, el no poder despertar de una pesadilla colectiva, el estar atrapado entre la servidumbre y la anarquía, entre la resignación y la violencia, todo ese mundo tenebroso, preilustrado, toda esa historia familiar de impotencia, acaparamiento, arbitrariedad y muerte, esa desgraciada Rusia, la eterna *Mater Dolorosa* que tan implacablemente abrazaba a sus hijos. De joven, yo había hecho instintivamente lo correcto al poner tierra de por medio, me había salvado de mis orígenes sin presentir aquello de lo que en realidad formaba parte. Ahora me embargaba más que nunca la sensación de que mi rebelión no me había servido de nada, que no había salvación para mí, que hundía mis raíces en un fondo mefítico, corrupto, del que incluso había surgido un matricida.

A una hora inusitada mi portátil emitió la tenue señal que indicaba la entrada de un mensaje. Era de Azov's Greeks. En una ocasión, Konstantín me había escrito que en el transcurso de nuestro dilatado intercambio había aprendido a leer mis pensamientos. Esa vez debió de leerlos en el sueño, y se levantó para no volver ya a la cama. Nos estuvimos escribiendo hasta el amanecer. A sus ojos, Kíril era una persona infeliz, digna de compasión, un caído con el que yo había tropezado para tenderle la mano. Pero Konstantín me sobreestimaba. Yo no poseía su humanidad, su omnicomprendiva alma grecoucraniana, le tenía horror a Kíril, horror incluso a distancia. «No abandono la esperanza de que terminaremos por encontrar a alguien al que usted pueda abrazar», escribió Konstantín en su último correo de esa mañana. Ya tiempo atrás había fantaseado con que cuando los hubiéramos localizado a todos nos reuniríamos en Mariúpol para celebrar un banquete. Yo no sabía si ahora todavía quería encontrar a alguien, pero reunirme con Konstantín en Mariúpol y abrazarlo... ¡qué maravillosa idea!

Había comenzado a sentir pavor por mis hallazgos, por la suerte que tan obstinadamente me acompañaba en mi búsqueda de vestigios. Sin embargo, ahora no podía simplemente olvidar que en alguna parte de Siberia tenía un primo que, si aún vivía, podía ser el testigo más importante de mi historia familiar. Fue precisamente el asesino de su hermana quien me condujo a él. Según supe por Kíril Tsímov, ese Ígor había nacido en el campo de Medveshya Gora, es decir, entre 1931 y 1933, de modo que cabía la

posibilidad de que aún hubiera conocido a mi madre, si bien en aquel entonces sería un chiquillo.

Antes de emprender su búsqueda, Konstantín logró lo imposible, un golpe de ingenio. Kíril tenía razón: existía en efecto un disco con la voz de mi tío Serguéi. Konstantín lo encontró en internet, una grabación de la ópera *Chernomortsy*, de Mykola Lysenko, del año 1956, realizada con la Orquesta Sinfónica Nacional de Ucrania. El papel del bajo lo interpretaba Serguéi Yákovlevich Iváshchenko. Konstantín me mandó el archivo.

Escuchaba la voz de mi tío, la escuchaba en una grabación digital de sonido perfecto que me hizo olvidar de qué tiempo y de qué mundo tan lejanos venía. Quedé hipnotizada tras los primeros tonos. Hacía décadas, desde mi primera asistencia a una ópera en Múnich, que buscaba una voz así, y ahora la había encontrado en mi propia familia, perteneciente a uno de esos cantantes que siempre me figuré que no cantaban, sino que simplemente respiraban. O lloraban.

Veía en mi mente aquella foto de verano con el adolescente descalzo y con gorra de marinero, sentado sobre la rama de un árbol a orillas del río Dniéper. Nada hacía vislumbrar lo que se fraguaba en la garganta de aquel chico: un bajo voluminoso que, como ocurre en los grandes cantantes, parecía salir no de la garganta, sino de algún lugar distinto, ya no del todo terrenal. En 1956, cuando se grabó el disco, Serguéi tenía cuarenta y un años, y era justo el año en que murió mi madre. Intenté añadir el claro soprano de ella al bajo de él, imaginar cómo sonarían sus voces unidas. Me parecía un espejismo el que la voz de su hermano estuviera de pronto aquí, en mi cuarto, el que yo la escuchara mientras miraba mis paredes, mis muebles, el arce delante de la ventana, sabiendo que esa misma voz la había escuchado alguna vez mi madre, que había formado parte de su vida en Mariúpol.

Recaía ahora sobre mi prima Yevguenia una luz distinta. Teniendo a un padre con una voz así, uno estaba forzosamente perdido. Ya no me extrañaba que le sacrificara su vida, que él siguiera siendo el centro de su existencia hasta el día de hoy. Los humanos se protegen de la belleza para no verse catapultados fuera de la vida, fuera de las leyes del mundo. Yevguenia no había sido capaz de hacerlo, no había logrado defenderse, y sin duda había pagado un precio elevado.

Hice clic una y otra vez sobre el archivo con la voz de Serguéi, y no supe qué era más fuerte en mí: la felicidad por el hallazgo o el dolor por la pérdida. También con Serguéi hubiera podido encontrarme en Ucrania durante mucho tiempo si hubiese tenido constancia de él. Dos años antes de su muerte hice con mi novio de entonces uno de esos viajes en coche a Moscú que todavía eran insólitos en aquel tiempo. Visitamos a nuestros amigos rusos, y a la vuelta pasamos por Ucrania. Comí helado en la Maidán de Kiev, y subiendo y bajando las viejas cuestas pasé quizá por delante de la casa de Serguéi. Perdí la ocasión de encontrarme con él. Hacía treinta años que, al regresar del parque donde trabajaba de guarda, cayó muerto en la calle. Pero su voz vivía, yo había dado con ella, estaba ahí, en mi ordenador, y en adelante podría escucharla siempre que quisiera. Entre todos los milagros que habían sucedido en mi búsqueda, este me pareció el más increíble.

En Odnoklassniki, donde había descubierto ya a Kíril Tsímov, Konstantín localizó ahora a un treceaño de Miass que tenía el mismo apellido que el hijo de Lidia, un adolescente siberiano que en la foto de su perfil llevaba un gracioso gorrito rojo y un reloj de pulsera de aspecto caro. Rápidamente se esclareció que era el nieto de Ígor. Hasta recordaba que su bisabuela se llamaba Lidia Iváshchenko. Ahora todo dependía de si ese joven estaba dispuesto a hacer de nexo entre su abuelo y yo o si los viejos solo le producían fastidio. El chico estuvo por la labor y resultó espabilado. A los pocos días me envió un mensaje con un número de teléfono y dijo que su abuelo se había quedado de una pieza y que esperaba mi llamada con impaciencia.

Mientras tanto, las mordeduras de la garduña en mi coche estaban reparadas, y como una llamada por móvil a Siberia no solo hubiera costado una fortuna, sino que habría sido también un desastre acústico, recogí mis cosas ese mismo día y regresé a Berlín. Allí marqué por primera vez un número de Siberia. El número que me había enviado el chico parecía ser correcto, por lo menos se oía una señal de llamada, y al poco descolgaron el auricular. La voz del hombre en el otro extremo temblaba de forma perceptible cuando preguntó si queríamos tratarnos de usted o tutearnos. «Estuvimos buscando a tu madre mucho tiempo —dijo mi primo—, esperamos mucho

tiempo a que diera señales de vida.» Mi propia voz temblaba sospechosamente mientras buscaba las palabras para iniciar la conversación.

Supe entonces que Kíril Tsímov no solo mató a su madre, sino que también destruyó la vida de Ígor. Trece años atrás, después de que hubiera muerto su anciana madre Lidia y, al poco tiempo, su hermana Yelena, asesinada por su propio hijo, Ígor sufrió un ictus del que nunca se recuperó. Tenía ahora setenta y ocho años y dependía para prácticamente todo de su mujer, muy limitada, por su parte, a raíz de un cáncer.

Como topógrafo, había dirigido en su último trabajo un gran conglomerado de la construcción en Miass, donde vivía desde hacía ya seis décadas. Tenía dos hijos, tres nietos y un bisnieto. Su hijo y su hija se habían convertido en prósperos empresarios de la nueva Rusia, a la familia no parecía faltarle de nada. Gracias a la cámara satélite pude ver la moderna torre de pisos en la que residía con su mujer... un edificio que debía de representar el no va más para Siberia en lo que a lujo se refiere. Desde su amplio balcón miraba hacia las estribaciones arboladas de los Urales y observaba, en el termómetro exterior, las impresionantes oscilaciones de temperatura: en cuestión de minutos la columna del mercurio trepaba o caía quince grados ante sus propios ojos.

Lamentablemente, Ígor no llegó a conocer a mi madre, pues nunca había estado en Mariúpol y mi madre nunca había ido a Medveshya Gora. Además, al cabo comprendí que para lo que menos servía Ígor era para el papel del ansiado testigo que yo imaginaba. Niño nacido en un campo, había aprendido la lección tempranamente y se replegó en el exilio interior al igual que tantos paisanos suyos. Vivía según la consigna de los tres famosos monos que se tapaban los ojos, los oídos y la boca. O bien no sabía prácticamente nada sobre su pasado familiar, o bien el silencio acerca de este se había convertido en su segunda naturaleza. A Hitler y Stalin, cuyos nombres nunca pronunció, los llamaba «los dos bigotes», y también el nombre de su sobrino Kíril lo había borrado de su léxico. No quiso oír mis preguntas al respecto.

Una vez que, durante uno de sus breves paseos, hablé con Liubov, su mujer, ella me contó que Kíril se levantó por la noche, fue al cuarto de su madre y la asfixió con la almohada. Acto seguido, se comió un tarro de mayonesa en la cocina y volvió a acostarse. Su madre adoraba a su marido, y

después de que la dejara, volcó todo su amor en el hijo. Al parecer, lo idolatraba y lo mimaba sin medida. Dado su talento para las matemáticas, lo consideraba un niño prodigio y vivía en un permanente culto a su genio. Pero con los años el chico fue adoptando actitudes cada vez más despóticas y, ya hecho un coloso, empezó a amenazarla con frecuencia, por lo que ella se refugió repetidas veces en casa de su hermano en Miass. En una ocasión el chico destruyó todo el mobiliario del piso de Lidia porque opinaba que ella había vivido ya demasiado y que era hora de que cediera el sitio a los jóvenes. Seguramente, esta no era toda la historia que podía contarse sobre mi prima Yelena y su hijo Kíril, pero quizá yo no quería escuchar la historia completa.

De las pocas palabras que Ígor dijo acerca de su madre deduje que Lidia había sido una persona arisca, distante, por lo visto más o menos tan hermética como él. No recordaba que alguna vez lo hubiera abrazado o acariciado. El que ella fuera fruto de una relación incestuosa entre su madre Matilda y el hermano de esta, Valentino, le parecía un disparate, una quimera de su prima Yevguenia, con la que no tenía contacto desde hacía décadas.

Con mi abuela Matilda, había vivido mucho tiempo bajo el mismo techo después de que ella hubiera llegado a su casa en Medveshya Gora. Durante la guerra, la familia fue evacuada a Kazajistán, donde a duras penas sobrevivieron cinco años, hasta que el padre de Ígor consiguió un puesto de ingeniero jefe en la ciudad rusa de Voskresensk. Matilda no volvió a Mariúpol, sino que se quedó con ellos hasta su muerte. Hacia el final de sus días estaba casi sorda y ya solo hablaba con los ojos; la mayoría del tiempo se la veía sentada a la mesa haciendo solitarios. De las palabras de Ígor concluí que también había sido una mujer cruel e inabordable, lo cual coincidía con la descripción que me había hecho la hija de Serguéi, Yevguenia.

¿Por qué mi madre me transmitió de ella una imagen de santa, de mujer de bondad y afecto maternal sin límites? ¿Acaso Matilda tuvo una relación especial con mi madre, su última y tardía hija? ¿Acaso esta niña tierna, necesitada de protección, absorbió todo el amor que Matilda no mostraba a nadie más? ¿Solo la conoció mi madre como la mujer cariñosa y cargada de alma que me describió a mí?

A los dieciséis años, Ígor, que no se sentía querido ni por su madre ni por su abuela, se marchó de casa con mucho gusto para estudiar en Moscú, y tras sus exámenes finales le fue asignado un puesto de agrimensor en Siberia. Allí, según me dijo, comenzó a beber sin contención. De no haber sido por Liubov, en algún momento habría dado con sus huesos en la cuneta para no volver a levantarse jamás.

A mis preguntas por nuestro tío Serguéi, no pudo o no quiso responder; únicamente contó que lo había escuchado una sola vez en una representación de *Ruslán y Liudmila* en Almá Atá. Era todavía un niño y había sentido miedo ante la voz de trueno de su tío. De paso mencionó que, después de terminar la guerra, Serguéi estuvo en Alemania como cantante del frente. En mis visiones se desplegó un escenario ficticio: mi madre y su hermano encontrándose por casualidad en territorio alemán, él como miembro del Ejército Rojo, con la misión de entretener a los soldados soviéticos en la Alemania vencida; ella como extrabajadora forzada del enemigo. Los hermanos, ¿se habrían abrazado o se habrían enfrentado como enemigos, como seres irreconciliables? ¿Qué habría significado para mi madre saber que su hermano también estaba en Alemania, tal vez muy cerca de ella? ¿Habría tomado su vida otro rumbo si hubiera sabido lo que yo ahora sabía? ¿Habría aprovechado incluso la ocasión de regresar con él a Ucrania, máxime porque ya debía de tener claro que en Alemania no tenía futuro?

Una vez más me llegaron fotos de familia que Ígor me hacía enviar desde el ordenador de su hijo: sus hijos y nietos durante viajes de vacaciones a Finlandia, Italia, Estados Unidos; la espléndida casona de su hijo en Miass que, equipada con sauna siberiana, se erguía en una finca enorme con piceas desgreñadas; fotografías de fiestas familiares con docenas de invitados y desbordadas mesas, un ambiente de exuberancia rusa.

Entre las viejas fotos propiedad de Ígor encontré, para sorpresa mía, no solo el retrato de mi joven madre con el pañuelo, sino también aquella en cuyo dorso ella había escrito «El abuelo y dos conocidas». Pero ahí no aparecían dos «conocidas», sino tres. Durante todos aquellos años no me había fijado en que la copia que obraba en mi poder era una imagen cercenada. En la toma de Ígor se veía, junto a Natalia y Valentina, a Yelena, la tercera tía de mi madre, a la que yo ya conocía por la fotografía familiar con la palmera de interior.

«Lumière Odesa», rezaba en el margen de la foto completa, con letras acaracoladas dispuestas en forma vertical. Logré inferir la situación que había dado lugar a la toma. Por el expediente penitenciario de Lidia sabía que su tía Yelena vivía en Odesa. Yákov, el padre de mi madre, había viajado allí con sus hermanas Valentina y Natalia para visitar a Yelena. En esa ocasión los cuatro hermanos fueron al estudio Lumière para hacerse tomar una foto. Yo estaba viendo al padre de mi madre con tres de sus cuatro hermanas. Solo faltaba Olga, que residía con su marido en Moscú o, por aquellas fechas, había puesto ya fin a su vida. Pero ¿por qué Yelena estaba cortada en la foto de mi madre? Fue Konstantín quien me explicó que, tras la Revolución, hubo innumerables personas que desaparecieron de las fotos, ya quitándose ellas mismas, ya siendo quitadas por otras, puesto que se habían convertido en un peligro para quienes figuraban en las tomas. Si esto era así, ¿no solo de Lidia, sino también de su tía Yelena emanaba un peligro político? ¿O sería que tras la eliminación de Yelena se ocultaba solo una hostilidad privada, familiar?

Hice clic sobre otra foto, y vi por primera vez a Serguéi de adulto. En uno de los retratos vestía su uniforme de soldado del Ejército Rojo, engalanado con la condecoración de la Estrella Roja; un hombre jovencísimo, pulcro y acicalado, de semblante dulce, casi infantil todavía. En la fotografía siguiente tendría veinte años más, era un varón muy masculino, gallardo, con rizos oscuros, mentón enérgico y los melancólicos ojos de mi madre. Las fotos de artista lo mostraban haciendo de príncipe Gremin en *Eugenio Oneguín*, de Tomski en *La dama de picas*, en el papel protagonista de *Borís Godunov*, el del gran príncipe de Kiev en *Ruslán y Liudmila* o el de Mefistófeles en el *Fausto* de Gounod. Según se desvelaba ahora, no solo había sido un cantante divino, sino también un gran actor. En cada foto era distinto, debía de tener muchas más caras que las que podían reflejar esas pocas imágenes. Despedía una fuerza inquietante, una cosa demoníaca, una inasible iridiscencia.

Solo entonces observé que uno de los archivos de foto adjuntos llevaba el nombre de «Los hijos de Matilda Yósifovna De Martino y Yákov Epifánovich Iváshchenko: Lidia, Serguéi y Yevguenia». El corazón me dio un vuelco. Abrí el archivo y no entendí lo que estaba viendo. Reconocí a primera vista a Lidia, que tendría ahí dieciocho años; el muchacho de unos veintitrés años era sin duda Serguéi; pero ¿dónde estaba Yevguenia, mi madre? Entre los

hermanos había una chiquita desconocida, con uno de esos enormes lazos rusos en el pelo, que en las cabezas de los niños parecían pequeñas hélices de avión. Muy despacio, por etapas, fui comprendiendo que justamente esa chiquita desconocida era mi madre. Demasiado larga había sido, en la primera ojeada, la distancia que mediaba entre mi recuerdo de la mujer adulta y aquella niña... pese a que su carita delataba claramente los rasgos de mi madre, sus ojos, su frente, su barbilla. Debía de tener ocho años, llevaba un vestidito de encaje blanco y aspecto valioso, su cabello moreno estaba cortado esmeradamente al estilo paje y lucía un breve flequillo.

Jamás me la había imaginado así ni por asomo. Tan atildada, tan primorosa, una niña de buena familia. Ni rastro de la pobreza de sus padres. Seguramente la ataviaron con lo último que poseían y la mandaron al peluquero antes de ir al fotógrafo. Mientras que sus hermanos miraban a la cámara, la mirada de ella la traspasaba. Ojos ausentes, velados, ya de niña la encarnación de la melancolía. Sin duda alguna, mi madre; y no obstante, una criatura desconocida, inasequible para mí. Tan tierna y frágil que no me hubiera atrevido a tocarla, a abrazarla. Una pequeña princesa envuelta en encaje blanco, venida de la estrella de la tristeza incurable. No sabía si me lo sugería mi conocimiento o si a esa temprana edad ya se la veía destinada al ocaso, que en modo alguno podría resistir los horrores de su época. Costaba creer que, aun así, aquel ser transparente y lúcido hubiese vivido treinta y seis años, un periodo en que todo se dirigía contra él apuntando desde el principio a su destrucción. Presumiblemente fue desde el legado de Lidia como la foto llegó a las manos de su hijo en Siberia y, desde allí, a la pantalla de mi ordenador en Berlín. Mi pequeña madre perdida, a la que treinta años después sacarían de un río alemán... Casi había penetrado, en mi búsqueda, hasta los comienzos de su propia vida, y era poco probable que encontrara algo más que esa foto de su infancia.

La última imagen procedente de Miass me mostraba la casa donde se había criado, la de mis bisabuelos italianos, Teresa y Giuseppe De Martino. Hacía unos años, el hijo de Ígor había viajado con su mujer a Mariúpol con la intención de seguir el rastro de sus antepasados, y había tomado una foto de aquel edificio bastante ruinoso. En la época soviética, cuando mi madre vivía en Mariúpol, la calle se llamaba Úlitsa Lénina; ahora había recuperado su

viejo nombre, que figuraba en letra blanca sobre una placa de color azul oscuro sujeta junto al portón: Nikoláievskaia Úlitsa, en honor a san Nikolái, el milagrero, patrón de los viajeros, presos y huérfanos.

La mansión constaba de dos alas que se extendían hacia atrás, a un patio que no se divisaba. En la foto solo aparecían los dos lados frontales, orientados a la calle y comunicados por un portón. El viejo edificio ofrecía una imagen de desolación y degradación postsoviética: el moho, los orines, los desechos, el hongo en las paredes podían olerse. Piedra corrompida, corroída por el tiempo y por las emisiones industriales, que solo permitía intuir la estampa que la casa debía de haber lucido antiguamente, cien años atrás, cuando nació mi madre. Con un poco de imaginación, aún se apreciaba el profuso adorno de las ventanas, las refinadas guarniciones de hierro forjado, el encanto de las buhardillas floriformes, recubiertas ahora por la hierba y la zarza y con un aire de nidos de cigüeñas. El carcomido portón entre las dos alas consistía en piedras grises, apiladas como de forma suelta, que daban la sensación de poder derrumbarse en cualquier momento. Sobre el tejado de tejas porosas, un canalón oxidado y una vieja antena con cables caídos. Dos capas de pintura sin terminar, una de azul, otra de rosa.

La vida de mi madre en Mariúpol se fue animando con las imágenes que la visión de la casa evocaba en mi mente. La veía jugando de niña en el patio detrás del portón, retozando con otras criaturas, con su hermano Serguéi. Oía a Tonya, la niñera, llamándola; la veía cruzar el entonces todavía intacto portón con la mochila escolar a cuestas. Cada uno de sus recorridos tenía que conducir por ese portón y comenzar en esa calle. El adoquinado en la foto, roto e invadido por la maleza, databa tal vez de aquella época. Era de suponer que, por entonces, la Nikoláievskaia Úlitsa se encontraba en el barrio italiano, quizá mi madre visitaba a veces a sus primas en el vecino barrio griego, quizá el idioma helénico, aparte del ucraniano, ruso e italiano, estaba aún presente en su día a día. El italiano lo seguía estando incluso hoy, a juzgar por los restaurantes italianos que, según la imagen del satélite, proliferaban en el entorno de la Nikoláievskaia Úlitsa; pero debía de tratarse más de un fenómeno de los tiempos modernos que de un residuo del pasado. Nunca lugar alguno en el mundo me había resultado más lejano e inimaginable que aquel que estaba viendo en la pantalla.

Las llamadas por teléfono a mi primo Ígor tenían un carácter extraño, ya que nuestras posibilidades de conversación eran limitadas. Ígor no solo era callado, sino también, como la mayoría de los rusos, una persona que se revolcaba en el gran dolor colectivo para enterrar el individual dentro de sí mismo. Además, el código de conducta ruso no preveía hacer preguntas que tocaran un punto desagradable para el interlocutor, y tampoco se acostumbraba a endosarle a este los problemas personales. En el fondo, mis conversaciones con Ígor no versaban sobre nada. No teníamos temas en común, habíamos vivido nuestras vidas en mundos distintos, y sin embargo noté que en el solitario anciano, que no quería o no podía hablar, se ocultaba un alma profunda y sensible, y poco a poco fue naciendo entre nosotros una especie de tierno amor.

Ígor esperaba mis llamadas con impaciencia y se preocupaba cuando llevaba tres o cuatro días sin noticias mías; yo también me preocupaba, temerosa de que el tenue hilo de su vida se rompiera justo ahora que había dado con él. En las pausas que mediaban entre nuestras llamadas lo tenía en mis pensamientos, y sentía que otro tanto ocurría al revés.

En ruso, «primo» se dice *dvoiuodni brat*, hermano de segundo grado, y por lo general se suprime lo de «segundo grado» y se dice simplemente «hermano». «¿Qué me cuentas de mi hermano?», preguntaba yo a la mujer de Ígor cuando ella cogía el teléfono. Saboreaba pronunciar esta palabra por completo nueva para mí: hermano. Increíble, tenía un hermano para quien yo era su hermana... ¿Qué estará haciendo mi hermano?, me preguntaba varias veces al día. Y eso que Ígor era para mí mucho más que un hermano. Aunque no hablaba casi nunca de la familia, él era el nexo viviente con mis antepasados, el clan ucraniano al que yo había maldecido tantas veces; era el clan mismo, y había momentos en que me hacía el efecto de devolverme algo de mi madre. Él, a su vez, parecía haber reencontrado en mí a su hermana perdida, Yelena, cuya muerte a manos de su hijo lo había conmocionado hasta el punto de que la llama de su vida ya solo parpadeaba de forma discontinua. Lo reconfortante era que ese estado perduraba desde hacía más de diez años, un parpadeo crónico, que quizá se prolongaría por mucho tiempo. Yo no podía sustituir a la hermana de Ígor, pero a veces sentía que no solo él era un regalo

para mí, sino que también yo lo era para él, un vínculo nuevo e inesperado con el mundo, con el cual Ígor ya había acabado.

El deseo que Konstantín abrigaba para mí se había cumplido. Finalmente, qué regalo, yo había encontrado a alguien al que podía abrazar, a ese hombre en Siberia de casi ochenta años, gravemente enfermo, callado, en quien convergían los hilos de mi vida. Mi búsqueda había terminado, no me quedaba nada por encontrar. Apenas daba crédito, pero los había localizado a todos, a toda la familia de mi madre, no solo a los muertos, sino también a los vivos. De unos parientes más lejanos, no podía esperar informaciones ulteriores sobre mi madre. Ígor era el punto final de mi búsqueda, que había comenzado con un caprichoso jueguecito en internet en una noche de verano a orillas del lago. Y sin embargo, aún me esperaba una cosa más.

Cuando, tras el ictus, Ígor se había mudado con su mujer a la confortable torre de pisos con ascensor, había conservado, para cualquier imprevisto, su piso en la cuarta planta de un edificio viejo. El mayor de sus dos nietos residentes en Miass había anunciado su intención de contraer matrimonio. No tendría que compartir el destino de la mayoría de los recién casados en Rusia, obligados a buscar acomodo en la exigua vivienda parental de dos habitaciones, puesto que la casa de su padre ofrecía sitio suficiente; él podría vivir separado de sus progenitores. Al vaciar el antiguo piso de su abuelo, en el que pensaba instalarse con su mujer después de la boda, se encontraron, encima de un armario, dos cuadernos sepultados bajo capas de polvo. Eran los diarios de Lidia. Ígor no tenía idea de cómo habían ido a parar encima de aquel armario, y a punto estuvieron de eliminarlos junto con los viejos muebles.

Ígor no podía leer los cuadernos, la vista ya no le respondía, y quizá tampoco habría querido leerlos. Nacido y crecido en la época soviética, estaba acostumbrado a la prohibición de fotocopiar y no se imaginaba que ahora, también en Rusia, uno simplemente podía entrar en una copistería y hacer tantas reproducciones como quisiera de cualquier original. Así que le encargó a su hijo que me enviara los valiosos diarios. Con un estremecimiento interior que no cesaba, pensé en el largo y azaroso camino que tomaban los apuntes de la que podía ser mi testigo, encontrada contra todo pronóstico. Tuve la sensación de que, durante los años en que descansaron bajo el

creciente manto de polvo, aquellos cuadernos solo esperaban el momento de mi aparición, como si Lidia los hubiese depositado para mí sobre el armario de su hijo.

Pasaba el tiempo y el envío no llegaba. Esperaba el correo a diario, mi buzón estaba siempre atestado de publicidad y otras bagatelas, pero el paquete de Siberia seguía perdido. Los cuadernos, ¿habían sido víctimas de la censura, objeto de embargo? ¿O se habían extraviado en algún tramo de la ruta? No pude menos que pensar en un libro que había traducido en una ocasión. En él, unas estudiantes trabajaban durante las vacaciones como carteras. Recogían en la oficina de correos la pesada valija con la correspondencia para repartir, vaciaban su contenido en el primer contenedor de basura y se tumbaban a la bartola. ¿Acaso las joyas de la corona de mi búsqueda habían sufrido una suerte parecida?

Al fin se comprobó que la no llegada del envío no se debía a las aleatoriedades rusas, sino a una causa distinta. El correo alemán había remitido los cuadernos a mi dirección a orillas del Schalsee sin que yo hubiera presentado una solicitud de reenvío. Cuando, en un día lluvioso y borrascoso, llegué a aquella casa, el sobre húmedo con mis señas de Berlín reetiquetadas me cayó del buzón a las manos. Llevaría ya varias semanas en aquel solitario cajón metálico sujeto a la pared exterior del edificio, expuesto a las inclemencias del tiempo.

Rápidamente llevé mi equipaje a la helada vivienda y rasgué el sobre, ansiosa, como si la voz de la hermana de mi madre pudiera perderse en el último instante. Los cuadernos estaban un poco rígidos, pero no tenían desperfectos; uno era verde, el otro marrón, los dos de un tamaño similar al DIN A5, con encuadernación cosida y bordes torcidos, como si no hubiesen sido fabricados a máquina, sino de forma manual. No se trataba de diarios; eran una especie de memorias que Lidia había escrito a los ochenta años, una década antes de su muerte. Las páginas, cuadriculadas, estaban cubiertas de aquella caligrafía que yo ya conocía por su solicitud de rehabilitación, menuda, oblicua, sorprendentemente regular para una persona de su edad, realizada como de un solo trazo y casi sin correcciones.

En la primera página del cuaderno verde había un poema de
Gueorgui Ivanov:

Rusia es suerte, Rusia es lucera.
Pero quizá Rusia sea pura quimera.

Nunca el sol al Nevá ha colorado,
nunca Pushkin en la nieve yació, derribado,

San Petersburgo jamás existió...
solo campos, campos, que la nieve cubrió.

Nieve, nieve, nieve... y la noche alargada
que nunca dejará de traer nueva helada.

Nieve, nieve, nieve... y la noche oscura
que nunca jamás tendrá fin ni clausura,

Rusia es silencio. Rusia es ceniza.
O quizá mera angustia estremecida.

Tiniebla gélida, bala, sogá,
Y siempre la música loca, loca.

Bala, sogá, un amanecer de penal
Sobre lo que el mundo no sabe nombrar.

Me arrebujé en una manta de lana, me senté en el butacón frente a la ventana que miraba al lago tempestuoso, apizarrado, y comencé la lectura. Precedía los apuntes una cita del Deuteronomio: «Mía es la venganza y la retribución». Tragué. Sin aliento, esperé a la primera aparición de mi madre. Lidia dejaba constancia de su nacimiento, pero a partir de ahí mi madre apenas salía en sus notas. Tuve que conformarme con buscarla entre líneas, en su mundo de entonces, que su hermana había visto con sus propios ojos y que ahora me enseñaba desde muy cerca.

SEGUNDA PARTE



Los hermanos Serguéi, Yevguenia y Lidia, hacia 1928.

Yákov, el padre de mi madre, castigado con veinte años de destierro por sus ideas revolucionarias, puede pasar el último periodo de su cautiverio bajo vigilancia de las autoridades en Varsovia, en la periferia del Imperio ruso de la época. Allí nace, en 1911, Lidia, la hermana de mi madre.

Como yo ya suponía, Matilda de Martino no fue la primera mujer de Yákov. Lidia vive su tierna infancia junto con su hermanastro Andréi, hijo del matrimonio que el padre contrajo en el lugar de su confinamiento, quien en Varsovia ve por primera vez y con ojos de asombro una ciudad.

Yákov percibe un modesto salario de profesor de historia en un liceo varsoviano, pero está casado con una mujer muy acomodada gracias a la importante fortuna de sus progenitores italianos. Residen holgadamente en una espaciosa vivienda sita en el corazón del casco antiguo, han contratado a una cocinera polaca, una niñera rusa y una institutriz inglesa, la señorita Wigmor, llamada por Yákov Miss Hello-and-Goodbye en alusión a su sombrerito de dos pequeñas viseras por delante y por detrás. Siendo una niña de corta edad, Lidia habla ya en los tres idiomas, confundiéndolos siempre; su padre domina además el francés, la lengua de la nobleza rusa, y el alemán, que ha aprendido con su madre baltogermana, Anna von Ehrenstreit. En el piso hay un valioso piano de cola, en el que Matilda, un gran talento musical, toca a Chopin y

Mozart. A menudo reciben invitados, intelectuales, músicos o poetas polacos. A Yákov se le permite visitar Suecia e Inglaterra, donde mantiene citas clandestinas con militantes de los movimientos obreros revolucionarios locales. Esto no le impide vivir a lo grande en Varsovia y pasar las vacaciones en el elegante balneario de Łazienki. Un destierro de lujo que acaba en 1915 con la entrada del ejército alemán en la capital polaca. Yákov puede regresar a Mariúpol y vuelve a ser un hombre libre después de veinte años. Poco después del retorno a la vieja patria nace Serguéi, el hermano de mi madre.

La Mariúpol de aquel entonces es una ciudad multicultural. Ucrainianos, rusos, griegos, italianos, franceses, alemanes, turcos, polacos, muchos judíos. La ciudad se levanta sobre una colina, desde cualquier punto se divisa el mar de Azov, famoso por su riqueza pesquera. Cuando pasan los enormes bancos de esturiones y luciopercas, las aguas someras dan la sensación de bullir.

Abajo del todo, en la playa, viven los pescadores; un poco más arriba, en la ladera de la colina, los obreros, sobre todo los del puerto. Chozas de madera y de adobe, cobertizos, cubículos, donde las personas se hacinan sumidas en la mayor pobreza. No hay alcantarillado ni electricidad, la gente tiene que recoger el agua con baldes en una fuente. Suelos cenagosos, hedores, mosquitos. Los niños hambrientos juegan en el lodazal, los padres beben. Cunden la malaria, el cólera, el tifus. Por la noche arden teas en las cabañas.

En el tercer plano sobre el mar, se apiñan las chozas y tienduchas de los judíos sin recursos. Allí uno encuentra los deseados fósforos, cordones, brochas de afeitarse, petróleo, clavos oxidados, libros de viejo, melones, mazorcas de maíz, mijo, piedras de sal, filacterias..., todo lo pensable e inimaginable. También allí, por doquier, niños medio desnudos, sucios y hambrientos, los chicos con tirabuzones en las sienes.

Un poco al margen, detrás del puerto con sus barcos y grúas de carga, hay dos plantas siderúrgicas, construidas por los franceses. Las personas que trabajan en esa parte y habitan en una colonia propia están algo mejor situadas que los trabajadores portuarios. Sus casas de piedra tienen agua y corriente eléctrica, el sueldo alcanza por lo menos para alimentarse. Las chimeneas de las fábricas escupen día y noche sus hollines hacia lo alto de la urbe, las sirenas que resuenan al final de los turnos hacen las veces de reloj.

Yákov vive con su familia en el «barrio alto», que hasta la llegada de la Revolución estará reservado a las clases media y alta. Allí hay restaurantes y coctelerías, un club Soleil, hoteles llamados Continental e Imperial, tabernas griegas y *trattorie* italianas, teatros, un amplio bazar y negocios caros, un sinfín de iglesias ruso-ortodoxas, una catedral, sinagogas, una iglesia católico-romana levantada por los vecinos italianos y una *kos'ciol* polaca. Por las calles transitan carruajes, se venden cupones de lotería y *piroguí* de pescado, las gitanas ofrecen sus artes quirománticas, los domingos una banda de viento toca en el parque de la ciudad.

Giuseppe De Martino, el padre de Matilda y próspero comerciante italiano, ha puesto a disposición de su hija y la familia de esta un ala de su casa en la Nikoláievskaia Úlitsa, una de las mansiones más representativas de la ciudad. Solo la supera en lujo la «dacha blanca» en la que reside Angelina, hermana de Matilda, con su marido griego y sus hijos. En ella se celebran los más suntuosos bailes y fiestas de jardín de Mariúpol, se organizan conciertos y loterías benéficas. Matilda, en cambio, vive con sus padres y da clases de piano; Yákov, jurista graduado, solo ha encontrado un empleo de pasante. Nada más regresar, ha retomado sus actividades políticas, uniéndose a los bolcheviques, la facción prohibida del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Sobre cómo pudo, siendo un bolchevique convencido, casarse con la hija de un gran capitalista y, según me entero ahora, compartir vivienda con su suegro enemigo de clase, Lidia no escribe nada. No será para mí el único punto oscuro de sus notas.

Teresa Pacelli, la rica madre de Matilda, mira por encima del hombro a su yerno oriundo de la nobleza ucraniana venida a menos. Frunce el ceño ante el hecho de que la familia de Yákov no tenga más servicio doméstico que la niñera Tonya, y que coma menús de solo tres o cuatro platos. Por lo visto, en Varsovia su hija recibía una generosa renta; ahora, de vuelta en casa, tiene que dar clases de piano para ganar dinero.

En efecto, la mansión de mis bisabuelos italianos Teresa y Giuseppe parece ser un refugio de parientes empobrecidos. Además de la familia de Yákov, entre sus residentes figura el tío Federico, un hermano de Matilda, que ayuda a su padre en los negocios y ocupa una modesta suite. También están la «yaya pequeña», de la familia Pacelli, y la «yaya grande», de los Amoretti. La

yaya grande debía su apodo a su imponente estatura y una magnífica trenza que le llegaba hasta las corvas. Había estado casada con un aristócrata ruso que perdió toda su fortuna jugando a la ruleta y acabó muriendo de tuberculosis. Viuda temprana y sin medios, la yaya grande vivió desde entonces en casa de su hermana Teresa. Una suerte parecida corrió la yaya pequeña. Era de veras muy pequeña y delicada, tenía una cara de belleza cautivadora, pero la afeaba una chepa. Su padre, dueño de viñedos, le había dado una formación excelente, hablaba varios idiomas, se hacía notar por sus modales exquisitos y se convirtió en dama de honor de la madre del zar, Maria Fiódorovna. Esta, al cabo de un tiempo, la casó con un oficial apuestísimo y paupérrimo, quien no quiso conformarse con tener una mujer jorobada. Dilapidó toda su dote y se largó para siempre. De modo que, un día, la yaya pequeña reapareció por Mariúpol. No había asimilado su cataclismo y se había vuelto extraña. Solía contestar las preguntas con monosílabos, limitándose a un «no sé, no sé nada». Las más de las veces guardaba silencio.

La parte de la casa donde viven los propietarios mismos, los abuelos de Lidia y Serguéi, se asemeja a un museo en el que pueden admirarse objetos venidos del mundo entero. Sedas de China, alfombras de la India, figuras de marfil de África, preciados mosaicos y baúles de Persia, máscaras terroríficas de Ceylán, conchas gigantescas con resonancias de mares lejanos, tapices árabes, porcelanas japonesas, cristalería veneciana y muchas otras cosas que Teresa y Giuseppe trajeron de sus viajes en barco. Sobre las mesas hay fruteros y jarrones con flores frescas; en el salón, lugar donde se recibe a los invitados, se baila y se toca música, cuelga un retrato de la familia del zar, flanqueado por una galería de ancestros italianos, entre ellos un cardenal de sotana roja y un embajador italiano en Portugal. También se ve al padre de Giuseppe, el cantero napolitano, varón de hombros descomunales, cabeza pelada y monóculo. El parqué de taraceas, liso como un espejo, es para Lidia una pista de patinaje donde se desliza en secreto. Lo que más la fascina son los dos espejos Trumeau colocados frente a frente en una de las habitaciones. Cuando se pone delante de uno, su imagen se refleja en el segundo, esta de nuevo en el primero, y así sucesivamente, de modo que Lidia se ve a sí misma en una repetición infinita.

El servicio doméstico se compone de dos criadas, una cocinera, una lavandera, un mayordomo, un cochero y un chófer. Solo las criadas tienen derecho a abordar a los señores de forma directa; todos los demás deben relacionarse con ellos por medio de las criadas. En una ocasión, Lidia se asoma a la cocina, donde los sirvientes están comiendo y charlando. Al verla, enmudecen. «¿En qué podemos servirla, *madame*?», pregunta una de las criadas. Alguien susurra: «¿Dónde hay aquí una *madame*?! Si esa vive de la caridad de sus abuelos...». Lidia se ofende. «Mi padre trabaja», dice, porfiada. La cocinera le ofrece un puñado de pipas; Lidia sale corriendo.

Fuera, en el patio, donde más tarde jugará también mi madre, se oyen las voces y los ruidos de la tonelería adyacente, ubicada detrás de una muralla de oscuros cipreses. Es el taller de una familia judía, los Bronstein, pero en aquellos días nadie sabe todavía que, en el futuro, uno de sus vástagos se pondrá el nombre de Lev Trotski, cuyo sobrino desempeñará un papel nada desdeñable en la vida de Lidia. Huele a lila y a rosas silvestres, por la fachada de la casa trepa la vid. Al fondo del patio está la cuadra con los tres caballos que el cochero alimenta y almohaza a diario; en la cochera hay dos carruajes —uno para las salidas festivas, otro para las ordinarias— y un gran trineo de caballos para el invierno. Junto a la cochera, hay un garaje. En toda Mariúpol existen por entonces dos automóviles, uno de los cuales pertenece al abuelo Giuseppe.

A Matilda, su madre, Lidia siempre le tiene un poco de miedo, aunque nunca la castiga ni la censura. Solo la mira con sus ojos severos, de velado sarcasmo, por lo que Lidia nunca sabe a ciencia cierta si desaprueba su conducta o se burla de ella. Jamás se le ocurriría buscar amparo, calor o cariño en su madre. Esto lo recibe de su niñera ucraniana, Tonya, que la mimaba y hace reír. Con ella aprende el idioma ucraniano, que para los padres no es más que un primitivo dialecto ruso, pero para Lidia será su salvavidas.

A menudo está sola. La madre tiene muchos alumnos de piano, se les oye practicar escalas y estudios todo el día. El padre, si no está en el bufete, asiste a las asambleas clandestinas de los bolcheviques; nunca tiene tiempo. Serguéi es aún demasiado pequeño para jugar con ella; el hermanastro Andréi ya es adulto. Va a seguir los pasos del padre y pronto marchará a la guerra civil... Morirá en los primeros días.

Lidia siente envidia de los otros niños, cuyos padres les leen cuentos de hadas. Su madre no lo hace. Quizá sea eso lo que contribuye a que, ya a los cinco años, aprenda a leer sola, sin ayuda ajena. Más tarde no recordará cómo lo hizo. Avanza a tientas, con el dedo, por las líneas, estudia letra por letra hasta que poco a poco va dilucidando las filas de caracteres. Queda completamente embriagada, no para de leer. Después de los cuentos de hadas, va a buscar en la biblioteca de sus padres. A los seis o siete años ya conoce *Nétochka Nezvánova* de Dostoievski, las fábulas de Iván Krylov, el *Relato sobre el zurdo bizco de Tula y la pulga de acero* de Leskov. Se sumerge en el mundo de los adultos, firmemente convencida de que entiende cada palabra de los libros.

Ya en Varsovia, cuando tenía tres años, la madre había empezado a darle clases de piano. Lidia odia ensayar escalas y digitación, pero compone. No necesita mucho para hacerlo, un acorde da el siguiente, no tiene más que seguir los tonos que escucha en su interior. Es como con la lectura... solo que en el piano no lee con los ojos, sino con los oídos. En el piano, las letras son tonos que se asocian formando palabras y frases. En una ocasión, la madre asoma la cabeza por el resquicio de la puerta. «¿Por qué tocas una pieza tan complicada? —le pregunta—. Es demasiado temprano para ti.» No tiene idea de los talentos de su hija.

Por las noches, cumplido el trabajo, al abuelo Giuseppe le gusta reunir a la familia. Vienen sus hijos, nacidos en alta mar y luego entregados a cuidados ajenos, a veces también Eleonora, una pianista que vive en Petrogrado. Se cena, se bebe, se charla; el tema principal es la política, el infierno de la Revolución que ya proyecta sus sombras. A ratos, alguien se sienta a tocar el piano de cola, obra de Jakob Becker. En algún momento, el abuelo dice: «A ver, Matilda, cántanos algo». La madre de Lidia tiene una voz insólitamente bella, oscura, un cálido contralto con el que entona canciones napolitanas, arias de ópera, romances de Chaikovski y Rubinstein. Suele acompañarla su hermano Valentino.

Nada en mi memoria responde mientras voy leyendo sobre la voz de cantante de la madre de mi madre. Parece imposible que no me contara nada al respecto, pues su propia voz debía de venir de allí, de su madre y, también, sin duda alguna, de su hermano Serguéi. Mi madre cantaba siempre que no lloraba

o se retraía en su lúgubre silencio. Cantaba cuando lavaba los platos, cuando barría, cuando se recogía el pelo frente al espejo. Cantábamos todos, casi a diario y también juntos; yo tocaba el acordeón, incluso de noche me levantaba para tocar, sonámbula, con el atril delante pero los ojos cerrados. Mi padre fue niño de coro en la iglesia rusa de su pueblo natal, luego director de coro, y después del periodo de trabajos forzados en Alemania, su voz se convirtió en fuente de nuestra supervivencia. Primero cantaba para las fuerzas de ocupación americanas, deseosas de escuchar canciones rusas, que le pagaban en especies; más tarde ganaba dinero como miembro de un coro de cosacos. Tal vez mis padres ya cantaban en Mariúpol, tal vez fue de la sinfonía de sus voces de lo que se había enamorado mi madre. En cualquier caso, tenían en común eso, las bellas voces, el amor al canto, que se nos contagió a mí y a mi hermana, quien luego estudió música y se hizo cantante de ópera... siguiendo el rastro de su tío Serguéi, cuya existencia ignoraba por completo. En la escuela alemana, siempre tuve la voz más bella de mi curso, mi voz era mi mayor atributo, la única particularidad positiva de lo ruso que yo encarnaba. Cuando mi madre, mi padre, mi hermana y yo cantábamos en casa, cuando nuestras voces confluían, entonces formábamos una unidad, una familia, un nosotros que fuera de esos momentos no existía.

La voz lírica de su madre, madre por lo demás tan fría, rebosaba calidez, magia y ternura, escribe Lidia. El canto de Matilda fue la mayor felicidad de su infancia. No le leía cuentos, cierto, pero cuando Tonya había acostado a los niños, Matilda entraba en el cuarto para dar las buenas noches. Antes de irse, se sentaba en la butaca junto a la ventana y comenzaba a cantar en voz baja nanas rusas e italianas, «*Spi mladyenets, moi prekrasni, býushki bayu...*». «*Ninna nanna, ninna oh, questo bimbo a chi lo do...*». Para Lidia eso significaba sentirse recogida, tener un hogar... la voz oscura, llena de misterio, de su madre, que la hacía dormirse dichosa al final de cada día.

Por la mañana, la madre trata de desenredar la tupida maraña negra en la cabeza de Lidia. Trabaja con varios peines y cepillos para ordenar el cabello rebelde de la criatura. «Eres nuestra pequeña bruja», le dice en broma, sin sospechar lo en serio que su hija se toma esas palabras. Desde sus lecturas de los cuentos de hadas, sabe que las brujas pueden volar, y está íntimamente convencida de que ella también es capaz. Es la única niña que corre con los

chicos del vecindario sobre los tejados de las casas de la calle, arrimadas unas a otras, saltando de un tejado al siguiente. A veces, las tejas se le resbalan bajo los pies, los chicos gritan, pero Lidia no tiene miedo. Brinca con la certeza de que no le puede pasar nada, de que las leyes de la gravedad no rigen para ella.

Un día, se encarama sola a un tejado y da un paso en falso. Tiene suerte. No cae en el pavimento, sino sobre un montón de arena que hay justo en ese lugar de la vía pública. Su carrera de bruja termina con fuertes contusiones y una conmoción cerebral.

Muchas veces en verano, Valentino, el hermano de Matilda, envía un carruaje para recoger a Matilda y a sus hijos para llevarlos a su dacha próxima a Mariúpol. La dacha se encuentra encima de una colina, en medio de un jardín enorme. Desde la azotea se divisa el refulgente mar azul, la blanca playa y los barcos del puerto. En el patio susurra una fuente, dos pétreos leones vigilan la escalinata. Del jardín, que se extiende hasta el mar, cuida un jardinero llamado Erich Klarfeld, al que Valentino ha hecho venir expresamente de Alemania y que vive en una casita de la misma finca. El área entera está atravesada por alamedas: está la umbría, siempre fresca porque nunca rayo de sol alguno se cuele por la verde fronda de los árboles, y está la soleada, con tumbonas dispuestas entre rosales para los baños de sol con los que se curan diversas enfermedades de invierno. Hay alamedas bordeadas de árboles frutales y arbustos con bayas, y las hay que conducen a través de pequeños mares de flores que relucen con sabia policromía, siempre distinta según la estación del año. Por una estrecha escalera de piedra se desciende a la playa con los vestuarios. A la noche, si vienen invitados, se ilumina el jardín con guirnaldas de farolillos multicolores, se sirve tinto italiano, espumoso de Crimea y helado casero.

Es en ese lugar donde Lidia pasa los momentos más bonitos de su niñez. El tío Valentino juega con ella al dominó y la deja cabalgar sobre su espalda; en su compañía la madre está como transformada, alegre y cercana. Aunque su hermano tiene personal para todo, ella misma arranca las bayas y prepara *varenye* en la cocina de verano. Por la noche, Valentino enciende el gramófono, pone discos y baila con Matilda en la terraza. Lidia, de improviso, añade que su padre nunca pisó la dacha de su cuñado. La frase queda en el

aire, sin explicación, pero si en sus notas existe la insinuación de una relación amorosa entre su madre y su tío, es en ese pasaje.

En invierno, lo que más adora son las salidas en trineo, las prefiere incluso a los viajes en automóvil. Cuando hay nieve quisiera montarse en el trineo cada día para, envuelta en su abrigo de pieles, volar a través del blancor espolvoreado, arrastrada por los caballos resoplantes con su tintineo de campanillas en el arnés. En una ocasión se atreve a pedirle a su abuela otra salida, pero esta solo la mira altanera. «¿Acaso tenéis caballos, acaso tenéis cochero? No tenéis nada, sois unos parásitos.»

Lidia está fuera de sí. Sabe que los parásitos son pulgas y chinches. Se precipita al cuarto de trabajo de su padre, a quien no se le puede molestar en su labor, pero esta vez hasta se olvida de llamar a la puerta. «Papá, la abuela dice que somos parásitos. ¿Es verdad?», pregunta sin aliento. El padre se quita las gafas y la mira con sus ojos serios y grises. «Sí, hija, es verdad —dice—. Vivimos en una sociedad injusta. Pero eso pronto cambiará. Después de la Revolución ya no habrá ricos ni pobres, y entonces dejaremos de ser parásitos.»

A partir de ese instante, Lidia espera con impaciencia la Revolución. No tiene que esperar mucho. A las pocas semanas llega el momento. Comienza con alegría, sin alardes. En las calles se ve a gente risueña que canta himnos nunca oídos y agita banderitas rojas. También los padres de Lidia, junto con los abuelos y otros parientes, festejan la ocasión. Entonan la Marsellesa y brindan con champán. ¡Por la libertad! El retrato de la familia del zar ha sido descolgado del salón. Reina la felicidad por la llegada de la nueva época democrática.

Mientras leo, me pregunto cómo interpretarlo. Los abuelos, ¿eran ingenuos? ¿No sabían la que les caería encima? ¿Ni siquiera comprendían los objetivos políticos que propugnaba su yerno, empeñado en abolir precisamente a los de su estado y condición?

Algunos días después ya se producen disparos. Hay individuos que se arman con piedras y rompen cristales. Una encrespada turbamulta intenta tomar al asalto la casa de los acomodados De Martino. El mayordomo logra aplacar la ira popular, todavía está del lado de sus señores, pero es la última vez antes de que estallen los saqueos, la anarquía, el terror, la angustia

permanente. A Mariúpol se la disputan varias bandas y agrupaciones políticas, siendo ya unas, ya otras, las que arrebatan el poder. La gente se esconde en sótanos y bajo tierra para ponerse al abrigo de los tiroteos. Los respectivos vencedores se identifican por una bandera que izan sobre el edificio bancario. La del zar representa a la Guardia Blanca; la roja, a los bolcheviques; la azul-amarilla, al nacionalista Simon Petliura; la negra, al anarquista Néstor Majnó. En los cinco años que dura la guerra civil, el poder administrativo local cambia diecisiete veces. Los más peligrosos son los vencedores que no necesitan bandera. De estos hay que temer atracos y pillajes de especial brutalidad.

En la casa de mi madre aún nonata todo ha cambiado. Matilda se ha quedado sola con sus dos hijos, su marido Yákov y su hijastro Andréi luchan en el bando bolchevique. Poco a poco van desapareciendo también los sirvientes, no sin antes robar lo que pueden llevar a cuestas. Una vez que Lidia abre la puerta del cuarto de baño, se encuentra a la cocinera Darya envolviendo el barreño de la abuela en la bata de seda de esta y ocultando los dos objetos en una gran cesta. «¡Pero si eso es de la abuela!», grita Lidia, estupefacta. La cocinera: «Vivimos en el comunismo, lo tuyo también es mío. —Medita un instante y añade—: Pero lo mío no es tuyo.»

Una noche, Lidia ve por la rendija de la puerta a su abuelo y al hijo de este, Federico, sentados bajo una lámpara, con una montaña de monedas de oro sobre la mesa. Las apilan en montoncitos que luego enrollan en papel de periódico. «Ahora se larga esa fina parentela tuya, ¡chusma de capitalistas!», le espeta, al pasar, una de las criadas todavía presentes. En efecto, al día siguiente los abuelos y el tío Federico han desaparecido, por lo visto para siempre. En cualquier caso, Lidia ya no los menciona, dejándome otro punto oscuro. Al menos así me entero de que mi madre no conoció a sus abuelos italianos, ya no estaban cuando ella nació. Quizá fueron asesinados o deportados a un campo, quizá lograron huir con su dinero.

Prácticamente a diario entran en la señorial casa de la Nikoláievskaia Úlitsa huéspedes indeseables que se pasean por sus estancias, miran, buscan. Una noche se presentan dos hombres armados y empiezan a arrancar con sus bayonetas la conexión telefónica de la pared del pasillo. «¿Por qué hacen eso?», les pregunta Matilda, y les pide sus documentos. Uno de los hombres

levanta el puño frente a la cara de Matilda: «Este es mi documento». Acto seguido, señala su revólver: «Y este, mi argumento».

Se crean organizaciones nuevas a cada instante. En una ocasión puede observarse una especie de manifestación en la calle mayor. Se trata de una docena de hombres y mujeres jóvenes que corren totalmente desnudos, llevando solo una pancarta roja colgada de los hombros: «¡Basta ya de pudor!». Los espectadores ríen y chillan. Mientras tanto, Lidia y Serguéi van recogiendo balas y cartuchos en la calzada y juegan a rojos y blancos. Masha, la amiga de Lidia, dice: «Ya no puedo jugar contigo. Tu madre es una blanca; la mía, una roja».

El único sirviente que ha permanecido en la casa es el chófer. Un día, invita a Lidia a dar un paseo en el automóvil del abuelo. Lidia está encantada, hace tiempo que no ha montado en coche. Descalza y con su vestidito de verano, se sube tal cual al asiento trasero del descapotable. El chófer pisa el acelerador a fondo; al poco tiempo llegan a la dacha del tío Valentino. El chófer detiene el coche ante la casita del jardinero alemán, se apea sin decir nada, y deja a Lidia sola. ¿Qué va a hacer? ¿Ha tomado como rehén a la nieta de sus antiguos patrones? ¿Negocia con el jardinero la fortuna de Valentino? La dacha parece desierta, los postigos están cerrados, en los intersticios del pavimento abunda la mala hierba... y ni rastro del tío Valentino. Lidia deambula por la finca, se va haciendo de noche, comienza a tener frío. Al final, se resguarda en un montón de pipas de girasol que conserva el calor del día. Siente cansancio y se queda dormida. Al cabo de un rato, la despierta la luz de una linterna, es el chófer que le apunta a la cara. «Nos vamos, *madame*», dice. Sonríe con una mueca de burla y se corrige: «Quiero decir, *exmadame*, naturalmente». Lleva a Lidia de vuelta a casa, la hace bajar, parte en estampida con el vehículo del abuelo y ya no vuelve nunca más. Cuando Lidia entra en la casa, descalza, sucia y temblorosa de frío, Tonya suelta un grito de alivio. Ella y la madre llevaban horas buscando a la niña, dándola ya por desaparecida en los avatares nocturnos de la ciudad.

Una mañana, a Lidia la despierta un fuerte ruido. Salta de la cama y corre en pijama al salón, lugar del que procede el escándalo. Allí ve a un hombre desconocido, con sombrero de cuero similar a una chistera, con guerrera negra, calzona y botas. Colgadas del cinto, se balancean vainas de puñal

vacías y una granada. Manotea un sable que traza círculos en el aire y emite un silbido angustiante. Cada vez que el filo del metal descarga sobre una butaca, se oye cómo el tapizado revienta con un leve estampido. Lidia descubre a su madre y a Tonya arrinconadas en una esquina con gesto de terror. El hombre grita: «Exijo que se me traiga un pantalón enseguida. Uno negro. Si no, estáis muertas». Matilda le asegura que no tienen ningún pantalón negro, que ya se lo han quitado todo, pero el hombre no la cree y se va encolerizando cada vez más. De pronto se abre discretamente la puerta del servicio doméstico, y en el salón aparece la yaya pequeña. Va vestida y peinada con pulcritud, como siempre. «¿Qué sucede? —pregunta cortésmente—. ¿Qué podemos hacer por usted, caballero?». El intruso se queda sin habla por un momento, luego repite su exigencia del pantalón negro, aunque ya menos vociferante. «Estupendo, joven —replica la yaya pequeña—. Diríjase a una tienda de confección.» Diciéndolo, realiza un afable cabeceo hacia el extraño y se retira tan discreta e imperceptiblemente como ha venido. Matilda se ha puesto lívida, suplica indulgencia al hombre armado: «Disculpe usted, una anciana que ya no está en sus cabales...». «Pero tan distinguida —repite el otro, atónito—, tan distinguida...» Sin tenerlas todas consigo, pasea la mirada por la estancia, agarra rápido una lámpara de bronce que ha quedado sobre una repisa del salón casi expoliado y se marcha precipitadamente.

Otro día irrumpen dos borrachos pidiendo alcohol. Encuentran todavía una botella de aguardiente en la cocina. Después de apurarla, empiezan a preparar huevos fritos. Ponen al fuego un bol de cristal veneciano y le echan las yemas. El bol, obviamente, se revienta con un estruendo de añicos. Los borrachos se desternillan de risa y braman repetidas veces: «¡Muerte a la burguesía! ¡Muerte a la burguesía!».

Hace tiempo que en la casa entra y sale quien quiere, los que fueron sus dueños ya no tienen nada que decir. Provisionalmente, es el secretario de Semión Budionni, el jefe del Ejército Rojo de Caballería, el que se instala en el antiguo despacho del abuelo Giuseppe, todo un golpe de suerte para los habitantes de la casa porque su presencia al menos los protege de asaltos durante un breve tiempo. Unas veces se hospeda en la mansión un general con su amante, otras la esposa de un hombre de los servicios secretos que, al marcharse, arrambla con los últimos relojes y espejos.

Cuando Tonya va a misa los domingos, se encuentra a gente vestida con la ropa de los padres y abuelos de Lidia. En una ocasión ve a una niña con el abrigo de zorro polar que Lidia se ponía para las salidas en trineo. Pero tampoco hay ya trineo, la cochera está vacía. Los carruajes, los caballos y el trineo fueron robados por el Ejército Negro de Néstor Majnó.

Un día, llega gente de algún comité para requisar con absoluta legalidad los «restos de la propiedad burguesa». La buena de Tonya ha guardado las cosas de vital importancia en un gran baúl y explica a los señores que su contenido es propiedad personal suya. Que a ella, la proletaria, no pueden quitarle nada. Mientras van inspeccionando las salas y haciendo desaparecer en sacos inmensos cuanto cae en sus manos, Tonya alza la voz una y otra vez: «¡No! Eso lo quiero para mí. A mí también me corresponde algo de la propiedad del pueblo». Cargan los muebles y las alfombras en carromatos, también los espejos Trumeau que Lidia tanto quería. Arrancan las arañas de los techos, las cortinas de las ventanas. Por último, sacan el piano de cola. La música —escribe Lidia— desaparece para siempre de la casa.

Cuando, en una ocasión, recorre la ciudad con Tonya a la caza eterna de comida, pasan por delante del antiguo club de empresarios que ahora se llama Palacio del Obrero, según reza en un tablero contrachapado a la entrada. Tonya entra denodadamente en el edificio, con Lidia cogida de la mano. Unas escaleras de mármol con alfombra roja conducen al piso de arriba. Por todas partes hay hombres con botas, chaquetas de cuero y gorras de cuero, las puertas abiertas conceden miradas a salas equipadas lujosamente. En una de ellas Lidia reconoce, extrañada, el secreter rococó de su abuelo y el tocador de su abuela. «¡Jesús! —dice Tonya en voz baja—. Los muebles de tus yayos.» En un salón vacío, con los añicos del cristal de la ventana esparcidos por el parque, ven el piano de cola negro en el que Lidia alguna vez tocaba y componía. Ahora hace las veces de barra de bar, está repleto de botellas vacías, vasos sucios y ceniceros rebosantes de colillas. En el bufé del nuevo Palacio del Obrero cada visitante recibe gratis un *pirog*. Lidia engulle el suyo *in situ*, pero la precavida Tonya mete rápidamente otros dos en su bolso. Más tarde se oye decir que un chequista se encaprichó del valioso piano de cola de Jakob Becker, lo hizo transportar a su casa y se lo regaló a su mujer para que aprendiera a tocarlo.

Aunque ya casi nadie posee nada, los saqueos continúan. Matilda decide buscar refugio transitorio en la orilla opuesta, rusa, del mar de Azov, llevándose a sus hijos y a su embarazada hermana Eleonora, que ha ido a Mariúpol huyendo de los tiroteos de Petrogrado. Sigue convencida de que todo lo que ocurre es una fantasmagoría que va a acabar en cualquier momento. En las apreturas del puerto aún consiguen cuatro pasajes en una sórdida barcaza abarrotada de gente que, al igual que ellos, trata de poner mar por medio. Por la noche se ven inmersos en un huracán. La pequeña y herrumbrosa embarcación se convierte en un juguete de las olas, cruje y chirría como si fuera a hacerse pedazos en cualquier instante. Matilda se sujeta en el borde del lavabo y gime; Lidia tiene la sensación de estar cabeza abajo en el aire. Alguien grita: «¡Socorro! No puedo más, me tiro al mar». Después se sabe que ha sido Giannina Sanguinetti, una pariente de los De Martino, exasperada por la angustia y el mareo.

La llegada a Yeisk es como un sueño... Un brumoso sol de mañana sobre el mar manso y pulido, una playa blanca y apacible. Ya nada recuerda la nocturna rebelión de las fuerzas de los elementos. Casi dos meses de descanso de la guerra civil, que todavía no ha llegado a aquellos parajes. Una vieja y confortable pensión donde pueden tomar una modesta comida diaria, un panadero judío ofrece *bagels* frescos y fragantes. En el mercado se venden uvas y melocotones... a Lidia ya se le ha olvidado que eso existe. Pasan el día entero en la playa, nadando o tumbadas al sol. Todos se van robusteciendo leve y paulatinamente y empiezan a parecerse a sí mismos. Luego Eleonora, la hermana de Matilda, da a luz a una niña en el hospital local. Solo tiene un pulgar y un meñique en cada manita, le faltan los tres dedos del medio... la niña de una pianista que llega al mundo con las manos mutiladas. Deben de ser las secuelas de los miedos y horrores cotidianos que Eleonora tuvo que soportar durante el embarazo.

El viaje de vuelta por el mar quieto, de azul resplandeciente, es, durante mucho tiempo, la última felicidad de los retornados. Todo aquello de lo que huyeron no hace más que recomenzar. Ya en el camino del puerto a la casa son testigos de una escena dantesca: por la calle mayor se transportan ataúdes de los cuales salen gritos y golpes asfixiados. Los guardias blancos han

encerrado en los féretros a comisarios rojos para demostrar a la población lo que espera a quienes pactan con los bolcheviques.

Los tiroteos en la ciudad incluso han arreciado. Mariúpol ha caído por enésima vez en manos de Néstor Majnó. Con *tachankas*, carros de combate con artillería remolcados por caballos, su Ejército Negro barre las calles en busca de botín. Los vecinos cierran los postigos y se esconden para no ser asesinados.

Una noche, Matilda y Tonya conversan en susurros junto a la ventana. Para variar, no hay electricidad, solo la luz trémula de un quinqué ilumina la sala. A lo lejos se oyen disparos. «Rezad, niños, para que no venga gente mala a nuestra casa», dice Matilda. En las cabeceras de las camas de los niños hay pequeños iconos... el de santa Lidia mártir en la de Lidia, el de san Sergio de Rádonezh en la de Serguéi. Cada noche, antes de acostarse, los dos hermanos se arrodillan y rezan sus oraciones con las manos entrelazadas. Lidia se ha acostumbrado al ritual diario y tiene a Dios por una especie de amigo de la familia. A veces le pide consejo. Esa noche también se pone de rodillas y le ruega, entre lágrimas, su protección ante las malas personas. Al final se persigna y se repliega en su lecho, confiada y con la sensación del deber cumplido.

Poco después, alguien intenta derribar la puerta de la casa. Está hecha de recio roble, pero los golpes marciales no consienten dudas de que terminará cediendo. Matilda abre. Dos individuos de paisano entran en tromba, llevan escopetas, bayonetas y pistolas. Profiriendo fieros insultos se abalanzan sobre Matilda exigiéndole dinero, oro, brillantes. Matilda jura que no le queda nada, que ya la han privado de todo, pero los hombres no la creen. Revuelven toda la casa, en el sótano rajan las conservas con sus bayonetas suponiendo que encierran tesoros. Se van enfureciendo por momentos porque no encuentran nada. «Dormid, niños, dormid», dice finalmente uno de ellos, y ordena a Matilda que se ponga contra la pared. Luego la encañona con su pistola. Matilda no dice nada, no grita, no opone resistencia, solo se arrebujá en su paño de lana, se coloca junto a la pared y mira por encima de las cabezas de los hombres, hacia un punto lejano.

De pronto, resuenan unos pasos fuertes. «¡Manos arriba!», grita alguien. De nuevo unos desconocidos, esta vez uniformados, entran impetuosamente.

Desarman a los intrusos y los sacan a empellones al patio. Se oyen voces y disparos procedentes de fuera. Más tarde se sabrá que Tonya logró escabullirse a la cocina, salir por la ventana y pedir ayuda a los rojos.

«Esa noche, el pelo de mi madre se volvió blanco», escribe Lidia, resolviendo una de mis incógnitas. De ahí, pues, la mujer de cabello blanco en la foto con mi joven madre. Matilda ya lo tenía de ese color cuando, a los cuarenta y tres años, dio a luz a mi madre. Una parturienta peliblanca, una mujer peliblanca amamantando a una lactante. Antes tendría el pelo moreno, como lo tendrían todos los italianos de mi familia, pero mi madre nunca la conoció de otra manera que luciendo un cabello que había envejecido veinte o treinta años en una sola noche. También en la coronilla de su hermano de cuatro años Lidia descubre unas hebras blancas al día siguiente, y en su propio pelo una mecha del mismo color... la señal del miedo a la muerte que todos ellos llevan a partir de entonces, tras la noche en que Lidia perdió su fe en Dios.

Un día, en el verano de 1919, aparece inopinadamente Yákov, el padre de Lidia y Serguéi. Ha abandonado en secreto el frente de la guerra civil y solo se queda una noche. Noche que tendrá consecuencias graves, pues Matilda queda embarazada. Ese es, por tanto, el origen de mi madre. Se sitúa en una noche de julio, sin duda cálida y robada a la guerra civil, en una casa expoliada, estragada, del barrio alto de Mariúpol. Un hombre de cincuenta y cinco años y una mujer de cuarenta y dos, cuyo pelo el horror ha teñido de blanco de un día para otro, engendran, en un momento de incauto olvido de sí mismos, a una criatura que ambos no pueden desear tener en esos tiempos. Cabe suponer que están sedientos el uno del otro, a lo mejor piensan que será su último abrazo. Andréi, el hijo de Yákov, ha muerto en la guerra civil, y él, Yákov, volverá a marcharse a la mañana siguiente, dejando de nuevo atrás a su mujer y a sus dos hijos para luchar por la victoria de los bolcheviques que ha de traer la anhelada paz. Dos hijos, y después de esa noche, tres; una carga excesiva, un desastre para Matilda, que se siente demasiado vieja para otro embarazo y no sabe cómo salir adelante con una criatura más.

El registro parroquial dice que a mi madre la bautizan el 30 de abril de 1920 en la catedral de San Jarlampi, la iglesia más grande y bella de Mariúpol. Pronto también este templo desaparecerá para siempre de la faz de

la tierra al ser saqueado y posteriormente volado por los aires como la mayoría de las iglesias. La madrina de mi madre es la tía Eleonora, que en Yeisk dio a luz a la niña de las manitas mutiladas; su padrino es un tal Paul Haag, hijo adoptivo de Mariúpol y alemán, como Erich Klarfeld, el jardinero del tío Valentino. ¿Tenía la familia afinidades germanas, quizá por el padre de mi madre, el hijo de la baltogermana Anna von Ehrenstreit? ¿Y qué vientos llevarían a Paul Haag a la ciudad ucraniana a orillas del mar de Azov? ¿Qué méritos había hecho para que se le otorgara la ciudadanía de honor, y qué lo unía tan estrechamente a los padres de mi madre para que lo eligieran a él, un alemán, como padrino de su hija?

Encuentro su nombre en una lista de víctimas de una página rusa de internet. En 1937 es arrestado como enemigo del pueblo y condenado por una troika. A continuación de la sentencia aparece la sigla VMN. Konstantín me explica que se trata de la abreviatura rusa de *vísshaya mera nakatsania*, la pena capital. Los juicios de una troika no suelen durar más de cinco minutos, la sentencia se ejecuta de forma inmediata. Quizá el alemán ni siquiera tuvo tiempo de comprender su situación. Fue apresado, y acto seguido una bala le perforó la cabeza.

Me llama la atención que el año de su muerte coincida con el de la muerte del padre de mi madre. ¿Es esto indicio de una conexión entre ambos hechos? ¿Se esperaba de Yákov que denunciara a Paul Haag? ¿Solo podía elegir entre convertirse en traidor o poner fin a su vida porque sabía que la policía secreta encontraría maneras de hacerle hablar? ¿Eran Paul Haag y él camaradas, compañeros de camino, que alguien había reunido en un mismo expediente penitenciario? ¿O se fusilaría al padrino de mi madre por la sencilla razón de que era alemán, ya que en aquel tiempo todos los extranjeros incurrían en la sospecha generalizada de espionaje y eran enemigos por su mero origen?

En realidad, el bautismo de mi madre estaba previsto para el día anterior, escribe Lidia. Pero ese día lo tienen que pasar en el sótano de la casa porque afuera los disparos no cesan. No se puede salir a la puerta, en el patio llueven balas. Antes del bautismo religioso, su hermanita recibe el bautismo de fuego, comenta Lidia escuetamente.

El mundo al que se ve arrojada mi madre es, como yo ya suponía, extremadamente apretado. Es el tiempo de las llamadas compresiones. Lidia pensaba que solo el aire o el heno podían comprimirse, pero he aquí que... los seres humanos también eran comprimibles. Primero se liberó a la clase poseedora de sus propiedades móviles, luego les tocó el turno a los inmuebles. La antigua casa de los abuelos poco a poco va llenándose de gente. Nadie en esa casa se pertenece a sí mismo, sus habitantes son un cuerpo único cuyos miembros se encuentran en una guerra continua por algún centímetro más de espacio. Lidia aún se acuerda de algunos moradores.

Hay un militar de Georgia con mujer y varios hijos, viste traje jergesio y lleva en el cinto un sable y una pistola. Tiene una herida de la guerra civil y padece un tic: en breves intervalos echa la cabeza hacia atrás y emite sonidos similares a un ladrido.

Hay un chequista con su familia. Se le ve poco, «trabaja» de noche y duerme de día. Su hija tiene la edad de Lidia y a cada instante le da a entender que ella es una de los de «ayer», de aquellos a los que su padre fusiló en la guerra civil. Por lo general, detrás de la chica enseguida asoma la madre para llamar a su hija al orden: «Esa no es compañía para ti. Una burguesa que ha quedado por error».

Están los Arónov, una familia judía integrada por tres niñas ataviadas como muñecas; finalmente nace el varón largo tiempo ansiado que ha de prolongar la estirpe. Muy al espíritu de la época, los padres le ponen por nombre Kin, abreviatura de Kommunistícheskiy Internatsional, la Internacional Comunista. Otros llaman a sus hijos «Tractor», «Energía», «Locomotora» o «Trolen», contracción de las primeras sílabas de Trotski y Lenin.

Y está la familia Wayner con sus seis hijos. Lyova y Klara, las dos mayores, son chequistas, siempre visten de cuero y llevan una pistola al cinturón. Jaim y Etká, los del medio, pronto enferman de tisis y mueren. Rajel y Maim corretean por el patio e insultan a Lidia y Serguéi tildándolos de «loros intelectuales decadentes». Lidia para el golpe: «Y vosotros sois burros proletarios primitivos».

Estos y otros habitantes de la casa se comportan sin el menor reparo. Cuando en la cocina llega a funcionar la cañería, aporrean la puerta hasta altas horas de la noche para poder pasar y abastecerse de agua. Matilda cuenta los

cubos porque es ella quien recibe la factura. Al poco, el agua deja de manar por completo y todos tienen que ir a buscarla fuera, en el pozo. Cuando una de tantas veces no hay electricidad, los residentes están convencidos de que los expropietarios burgueses de la casa la han cortado para hacer daño a la clase obrera. Al principio, Matilda aún procura mantener limpio el váter, pero es una tarea imposible. En poco tiempo se ensucia tanto y despide tal hedor del demonio que no tienen más remedio que condenarlo con tablas y clavos.

Sobre el retorno de su padre de la guerra civil, Lidia no cuenta nada, solo lo menciona de refilón. Quizá se apresura con la redacción por temor a que el tiempo que le queda de vida no alcance para relatar su historia hasta el final; quizá a sus ochenta años ya no recuerda sino vagamente los acontecimientos de un pasado remoto. Después de su detención, cincuenta y ocho años atrás, no volvió a ver a su padre, quien murió durante su destierro. «Nos equivocamos —dijo tras la detención de Lidia—, nunca quisimos esto. No luché para perder a mi hija.»

Yevguenia, mi madre, ve a su padre por primera vez a su regreso. Es posible que coja en brazos a la hijita nacida en su ausencia, y que ella se eche a llorar porque tiene miedo al hombre desconocido. Así pudo ser el primer encuentro entre mi madre y su padre.

Por haber defendido su causa en la guerra civil, los victoriosos bolcheviques recompensan a Yákov con un puesto de juez instructor. No hace mucho, el salario que percibe ahora alcanzaba para alimentar a una familia, pero en una época de inflación galopante tiene poco valor. «El dinero cae» es el dicho del momento, y nadie sabe de dónde cae ni adónde, nunca ha sido tan abundante y a la vez tan escaso. Cuando Yákov recibe su paga, enseguida va al mercado para convertirla por entero en comestibles, puede que al día siguiente ya no se consiga nada por la misma cantidad. A veces, la retribución es en especies. Todos lo cambian todo por alimentos; como juez instructor, Yákov se enfrenta de continuo a los llamados negocios de extorsión. Un hombre que ya ha canjeado el total de sus pertenencias por víveres acaba vendiendo por diez *blinis* la choza en la que habita.

Por fortuna, existe el mar de Azov. Su riqueza pesquera salva a muchos de la muerte por inanición. La gente entra en el agua hasta las rodillas y la rastrea con fundas de almohada. Pero ni siquiera en el mar de Azov la pesca

es inagotable, y poco a poco esa fuente de alimentación empieza a cegarse. Los domingos, día en que el padre libra, por la mañana va al puerto con su caña de pescar para volver por la noche con un puñado de gobios, si es que ha tenido suerte.

En una ocasión, Tonya se hace con orujo de frutos oleaginosos en alguna parte. Ella y Matilda pasan la masa estropajosa por la máquina de picar carne y, después de formar una especie de buñuelos, fríen lo triturado en aceite de ricino. Causan más perjuicio que provecho, pues todos se marean y el cuerpo vomita el orujo indigesto.

Serguéi contribuye a la alimentación abatiendo con el tirachinas cornejas con las que Tonya luego prepara un caldo. La carne de las aves es tan tiesa que, aun masticándola largo rato, queda hecha un mazacote, y finalmente hay que tragarla.

Un día, el padre trae, en vez del salario, un costal con panes de jengibre que resultan estar mohosos por un lado. Pero tales minucias no importan. Tonya rehoga las galletas petrificadas en la sartén o las hierve para hacer papillas.

Muchos comen perros y gatos. Comidos todos los gatos y perros, les toca a los humanos. Se oye hablar de mujeres que atraen a niños con comida al interior de la casa y los matan para convertirlos en picadillo o asado. Una vez que Matilda trocea queso de cerdo que ha comprado en el mercado, encuentra la oreja de una criatura. La llevan a la policía, pero esta no logra dar con los malhechores. De una mujer se cuenta que mató a su propio hijo lactante, hirvió la carne y se la dio de comer a sus otros tres niños. Luego se ahorcó en el cobertizo.

Una noche llaman a la puerta discretamente. Lidia abre y se encuentra de cara con un ser extraño, indefinible. Tiene la barriga muy hinchada y las dos piernas desnudas y flacas como un palo. Su piel es de un naranja casi inflamado, su vientre está tan tirante que parece que de solo tocarlo con el dedo reventaría y volcaría un chorro de agua sobre el suelo. Con voz ronca y apenas perceptible aquel ser pregunta por Tonya. Esta llega precipitada, suelta un grito y prorrumpe en llanto. Es su hermana Marfa la que tiene enfrente. En la cocina le quita la ropa, la baña y quema en el fogón sus prendas infestadas de piojos. Lidia por primera vez oye la expresión «colectivización forzosa».

Los comandos de expropiación despojaron a los campesinos del pueblo de Marfa de todo lo que tenían, hasta del último huevo de gallina y del último grano de cereal. Solo pasaron por alto un saco de pepitas de calabaza. Al cabo de unos meses, cuando las calabazas sembradas habían madurado, todos los vecinos del pueblo adoptaron el color naranja que ahora presenta Marfa, el de la pulpa de calabaza, único y último alimento de los moribundos. Toda la familia de Marfa ha muerto de hambre, solo ella ha conseguido llegar, no sabe cómo, a Mariúpol, a casa de su hermana Tonya.

Después de que la han engordado un poco aunando esfuerzos, Tonya la acomoda con un pariente que vive en una cueva de tierra de los barrios bajos de la ciudad. El hombre ha perdido una pierna en la guerra civil, lo considera un golpe de suerte. «Ahora ya no les soy útil —dice—, la pierna rebanada me salva la cabeza.»

Llega el verano, la cosecha entera se pierde por la sequía. Los árboles de Mariúpol se han secado, el asfalto se derrite bajo los pies. No hay agua, el alcantarillado ha colapsado, son cada vez más los que mueren por el cólera y el tifus. Los cadáveres se hallan tirados en las calles. A menudo transcurren días hasta que los arrojan sobre carromatos y se los llevan. El aire tórrido está contaminado de hedores de putrefacción.

El agua hay que ir a buscarla a las fuentes al pie de la colina. Tonya encabeza la marcha, sujetando un yugo con dos baldes en los hombros y otros dos en las manos. ¿De qué flaqueza saca fuerzas? Matilda sigue débil por el parto, solo puede cargar con dos cubos de reducido tamaño. El final de la procesión la forman Lidia y Serguéi, aquella con una regadera grande, este con una pequeña. El padre no va, debe trabajar para ganar al menos la diaria ración de pan. De la tierna Yevguenia, mi madre, cuida una vecina. Son muchos los que caminan con sus recipientes, todos al límite de sus fuerzas bajo un sol abrasador.

En las fuentes hay largas esperas, de la montaña no mana sino un tenue reguero. Nadie permanece de pie, todos se dejan caer en la tierra nada más llegar a la meta, una cola yacente que avanza a duras penas. Lidia observa a un hombre tumbado en la hierba. No se mueve, tiene un enjambre de moscas verdosas sobre la cara. O está muerto, o se está muriendo. Tonya se persigna y

aparta la mirada, pero Lidia, acostumbrada ya a ver cadáveres, casi no se inmuta.

Después de coger el agua, espera el camino de retorno, una hora cuesta arriba con recipientes pesados. Al menos se pone el sol y refresca un poco. En casa, la madre corta en seis partes los doscientos gramos de pan que el padre recibe por día. Además, hay una taza de agua hervida previamente y medio tomate verde por cabeza.

Entretanto, la guerra civil ha destruido por completo la ciudad. En 1922 no queda una sola fábrica en funcionamiento, en las tiendas el vacío es total. Bandas de saqueadores siguen hostigando a Mariúpol, y cada día se conocen nuevos casos de canibalismo. En la familia de mi madre ya nadie tiene fuerzas para levantarse, todos yacen apáticos en sus camas. También Yákov, el padre, se ha debilitado hasta el punto de no poder ir a trabajar, motivo por el cual ahora falta incluso la más mínima ración de pan. La biblioteca completa que la casa albergaba se canjeó por alimentos hace tiempo. Lidia lee una y otra vez, de cabo a rabo, los pocos libros que han quedado, pero llega a estar tan agotada que no puede sostenerlos. Y a nadie le deben de quedar fuerzas para sacar a mi madre de su camita y cambiarle los pañales. ¿Qué aspecto tendría con dos o tres años? ¿El de un niño de los actuales países del hambre, un esqueleto menudo con el vientre hinchado y grandes ojos vacíos?

La salvación llega en el último momento de manos americanas. Un organismo llamado American Relief Administration (ARA) envía barcos con alimentos e instala un puesto de ayuda contra el hambre en la ciudad. Tras un examen escrupuloso, también a la familia de mi madre la clasifican de necesitada. Quienes comparten su suerte y aún son capaces de arrastrarse hasta la expendeduría de comida reciben, a partir de entonces y a diario, un plato de sopa de maíz y una porción de papillas de maíz y leche, así como una taza de cacao. Y, con esto, un trozo de pan esponjoso carente de sabor.

Cuando, a instancias de Trotski, se implanta la Nueva Política Económica (NEP), consistente en una liberalización transitoria de la agricultura y el comercio, el abastecimiento mejora casi de la noche a la mañana. Al poco vuelve a haber prácticamente de todo en las tiendas, la venta ambulante florece y los restaurantes abren sus puertas largo tiempo cerradas. Incluso hay conciertos en la playa.

Lidia recobra fortaleza, pero su salud, siempre precaria, está tan afectada que padece una enfermedad grave tras otra. Antes, la familia tenía un médico de cabecera, un hombre anciano y discreto que auscultaba al paciente, lo palpaba y le miraba la garganta y los ojos. Al término de cada visita, Matilda le ofrecía una taza de moca con bizcocho y le entregaba un sobre con los honorarios. Ahora ya nadie tiene médico de cabecera, todos están asignados al policlínico del distrito de empadronamiento. Un día que Lidia tiene la fiebre alta y un fuerte dolor de cabeza, se presenta una rubia gorda y bienhumorada que realiza su diagnóstico a primera vista: «La típica meningitis. Contra eso no hay remedio». La madre responde con el silencio y sale en busca del viejo facultativo. Mientras, Lidia ha empeorado tanto que no puede hablar ni abrir los ojos. Liviana como una pluma, levita sobre la cama. Pero llega a oír las palabras del médico: «Es probable que tenga que despedirse de su hija, Matilda Yósifovna. Hay pocas esperanzas». Lidia no puede expresarse, le faltan fuerzas, pero en ese momento decide no morir de ninguna manera, aunque sea por rebeldía. Entonces su cuerpo vuelve a descender al lecho.

Una mañana, al despertar, siente unas ganas irrefrenables de comer chocolate. Nunca pide nada porque sabe lo pobres que son sus padres, pero esa vez no se resiste. Se echa a llorar, a suplicar. Matilda compra cien gramos de bombones de chocolate de la marca Kornblume y le da cada día media unidad partida con el cuchillo. En efecto, Lidia se va recuperando. Pero luego contrae la malaria. Su estado vuelve a ser crítico, hasta que el padre logra obtener quinina. El efecto es instantáneo, pero le deja una deficiencia auditiva para el resto de su vida. Después de la malaria, Lidia enferma de gripe, que antes se llevó la vida de la tía Valentina, y cuando también supera esta patología, se le detecta una tuberculosis pulmonar.

Aparece en sus notas un topónimo con el que ya me he encontrado en mi búsqueda: Jersón. Allí se tomó la fotografía con el pequeño Serguéi sentado sobre el árbol a orillas del río Dniéper. Me entero de que el tío que poseía una finca vinícola en aquel lugar aún no confiscada se llamaba Antonio. Probablemente, la familia acudió con cierta frecuencia a ese refugio intacto; probablemente, mi madre corría descalza por la hierba y se bañaba en el río; si intentaron enseñarle a nadar... nunca aprendió. De todos modos, Lidia pasa

un verano entero en la finca. El aire sano, la buena comida, la paz del lugar obran un pequeño milagro: en otoño vuelve curada a Mariúpol.

Tiene doce años y todavía no ha visto una escuela por dentro. Matilda sigue convencida de que el nuevo Estado solo es un mal sueño del que despertará en algún momento, y como la escolaridad obligatoria aún no existe, mantiene a Lidia férreamente alejada de la escuela soviética y le enseña ella misma. Sus materias son matemáticas, francés, historia y literatura rusas, geografía, bordado y religión. Además, su madre le enseña a aparejar la mesa para un menú de seis platos, a hacer genuflexiones cortesanías, a bailar el *pas de gras* y el *pas de patineur*... cosas que Lidia, definitivamente, no necesitará en su vida futura. Nunca le encarga labores domésticas, pues Matilda sigue vislumbrando a su hija para un porvenir donde no procede que alguien de su clase coja una escoba. A mi madre la educará de idéntica manera, para una vida con personal de servicio. Transmitía a sus hijas lo que había aprendido ella, no quería aceptar en absoluto que el mundo de sus orígenes se había hundido para siempre. Los trabajos inferiores de la casa los ejecutaba Tonya; mi madre, sin duda, nunca había usado una escoba cuando se casó con mi padre. No sé cómo con sus manos, no aptas para la vida, pudo desempeñar el trabajo forzoso en Alemania. Presumiblemente no requería mucha destreza, unas simples operaciones que tenía que repetir de la mañana a la noche en la cadena de montaje. El desastre de su ineptitud no comenzó sino después, cuando por primera vez tuvo que preparar una sopa, encender un horno, coser un botón.

Las clases particulares de Matilda no resultan del todo sencillas. A Lidia no tiene que enseñarle a leer, es algo que sabe desde hace tiempo; el aprendizaje de la escritura, en cambio, desemboca en un tira y afloja entre madre e hija. Lidia no solo ignora las operaciones manuales de la vida cotidiana, sino que también es zurda. Matilda eso no lo acepta. Considera la zurdera de su hija un error, además de atribuirlo a su carácter rebelde, recalcitrante. En cuanto coge el lápiz con la izquierda, le cae un golpe de regla en los dedos. Lidia llora, da manotazos a su alrededor, tira furtivamente al fuego los costosos lápices que su madre compra con lo que no tiene. En la clase de bordado el drama se agrava, ya que su derecha sirve aún menos para esa actividad requerida de motricidad fina.

Lidia acaba por plantarse y Matilda, impotente ante la terquedad de su hija, la encomienda a una institutriz. En adelante va cada día a casa de Sofía Vasílyevna, que en su piso imparte clases a un grupo de varios niños. La gente puede volver a salir a la calle sin la angustia de verse de improviso en medio de un tiroteo. El tiempo de las luchas de poder, la anarquía, ha terminado, ya flota en el aire el orden que pronto creará el generalísimo Stalin, el padre de los pueblos, durante los treinta años de su régimen.

Por lo pronto, Sofía Vasílyevna y su marido han quedado a salvo de atracos y expropiaciones, siguen residiendo solos en una espaciosa y confortable vivienda antigua de estilo prerrevolucionario. Sin embargo, allí también hace frío, los niños están sentados con abrigos en torno a la gran mesa del salón y Sofía Vasílyevna lleva una rebeca hecha de papel de periódico. A Lidia le crujen las tripas, pero está feliz. El estudio con los otros niños la rescata de su aislamiento, por primera vez en su vida se siente un ser social, perteneciente a una pequeña comunidad conjurada de parias. Y Sofía Vasílyevna le deja escribir con la mano izquierda, pues ha comprendido que Lidia no puede hacerlo de otra manera, que su mano no obedece a la norma. Pero la felicidad es efímera. A las pocas semanas, Sofía Vasílyevna y su marido son arrestados como enemigos del pueblo y desterrados a una provincia remota.

A partir de entonces, Lidia insiste en ir a la escuela como los demás. Su madre no quiere permitirselo, pero cuando su hija se declara en huelga de hambre y no come nada durante más de una semana, Matilda, conocedora de su tenacidad, empieza a sentir miedo y transige. Tonya le cose a Lidia una mochila escolar de lona, y en vez de tinta, inexistente en las tiendas, le dan un frasco de permanganato de potasio, además de dos cuadernos confeccionados por Tonya con los viejos libros de comercio del abuelo.

En la escuela soviética las clases han dejado de existir, solo hay grupos. La palabra «clase» se reserva para definir las capas sociales. El francés como lengua extranjera ha desaparecido, se considera burgués. Tampoco se enseña ya gramática, juzgada una rémora superflua. La materia de historia se llama ahora «historia del movimiento revolucionario».

Lidia no tarda en resentirse de las fatales consecuencias de su educación. Los alumnos tienen que velar ellos mismos por el aseo de sus aulas, barriendo,

fregando, sacando brillo a las ventanas y tapando las grietas con papel de prensa en invierno para evitar las corrientes de aire. Tienen que encender la estufa de hierro colado en el aula y reunir el combustible buscando en las calles. Lidia está doblemente impedida: primero, por su inexperiencia en esas cosas; segundo, por su zurdera, siempre contraria a un mundo de diestros. Al poco la insultan, llamándola no solo burguesa y decadente, sino también retrasada, subnormal. Los profesores le prohíben escribir con la mano izquierda; ella, mediante ejercicios pertinaces, se obliga a sí misma a usar la derecha, pero no pasa del cuatro en sus redacciones porque «borraja» y su exuberante fantasía no interesa.

También forma parte de su deshonra el no tener libros de texto, sus padres no pueden asumir el gasto. Lidia les hace los deberes a dos chicas mellizas poco dotadas para el estudio, a cambio ellas la dejan utilizar sus libros. A veces, le dan un trozo de su bocadillo. Lidia, siempre hambrienta, no puede resistir. Después se avergüenza.

En su grupo está Slava Bronstein, el hijo de los vecinos, los dueños de la tonelería. Antes, los dos jugaban juntos en el patio, ahora Slava no quiere tener nada que ver con Lidia, hija de una familia de «enemigos del pueblo». No para de proclamar: «Mi tío es el más importante del Partido y de toda la Unión Soviética. Se llama Lev Davidovich Bronstein». Todos saben que detrás de ese nombre se oculta Trotski, junto a Lenin el hombre más poderoso del Estado. Slava es envidiado y temido. Pero pronto a Bronstein, alias Trotski, lo declaran «traidor judío» y «lacayo del fascismo» y lo despojan del poder. «Slava, han expulsado a tu tío del Partido —gritan ahora los niños en la escuela—. Tened mucho cuidado. No se os vaya a caer el pelo también a vosotros.» Slava escupe con desprecio: «No tenemos nada que ver con ese tío. Nosotros nos llamamos Bronstein, él se llama Trotski».

La escuela supone una experiencia traumática para Lidia. Allí conoce toda la dimensión de su no pertenencia, y sigue siendo hasta el final una paria, una acosada, un mirlo blanco. Su procedencia improcedente es su pecado original, su estigma imborrable, y poco a poco voy comprendiendo lo que todo eso me dice sobre mi madre. Siempre la creí profundamente arraigada en el mundo ucraniano, vinculada con este en todas sus fibras nerviosas, pero al descender de la misma familia que su hermana, también debió de ser una

excluida. Su vida de forastera en Alemania no fue, presumiblemente, una experiencia nueva; fue la continuación de lo que conocía desde siempre. Me había formado una imagen falsa de ella. No era una desarraigada, sino un ser sin raíces desde el principio; había nacido ya como «persona desplazada».

Tras el periodo escolar, Lidia se pasa semanas enteras haciendo cola en la oficina de empleo, pero también allí está fuera de lugar a causa de su origen. Sea donde sea, es una indeseable en la nueva sociedad, en todas partes la tratan como una delincuente sin razón de vida. Malvive medio año dando clases particulares que le retribuyen con el almuerzo. Luego toma una decisión trascendental: se marchará a Odesa para estudiar Ciencia de la Literatura. Aunque sabe que tampoco en las nuevas universidades las personas de su clase son bien recibidas —las plazas universitarias están reservadas mayoritariamente a los hijos de obreros o campesinos—, al menos quiere intentarlo. Naturalmente, no tiene perspectivas de conseguir beca ni plaza en la residencia de estudiantes, pero en Odesa viven dos tías suyas, Yelena y Natalia, que, si bien sin recursos, están dispuestas a dar cobijo a su sobrina mientras curse la carrera.

Los padres de Lidia quedan consternados. Siguen pasando hambre, y habían depositado sus esperanzas en los ingresos que Lidia aportaría al hogar una vez que terminara la escuela. Además, temen por su hija, presta a irse tan lejos de casa en esos tiempos inseguros. Lidia se siente culpable por dejar a sus padres y hermanos sumidos en el hambre y la miseria, pero la idea de quedarse en Mariúpol es para ella sinónimo de muerte. Un «matrimonio ventajoso», fantasía de su madre, le parece completamente absurdo. Vende casi todas sus pertenencias en el mercado, se corta la trenza, adquiere un billete de ferrocarril para Odesa y emprende el camino.

Va a ser un viaje alegre. Debe hacer trasbordo muchas veces y cubre una parte del trayecto sobre el techo de un tren. Es joven y tiene, pese a todo, la vida por delante. Ha comprendido que debe silenciar sus orígenes, que no puede ir con la verdad por delante. Con el soplo del aire, sobre el techo del tren, se inventa una biografía proletaria ejemplar.



Lidia Iváshchenko.

Cuando Lidia se marcha de casa, mi madre tiene ocho años. ¿Le ha costado despedirse de su hermana mayor, la echará de menos? ¿Cómo he de imaginarme su vida en aquella época? ¿También recibe clases particulares de su madre, o la mandan a la escuela desde el principio? ¿La rehúyen tan pertinazmente como a Lidia, o es capaz de despertar simpatías, pese a su origen, por ser más dulce, más sociable, que su hermana? ¿Dónde estudiará después, ya que en Mariúpol no hay universidad? ¿La acogen igualmente en casa de sus tías en Odesa, o su hermano Serguéi la hará trasladarse a Kiev, donde está en el conservatorio y tiene un poderoso mecenas?

En cualquier caso, puedo inferir que sus años de estudio coinciden con el periodo más negro de la Unión Soviética, el tiempo del llamado Gran Terror, en el cual las purgas alcanzan su punto álgido. Según estimaciones de historiadores, el Leviatán devora entre tres y veinte millones de personas o más, cifras extremadamente divergentes entre las que, de nuevo, media un abismo. Para mi madre los estudios debieron de ser una gran temeridad. En vez de esconderse, como hacen otros de su estrato social, ella se expone.

Ignoro por qué justo mi madre reúne el coraje necesario, pero hay una cosa que sé a ciencia cierta: pasa hambre en todo momento. Salvo los últimos años en Alemania, el hambre es la constante de su vida. Quizá sea también el hambre, la expectativa de que en el Reich le den más comida, lo que la empuja a los brazos de los invasores alemanes. Recuerdo la ansiosa avidez de sus ojos cuando comía... siempre como si alguien fuera a quitarle el plato al instante, como si estuviera haciendo algo prohibido. No podía parar de comer para oponerse a la muerte por inanición, pero su cuerpo parecía no asimilar el alimento, sino persistir en el estado del hambre. Por mucho que comiera, siempre tuvo ese flaco, ese consumido cuerpo infantil.

Lidia, en Odesa, puede vivir con la tía Yelena, quien se divide su manutención con la hermana. El desayuno y la cena en casa de Yelena, el almuerzo en la de Natalia. Dado que en la Unión Soviética el acceso a la universidad pasa por un examen de admisión obligatorio, primero ha de acceder a esa prueba. Su única esperanza es el marido de Yelena, un pintor y, al mismo tiempo, docente universitario. Casado con una aristócrata y perteneciente a los «intelectuales decadentes», su situación en el templo sagrado del nuevo sistema educativo es, sin duda, precaria. Así y todo, se las arregla para colar a su sobrina.

Como el nuevo ser soviético ha de tener una formación universal, a los aspirantes universitarios se les toma el pulso en todas las materias clásicas. El dilema de los profesores consiste en que los hijos de obreros o campesinos, a quienes hay que adjudicar el grueso de las plazas, apenas cumplen los requisitos para aprobar los difíciles exámenes. Por otra parte, si los profesores admiten a demasiados aspirantes procedentes del estrato culto, se juegan no solo el puesto, sino también la cabeza. Sin embargo, la mayoría de los hijos de obreros o campesinos recibe del sindicato o del comité del Partido de su koljós una recomendación que los exime de la prueba de aptitud.

El mayor obstáculo para Lidia son las matemáticas, que siempre le han resultado un enigma. Sabe poco más que sumar dos y dos. Pero tiene una suerte inmensa. Cuando, de pie junto al estrado, mira sin entender nada las tareas que el profesor ha apuntado con tiza en la pizarra, a este lo llaman para que salga. Otro examinando, un as de las matemáticas, salta de su sitio y, visto y no visto, garabatea las soluciones en el encerado. Cuando el profesor

vuelve, no le surgen recelos... asiente satisfecho con la cabeza. Lidia ha aprobado. Devuelve el favor a su salvador escribiéndole, en la prueba siguiente, la redacción en lengua ucraniana, de la que él no tiene idea. Los dos han incurrido en un gran riesgo. De haber sido pillados, no solo los hubieran expulsado de la universidad de inmediato, sino que probablemente los habrían acusado de sabotaje.

También en física y química Lidia se beneficia de sus conocimientos de ucraniano, que debe a su niñera Tonya. La mayoría de los profesores solo domina el ruso, caído en descrédito y declarado, tras la Revolución, lengua de un imperio chovinista. El marido de la tía Yelena aconseja a Lidia que se aproveche de la situación, y ella hace un papel perfecto en la comedia. En el examen de física y química asevera, mirando con descaro a los ojos del viejo profesor, que no habla más que ucraniano. El pobre hombre se rompe la lengua para formular las preguntas en ese idioma, y Lidia le cuenta cualquier disparate, que él, naturalmente, no comprende. Al cabo de diez minutos la despide, bañado en el sudor del miedo, con la nota máxima.

Las pruebas de literatura, historia y geografía no le representan ninguna dificultad. «Si fuera usted de la clase obrera, podría contarse desde ya entre los estudiantes de nuestra universidad», le dicen al final. Sin saber por qué, Lidia está convencida de que la aceptarán, no admite otro pensamiento. Y he aquí que a los pocos días encuentra su nombre en una lista colgada en la puerta de la secretaría. Es la relación de los aspirantes aceptados.

Para Lidia, la universidad es un lugar sagrado. Allí descansa el conocimiento del mundo, allí se conservan los testimonios de la historia de la humanidad. Cada día, al entrar en el vestíbulo, su primera mirada recae en la descomunal escultura que campea en lo alto de la balaustrada: un globo que Atlas carga sobre sus hombros, y dentro del globo, un reloj. La visión del reloj siempre le recuerda a su padre, licenciado por esa misma universidad. También a él sus agujas doradas le indicaban la hora cuando, siendo un joven estudiante, entraba en el edificio.

En la era soviética reina en las universidades un severo régimen escolar, con un cuadro de asignaturas fijas y obligatorias. La carrera de Ciencias de la Literatura abarca también las materias de historia, psicología, filología germánica, lingüística y ciencias militares. El profesor de historia, un hombre

alto y enjuto de larga nariz, comienza cada lección con una cita del *Relato de los años pasados*, de Néstor: «Los polanos vivían a orillas del río Prípiat; los drevlianos, a orillas del río Desná». Habla de un modo tan familiar sobre hechos remotos como si los hubiera vivido en persona; es un hombre ingenioso, vivaz, que al poco tiempo falta a sus lecciones. Se rumorea que ha sido arrestado, pero un día regresa. De nuevo hunde su larga nariz en el plan de estudios y empieza su lección con la consabida cita. Poco después vuelve a desaparecer, esta vez para siempre. Lo sustituye un tipo joven pagado de sí mismo, de cara rosácea y mantecosa. Para él, la historia solo consiste en luchas de clases, el pueblo siempre es la fuerza motriz refrenada por un *hegemon*, todos los caudillos y soberanos no son sino el producto de su tiempo. Resulta muy fácil asimilar una historiografía de esta índole, no se exige ninguna cronología, es probable que ni el docente mismo la conozca. Los estudiantes deben tomar la palabra las más veces posible, de lo contrario reciben mala nota por pasividad. Después de que el profesor ha escuchado atentamente, juzga y descalifica a cualquiera tildándolo de menchevique, desviacionista, trotskista, zarista, etcétera.

El profesor de psicología explica a los estudiantes que «psique» significa alma, pero que en realidad el alma no existe. El hombre, al nacer, es una hoja en blanco, y solo la sociedad imprime a esa hoja sus signos. Tras haber pagado su tributo al espíritu de la época, pronuncia una lección inteligente, original. A veces, con una cara que causa pavor, señala teorías perniciosas, las de Sigmund Freud, Josef Breuer y otros, sin saltarse tampoco a Gueorgui Chelpánov, el tío de Lidia, al que fustiga debidamente por idealista y místico. Enumera a conciencia los títulos de los libros que difunden teorías falsas y dañinas, para gran alegría de los estudiantes más perspicaces, quienes luego enseguida corren a la biblioteca y piden en préstamo esas mismas obras.

El profesor de lingüística domina más de una docena de idiomas, pero su lengua preferida no es el ucraniano, sino el persa. Razón suficiente para concitar el disgusto de la célula estudiantil del Partido. Su afirmación de que el ucraniano no es una lengua propia, sino un idioma ruso, ocasiona un vendaval de indignadas protestas. Los militantes patrióticos echan bufidos y espumarajos; sin embargo, carecen de argumentos. Quisieran sacar a dentelladas al profesor de la universidad y redactan una queja, pero aquel es

miembro de muchas academias extranjeras, pertenece a la Royal Society británica y mantiene correspondencia con numerosos científicos en el mundo entero. Supera en talla a los pequeños y malignos ladradores. Se le propone salir al extranjero, pero rechaza la oferta. Encaja impasible los continuos ataques y no para de decir: «No he leído a Lenin, no tengo tiempo». En una ocasión Lidia tiene la suerte de coincidir con él en una cola de comprar pan. Le mete, sin que se note, su ración en la bolsa.

El profesor Bachmann, hombre vital y lleno de humor, es germanista. Con él Lidia aprende tan bien el alemán que aun décadas después sabe leer a Goethe y E.T.A. Hoffmann casi sin recurrir al diccionario. Muchos años después de sus estudios, en el recinto del campo de castigo, va a buscar petróleo para su lámpara. El hombre de la chaqueta pespunteada y *ushanka* raída en la cabeza se entretiene largo rato con su cupón de asignación, pregunta por su nombre y se toma su tiempo al introducir el combustible. «¿No me reconoce?», le dice por fin. En efecto, Lidia no lo reconoce. Él sonríe con tristeza. Entonces ella se da cuenta: es el profesor Bachmann a quien tiene delante. Había sido un docente demasiado bueno para poder mantenerse en la universidad.

El instructor militar luce el preciso aspecto que se espera de una persona con su profesión: un hombre fornido de facciones toscas. «¡Levántense!», ruge cada vez que traspasa la puerta. Un estudiante que perdió ambas piernas en la guerra civil y camina trabajosamente con muletas permanece sentado. «¡Habrased visto! —ruge el instructor—. Esto es faltar a la disciplina militar. ¡Levántese enseguida!». «Disculpe, camarada instructor —interviene tímidamente un portavoz estudiantil—, está inválido». «Cállese. ¡Que se levante enseguida!». El inválido trata de ponerse en pie haciendo palanca con las muletas, pero se cae otra vez sobre el asiento. Alguien emite un sonido de espanto, las muletas dan en el suelo con estruendo. Al cabo de un momento de silencio penoso, el instructor nota el disgusto de las masas y da marcha atrás. «Puede permanecer sentado, camarada.»

En las prácticas de instrucción militar, los estudiantes tienen que aprender a marcar el paso, a reptar por el lodo, a disparar. Lidia solo mide un metro y cincuenta y cuatro centímetros y se ahoga en el uniforme que le han enfundado. El capote le llega hasta los talones, a cada paso pierde las botas

que se ha calzado sobre los zapatos. Tiene una miopía acusada, le falta fuerza en la mano derecha y dispara tan pésimamente que una vez está a punto de darle al instructor. El hombre se pone pálido de rabia, luego enrojece. «¡Camarada Iváshchenko! —ruge—. ¡Firme! ¡Entregue el fusil! ¡Y rompa filas!». Es así como acaba la carrera militar de Lidia, desde entonces queda liberada de la instrucción práctica. Por motivos inexplicables el instructor califica su rendimiento con un ocho.

Una y otra vez estallan acalorados debates sobre la lengua en que debe impartirse la enseñanza, si en ruso o en ucraniano. Este último lo preconizan la mayoría de los estudiantes, el Partido y la dirección de la asociación de escritores del país. Todo lo ruso es blanco de andanadas interminables. En el vestíbulo de la universidad cuelga un gran cartel que dice: «Se prohíbe hablar ruso en el recinto universitario». Se hablan todas las lenguas posibles, alemán, yiddish, inglés, francés, griego, italiano... pero el ruso, que cualquiera habla y comprende, está vedado.

Los temas que se tratan en los seminarios de literatura hablan por sí solos. Durante tres o cuatro horas se discute sobre si Pushkin y Gógol eran terratenientes pequeños o medianos. Los estudiantes tienen que contar las conjunciones que aparecen en la comedia *La desgracia de ser inteligente* de Griboyédov porque, según se afirma, el número de conjunciones permite extraer conclusiones acerca de la ideología de su autor. A Lidia se le asigna la tarea de escribir un trabajo sobre los «aspectos agrícolas» en *Ana Karénina*.

Bajo el lema de «Trabajadores a destajo en la literatura», se insta a los estudiantes a ir a las fábricas a captar talentos y crear círculos literarios. Si un trabajador produce por encima de la media, se considera que esconde un talento de literato que debe fomentarse. De este modo, algunos compañeros de estudios de Lidia se ganan un buen dinero. Se buscan un «escritor» de fábrica, hacen pasar sus propios borradores por suyos y los publican bajo el nombre del individuo. Luego se dividen los honorarios y ambas partes quedan contentas.

A los trabajadores a destajo se los encauza hacia la literatura y a los estudiantes de esta hacia la producción. Con el objetivo de conseguir una «personalidad socialista universalmente desarrollada», a Lidia se la destina al trabajo en una fábrica de yute. La personalidad socialista se levanta a las cinco y media de la mañana, las sacudidas en el tranvía duran

aproximadamente una hora. Ella y sus compañeros de estudios a veces se quedan dormidos de pie en el trayecto. A la entrada de la fábrica entregan sus pases, hacen acto de presencia ante el capataz y duermen otras dos o tres horas, hasta que los militantes del Partido los despiertan entre advertencias y amenazas.

Durante su servicio, los estudiantes atraviesan todas las fases del proceso productivo. La primera estación es la más repugnante. Lidia tiene que desenrollar balas de yute enormes y llenas de polvo, alisarlas y tirar las esteras con impulso sobre la cinta transportadora. Es una tarea para un hombre alto y fuerte, no para una mujer de estatura eminentemente baja y debilitada por el hambre. La regañan sin cesar. Envuelta en una gigantesca tolvanera, no cesa de toser y de ahogarse mientras intenta desenrollar las balas, dándose prisa porque la cinta ya acarrea la siguiente. Después estará casi medio año expulsando el polvo del yute a golpe de tos.

A las dos semanas tiene que pasar a la hilandería, una nave con una extensa fila de máquinas que emiten un ruido ensordecedor. Debido a su miopía, Lidia es incapaz de identificar las roturas de hilo y no da una. La capataz la reprende, la dirección de la fábrica se fija en ella, hay olor a desgracia. Una mujer con manos ineptas, mimadas, no acostumbradas a trabajar... ¡qué cosa peor en un Estado obrero!

La tercera estación, la tejeduría, es su salvación: primitivos telares manuales en los que se produce arpillera. Un hilo grueso que Lidia puede ver perfectamente; identifica las roturas al instante y desata con habilidad los hilos enredados. Aprende el anudado y al poco sabe manejar el telar sin problemas. La capataz empieza a elogiarla y cada vez más a menudo la deja sola. Al término de la segunda semana ya es trabajadora a destajo. Esto, a efectos de comedor, supone una cucharada adicional de *kasha* y un *pirog* de repollo. Un día, la aborda el jefe de factoría: «Eres una chica lista. ¿Qué estudias en la universidad? ¿Literatura? Con eso solo te complicas la vida. La literatura no te dará de comer. Quédate con nosotros. Te damos plaza en la residencia, tendrás un salario excelente y cada semana recibirás la ración extra por trabajadora a destajo. Formarás parte de la clase obrera y no de esos intelectuales canijos». Más tarde, Lidia se acordará muchas veces de las palabras del jefe de

factoría. ¡Se habría ahorrado tantas cosas en la vida si hubiera seguido su consejo!

Paulatinamente, va conectando con un grupo de compañeros de estudios. Encuentro en su expediente penitenciario los mismos nombres reiteradas veces: Anna Bokal, Sarah Bortman, Anna Edelstein, Lev Potsnanski y, sobre todo, Bella Glaser, quien le causa a Lidia una fuerte impresión. Es la hija de una judía rusa emigrada a Estados Unidos que ha vuelto hace poco. Su madre se ha divorciado y ha huido con ella del «maldito capitalismo» al paraíso comunista. Bella sigue conservando el brillo de América. Lleva medias de seda y elegantes zapatos de hebillas, posee un vestido charleston y un abrigo de pieles lila. Es una joven carismática de insólita cultura, afilado juicio crítico y poderosa ansia de libertad. Poco a poco le hace ver a Lidia que considera a la Unión Soviética todo menos un paraíso obrero; a sus ojos, se trata de una oligarquía partidaria corrupta que ha traicionado a los trabajadores. Dice cosas que otros ni se atreven a pensar. Con cautela inicia a Lidia en la labor del Grupo para la Liberación del Proletariado que ella ha puesto en marcha y que actúa en la clandestinidad. Lidia se va convirtiendo en su aliada, se encuentra regularmente con ella y los demás miembros del grupo. Es para Lidia el único lugar donde puede hablar sin tapujos y expresar libremente sus pensamientos. Por lo mismo, el grupo se vuelve imprescindible para ella, pues a menudo teme no poder resistir más la presión niveladora, la impostura permanente, y acabar diciendo o haciendo algo que pueda traer consecuencias nefastas para su vida. El grupo es una suerte de espacio protegido, de lugar de respiro, de efímero escondite ante el ojo omnipresente de la maquinaria de vigilancia.

Constantemente se realizan campañas alfabetizadoras. Los universitarios tienen que pagar tributo por el privilegio de poder estudiar. Lidia es elegida para enseñar a leer y escribir a los trabajadores de una fábrica de calzado. La fábrica da empleo a un total de doscientas personas, de las cuales, según un principio de selección nada transparente, se escogen nueve para la formación. Se habilita un aula en el edificio fabril y se la adorna con un retrato de Lenin y la bandera roja.

Lidia, desde el primer día, se da cuenta de que aquellos zapateros saben leer y escribir. Queda confusa y los mira sin saber qué hacer. El veterano del

grupo le hace una cándida propuesta: «En atención al reglamento deberíamos cumplir con el programa previsto, camarada profesora». Es así como los zapateros se pasan tres meses escribiendo rápidamente un dictado después de la jornada de trabajo, gastando una letra lo más torpe posible y cometiendo muchas faltas de gramática y ortografía, que Lidia corrige escrupulosamente con tinta roja. Acabado el dictado, les lee novelas y poemas o les narra sus propias historias, que desde siempre ha inventado sin esfuerzo. Los zapateros la escuchan fascinados.

Al final de la formación, aparece una mujer enérgica vestida de militar y con un pañuelo rojo en el cuello para inspeccionar los progresos de los alumnos. Le enseñan los cuadernos repletos de ejercicios, con las faltas de escritura corregidas; al leer en voz alta tartamudean y se atascan expresamente. La mujer queda muy contenta del nivel y de la profesora. Expresa la esperanza de que pronto los obreros estén en condiciones de leer el periódico para luego debatir los contenidos. Seguidamente se despide.

A cambio de la farsa, Lidia se ve recompensada con un abono de ópera, además de con un cheque de vacaciones para ella y sus zapateros. Pueden ir juntos a la península de Crimea cuatro días, a Yalta, Alupka, Alushta y Sebastopol. Por fin, en los hoteles Lidia tiene la ocasión de comer hasta saciarse, dispone de una habitación propia y disfruta con los baños de mar. Sus alumnos pelean por su afecto entre apuestas. No quiere ofenderlos y les da a entender que su corazón ya está entregado, pero que los quiere a todos. Ellos se dan por satisfechos.

Tras su regreso, se le pagan nueve rublos por alumno, y los agradecidos zapateros la obsequian, a modo de recuerdo, con dos pares de sólidos zapatos de verano provistos de tacón alto. Con el dinero y el calzado nuevo, Lidia se dirige a sus primeras vacaciones en Mariúpol, donde enseguida vuelve a estar confrontada con la miseria familiar. Sus padres y hermanos sufren hambre. Yákov, el padre, ya no gana prácticamente nada, está decrepito y casi ciego. Matilda, la madre, tiene que leerle los expedientes judiciales y despachar el trabajo escrito por él. Tonya ha encontrado empleo en una fábrica textil, pero sigue ayudando en la casa e incluso contribuye con algo de dinero. Mi madre, Yevguenia, de diez años, va a la escuela; Serguéi, que ahora tiene quince, trabaja para la campaña de «El oro eclesiástico para los hambrientos». Medio

muerto de hambre él mismo, ayuda a destripar las iglesias y sinagogas, a arrancar de los edificios todos los objetos de valor —oro, plata, diamantes, rubíes y otras piedras preciosas— y a entregarlos en un puesto de recogida. Recibe por ello una pequeña ración diaria de pan.

Lidia comprende que en casa no la esperaba nadie, que solo es una molesta boca más que alimentar. Le gustaría socorrer a la familia, pero no sabe cómo. Preferiría regresar a Odesa al instante. Sin embargo, le llega la noticia de que las circunstancias de vida de sus tías han cambiado. El hijo de Yelena se ha casado, y ahora también la nuera vive en el piso, por lo que no hay sitio para Lidia. Natalia ha acogido al hijo de dieciséis años de una amiga arrestada junto con su marido, y en adelante no podrá participar en la manutención de su sobrina.

La noticia le cae como un mazazo. Durante unos días se sume en la resignación, luego se le despierta la rebeldía. Decide sin empacho volver a Odesa, a pesar de los pesares. Cuando llame a la puerta de la tía Yelena —se figura—, esta no podrá rechazarla así como así, dejándola a la intemperie. Los cálculos le salen bien. Yelena la hace pasar e incluso le sirve un plato de sopa después del largo viaje en tren. Para dormir, solo le queda un sillón plegable, pero está de nuevo en Odesa.

Al día siguiente, enseguida se lanza a la calle para buscar trabajo. Lluve a cántaros, se cala hasta los huesos, pero una vez más le asiste la suerte. La contratan como auxiliar de una expendeduría de cupones de alimentación. Sentada el día entero en una lóbrega taquilla, examina carnés y arranca cupones que generan una cola sin fin. El sueldo es tan miserable que no le alcanza para saciar el hambre ahora que ha de mantenerse sola, y menos para darle algo a la tía Yelena por el alojamiento.

La ayuda le llega de Bella Glaser. Se lleva bien con la directora de la biblioteca universitaria y le consigue un trabajo en la institución. En adelante, entre las cinco de la tarde y las diez de la noche, después de las lecciones, acarrea libros de un lado para otro, de las estanterías al mostrador de entregas y del mostrador de entregas a las estanterías. Es un trabajo cansado, pero cobra un poco más y se siente a gusto en la biblioteca. Tras una breve noche en el sillón plegable, se apresura, a veces demasiado temprano, a salir hacia la universidad. No tiene reloj, pero de ningún modo puede llegar tarde. En

ocasiones vuelve a adormecerse sobre los escalones de acceso porque la puerta aún está cerrada.

El día a día se va ensombreciendo y despojando de perspectivas. Las personas conviven hacinadas; no obstante, cada uno lo hace a su aire, ocupado como está en su propia supervivencia. En las tiendas, no queda nada excepto puré de ciruelas pasas sin azúcar. El menú del comedor universitario consiste, en el mejor de los casos, en papilla de cereal líquida, a modo de sopa, y papilla de cereal un poco más espesa a guisa de plato principal. En el peor de los casos, hay sopa de repollo seguida de repollo al vapor. En cuanto al desayuno, Lidia suele prescindir de él; a veces se compra, en el bar del comedor, una albóndiga de soja que mastica largo rato porque parece de caucho.

En la primavera se envía a los estudiantes a las aldeas de los alrededores para que promuevan la creación de koljoses y combaten el analfabetismo. En los llamados mítines, Lidia tiene que desgranar ante los campesinos una palabrería hueca centrada en un futuro luminoso en los koljoses y en el hombre soviético formado universalmente. Corre el año 1932, es el comienzo de la hambruna bíblica denominada *holodomor*. Hasta hace poco, Ucrania, bendecida por sus fértiles suelos de tierra negra, era considerada el granero de Europa; ahora se convierte en una morgue. *Holod* es la palabra ucraniana para «hambre», *mor* viene de *moriti*, «zaherir, atormentar». Es el gran experimento colectivizador de Stalin, que pasará a la historia como el genocidio del pueblo ucraniano.

Aun siendo la época de la siembra, en los labrantíos no trabaja nadie. Todo yace en barbecho. La expropiación de los campesinos ha paralizado por completo la agricultura del país. Expulsados de sus granjas, los agricultores merodean sin rumbo o habitan sobre la tierra mojada, la mayoría de ellos mujeres con sus niños enfermos, escuálidos. Los hombres que se negaron a sacrificar su propiedad a la colectivización y a asociarse a un koljós fueron llevados a campos de internamiento o asesinados. El hambre arrasa comarcas enteras. No queda un alma para sepultar a los muertos. Se pudren donde murieron. Reinan la locura y el canibalismo.

A la vuelta de su servicio en el campo, los estudiantes se jactan de los éxitos obtenidos en la colectivización, del número de campesinos a los que

convencieron y de las sublevaciones que reprimieron. El informe de Lidia está redactado a tenor de la retórica comunista. Abunda, según escribe, en cifras y citas desatinadas extraídas de discursos de Stalin. «Aún puedes llegar a ser algo, muchacha —le dice de buena fe el presidente del comité ejecutivo—. Solo falta pulirte un poco.»

Un día, aparece en Odesa el tío Valentino. Lidia lo vio por última vez cuando era una niña, mucho antes de que el antiguo chófer de su abuelo se la llevara en aquella misteriosa excursión a la casita del jardinero alemán para luego desaparecer con el coche. No ha olvidado nunca la imagen de la dacha desierta, ya marcada por el abandono, y no da crédito a sus ojos cuando de pronto ve a Valentino, a quien tenía por muerto, en el umbral del piso de Yelena. Él no dice nada sobre dónde ha estado todo ese tiempo, pero por lo visto ha conseguido salvar una parte de su fortuna, ya que puede permitirse vivir en un hotel. Habla de su hermano Antonio, de Jersón, en cuya finca vinícola Lidia se recuperó de la tisis. Entretanto, ha sido expropiado y deportado con su mujer y su hija a Siberia, donde esta, enferma de tuberculosis ósea, no tiene posibilidades de sobrevivir. El tío Valentino quiere ayudar a su familia a huir a Odesa para luego llegar, junto con ella, a Rumanía por el mar Negro.

Durante su estancia en la ciudad invita a Lidia a restaurantes y le compra ropa que necesita con urgencia. Parece un sueño o un cuento de hadas. Los tiempos felices que de pequeña pasó con su madre en la dacha se le antojan vivencias de un personaje de novela.

Al cabo de unas semanas, Antonio, el hermano de Valentino, llega de veras a Odesa con su familia, tras haber recorrido no se sabe qué rutas secretas y saturadas de peligros. Valentino ha rescatado a los tres por una suma astronómica y los esconde en el puerto en una cabaña de pescadores. En una noche sin luna, una embarcación ha de transportar a los fugitivos a Rumanía. Lidia se despide de Valentino con la amarga certeza de que no volverá a verlo nunca, abrazada a su tío o padre, cosa que de seguro solo sabe su madre. Más tarde, oye decir que él y su tío Antonio y la familia de este han logrado pasar de Rumanía a Francia, donde se dedican de nuevo a la viticultura.

De despedida, Valentino le ha regalado seis pesadas cucharas de plata con el monograma de los De Martino. Estas cucharas la alimentan durante medio año. Cada mes, vende una en el Torgsin, un negocio para el «comercio con extranjeros», aunque ya nadie tiene trato con extranjeros. Hace tiempo que el telón de acero, frontera con el resto del mundo, se ha cerrado y que la palabra «extranjero» se ha convertido en un insulto. En el Torgsin, los odesitas se deshacen de sus últimas pertenencias, sea una joya, sea un juego de café. En pleno *holodomor* hay, en ese negocio, todo lo que había en tiempos del zar Nicolás II: naranjas, chocolate, jamón, café, caviar... Con el dinero que Lidia recibe por una cuchara de plata compra cereal, aceite y hortalizas secas para un mes, ingredientes con los que preparan sopa o *kasha* en la cocina de Yelena.

Una imprevista fuente de ingresos resulta ser el papel de calcar que se consigue en las papelerías. Lidia y la tía Natalia han descubierto por casualidad que una de las capas de ese papel está hecha de batista. Ponen el papel en remojo y, a continuación, lo hierven hasta que la batista se ha desprendido. Una vez secada y planchada, sirve estupendamente para coser ropa interior que puede venderse o canjearse por alimentos en el mercado. Naturalmente, la tía Valentina carece de máquina de coser, por lo que se pasan la mitad de la noche en la cocina dándole a la aguja a la luz de una lámpara. El único problema consiste en que no pueden comprar continuamente remesas de papel de calcar porque levantarían sospechas. La solución viene de manos de Anechka, la hija de la tía Natalia. Trabaja en una biblioteca y descubre en el archivo multitud de dibujos técnicos realizados sobre papel de calcar. Dado que ni la mejor ebullición es capaz de sacarle a la batista la tinta china, las camisolas, bragas y sujetadores que Lidia cose junto con su tía llevan las enigmáticas y fragmentarias configuraciones de los dibujos técnicos. No obstante, su «colección» se vende casi tan bien como el pan en el mercado negro. Solo hay que estar atento ante la omnipresencia de la policía, pero tienen suerte y no las cogen nunca.

La decretada ucranización de los odesitas le depara a Lidia ingresos adicionales. Por unos buenos honorarios, le encargan traducciones de folletos de trabajo y de reglamentos de empresas; en otra ocasión, ha de evaluar los conocimientos de ucraniano de los empleados de correos. Les hace un dictado.

Los examinados solo hablan ruso y entienden como mucho la mitad, sus dictados están plagados de errores. Lidia tiene que calificarlos con «suspensos», razón por la cual se obliga al conjunto de los empleados a asistir a cursos de ucraniano. Gracias a su niñera, Lidia domina esta lengua con tal perfección que todos la consideran nativa. Esto no solo le proporciona los ingresos que necesita con apremio, sino que también le otorga un barniz proletario, indispensable para la supervivencia.

Pese a ello, en el último año de carrera intentan echarla de la universidad. Sin mediar justificación y de un día para otro, le imponen elevadas tasas académicas que, obviamente, no está en condiciones de pagar. A punto ya de tirar la toalla, se le ocurre una última y singular baza que jugar. En realidad, se trata de un fraude, porque su padre renegó del Estado soviético hace tiempo, pero Lidia mueve cielo y tierra para conseguir la sentencia judicial por la cual su padre fue condenado a veinte años de destierro por su participación en el movimiento obrero revolucionario antizarista. Entrega el documento y una carta alusiva en el rectorado, y cuando al día siguiente pasa en el vestíbulo por delante del tablón donde se relacionan «Los mejores alumnos de nuestra universidad», encuentra entre los nombres el suyo. Queda liberada de la tasa académica.

Escribe su trabajo de licenciatura en tres días, conforme al lema de que el papel es paciente. Compara al escritor ucraniano Mijailo Kotsyubinski con Maksim Gorki y se saca de la manga la tesis de que la obra de este está fuertemente influenciada por la de aquel. Su tutor se extraña, es la primera vez que lee algo similar. También se asombra de que Lidia haya escrito el trabajo en ruso, pero ella le explica que debe sus buenos conocimientos de ese idioma a la universidad, que ha sido en esta donde lo ha aprendido cabalmente. La basura que ha parido le vale un diez. Su título dice que ahora es docente de literatura, obviando diplomáticamente especificar de cuál, si de la rusa o de la ucraniana.

Su empleo en la biblioteca universitaria, donde ha ascendido a directora de la sala de lectura, termina en escándalo. Cuando le niegan las tres semanas de vacaciones que ha solicitado, simplemente deja de acudir al trabajo. Pasadas las tres semanas, se encuentra con esta nota en la puerta de la biblioteca: «La obstruccionista Iváshchenko L.Y. tiene terminantemente

prohibido acceder a esta biblioteca». Para Lidia esto ya carece de importancia, pues su tiempo en Odesa se ha acabado.

Para la fiesta de graduación, la buena tía Natalia le cose, aprovechando una falda vieja, un vestido con el color de moda, *elektrik*, además de un bolero blanco con la batista extraída del papel de calcar. Lidia acompaña el atuendo con un par de los elegantes zapatos que le regalaron los zapateros. El Partido y el camarada Stalin ofrecen a los licenciados una albóndiga con patatas y, de postre, un panecillo dulce con una taza de té. Lidia observa que no ha sido la única en hacerse pasar por una palurda de provincias de origen ucraniano. Cuando empieza la parte amena de la noche, con baile y bebidas alcohólicas, la mayoría se olvida de que tiene que hablar ucraniano y pasa alegremente al ruso.

Regresa a Mariúpol. Considera que su principal tarea ahora es facilitar una formación a sus hermanos y prestar apoyo a sus padres. De su propio futuro no tiene ni idea. No piensa ni en una profesión en regla ni en formar una familia.

Encuentra empleo como redactora y traductora en el periódico «El Proletario de Azov». El salario es aceptable, y hay almuerzo gratuito en el comedor. Por las noches, tras el cierre de redacción, vuelve a desempeñarse de docente, esta vez enseñando a leer y escribir a los obreros de una planta siderúrgica. Los dos salarios dan para que la familia coma medianamente, y parece que los padres se van animando un poco.

Cuando solo lleva unas semanas en el periódico, un día, al filo del cierre de redacción, llega una nota que debe salir en la edición de la mañana siguiente y en un lugar bien visible de la gaceta. Se trata de la convocatoria de una asamblea cerrada del Activo del Partido que se celebrará a las seis de ese día en el pabellón de la biblioteca del Parque de la Cultura. La asistencia es obligatoria. Lidia traduce el sencillo texto al ucraniano y lo pasa a imprenta. La mañana siguiente se desata una tormenta terrible. Los activistas del Partido se quedan dormidos y concurren aterrados al Parque de la Cultura (no comparecer hubiera supuesto un peligro de muerte), extrañándose de que el presidente no aparezca. Entonces resulta que la asamblea no estaba convocada para las seis de la mañana, sino para las seis de la tarde. No se logra aclarar quién cometió el error, si el redactor de la nota o Lidia en su traducción, el

caso es que la desgracia largo tiempo incubada se va abriendo camino. Empiezan a atacarla y a acosarla sin disimulo, la observan, le hacen preguntas capciosas, se interesan de pronto por sus lecturas. Una compañera de trabajo le muestra un apego sorprendente, la acompaña a casa por las noches y la interroga acerca de su vida. Lidia, que se siente sola, no tiene reparos en charlar un poco.

Finalmente, cuando recibe un telegrama de Odesa que dice: «Nina se ha puesto enferma, hazte vacunar», comprende que está metida en dificultades. Nina es el nombre de guerra de Bella, y «enferma» significa a todas luces que la han arrestado. Más tarde, Lidia se acordará perfectamente de que fue el 9 de noviembre de 1933 cuando anduvo por última vez el camino de la redacción hasta casa, en compañía de la amable colega. Un aire quieto, benigno, los jardines aún en flor... Será, por mucho tiempo, la última noche normal de su vida.

Al día siguiente, después de la jornada laboral, imparte como siempre su lección en la planta siderúrgica. Los trabajadores están cansados, no han parado en todo el día, pero escuchan educadamente. Al cabo de media hora la puerta se abre en silencio, la directora de la sección de estudios hace señas a Lidia para que salga. Lidia se disculpa con los alumnos y abandona el aula. Frente a la puerta hay dos hombres de paisano, le ruegan que los siga. Quiere avisar primero a sus alumnos y recoger la cartera, pero los hombres no lo estiman necesario. Ya en la calle, a la luz mortecina de una farola, le enseñan un papel sellado. Lidia oye una voz afilada: «Queda usted detenida».

La llevan a casa en un coche oficial del NKVD. Solo entonces, en el breve viaje a su domicilio, le viene a la mente el material incriminatorio que guarda en un cajón de la vivienda: el manifiesto de Bella, garabateado sobre papel de fumar, donde se califica al Partido de banda antiobrera y se llama a una nueva revolución contra el capitalismo estatal terrorista. Además, hay varias cartas de Bella en las que insta sin rodeos a Lidia a conectar con los trabajadores y a agitarlos mediante la creación de círculos literarios en las empresas de Mariúpol. Ni siquiera el telegrama de advertencia desde Odesa hizo pensar a Lidia en la existencia de ese material demoledor. No entiende cómo pudo ser tan imprudente.

Durante el registro domiciliario, Lidia logra susurrarle a su madre que se la van a llevar. Desmontan todo el piso, revisan cada grieta, y por supuesto encuentran las cartas de Bella junto con el manifiesto que Lidia enrolló y escondió en un libro, entre el lomo y el cuerpo del volumen. Hacia la medianoche es conducida a la comandancia del NKVD. ¿Hubo una última mirada, una palabra de despedida entre mi madre y ella? Las hermanas no volverán a verse jamás. Cuando a los ochenta años Lidia ponga por escrito su historia, mi madre será, desde hace casi seis décadas, un mero recuerdo para ella, quizá ya difuminado de forma irreconocible en su memoria.

El interrogatorio en la comandancia dura hasta el amanecer, luego la dejan descansar unas horas sobre el sofá de la sala donde ha prestado declaración. La despierta un agente uniformado y le ordena que lo siga. Lidia se enfunda su abrigo y coge el hatillo que le ha llevado su hermano Serguéi. Cuando este la ha tenido enfrente, la ha llamado traidora a la patria, renegada y egoísta, y le ha recriminado haber precipitado a la familia entera a la desgracia. Presumiblemente, es el último encuentro de los hermanos. Después, en sus notas, ya tras la muerte de Serguéi, Lidia escribirá que durante mucho tiempo no fue capaz de perdonarle, que solo más tarde comprendió que él se vio obligado a distanciarse de ella. Era la única manera de salvarse a sí mismo y al resto de la familia de futuras desgracias.

Lidia tiene que subir a un furgón celular y es trasladada a Donetsk, a la cárcel central de la región, donde le rapan la cabeza y la encierran sola en una celda de los sótanos. La luz permanece encendida día y noche, el mobiliario se compone de una litera de hierro y una letrina. Durante las primeras semanas, la interrogan cada día y le hacen siempre las mismas preguntas. Luego, de repente, los interrogatorios cesan, y parece que la hayan olvidado en su mazmorra. La acosan las ratas y cucarachas, pero disfruta de la soledad. Tras haber estado largamente sin conocer otra cosa que la residencia «comprimida», la soledad es una suerte. Desde siempre, ha adorado la reflexión; por fin tiene tiempo para dedicarse a ella. Tumbada sobre la litera con los ojos cerrados, rastrea las numerosas preguntas que necesita plantear a la vida. Su futuro es lo único en lo que evita pensar.

Al cabo de tres semanas la sacan de su encierro subterráneo, medio consumida por el hambre y medio cegada por la luz punzante, nunca extinta,

del calabozo. La llevan a la prisión preventiva de Odesa, la ciudad donde comenzó su infortunio. De su situación de aislamiento, pasa a una estrecha celda con once mujeres que se pelean incesantemente por una de las ocho literas. Lidia suele dormir en el suelo, pero de vez en cuando una joven comunista alemana encarcelada ya por segunda vez le hace un hueco en su litera y le susurra instrucciones sobre el correcto comportamiento en los interrogatorios. Una vez, por entre las rejas de la ventana, ve a Bella Glaser, flanqueada por dos uniformados que la conducen a través del patio de la prisión. Es la última mirada a su amiga.

Sobre los interrogatorios, no dice nada. Solo relata un suceso particular. Reconoce en uno de sus interrogadores a Slava Bronstein, su antiguo vecino y condiscípulo. En la escuela la evitaba junto con los demás, después trató en vano de ligársela. Ahora se venga violándola en el cuarto inquisitorial, lo que en el caso de mujeres acusadas forma parte de los métodos interrogatorios. Seguidamente, ella le pide lápiz y papel con el fin de poner por escrito su confesión. Él se lo da, satisfecho de la eficacia inmediata de su método. Pero Lidia no redacta una confesión, sino una denuncia. Informa acerca del oculto parentesco con Trotski de Slava, de su odio al Estado, de la tonelería de su padre, quien hasta la Revolución tuvo veinte empleados mal pagados. Al día siguiente, cuando vuelven a llevarla al interrogatorio, se cruza con él en el pasillo. Está blanco como la pared. «¡Tía guarra!», le sisea. Aún no hace mucho le pedía libros prestados, como por ejemplo el novelón «Ángel del amor». Lidia en ese momento se acuerda. «No te pongas así —repite ella de soslayo al pasar—, soy el ángel del amor.» Días después, ve cómo lo arrastran por el pasillo de la cárcel, apaleado y sanguinolento.

Tras casi cinco meses de reclusión preventiva, la llevan a un cuartucho y la compelen a firmar su sentencia. A través de una puerta entornada oye la conversación de dos celadoras. «Con los médicos e ingenieros, ya hemos rebasado la cuota», dice una de ellas. «En cambio, con los profesores vamos atrasados. Hay que arremangarse un poco más», replica la otra.

Cuesta imaginar que Lidia, de veintitrés años y un metro y cincuenta y cuatro centímetros de estatura, reducida a la categoría de peso pluma después de la larga prisión preventiva, sea considerada particularmente peligrosa; no obstante, su traslado a Medveshya Gora se efectúa con una escolta de dos

soldados armados y en un compartimento de tren expresamente reservado para ella. ¿También los demás, cada uno de los millones de reos, serán transportados con tanto aparato y confort a sus lugares de destino? Hasta Moscú, los soldados no hablan una sola palabra con ella. Dos veces al día le dan un vaso de té y un trozo de pan con algo de tocino. La acompañan al lavabo, no puede cerrar la puerta. En Moscú tiene que bajar del tren, y la llevan a otra estación en un furgón celular. Desde allí, continúa viaje hacia Murmansk, de nuevo en un compartimento con otros dos soldados de escolta, pero con una mejora. Las ventanillas ya no tienen protección visual, Lidia puede mirar al exterior, al paisaje nevado cada vez más desierto.

El 1 de abril de 1934 llega a Medveshya Gora. En el barracón de altas, la saluda amablemente un joven preso que le toma los datos personales. Es, según Lidia menciona de paso, su futuro marido, Yuri.

Acabado el trámite, queda «libre»; puede marcharse adonde quiera. Con su abrigo delgado y sus ligeros zapatos de verano sale a la nieve, a la noche iluminada solo por unas cuantas estrellas grandes a baja altura. A los confinados se les deja simplemente a merced de la selva, deben arreglárselas por su cuenta. Se sabe que no tienen escapatoria, a todo lo ancho y lo largo del territorio no hay más que bosques, pantanos, osos y lobos. Parece que en algún punto lejano parpadean unas lucecillas, pero a los dos minutos Lidia ya está hecha un carámbano y no puede distinguir ningún camino que conduzca a aquellas luces. Desconcertada, vuelve al barracón de altas.

Yuri la salva no solo esa noche. En definitiva, es a él, probablemente, a quien debe su supervivencia en el campo. Por Ígor, el hijo de Lidia, sé que Yuri, su padre, procedía de una famosa dinastía de sacerdotes ruso-ortodoxos y declinó la sucesión porque tenía vocación de ingeniero. Fue desterrado por un comentario despectivo sobre el mariscal Voroshílov, uno de los íntimos de Stalin, al que llamó lameculos. Le metieron cinco años. Ahora, en el campo, es un preso más, pero de los privilegiados, un joven y talentoso ingeniero bien visto por la jefatura del campo y con conexiones de vital importancia. Esa noche lleva a Lidia a un barracón de mujeres con calefacción, donde puede quedarse los próximos cinco días. Allí no hay litera para ella, pero la dejan dormir en el suelo junto a la estufa caliente. Las mujeres le ceden generosas

una parte de sus raciones alimentarias; a cambio, le roban el contenido casi entero del hatillo.

El primer trabajo que le asignan es en una guardería para los niños de los cuadros superiores del campo. Las madres tratan a Lidia como a una sierva; sin embargo, el puesto le proporciona una litera propia en otro barracón, mejor equipado, además de vales para el comedor del NKVD y la posibilidad de comerse las sobras dejadas por los niños. Pero la felicidad le dura poco. Ignorando la topografía local, Lidia, mientras busca bayas con los niños, va a parar a uno de los pantanos que acechan por doquier. En el último momento, con algunos críos ya en trance de hundirse, un centinela los observa desde lejos y los saca de la mortífera zona. El despido de Lidia es fulminante, y tiene que dar las gracias de que no le alarguen el tiempo de destierro. Ni imaginarse lo que habría sucedido si uno de los niños privilegiados hubiese perdido la vida en el pantano.

Comienza a buscar trabajo por su cuenta para sortear la amenaza de ser destinada a la tala. Se presenta en las colonias, adonde se desplaza a bordo del llamado trenecito del cuco. Consta este de una pequeña y resoplante locomotora de vapor que arrastra un remolque cargado de tochos de leña. La madera para caldear la máquina sirve al mismo tiempo como asiento de los pasajeros. Cuando en una ocasión el tren se queda detenido en mitad de la taiga porque se ha acabado el carburante y hay que cortar árboles, uno de los pasajeros le propone a Lidia que recorran a pie los quince kilómetros que los separan de la colonia. Ella está de acuerdo. Es una noche clara, blanca, pero al poco se encuentran en medio de un pantano y solo pueden salvar el resto del trayecto andando sobre la vía de madera del tren. El joven compañero de camino es de piernas largas, la distancia entre las traviesas le supone un paso normal, mientras que a Lidia no le queda más remedio que ir saltando de madero en madero. Va dando brincos a lo largo de un camino de casi quince kilómetros. Una vez no acierta con la traviesa, y su acompañante tiene que sacarla del lodo negro y frío que enseguida empieza a absorber el cuerpo sin piedad. En cierto momento, se les acerca uno de los descomunales osos pardos que rondan por todas partes y de noche entran en las colonias en busca de comida. Por suerte, entre ellos y aquel coloso hambriento media el pantano.

Después de semanas de búsqueda infructuosa, pues nadie quiere a una «política», Yuri, al que entretanto la une un tímido amor, le consigue un puesto de profesora en una colonia penitenciaria de menores. Al llegar al campo, el instinto de supervivencia la hizo agarrarse a la primera brizna de paja que se le ofrecía, Yuri, pero ahora no resulta una brizna, sino una fuerte amarra que la ayuda a salir de las mortíferas marismas de aquel universo. A la larga no habría soportado un duro trabajo físico, por tanto el empleo de profesora es para ella la salvación. Sin embargo, el puesto significa estar separada de Yuri. La colonia de niños y adolescentes Círculo Polar se halla directamente a orillas del canal Mar Blanco-Báltico, a veinte kilómetros de Medveshya Gora, donde Yuri trabaja en la administración técnica. Se casan antes de que Lidia se incorpore a su función. En tanto que matrimonio, recibirán permiso para visitarse ocasionalmente.

La colonia Círculo Polar alberga a dos mil menores de entre ocho y diecisiete años. Niños vagabundos, huérfanos, hijos de presos, criaturas que ya de pequeñas se convirtieron en delincuentes y hasta homicidas. A Lidia se le asigna una litera en el barracón del personal escolar femenino. Un saco de serrín hace de colchón y se le entregan una escudilla de hojalata, un vaso y una cuchara. Por la noche se enciende la estufa de hierro colado; la leña tienen que buscarla las propias mujeres en el bosque, pero nunca falta porque hay de sobra. Mientras duermen, bloquean la puerta con el tronco de un árbol para estar a salvo de osos y ladrones. Al mediodía, Lidia puede almorzar en el comedor de los profesores; de cenar le dan una ración de pan para llevarse a casa. A veces, las mujeres adecentan el menú con setas y arándanos rojos que recogen en los bosques, siempre atentas a no adentrarse en uno de los insidiosos pantanos.

La reeducación de los menores delincuentes le supone al Estado el empleo de ochenta profesores. En todas las aulas, la enseñanza se imparte en presencia de un centinela armado. Desconocedora de la realidad del centro, Lidia rechaza esa compañía; prefiere estar sola con sus alumnos. Se la previene, pero ella insiste, y la primera vez que entra en el aula acompañada por el director, los alumnos se ponen de pie modosamente. Veinticinco chicos con camisa blanca, todos aseados y formales. El director presenta a Lidia, pero apenas ha dejado el aula se desata una tormenta de improperios a cual

más soez y grosero, hasta el de darle un buen revolcón a la «muñeca». Lidia quiere salir corriendo, pero la puerta ya está obstruida. Por otra parte, la huida, de haber prosperado, también podría haber acabado mal. Posiblemente la habrían encerrado unos días en el calabozo por abandono indebido del puesto de trabajo y después la hubieran mandado a talar árboles.

Decide emprender la huida hacia delante. Tan serena como puede, les explica que ella sola no dará abasto para lo que planean, pero que después los fusilarán a todos sin contemplaciones. En cualquier caso, no los tratarán con guantes de seda, por lo que es preferible intentar cuando menos dar clase. Los alumnos formulan una objeción contundente: «¡Nos cagamos en tus clases!». Presa del pánico, Lidia empieza a contar una de sus historias de fantasía, siguiendo el ejemplo de Sherezade. Al principio, todo son risas y burlas, pero luego el aula se va calmando y los rostros de los chicos adoptan una expresión seria y atenta. Cuando suena el timbre que indica la pausa, hay protestas: «No queremos pausa, sigue contando». Lidia dice que está cansada y que no retomará el relato hasta el día siguiente. Además, tiene que impartir la tarea establecida, de lo contrario la defenestrarán. Les propone dar el programa lo más rápidamente posible y luego contarles una historia. Los alumnos están de acuerdo con la propuesta.

Al otro día, cuando entra en el aula con veinticinco cuadernos bajo el brazo, es recibida con un cántico: «¡Que viene, que viene, que viene la puta, nos trae cosa buena y las pasará canutas!». Lidia finge no oír el saludo, deposita los cuadernos, se quita el abrigo y lo cuelga en el clavo. Cuando se da la vuelta, los cuadernos han desaparecido. Manifiesta su extrañeza por el hecho, pero la clase explica en coro que no había cuadernos, que ella está equivocada.

Lidia piensa en cómo reaccionar. El director le ha recomendado encarecidamente que nombre, desde el mismo comienzo, a un delegado de los alumnos. Uno de los chicos le llamó la atención el primer día por su mirada alerta e inteligente, ella lo interpela y él se presenta como Ivanov 26. Más tarde, Lidia se entera de que en la colonia todos se llaman Ivanov, que solo se distinguen entre ellos por números. Nadie revela nunca su verdadero nombre, y el que lo hace es castigado severamente por el grupo. En una ocasión, la jefatura del campo logra sonsacarle a uno de los jóvenes presos su verdadera

identidad tras prometerle una comida y una ropa mejores e incluso la admisión en la Organización de Pioneros. Le atan el pañuelo rojo, y después de una solemne cena con abundante alcohol, lo mandan de vuelta al barracón. A la mañana siguiente, lo encuentran debajo de una litera, estrangulado con el pañuelo.

Tras la lección, Lidia estudia el expediente de Ivanov 26, al que ha nombrado delegado de los alumnos. Ese joven de dieciséis años y claros ojos azules ha matado ya a tres personas. Asfixió a su abuela con la almohada a fin de quitarle el dinero que ella había ahorrado para nadie más que para él; al entrar a robar en una vivienda le destrozó la cabeza a un hombre con un martillo; por último, abatió a tiros a un policía. Tenía entonces doce años.

Lidia vacila, pero a la primera ocasión lo aborda para interrogarlo sobre los cuadernos sustraídos. Se entera de que los alumnos aprovechan el papel para hacer no solo naipes, sino también billetes. Proceden con tanta perfección que nunca nadie ha descubierto sus manejos. No pueden comprar en el quiosco del campo, pues oficialmente no tienen dinero, de modo que venden los billetes falsos a otros internos, quienes les dan un porcentaje en forma de cigarrillos y agua de colonia que se beben por su contenido de alcohol. En los juegos de cartas se cruzan apuestas elevadas. Por ejemplo, quien pierde la voz solo puede croar o ladrar. Los jugadores empeñan su ración de pan, su almuerzo, su único par de zapatos y, a veces, su vida. Ni más ni menos.

Una vez, uno que ha perdido su vida camina obediente tras aquel que se la ha ganado. Los dos, de once años, bajan a un desfiladero donde el ganador le ata las manos al perdedor y comienza a rasgarle el cuello con una hoja de afeitar roma. Acostumbrado a la implacable disciplina del campo, el niño resiste impertérrito un rato, luego se zafa y corre gritando y sanguinolento hacia arriba, donde enseguida acuden los centinelas. Lo llevan a la enfermería, mientras el autor de los hechos queda sentenciado en el acto. Le encañonan la sien con el fusil y le preguntan si todavía tiene algo que decir. «No lo vuelvo a hacer, tío», dice, apocado. Entonces suena un disparo sordo, y el cuerpo del chico cae al suelo desplomado.

Cuando, antes de terminar la clase, Lidia les cuenta una historia, puede observar cómo aquellos adolescentes que no han oído buenas palabras en mucho tiempo se van transformando. Se les abren y ablandan las caras. A

veces hacen preguntas ingenuas y expresan cándidos comentarios. Con el tiempo nace una especie de amistad entre ellos, pero Lidia no olvida nunca con quiénes trata y está siempre alerta.

La noche polar y los extensos periodos de penumbra hacen que duerma cada vez más en sus ratos libres. A menudo, el día solo dura una o dos horas y no ofrece sino un atisbo de gris celeste en ese lapso. A veces, la nieve reluce en la oscuridad, a veces se ven grandes estrellas cristalinas y, de forma recurrente, los fabulosos espectáculos de la luz polar. Pero Lidia se siente cada vez más cansada, cada vez más consumida. Un fin de semana, duerme veinte horas seguidas. El médico le diagnostica un principio de escorbuto y la insta a comer más bayas y ajo, a beber cocciones de aguja de picea y a dar paseos antes de acostarse. Más que a los osos, lobos y perros sin amo, teme a los individuos que uno se encuentra en aquel lugar.

Una mañana, nota que es incapaz de levantarse. Sabe que se arriesga a una pena de calabozo si falta al trabajo injustificadamente, pero le resulta imposible ponerse de pie. Siente el cuerpo tan pesado como un saco de cemento. Yace inmóvil, con la vista fija en el techo del barracón. Está segura de que no se levantará nunca más. Las compañeras de barracón conocen ese estado. Le ceden parte de su ración de pan y le preparan la recetada cocción de aguja de picea sobre la estufa, añadiéndole una cucharada de la preciada *varenye* de arándano rojo.

Al tercer día le cuentan un episodio que le aviva el ánimo: durante su ausencia ha ido a la colonia un catedrático eminente de Leningrado. Había oído hablar mucho de la famosa escuela de reeducación de Carelia y quiso aprovechar la ocasión para dar una clase de prueba con los alumnos de Lidia. Le habían contado que la joven docente rechazaba impartir enseñanza en presencia de un centinela, y quiso seguir su impresionante ejemplo. Apenas el director le hubo presentado la clase y abandonado el aula, el delegado de los alumnos Ivanov 26 se levantó para preguntar dónde estaba la bella y joven profesora y qué hacía allí un carcamal tan repugnante como él. La pregunta iba acompañada de los más groseros insultos y de voces crecientes. El catedrático procuró justificarse e iniciar la lección, pero el griterío fue subiendo de tono. Cuando el hombre dio un puñetazo en la mesa exigiendo calma, los alumnos le tiraron sus tinteros. Se llevó un susto de muerte y salió corriendo del aula

regado de tinta. A la clase entera le cayeron veinticuatro horas de calabozo. Aun así, mientras se dirigían al encierro, los alumnos repitieron que no admitirían que los privaran de su profesora; querían que volviera de inmediato.

Al día siguiente, de vuelta en el aula, Lidia los llama al orden. Les dice que no solo fueron poco delicados con un hombre mayor, sino que además se expusieron a graves consecuencias para su propio futuro. Pero los muchachos insisten en que con bichos así hay que ser expeditivo, y subrayan que no tolerarán que nadie se meta con ella y que queda bajo su protección personal.

Un día, observa que los alumnos estudian con aplicación nunca vista, que la tratan con un cuidado próximo al cariño y no le quitan el ojo de encima. Ivanov 26 le dice en susurros que un chico de la clase paralela perdió en el juego las posesiones de Lidia, y que, por lo pronto, no va a dar un paso en solitario. En efecto, cada mañana, cuando sale hacia la escuela, hay ahora varios alumnos esperando frente a la puerta, y después de las clases la acompañan de regreso al barracón.

En Nochevieja recibe permiso para desplazarse a Medveshya Gora a pasar unos días con su marido. En vez de avisar a sus alumnos, tras las clases se escabulle sin que nadie la vea, recoge su salvoconducto en la oficina y llega, poco después, a la valla con la torre de vigilancia. Controlan su salvoconducto y traspasa la verja. Tiene por delante un recorrido de veinte kilómetros en plena noche polar. Quince grados bajo cero, un camino forestal ancho y despejado, luna clara, silencio. Avanza a paso ligero, ilusionada por el reencuentro con Yuri. Conocedora de las leyes de la región, lleva la cartera con sus pertenencias en la mano; el dinero y el salvoconducto los ha escondido bajo la camisa. Crujen ramas, pero Lidia no recela... sospecha de ardillas, pues los osos duermen en sus cuevas en esa estación del año y los lobos buscan la cercanía de los poblados. Cuando menos lo espera, es embestida desde la oscuridad y derribada. Distingue dos siluetas. Uno de los hombres se le sienta en el pecho y la cachea, el otro revuelve en su cartera. «¡Suelta el dinero y el salvoconducto, si no estás muerta!», le ordenan en voz baja. Lidia aprieta el cuerpo en la nieve, al tiempo que comienza a gritar a voz en cuello. El otro hombre le agarra la pierna y se la tuerce de tal manera que se oye un chasquido. De pronto, un disparo, luego una trápala de caballos... una patrulla

montada. Las siluetas se precipitan hacia el bosque, Lidia se ve aupada al caballo y llevada al apeadero del tren. Allí avisan a la ambulancia y la transportan a Medveshya Gora, en cuya enfermería le recolocan la pierna descoyuntada. Al día siguiente le llevan a un par de individuos para efectuar el careo. Mira a los rostros inmundos y malvados de ojos suplicantes y niega con la cabeza. Sabe que los dos tendrán su merecido sin necesidad de que ella los identifique.

Cuando después de sus días libres vuelve a la colonia con la pierna aún dolorida, nadie le hace preguntas. En cambio, los alumnos le comunican escuetamente que el peligro ha pasado, que ya no precisa de protección especial. Ella no entiende los tejemanejes, pero siente que a partir de ahora forma parte de la «familia».

A menudo, el frío en el aula es tan intenso que, para escribir, los alumnos primero tienen que descongelar la tinta en los frascos metiéndoselos bajo la ropa. A veces hay tormentas de nieve que se prolongan durante varias semanas, entonces el mundo se sumerge en la oscuridad, y en el aula la luz permanece encendida todo el día. En una ocasión en que reina el silencio y solo se oye el rascar de las plumas sobre el papel, de pronto, como venido de la nada, un rayo de sol penetra en el recinto. Todos quedan como galvanizados, dejan caer las plumas y se lanzan hacia las ventanas. En aquella eterna grisura opaca se aprecia el borde estrecho y luminoso del disco solar, parece al alcance de la mano. La visión no dura más que un minuto, ya la hoz brillante se eclipsa de nuevo tras el horizonte... un momento de luz, un rayo de esperanza en el inframundo.

Un día, Lidia tiene que comparecer ante la jefatura del campo. La inquietan sobre cómo le va en la colonia, si tiene motivos de queja. Seguidamente, le preguntan si ama a su patria. Lidia comprende el significado de la interrogación: suelen planteársela a aquellos de quienes esperan servicios de espía. En efecto, necesitan su ayuda para erradicar a un «elemento perjudicial», a saber, Guenadi Petrov, profesor de historia natural y uno de sus colegas. Consciente de que su destierro se alargaría de forma sustancial, Lidia no declina la «propuesta», pero se hace la tonta. Al cabo de una semana, le entrega a la jefatura del campo un informe en el que puede leerse, entre otras cosas: El preso P. se ha levantado a las seis de la mañana,

se ha lavado y afeitado, ha regado sus plantones en las macetas de ensayo, luego ha ido al comedor a comer *kasha*. En clase ha disertado sobre la capacidad de germinación de las judías en el clima boreal y ha reprendido a uno de sus alumnos por tener las uñas sucias; se ha quejado de dolor de espalda, etcétera. En la jefatura explican a Lidia que ha comprendido mal el encargo, que lo que se espera de ella es material incriminatorio contra Petrov. Lidia asiente solícita y entrega para la fecha siguiente un informe de características similares. Es el final de su carrera en la célebre escuela de reeducación socialista en el círculo polar. La despiden por «falta de aptitudes» intelectuales.

En su último día de trabajo, compra en el quiosco del campo veinticinco anzuelos y le regala uno a cada uno de sus alumnos. Los chicos están deshechos, pero no protestan. Saben que las leyes del campo son inamovibles, que tampoco Lidia es una persona libre que pueda decidir su destino.

Tiene que trabajar todavía dos meses en un aserradero de Medveshya Gora para cumplir su pena de confinamiento. También Yuri ha quedado en libertad. Han sido padres de un hijo, Ígor, al que casi ochenta años después encontraré en Miass, Siberia. Lidia se incorpora a un puesto de profesora en una escuela libre, su marido trabaja como ingeniero en un conglomerado metalúrgico. Viven con el niño en una choza de adobe sin agua ni electricidad, y tienen claro que por lo pronto más les vale quedarse en un lugar remoto, a una distancia segura de los centros del poder. Lidia hace un triste balance: «Me he vuelto más tosca», escribe, «he perdido gran parte de mi espíritu crítico, de mis sentimientos más finos. El sistema ha vencido».

Mientras hace vida retirada con su familia en la taiga, seguramente mi madre, con mi abuela Matilda y con Tonya, se defiende sola en Mariúpol. Yákov, el padre, ha muerto; su hermano Serguéi estudia en el conservatorio de Kiev; Lidia está lejos. Quizá se parezca ahora a la de la vieja foto que la muestra con su madre de cabello blanco, a la joven flaca con el pelo a lo paje y esa desconcertante mezcla de inocencia y sabiduría en la mirada. Quizá sea en aquella época cuando nace la relación íntima, siempre cargada de angustia, con su madre, que entretanto tiene más de sesenta años y sigue corriendo peligro político por su condición de hija de un antiguo gran capitalista. ¿Aun así mi madre la deja sola en algún momento para irse a estudiar a Odesa?

¿También encuentra acomodo con una de sus tías, recibiendo la comida en casa de una y la cena en casa de la otra? ¿Tiene que contar igualmente las conjunciones en *La desgracia de ser inteligente* de Griboyédov, aprender a disparar en la clase de instrucción militar, voltear balas de yute y enseñar a funcionarios de correos el ucraniano que también ella aprendió con su niñera? ¿Qué significa que se graduó con sobresaliente? Tales distinciones, en aquella época, ¿no están reservadas acaso a los hijos de obreros y campesinos?

En 1941 ocurre un pequeño milagro en la vida de Lidia: la dirección del sindicato escolar le da un cheque de vacaciones para pasar tres semanas en la península de Crimea. Se trata de un acontecimiento casi impensable para una persona de su estatus social, y es a ese acontecimiento al que, probablemente, le debo el hecho de haber nacido. El marido de Lidia trabaja y no puede atender en solitario al pequeño Ígor, por lo que Lidia, en realidad, no puede irse de vacaciones. Pero, después de tanto tiempo en el círculo polar, la perspectiva de marcharse a Crimea resulta demasiado tentadora. Lidia envía un telegrama a su madre preguntándole si no podría desplazarse a su casa y quedarse tres semanas con el niño, su nieto, al que aún no ha visto. Y, en efecto, Matilda, de sesenta y cuatro años, emprende el viaje a la lejana Carelia, sin sospechar que la guerra le atajará el camino de vuelta, que jamás volverá a ver Mariúpol ni a su hija Yevguenia.

Si Lidia no hubiese recibido un cheque de vacaciones, mi abuela no habría ido a Medveshya Gora y, sin duda, la vida de mi madre hubiera tomado un rumbo distinto. No se habría casado con mi padre, presumiblemente ni siquiera lo habría conocido, y menos todavía se habría avenido a su deportación a Alemania. No hubiera dejado a su madre sola en plena guerra, se habría escondido de los alemanes. Se hubiera quedado en Mariúpol, y en cierto momento tal vez hubiese dado a luz a otra criatura, pero no a mí. Soy la consecuencia de un cheque de vacaciones que, por motivos inexplicables, algún cuadro soviético extendió a mi tía, una antigua contrarrevolucionaria.

La felicidad de las vacaciones en Crimea no le dura ni una semana. El quinto o sexto día, un lejano trueno la despierta en su habitación de hotel. No es una tormenta, como ella cree en un principio, es el comienzo de la guerra, el asalto alemán a la Unión Soviética. Todos los huéspedes tienen que abandonar el hotel y son transportados en autobuses a Simferópol. Desde allí continúan

viaje en trenes abarrotados. Fuera, en los campos, arde el trigo maduro, el ferrocarril avanza y recula un trecho para sortear los escuadrones de bombarderos. La gente grita angustiada; a una joven mujer descalza sentada en el compartimento de Lidia el vestido de repente se le tiñe de rojo. El niño en sus brazos ha sido alcanzado por la esquirla de un proyectil.

En Járkov no hay modo de seguir, las vías han sido destrozadas por los bombardeos. Los edificios colindantes de la estación se hallan en llamas y hay personas tiradas en las calles. A primera vista, Lidia no comprende que no están dormidas, sino muertas. Se pierde en el pánico y las apreturas, y cuando por fin llega a la otra estación, desde la cual parte su tren con destino a Leningrado, se encuentra con el andén ya cerrado. Ágil y menuda, trepa por la barrera. El tren se ha puesto en marcha, Lidia lanza su maleta por una ventana abierta, unas manos la atraen por otra ventana al interior del vagón. Durante tres días van avanzando y retrocediendo, siempre un trecho. Los bosques arden, del cielo caen pedazos de aviones. No hay comida ni agua potable, los retretes desbordados despiden un hedor insoportable.

Cuando por fin el tren llega a Leningrado en la grisalla del alba, se ven desde lejos los almacenes de víveres ardiendo, presas de unas llamas que se elevan al cielo e iluminan la ciudad entera pese a la lluvia. En el aire flotan globos de barrera destinados a derribar los «Messerschmitt», como llaman los rusos a los aviones de combate de los alemanes. Por todas partes hay unidades de milicia popular armada. Lidia logra salir de la ciudad *in extremis*, poco después sus habitantes quedan cercados en lo que será un bloqueo sin parangón en la historia de la humanidad: durará más de dos años y se cobrará la vida de un millón de personas que morirán lentamente por la hambruna. Parece que no quedó un solo perro ni una sola rata en la ciudad. La gente se lo comió todo, las suelas de sus zapatos, el engrudo del empapelado, los cadáveres.

Desde la estación de Medveshya Gora, Lidia se apresura a casa. Todos están vivos, su pequeño hijo Ígor, su marido, su madre. Yuri no es movilizado para el frente bélico, el examen de idoneidad revela que tiene tuberculosis. Su enfermedad no solo le salva la vida a él, sino a toda la familia. Sin él y con el niño y su vieja madre a cargo, escribe Lidia, no habría podido sobrevivir a la guerra, que también se ceba en Medveshya Gora. Hay combates aéreos cada

día, con aviones que chocan en el aire y se desploman como antorchas prendidas. Los soldados soviéticos apuntan a los aviones alemanes con fusiles primitivos, los pilotos alemanes responden con ráfagas de ametralladora. Matilda cuelga la ropa en el exterior y se indigna: «¡Dejad de pegar disparos! Aquí hay un niño, ¿no lo veis?».

En una ocasión tiran octavillas. En una cara aparece un campesino que, calzado con zapatos de fibra vegetal y el cuerpo envuelto en trapos indefinibles, camina tras un arado. La leyenda dice: «Así vive el campesino ruso bajo el poder soviético». En la otra cara de la hoja aparece el mismo campesino, pero bien alimentado, vestido con sombrero de fieltro y botas de cuero, encaramado sobre un nuevo y flamante tractor. La leyenda reza: «Así vivirá el campesino ruso bajo el Führer alemán». A veces, los cazas con la esvástica en la cola vuelan tan bajo que se puede ver la cara del piloto en la cabina.

Uno de los alumnos de Lidia resulta herido. Está tirado en la tierra y se le salen las vísceras. Lidia se agacha y coge con ambas manos las tripas, calientes y sangrientas, para que no caigan en el barro. El chico grita como un poseso. Llegan corriendo dos enfermeros y lo suben a una camilla. Mientras se dirigen al hospital de campaña, Lidia, a paso de carrera, sigue sosteniendo los intestinos del chico, que continúa gritando. A mitad de camino ella se marea, nota que está a punto de desmayarse, pero uno de los enfermeros la increpa de tal modo que la sangre se le vuelve a agolpar en la cabeza. A la entrada del hospital, una enfermera viene a su encuentro y le acerca una fuente esmaltada en la que deposita las vísceras del chico, ya inconsciente. Más tarde oye que ha sobrevivido.

Cada vez más habitantes se dan a la fuga. Las puertas de las viviendas y de los negocios abandonados están abiertas, pero a nadie le importa. Por la localidad pasean gallinas y vacas sin dueño. Una joven mujer descalza huye chillando, con su padre enfermo en brazos. Son constantes las noticias de pueblos cuyo vecindario completo ha sido exterminado.

En octubre, Lidia y los suyos son evacuados hacia Kazajistán. Atraviesan toda Rusia en un tren de mercancías, casi cinco mil kilómetros, una odisea de más de un mes por un país en llamas, siempre hacia delante y hacia atrás, hasta la frontera con China. Una parte de los evacuados muere en el camino, casi

todos los demás pierden la vida en las heladas noches del yermo kazajo, donde finalmente los desembarcan y dejan a merced del destino. Yuri, a pie, se abre camino hasta Almá Atá y regresa con un carruaje de caballo.

En definitiva, deben su salvación a la guerra, escribe Lidia. Yuri y ella queman sus pasaportes, donde figuran todos sus antecedentes de enemigos del pueblo. En la oficina de Almá Atá dicen que perdieron los documentos en las vicisitudes de la contienda. Les creen y les dotan de nuevos pasaportes. Lidia vuelve a ser una hoja en blanco, una persona nueva. Puede comenzar de cero.

TERCERA PARTE



Yevguenia con pañuelo.

El 8 de octubre de 1941 —mi madre tenía veintiún años— la Wehrmacht alemana toma posesión de Mariúpol. Es la Operación Barbarroja de Hitler, encaminada a diezmar a los eslavos y a crear «espacio vital» para la raza aria. En el momento de la ocupación viven en la ciudad doscientas cuarenta mil personas; dos años después no son más que ochenta y cinco mil.

No sé lo que movió a mi padre a abandonar Rusia y marcharse a Ucrania, no sé cuándo ni cómo se conocieron mis padres. Creo que fue durante la guerra, que fue la guerra la que fraguó ese matrimonio. Quizás influyó también el odio a Stalin, odio que mi primo Ígor consideraba como el elemento de unión más fuerte entre sus padres, Lidia y Yuri. Pero lo decisivo, sin duda, fue que en el aquelarre de la guerra mi madre ya no tenía a nadie más que a Tonya, dependía por completo de sí misma. Dada su soledad y miedo a la muerte, tal vez hubiera seguido a cualquiera que le prometiese amparo. Aquel ruso de las orillas del Volga era veinte años mayor que ella y poseía justo las cualidades de las que mi madre carecía. Sabía luchar, abrirse camino, sobrevivir. Un hombre de buena estampa, varonil y resuelto, que seguramente empuñó las riendas de su vida desde el primer momento. Ella es un inesperado golpe de

suerte para él... una mujer joven rodeada aún del aura de la élite prerrevolucionaria a la que mi padre, hijo de un modesto tendero de ultramarinos, nunca tuvo acceso. Jovencísima, guapa, inocente y absolutamente perdida, cae en sus manos de forma espontánea, como un regalo de la guerra. Atraída por su fuerza, cautivada por su deseo rudo e imperioso, vive con él su primera pasión, que, en la contienda bélica, ante la presencia continua de la muerte, tiene sin duda una dimensión aún más vital.

¿Conoce la existencia de su anterior mujer, una judía con la que tiene dos hijos, en el momento de casarse? Aquel matrimonio, del que me enteraré de pura casualidad, es para mí el aspecto más sombrío de la ya de por sí oscura biografía de mi padre. Jamás habló de su pasado en la Unión Soviética, encerrado en su ser como en una caja fuerte para la cual quizá ni él mismo tenía la llave. Tampoco mencionó una sola palabra sobre mi madre después de su muerte... como si nunca hubiera existido. Mi hermana y yo nos habíamos quedado solas con él, un hombre que vivía en un exilio interior impenetrable. A excepción de sus imprevisibles estallidos de violencia, no lo conocíamos más que callado, bebiendo, fumando, leyendo gruesos libros rusos que le enviaban desde la Biblioteca Tolstói de Múnich una vez al mes en un gran paquete. En ocasiones, cuando estaba de buen humor, hablaba de su vida prerrevolucionaria en Kamishin, de fiestas religiosas tradicionales, de bodas y entierros, de su participación en el coro de la iglesia, y una y otra vez de las sandías más gigantescas y jugosas del mundo, aquellas que crecían a orillas del Volga, francamente interminable, comparado con el cual el Elba alemán (¿lo había visto alguna vez?) era un regato. La única información personal de peso que jamás le oí decir fue la de que sus padres murieron de tifus cuando tenía trece años, y de que se salvó a sí mismo y a sus tres hermanos de morir de hambre vendiendo la casita de sus progenitores a cambio de un solo saco de harina. Décadas después, me entero por las notas de Lidia que debía de tratarse de uno de aquellos «negocios de extorsión» que su padre investigaba como juez instructor.

Nunca pude averiguar nada acerca de su primera familia, pero su existencia me corrobora un punto en común entre mi madre y yo: ambas nacimos en la segunda familia de nuestros padres, éramos algo así como hijas sucesoras de hombres mayores que habían abandonado su matrimonio anterior

para casarse con una mujer notablemente más joven. Es probable que la primera esposa de Yákov se quedara en Siberia, al hijo común él se lo llevó a Varsovia. Pero ¿qué sucedió en el caso de mi padre? ¿Vivía ya separado de su primera familia cuando conoció a mi madre, o abandonó a su mujer y sus hijos en pleno acoso a los judíos para poner pies en polvorosa rumbo a Alemania con una joven de veintitrés años? La mujer y mis hermanastros, ¿fueron asesinados por los nazis, o ya estaban muertos cuando se cruzaron los caminos de mis padres? Nunca lo sabré. Es un secreto, y no el único, que mi padre se llevó a la tumba cuando, en 1989, treinta y tres años después de mi madre, falleció en una residencia alemana convertido en un anciano ciego sin habla.

La deportación masiva de ucranianos hacia Alemania se inaugura con la propaganda omnipresente de las fuerzas de ocupación. Los ciudadanos soviéticos se ven instados a alistarse para el servicio de trabajo en el Reich, donde se les promete el paraíso. El lavado de cerebro se lleva a cabo en todas partes: en los programas previos de los cines, las emisoras de radio, los puestos de trabajo, las estaciones ferroviarias, los teatros, las plazas y calles públicas. Grandes carteles de colores presentan a hombres ucranianos felices junto a modernos bancos de trabajo germanos, o a criadas ucranianas removiendo la masa para el pastel alemán del domingo. Las ucranianas son particularmente apreciadas como sirvientas; en 1942, el Führer da la orden de destinar a medio millón de ellas a hogares del Reich, a fin de aliviar a la mujer alemana. En la prensa se publican a diario llamamientos como el siguiente:

HOMBRES Y MUJERES DE UCRANIA

Los comisarios bolcheviques han destruido vuestras fábricas y empleos privándoos de trabajo y pan. Alemania os ofrece un empleo útil y bien remunerado. En Alemania encontraréis unas excelentes condiciones de vida y de trabajo, y se os pagará según convenio y rendimiento. Nos ocupamos, sobre todo, de los trabajadores ucranianos. Para que puedan vivir y practicar su cultura en las condiciones que les corresponden, se edifican para ellos colonias específicas que disponen de todo lo necesario: cines, teatros,

hospitales, radio, baños, etcétera. Los ucranianos residen en espacios claros y bien equipados, y reciben la misma comida que los trabajadores alemanes. Además, las cocinas de las empresas tienen en cuenta las particularidades de todas las naciones y por ello han incluido en su menú *varényky*, *gálushki*, *kvas*, etcétera, para sus trabajadores ucranianos.

¡Alemania te espera! Ya son cientos de miles los ucranianos que trabajan en la Alemania libre y feliz. ¿Y tú? Durante tu estancia en Alemania, tendremos buen cuidado de tu familia en la patria.

Al principio, la propaganda surte efecto. No todos los trabajadores del Este son deportados a la fuerza; en los comienzos, muchos se apuntan voluntarios. La verdad sobre las condiciones de vida y de trabajo nada paradisíacas en el Reich alemán no trasciende sino poco a poco. Primero llegan mensajes cifrados, por ejemplo en forma de una flor pintada por un chico de dieciséis años en la carta a su madre... es la señal que acordaron para avisar de que estaba mal. Con el tiempo, son cada vez más los trabajadores que vuelven de Alemania, destruidos y repatriados porque su estado de salud los ha vuelto inservibles. Lo que cuentan no tarda en cortar el flujo de quienes se alistaban libremente y llenos de esperanza. Esto supone un grave problema para la industria bélica germana, pues los hombres alemanes, comprometidos en el frente, faltan como mano de obra.

Y la guerra exige, de modo insaciable, el continuo reabastecimiento de material; la victoria alemana está indefectiblemente ligada a los esclavos importados de todos los países, sobre todo de la Unión Soviética, y en particular de Ucrania. Hitler nombra a Fritz Sauckel, su gobernador modélico, apoderado general del servicio de trabajo. Hijo de un funcionario de correos y de una costurera de Franconia, Sauckel, quien en los Juicios de Núremberg será calificado como el «mayor y más cruel esclavista desde los tiempos de los faraones», abre la veda de la caza humana con el llamamiento a «desprenderse de una vez por todas de las últimas escorias de la sensiblería humanitaria». Ucrania es la zona de operaciones predilecta de los cazadores. A los ucranianos, que integran el grueso de los trabajadores del Este, se los considera los esclavos de categoría más baja, solo por encima de los sinti, los

rom y los judíos en la jerarquía racial. Se los captura en la calle, en los cines, los cafés, las paradas de tranvía, las oficinas de correos, donde sea que puedan ser atrapados; se organizan redadas para sacarlos de sus pisos, de los sótanos y cubículos en los que se esconden. Se los lleva a empellones a la estación para trasladarlos a Alemania en vagones de ganado. Un número ingente desaparece con lo puesto, sin dejar rastro. Los más cotizados son los jóvenes, por su alto potencial de rendimiento; cada día, trenes de mercancías enteros se ponen en marcha rumbo al Reich, repletos de adolescentes. Poco a poco se empieza a secuestrar también a los que tienen cuarenta y cincuenta años, después incluso a los ancianos y a los débiles. Los vecindarios de pueblos completos, incluidas las abuelas con sus nietos, son deportados, y las poblaciones desiertas son arrasadas con fuego. Al principio, la edad mínima de los esclavos es de doce años, luego se rebaja a diez. Es más: en verano de 1942 se implanta un servicio obligatorio de dos años que todos los jóvenes ucranianos en edades de entre dieciocho y veinte años tienen que prestar en el Reich. Cada día se envían a Alemania hasta diez mil futuros trabajadores forzados, personas a las que, según Sauckel, se debe alimentar, alojar y tratar de tal manera que, con un insumo lo más económico posible, aporten un máximo de rendimiento.

Una amiga de Alemania Oriental me señala un librito de la editorial Reclam publicado en 1962 en la RDA. Contiene un breve texto del escritor Franz Fühmann, quien hizo la guerra en Ucrania:

De pie frente a nosotros, apretado contra la pared del barracón, había un grupo mudo que mecía levemente las caderas. Eran mujeres y muchachas ucranianas que, en filas de tres, se mantenían frente a la pared del barracón, meciendo las caderas; muy apretadas unas con otras y cogidas de los brazos, se mecían levemente, como espigas al viento. Cada una de ellas tenía frente a sí, en el suelo, un hatillo, un pequeño hatillo: ropa, una olla, una cuchara; y ahí se mantenían de pie, y el viento barría el techo del barracón, y entonces oímos que no eran filas mudas; tarareaban en voz baja, muy baja, una dulce canción. Apostados frente a las mujeres, con el fusil colgado al hombro, había centinelas embutidos en abrigo de pieles. Un

sargento caminaba de un extremo a otro, fumando; silbó estridente una locomotora, después un mercancías de negra silueta enfiló la vía. No habíamos dado un paso más; yo miraba fijamente a las mujeres cuando una de ellas, cercana a nosotros, volvió la cabeza y me miró, y miró a Nikolái y a Vladímir, los dos *hiwis** con sus brazaletes identificativos; dio un codazo a la mujer a su lado, y aquellas mujeres en fila se volvieron una a una, como si se abriera un libro, para mirar a las caras de los *hiwis* y a sus brazaletes; luego apartaron de nuevo las miradas en silencio, cabeza por cabeza. Los *hiwis* estaban blancos como la pared, les temblaban los labios. Cesó el traqueteo del mercancías; de súbito ondeaba una humareda gris, un cálido velo; yo esperaba que los *hiwis*, resguardados por la cortina de humo, salieran corriendo, pero se quedaron ahí, como clavados, como congelados, en el suelo. Las puertas corredizas de los vagones se deslizaban con estrépito abriendo cavernas; las mujeres recogían su equipaje en silencio, y el sargento gritaba: «¡Vamos, vamos, deprisa!». Los soldados hicieron avanzar a las mujeres; de repente, Vladímir soltó un grito, dejó caer el enrollador de cable y dio un salto hacia el tren; una de las mujeres, que ya había desviado la mirada, se volvió de nuevo hacia él, y Vladímir exclamó un nombre, un grito gorgoteante. Uno de los centinelas le salió al paso y le propinó un golpe en el pecho, bramando que nos largáramos. Vladímir cerró los puños, el centinela echó mano del fusil; hice retroceder, de un tirón, a Vladímir, y él, al sentir la mano en su hombro, se encogió instantáneamente, dio media vuelta y, tambaleante y con la cabeza gacha, volvió a la parte trasera del barracón. Nikolái permanecía mudo, sus mandíbulas molían. Las mujeres desaparecían en la oscuridad de los vagones, y de pronto vi por primera vez lo que había visto en docenas de ocasiones en aquella estación de mercancías, y acerca de lo cual ya había enviado un sinfín de teletipos: un transporte de trabajadores partía hacia Alemania, con destino a Berlín o Viena, Essen o Hamburgo. Pero entonces vi que, ¡ay, por Dios!, no llevaban zapatos en los pies, sino manojos de trapos, y papel de sacos de cemento ceñido al pecho y a

la espalda; y que ninguna traía una manta, y los vagones no tenían calefacción, no tenían estufas, había una fina capa de paja de cereal en el suelo y carámbanos en los tragaluces. Llegó con paso pesado el sargento: «¿Qué mira?», dijo en voz baja. Di parte, agarré rápidamente el enrollador con Nikolái y di media vuelta. Vladímir se mantenía delante de la estación, recostado en un árbol y sacudido por un escalofrío. Le puse la mano en el hombro y busqué las palabras para decirle algo; quería decirle que, a partir de Kiev, la situación de las mujeres mejoraría, y que en Alemania tendrían un buen hospedaje, pero no acerté a pronunciar palabra. Saqué la pitillera y les ofrecí tabaco a cada uno; fumamos mientras escuchábamos el trepidar del tren que iba acelerando al tiempo que se volvía más silencioso. Aún hubo un silbido de la locomotora, luego el trepidar se perdió en la grisura del día. ¿Aquella mujer era su chica o su hermana? Quise preguntar, pero desistí.

Al leerlo, tuve la sensación de poder ver a mi madre, apoyada en la pared de un barracón ferroviario y tarareando una canción ucraniana junto con las otras mujeres, pero sé que no puedo reencontrarla en esa imagen. No abandonó Ucrania por tierra, sino por vía marítima, por el mar Negro, como antes había hecho su tío Valentino. Mis recuerdos coinciden con lo reseñado en los documentos de un organismo de ocupación militar americano, documentos que me ha enviado un servicio de búsqueda internacional. Miro los papeles como a testigos fantasmales de una realidad de la que nunca he tomado completa conciencia. Las hojas, muy amarillentas, no llevan fecha; sin embargo, debe de tratarse de datos que mis padres facilitaron con motivo de alguna de sus numerosas solicitudes de entrada a Estados Unidos. Las escalas de su viaje no admiten dudas, estaban huyendo del Ejército Rojo.

No sé lo que hizo mi padre en Mariúpol durante la ocupación alemana. Quizá tuvo todavía más razones que mi madre para fugarse del régimen soviético que estaba a punto de volver; y si la culpa de mi madre había consistido hasta entonces en proceder de una familia de enemigos del pueblo, capitalistas y contrarrevolucionarios, ahora, por su trabajo en la oficina de empleo, como ruedecita en el engranaje de las deportaciones alemanas, se

había convertido, además, en una delincuente antisoviética activa, en una traidora a la patria y colaboracionista. El campo de castigo era lo mínimo que le esperaba, aunque lo más seguro es que la hubieran fusilado en el acto.

Antes de echarse al camino, se casan. De la fecha que aparece en la copia invertida de la partida de matrimonio, se deduce que el enlace se celebró seis semanas antes de la retirada de los alemanes, cuando ya se vislumbraba que las tropas soviéticas reconquistarían la ciudad. Emprendieron el gran viaje como pareja de casados, así tenían más opciones de no verse separados durante el trayecto.

Un día de agosto de 1943, mi madre atraviesa por última vez el carcomido portón de su casa. ¿Qué aspecto tenía la ciudad en esa época? «Todo Mariúpol calcinado, volado por los aires», escribe el encargado del Comité Nacional por una Alemania Libre, Friedrich Wolf, aquel mismo año a su mujer en el Reich. La imagen final que la ciudad ofrece a mi madre es la de una inmensa devastación. Hace tiempo que no cabe la menor duda de que la guerra está perdida, pero en el último momento los soldados alemanes arrasan lo que todavía queda de Mariúpol. Dominados por la ira ciega, vuelan un edificio tras otro, apuntan con lanzallamas a las puertas y ventanas de las viviendas aún intactas, destruyen las escuelas, las guarderías, las bibliotecas, los depósitos de agua y de cereales, para dejar tanta tierra quemada como pueden.

¿Qué se llevaría mi madre para el incierto viaje? Sé del antiguo icono de fondo dorado, con el gran conjunto de los santos ruso-ortodoxos más importantes que ahora cuelga en una de las paredes de mi casa, mi única herencia familiar de valor. Sé de las tres fotos, entre ellas la del pañuelo que la muestra sola, y que se llevó como en remembranza de sí misma. Sé de la partida de matrimonio y de aquellos documentos que destruí de niña, además de los dos delgados tomos con poemas y cuentos rusos que tantas veces me leyó. Los libritos se me extraviaron, pero el papel rasgado de tinte ya casi terroso y su olor rancio, amargo, sigue siendo parte de mí hasta el día de hoy. Aún me sé de memoria el famoso poema pushkiniano del gato erudito que, atado a una cadena de oro, camina día y noche en círculo alrededor de un roble verde; el poema, de Lérmontov, de la blanca y solitaria vela de barco que parpadea en la bruma del mar azul y no sabe lo que busca en la lejanía.

Todo ello, junto con los demás efectos, va en su hatillo cuando atraviesa por última vez el portón de su residencia, ocupada desde hace tiempo por personas desconocidas. Seguramente, la niñera Tonya la ha ayudado con los preparativos; seguramente, la acompaña un trecho, le lleva el hatillo. La buena de Tonya, su segunda madre, que le cambió los pañales, que la llevó en brazos, que le enseñó canciones ucranianas... de ella también se despide para siempre.

De los documentos del organismo americano se desprende que la primera estación de su huida fue Odesa. Es posible que, al abandonar Mariúpol, aún no tuviesen la intención de irse a Alemania. Quizá solo querían llegar a Odesa, que todavía se hallaba firmemente en manos de los ocupantes. A fin de cuentas se quedaron ocho meses en la ciudad del mar Negro, al menos así figura en los papeles americanos. En cuanto a la profesión de mi madre, estos no la especifican; en el caso de mi padre indican «*bookkeeper*», contable. Siempre pensé que fueron los avatares de la guerra los que lo catapultaron de Rusia a Ucrania, y ahora resulta que en 1936 vivía ya en Mariúpol trabajando de contable. Los documentos americanos del año 1947, casi desintegrados, me ofrecieron información sobre su persona que él nunca me había dado, y que planteaban interrogantes totalmente nuevos.

Mi nombre de pila abona la hipótesis de que, en Odesa, mis padres encuentran refugio en casa de mi tía abuela Natalia. «Natascha» es el hipocorístico de Natalia, y supongo que mi madre me llamó así en agradecimiento a su tía, la mujer tímida, con aire de jovencita y mirada transida de la futilidad del mundo. Me puso a mí, su primera hija, el nombre de la última persona bajo cuyo techo vivió en Ucrania.

El 10 de abril de 1944, el Ejército Rojo reconquista Odesa. Mis padres abandonan Ucrania en el último momento. Queda abierta la pregunta de si se marchan voluntariamente o son deportados. Lo que no cabe imaginar es que por aquellas fechas aún no supieran qué les esperaba en Alemania. Probablemente, solo pueden elegir entre la peste y el cólera, entre el trabajo forzoso en Alemania y la muerte en tierra ucraniana. Quizá se van con la esperanza de llegar, vía el Reich, a América. Era lo que recuerdo que siempre habían deseado. América constituía, tal vez, su verdadera meta desde el principio, siendo Alemania nada más que un rodeo inevitable; y el trabajo

forzoso, el precio que tenían que pagar por llegar a América. ¿O nada de eso es cierto? ¿Solo querían ir a Odesa y allí fueron cazados y deportados como tantos otros?

A medida que mi madre se va acercando a Alemania, se va alejando de mí. De modo completamente inopinado, se me había descorrido la cortina sobre su vida en Ucrania, pero acerca de su trabajo forzoso en Alemania nunca pude averiguar más de lo que ya sabía; y solo sabía lo que figura en la cartilla de trabajo de mi padre. Para reconstruir la ruta de su viaje a Alemania, los papeles del organismo americano todavía me sirven de dispositivo de navegación, después solo me queda la historiografía. Los documentos americanos no me dicen nada sobre el camino por el cual mis padres llegaron de Odesa a Rumanía. Pero aquí me ayuda un recuerdo. En más de una ocasión hablaron de una travesía marítima, de las bombas soviéticas que los amenazaban mientras viajaban en barco.

Según me imagino la escena, arlean a la gente en masa hacia los buques que aguardan en el puerto de Odesa y la meten a empujones en las cubiertas. Al poco, mi madre ve como la orilla del mar Negro se va alejando, y la celeste Ucrania se borra de sus miradas para siempre, hundiéndose en las olas del proceloso piélago de abril. No tiene tiempo de llorar. Sabe que puede morir en las próximas horas, pues las flotillas alemanas, repelidas y replegadas, están sufriendo un bombardeo inmisericorde.

La carga propiamente dicha de los barcos que zarpan de Odesa para Rumanía suele consistir en materias primas de valor estratégico destinadas a la industria bélica alemana. Los trabajadores forzados que acompañan el transporte sirven de escudos humanos contra las fuerzas soviéticas, que atacan a las naves enemigas por aire y por mar. Son cientos, son miles, los que, presos del miedo a la muerte, se hacinan en las cubiertas, tapados con nada más que lonas para protegerse de la lluvia, el frío y el viento. A veces, los pilotos de los bombarderos soviéticos no detectan la carga humana, a veces sacrifican a sus compatriotas a sabiendas, con tal de hundir un buque alemán. Total, solo son traidores, colaboracionistas, que se han entregado al enemigo y cuya vida no vale nada. En uno de los ataques mueren ocho mil personas en las aguas del mar Negro.

El barco en el que viajan mis padres alcanza Rumanía, pero no sé dónde atraca. La siguiente estación que aparece en los documentos del organismo americano es el «Transitcamp Brailov». Brailov es el nombre inglés de la ciudad de Braşila, situada en el interior del país, en el curso bajo del Danubio. Quizá la nave se desplazó hasta allí, quizá echó amarras en el gran puerto de Constanta, a orillas del mar Negro, y desde allí continuaron viaje en tren hasta Braşila, a unos doscientos kilómetros de distancia. Fuera como fuese, en Rumanía mis padres ya se encuentran en el otro lado del mundo. Rumanía es un aliado de guerra de Alemania, en su territorio el régimen soviético ya no puede capturarlos. Mi madre todavía no puede creerlo, ha sucedido lo que nunca consideró posible: ha escapado, ha escapado de veras. Está a salvo, es libre. Así le parecería.

Los distintos términos de búsqueda con los que rastreo en internet la existencia de un campo de tránsito llamado Braşila no me dan, como temía, ninguna respuesta. En efecto, ¿quién iba a recopilar los nombres de los innumerables campos de paso, de tránsito o de filtración de toda Europa! El atlas me enseña que Braşila está ubicado en la Valaquia rumana, y me acuerdo de que una vez mi dedo ya exploró este lugar del mapa. De aquella región procedía aquel posible ancestro de mi bisabuela, Anna von Ehrenstreit, al que encontré en un diccionario biográfico austríaco de la nobleza del siglo XVIII: Jacob Zwillach, Edler von Ehrenstreit, «del primer regimiento de infantería valaco». ¿Sabía mi madre que Braşila, su primera estación en el otro mundo, se hallaba en aquella Valaquia de la cual posiblemente eran oriundos sus antepasados de la línea paterna? ¿Conocía ella la historia de sus mayores? ¿O entretanto sabía yo más sobre la familia de lo que ella jamás había sabido? ¿Desconocía mi madre sus orígenes como los había desconocido yo durante toda mi vida? ¿No era solo una persona sin futuro, sino también una persona sin pasado?

Dedico horas y horas a mirar fotos de campos de paso, esperando descubrir de pronto, entre los inacabables torrentes humanos, la cara de mi madre, que tenía entonces veinticuatro años. Jóvenes mujeres, muchachas con pañuelos, maletas de cartón y manojos de trapos, algunas casi niñas todavía, vestidas con andrajos. Todas aterradas, sin comprender adónde se las han llevado tras haber sido sacadas de sus pueblos y ciudades de origen. Masas

interminables de personas anónimas que solo existen como números. Cada una de ellas es mi madre.

Una vez en el campo de paso, llamado *dula*,* a los recién llegados se les somete a registro, recuento, examen de aptitud laboral y criba. Se procede a su desinfección, consistente en rociarles, a través de la ropa, las partes vellosas del cuerpo con un líquido similar al petróleo, o en obligarlos a desnudarse para que su indumentaria y equipaje sean purificados de bichos en una denominada «cámara de desinsectación». Si hay duchas, pueden usarlas. Pero tal vez el *dula* de Brañila es de los campos que no son más que un terreno pelado, un trozo de paisaje donde las personas esperan al raso la continuación del viaje. Muchos enferman porque, ya debilitados por el transporte, no reciben nada de comer y tienen que dormir en la tierra desnuda, en el barro, expuestos al frío y a la lluvia. Por tanto, la tasa de mortalidad es elevada en esos campos, y son numerosos los deportados que nunca llegan a su lugar de destino.

En la cartilla de trabajo de mi padre consta que entró en Alemania el 14 de mayo de 1944, pero la propia cartilla no se expide hasta el 8 de agosto, una laguna de casi tres meses que una vez más solo puedo rellenar con conjeturas. En el caos imperante, ¿se los envía, como a tantos otros, de *dula* en *dula*? ¿Soportan registros y más registros, exámenes, cribas, recuentos, desinfecciones, comprobaciones de la aptitud laboral? Las oficinas de empleo están desbordadas con las masas humanas que llegan, no dan abasto con las asignaciones, ni tampoco con su tarea de desmoralizar a las personas para que se acostumbren a que ya no son sujetos, sino objetos con los que se procede arbitrariamente. Pero también es muy posible que a mis padres se les ahorrara la odisea por los campos de paso, que desde Brañila fuesen llevados directamente a Leipzig. En ese supuesto, la oficina local de empleo habría extendido las cartillas con tres meses de retraso.

Los documentos americanos tampoco me revelan por qué camino llegaron de Brañila a Leipzig. O bien prosiguen el periplo por vía fluvial, a bordo de un barco que, a través de Serbia y Hungría, los conduce por el Danubio al Reich alemán, a las cercanías de Passau; o bien son transportados en uno de los vagones de ganado que trasladan hacia Alemania la inagotable carga humana procedente de los cuatro puntos cardinales. Hay entre ellos ucranianos, sobre

todo ucranianos, pero también rusos, polacos, letones, lituanos, estonios, bielorrusos, azerbaiyanos, tayikos, uzbekos, griegos, búlgaros, yugoslavos, húngaros, checos, franceses, italianos y muchos otros, incluso chinos. Es una compañía internacional la que rodea a mi madre en su primer viaje al extranjero.

Mil ochocientos kilómetros de Brañila a Leipzig, la ciudad de Gottfried Wilhelm Leibniz, Friedrich Nietzsche, Karl Liebknecht, Johann Sebastian Bach. Ahora pertenece a los bárbaros nazis. La famosa estación central, en la que en un solo día impactan cuarenta y seis toneladas de bombas, está destruida excepto un pabellón. ¿Qué es lo que mi madre ve en la ciudad? Presumiblemente, solo ruinas, entre las cuales ondean banderas con la esvástica. Ruinas y campos, campos por todas partes. Sabe desde hace tiempo que no ha ido al paraíso, sino al infierno, al pleno centro del gulag del que se creía salvada para siempre.

Hay trabajadores forzados que tienen suerte. En las pequeñas empresas, los hogares particulares y las granjas, a veces el trato no es malo, en casos excepcionales incluso se los integra en la familia. Pero a mi madre no le toca un puesto de estas características, y probablemente tampoco hubiera sido una suerte para ella. Dada su ineptitud para las labores rutinarias, defecto aún más grave en un hogar o una granja alemanes, solo habría concitado la ira de sus patrones. Además, en los espacios interiores, invisibles por fuera, de los lugares privados, las jóvenes eslavas se encontraban particularmente expuestas a la explotación sexual, un fenómeno que estaba a la orden del día en numerosos sitios.

Me acuerdo del granjero francón que hace mucho tiempo me alquiló una casita para el verano en el extrarradio de un pueblo donde yo quería trabajar en paz. Mi novio de la época venía a verme los fines de semana, mientras que de lunes a viernes acostumbraba a estar sola. El arrendador, quien tenía una granja residual en el pueblo vecino y se había prejubilado por su adicción al alcohol, pasaba de vez en cuando. Entonces me traía un pedazo de beicon o algunos huevos de las gallinas que le quedaban, utilizándolos como excusa para sus visitas. Su mirada de dipsómano delataba otro motivo. Tambaleante y respirando con dificultad, me miraba de forma concupiscente con sus ojos vidriosos. Aunque, seguramente, en caso de emergencia me lo habría quitado

de encima sin mayores problemas, pues la borrachera apenas le permitía sostenerse, me invadía el pánico cada vez que se dejaba caer, generalmente al atardecer, cuando la solitaria casa en las afueras del pueblo se hallaba ya envuelta en la penumbra de los bosques cercanos. El hombre, usando el dialecto de la región, me llamaba *rusla*, y en algún momento se me encendió una luz. La palabra no nacía de su propia imaginación, la conocía de tiempos pasados, cuando prácticamente todo campesino alemán tenía en su granja a su *rusla*. Era así como en aquel entonces se llamaba en Franconia a mujeres como mi madre, y no se hacía con mala fe... también a su vaca lechera habrían podido decirle *rusla*. Si yo hubiese estado en la situación de mi madre, aquel granjero no habría tenido necesidad de solicitar mis favores con beicon y huevos. Habría podido ahorrarse la molestia.

Mi madre se salva de la estancia en una granja y, sin embargo, tiene mala suerte. Tres veces mala suerte. Ella y mi padre no solo recalcan en una localidad sometida a los continuos bombardeos de los aliados; no solo se les asigna una de las terribles factorías de armamento, sino que van a parar precisamente a una del consorcio Flick, famoso por sus condiciones de trabajo y de alojamiento especialmente inhumanas. Es la Allgemeine Transportgesellschaft mbH (ATG), de Leipzig, Schönauer Strasse 101, una planta de montaje de los aviones de guerra conjurados en frenéticos himnos por los pilotos de combate alemanes:

El canto de los motores truena,
la hora de la libertad resuena.
Volad, pájaros gloriosos, volad,
y retornad victoriosos, retornad.

Los «pájaros gloriosos» los fabrican en Flick nueve mil quinientos operarios, de los cuales dos mil quinientos son trabajadores esclavos, obligados a participar en el ensamblaje de máquinas que sirven para destruir sus países de origen. Mis padres son separados; a él lo mandan a un campo de hombres y a ella, a uno de mujeres. En adelante ya no tienen nombre, solo son el número que figura en su respectiva cartilla de trabajo. En el lado derecho del pecho tienen que llevar el distintivo «OST», tres letras blancas sobre fondo

azul, abreviatura de «trabajador del Este», y el menos favorable de los distintivos después de la estrella de los judíos. Los trabajadores de otras naciones tienen prohibido bajo castigo hablar con ellos.

A los recién llegados se les entrega una hoja de instrucciones en lengua ucraniana, rusa y alemana:

Para la mano de obra proveniente de los territorios ocupados de la antigua Rusia soviética rigen las normas siguientes:

1. Las órdenes del personal de vigilancia deben acatarse en todo momento.
2. Solo se puede abandonar el campo bajo la escolta de una persona de vigilancia.
3. Cualquier relación sexual con personas de nacionalidad alemana y otros trabajadores civiles o prisioneros de guerra extranjeros queda prohibida so pena de muerte. Las mujeres serán internadas en un campo de concentración.
4. Quien suspenda el trabajo, instigue a otros trabajadores a hacerlo, abandone el puesto arbitrariamente o apoye tendencias hostiles al Reich será ingresado en un campo de concentración y sometido a trabajos forzados. En casos graves se le castigará con la muerte.
5. El distintivo reglamentario con la leyenda «OST» deberá llevarse en el lado derecho del pecho de la respectiva ropa exterior.
Quien se comporte acorde con la disciplina y preste un buen trabajo será tratado correctamente.

Heinrich Himmler, en su discurso secreto de Poznan', no deja lugar a dudas acerca de la visión puramente utilitarista sobre los trabajadores eslavos: «Cómo les vaya a los rusos, cómo les vaya a los checos, me trae absolutamente sin cuidado [...] Que se mueran de hambre de mala manera solo me interesa en tanto que los necesitamos como esclavos para nuestra cultura. Que para abrir un foso antitanque caigan por agotamiento diez mil mujeres rusas o no es algo que solo me interesa en la medida en que el foso antitanque esté listo para Alemania».

Sobra señalar que los trabajadores forzados no pueden renunciar al puesto ni cambiar de trabajo. Y, naturalmente, tampoco se les permite regresar a su patria.

Los obreros de la ATG están distribuidos por veinte campos residenciales, veinte del total de seiscientos que existen en el área de Leipzig. La ATG es una empresa gigante, una pequeña ciudad de naves industriales, centros de producción subterráneos secretos, barracones de vivienda, barracones de explotación, barracones de cocina, barracones de baños, barracones de retretes, barracones comedor... Las mujeres tienen prohibido entrar en un campo de hombres y viceversa. ¿Sabe mi madre siquiera en qué campo vive mi padre y dónde trabaja en el amplio recinto fabril? ¿Hay alguna posibilidad de encontrarse, de cruzar miradas o de decirse cuatro palabras? ¿Se encuentran acaso durante la comida en uno de los barracones comedor, en algún lugar donde hombres y mujeres pueden estar juntos? ¿Existen en el territorio del campo reductos en los cuales los trabajadores, separados por sexo y nación, puedan entrar en contacto unos con otros?

Los campos tienen nombres tan pintorescos como Rosa del Sol, Bosque de Abedules, Verde Pratense, Papiro, Centaurea, Prado de Cuento, Cuero Crudo, Ábrete Mina, Vista Alegre, Rosa Negra, Brunilda, Majuelo, Trébol o Tierra Baja, por citar solo algunos. ¿En cuál estuvo mi madre? Ya no existen documentos que puedan facilitarme esta información. El archivo de empresa de la ATG ha desaparecido, sea porque se quemó, sea porque las fuerzas de ocupación americanas o rusas se lo llevaron, o porque, cosa más probable, la misma dirección de la empresa lo destruyó al final de la guerra para no dejar pruebas documentales. De un centro de memoria recibo pocas informaciones, entre ellas un croquis del recinto de la ATG y sus campos. Vuelvo a topar con un fenómeno que me encuentro permanentemente en mi búsqueda de vestigios: de los veinte campos de la ATG solo está documentado un campo satélite de Buchenwald, en el que estuvieron alojadas quinientas judías húngaras que trabajaron para la ATG. Sobre este campo existe un material extenso, y también se colocó una placa conmemorativa en el antiguo recinto. Acerca de los otros dos mil trabajadores forzados de la ATG, en su mayoría eslavos, no se dice una sola palabra, ni se les ha dedicado lápida alguna que recuerde su destino.

Contemplo el croquis una y otra vez, sigo con el dedo las líneas de las calles. En cuanto a mi madre, puedo descartar el campo de las judías húngaras, pero quedan otros diecinueve campos donde pudo haber estado. Por alguna de esas zonas se desplazaría, al amanecer y en la oscuridad del invierno, hacia el trabajo en la nave de montaje, y volvería al anochecer, igualmente a oscuras en invierno, al barracón. En la época luminosa del año leía tal vez los letreros alemanes de las calles: *Asternweg*, *Rosenweg*, *Dahlienstrasse*... ¿Pasa, camino de su trabajo, ante huertos urbanos, ante una colonia de viviendas de propiedad con césped? ¿O debo imaginarme la desolación de un área industrial devastada por la guerra, donde las calles con nombres de flores no son más que residuos de un pasado ya invisible?

Hay caravanas de trabajadores que pueden caminar por su cuenta y las hay que, escoltadas por centinelas, son arreadas entre insultos y porrazos. En las calles golpetean los zuecos que las mujeres llevan en los pies. Los temidos zuecos, para los cuales no existe alternativa una vez que se han desgastado los zapatos traídos de casa. Entonces solo quedan los zuecos, que hay que comprárselos caros a la dirección de la empresa, un calzado duro, abarquillado, que deforma los pies y que roza y duele a cada paso. Si se tiene mala suerte, se forman llagas e inflamaciones en los pies, y quien es incapaz de salvar el trayecto hasta el puesto de trabajo, quien se pone enfermo, rápidamente corre peligro de ser excluido y de acabar muriendo. Algunas mujeres llevan los zapatos en la mano y andan descalzas porque solo de ese modo aguantan el ritmo de la marcha. A veces cantan en voz baja mientras caminan, están acostumbradas a cantar; en su patria se canta casi siempre, ya en los campos, en la vivienda o en la calle. También mi madre canta, con su bella y clara voz de soprano, con la que más tarde aún la oiré cantar muchas veces; entonces, seguramente, es más bien un tarareo, como el que escuchó Franz Fühmann en la estación ucraniana antes de que las mujeres fuesen embarcadas en los vagones de ganado. Lleva un pañuelo, como todas las mujeres, y quizá todavía un vestido propio traído de Mariúpol. Pero a lo mejor su indumentaria ya está raída por el roce o desgarrada, y un mono de dril oscuro le baila en su cuerpo flaco, medio consumido por el hambre, y la madera rígida le maltrata los pies. A los vecinos alemanes de las calles por donde se mueven las caravanas de trabajadores forzados en dirección al

trabajo, ¿no los despierta, mañana tras mañana, mucho antes de que ellos mismos tengan que levantarse, el taconeo de los numerosos zuecos sobre el empedrado?

En la nave le espera una jornada de doce horas. Me acuerdo de las discusiones constantes entre ella y mi padre, que le exigía que fuera a trabajar para ganar un dinero extra, como hacía la mayoría de las mujeres de las «casas». Ella se echaba a llorar porque no se sentía capaz. Probablemente, el campo de trabajo le había destrozado la salud y los nervios para siempre, tan solo la palabra «fábrica» le causaba pánico. Una vez lo intentó, entró a trabajar en una fábrica de persianas, pero al cabo de una semana se derrumbó.

¿Cómo logra ahora no derrumbarse? Día tras día, doce horas en la cadena de montaje, seis días a la semana, en caso de cuello de botella también los domingos. Y eso que está fuertemente debilitada por el hambre, por las noches frías y angustiosas en los barracones abarrotados donde pululan las sabandijas. Y no hace un trabajo cualquiera, tiene que participar en el ensamblaje de aviones de guerra que se utilizarán contra sus compatriotas. El personal de vigilancia tiene derecho a castigar; seguramente, le pegan no pocas veces por trabajar demasiado lento.

No faltan saboteadores que se juegan la vida cometiendo errores intencionados en el trabajo para perjudicar a la industria bélica alemana. Mi madre, atemorizada y delicada de los nervios, difícilmente se encuentra entre ellos. Más bien tratará de comportarse de la forma más acomodaticia posible, de no llamar la atención. Sería ya en Mariúpol donde esta actitud se convirtió en su segunda naturaleza... no llamar la atención, una estrategia de supervivencia.

El día a día está conformado por trabas y castigos, y quienes más sufren son los ucranianos, situados en un rango muy bajo de la jerarquía racial y considerados aún más vagos, indolentes y ladinos que el resto de los trabajadores del Este. Se penaliza el no llevar el distintivo OST, el no saludar al comandante, el trueque, el hurto famélico, la supuesta huelga de celo, la provocación de daños materiales y muchas otras cosas. El castigo mínimo es la bofetada; le siguen los azotes, el trabajo punitivo, la privación de comida, el ser despertado cada hora en la noche. Ocasionalmente, en pleno invierno, los trabajadores reciben baldazos de agua fría y se los encierra en el calabozo,

donde mueren por hipotermia. Basta una infracción de poca monta para ser internado en uno de los campos de reeducación por el trabajo, un método de matar dos pájaros de un tiro: además de castigarse a los trabajadores forzados, se humilla y se rebaja a los alemanes presos en esos centros al equipararlos con los infrahumanos esclavos. Las perspectivas de supervivencia en dichos campos son particularmente reducidas, parece que en algunos las condiciones eran aún más brutales que en los campos de concentración. Sauckel, el apoderado general del servicio de trabajo, espolea al personal de vigilancia a castigar a los esclavos: «Si incurren en la menor falta en la factoría, ¡por favor denunciarlos a la policía, ahorcarlos, pegarles un tiro! Me trae sin cuidado».

Los trabajadores esclavos viven en los barracones más sórdidos y tienen la remuneración más baja y la manutención más miserable. Su principal alimento es el llamado pan ruso, compuesto de salvado de centeno, lascas de remolacha azucarera, harina de paja y hoja de árbol, causante de enfermedades del tracto gastrodigestivo. En vez de los prometidos *varényky* y *galushki* se les da, al mediodía y por la noche, un litro de aguachirle, donde pueden pescar alguna hoja de repollo, guisantes o un trocito de nabo. Para variar, hay sopa de espinacas en la que flotan gusanos. La dieta se complementa con cien gramos de margarina y ochenta gramos de embutido o carne por semana; por lo general, se trata de carne cruda de caballo procedente del matadero de animales enfermos o accidentados. Los trabajadores tienen que hacer cola con sus escudillas de aluminio frente al despacho de comida. El que llega tarde se queda sin nada.

Con todo y esas raciones de hambre, se implanta la denominada alimentación por rendimiento a fin de incrementar la explotación de la fuerza laboral de los obreros. Quien trabaja más, recibe más comida. A la empresa Flick esto no le ocasiona ningún coste adicional, porque se procede a una mera redistribución. Simplemente, la cantidad superior asignada a quienes son fuertes en su desempeño se resta a la de los débiles. Así, estos se vuelven más débiles todavía, rinden aún menos y caen en una peligrosa espiral de declive. Flick eso lo acepta. El suministro de material humano, de mano de obra fresca y sin desgastar de los países ocupados, está siempre disponible. Los esclavos tienen fama de ser especialmente robustos. «Hay seres vivos —en palabras de

Joseph Goebbels— que son tan resistentes porque son inferiores. También un chucho callejero es más resistente que un selecto perro pastor.»

Me acuerdo de un médico que me practicó una revisión ocular en los años ochenta. Conocía mi origen y se quedó atónito ante lo que vio en mis ojos a través de su equipo de diagnóstico. En vez de la robustez y el carácter inquebrantable que había dado por supuestos en una mujer eslava, mi iris le enseñaba tantas deficiencias y debilidades constitucionales que descreía de mi origen. Cuarenta años después del final de la guerra, se le desmoronaba un mundo. Me miró tan consternado y receloso como si fuera una impostora.

El exterminio del máximo número posible de eslavos favorece también los planes de Hitler, consistentes en diezmar a esos pueblos con el fin de crear espacio para la raza aria y poner a los eslavos supervivientes a su servicio. Se quiere que sean personas sin educación ni vínculos, sin cultura propia ni identidad nacional propia. Se admite que les vaya bien, que coman hasta saciarse, que se diviertan cantando y bailando en la medida en que esto fortalezca su moral de trabajo y sirva para que aporten el mayor provecho al «Reich milenario». De ahí que las universidades y otras instituciones educativas superiores sean clausuradas rápidamente en los territorios ocupados de la Unión Soviética... los animales útiles no necesitan educación, solo tienen que acatar órdenes. Cuatro años de formación elemental son más que suficientes para los futuros siervos, según afirma Hitler en sus famosas «conversaciones de sobremesa».

La retribución de los trabajadores forzados es irrisoria, y las mujeres ganan todavía menos que los hombres. Descontados los impuestos, la seguridad social, el tributo por trabajador del Este y los gastos de alojamiento y manutención, a mi madre le quedarían —si no he calculado mal— menos de seis reichsmarks por semana. Con eso no puede comprar prácticamente nada. Una hogaza de pan cuesta unos diez reichsmarks por aquellas fechas, y más allá del mercado negro, el dinero apenas tiene valor porque en las tiendas no se consigue casi nada si no es a cambio de vales.

A veces, en el recinto del campo, los trabajadores pelean como animales por detritos, un puñado de patatas o remolachas heladas o podridas; otros, arriesgando la vida, logran evadirse por la noche de los barracones de vivienda cerrados y custodiados para robar en los campos circundantes lo que

puedan. Algunos que aún tienen fuerzas venden el pellejo los domingos de asueto —cada vez más infrecuentes en el último año de la guerra— a los granjeros de los alrededores para ganarse un extra o saciarse. Otros confeccionan adornos o juguetes con residuos que encuentran en el área de la fábrica o del campo, y truecan esos objetos por víveres en el mercado negro. Si los pillan en la operación, corren gran peligro de ir a parar a uno de los terribles campos de reeducación por el trabajo, lugares que muy pocos abandonan con vida.

Mi madre ha estado acostumbrada al hambre toda su vida, pero sometido a la rutina cotidiana del campo, a doce horas de trabajo diarias, el cuerpo empieza a consumirse a sí mismo. Sin duda, se encuentra en aquel estadio de desnutrición humanamente indigno en el que los pensamientos ya solo giran en torno a la comida. Siente tirones en las piernas hinchadas mientras está de pie ante la cadena de montaje, le duele la espalda, le arden los ojos, le zumba en los oídos el fragor de las máquinas cuyo eco la persigue hasta en sueños. Es probable que sufra alteraciones de la vista, accesos de vértigo, convulsiones intestinales, y todo ello no hace más que exacerbar la obsesión por el trozo de «pan ruso», duro y como de argamasa, que guarda en el bolsillo del pantalón para que no se lo puedan robar. Si cediera a la tentación de comerse de una vez aquel chusco reservado para la cena, por la noche no podría dormir por el hambre y por la mañana quizá no lograría levantarse de la litera. Eso podría significar su final. Trabaja a vida o muerte, sabe que su fuerza de trabajo es su único capital, que está perdida si flaquea, si sucumbe a la debilidad.

Las residencias luminosas equipadas con baños, aparatos de radio y otras comodidades que la propaganda había prometido a los crédulos y empobrecidos ucranianos, no son más que barracones destartados, además de estar irremediablemente repletos, ya que son cada vez más los campos destruidos por las incursiones aéreas y cada vez más las personas hacinadas en espacios que se reducen por momentos. Mi madre, nacida no solo bajo el signo del hambre, sino también bajo el de las compresiones humanas soviéticas, está habituada a la comunidad forzosa con personas ajenas, y no conocerá más que vagamente algo similar a la esfera privada. En el campo, sin embargo, su espacio vital abarca una litera de madera. Por razones de higiene, los sacos de paja se han sustituido por colchones de papel rellenos de serrín,

pero los insectos no se dejan impresionar por el cambio y siguen atormentando a las mujeres exhaustas durante toda la noche.

En el último invierno de la guerra predominan temperaturas extremadamente rigurosas. En los barracones hay estufas, pero falta combustible. Las mujeres buscan en el exterior desechos de madera, ramas, hojarasca, cualquier cosa que arda. Poco a poco van desmontando los escabeles que pertenecen al mobiliario y, finalmente, arrancan las tablas de sus literas y las queman por unos minutos de calor. Para taparse, mi madre presumiblemente solo cuenta con una manta delgada y deshilachada. Es probable que para la noche se ponga, capa por capa, cuanta ropa le queda, se cubra luego con su abrigo gris y se eche la manta del campo por encima. Se pasa casi todo el invierno resfriada, su piel reseca escuece y se escama, tiene las manos ásperas y agrietadas, los labios rajados y sangrientos. Le han salido sabañones de brillo rojo en los pies, que convierten el calzarse en un suplicio y le producen un picor insoportable en el transcurso del día, a medida que los pies se van calentando. El reuma que contrae durante el trabajo forzoso la torturará el resto de su vida, al igual que el daño hepático causado por la dieta contaminada del campo.

El momento más horrible del día es el despertar, el ser sacado del sueño por el silbato a las cinco de la mañana. Quizá mi madre se vea arrancada de una pesadilla, aunque no existe pesadilla peor que la realidad del entorno, que vuelve a hacerse presente en el mismo instante en que despierta. Cada día es interminable, es parte de un tiempo que no se sabe cuánto durará todavía y si alguna vez tendrá fin. A los presos carcelarios les consta el día en que se cumple su periodo de reclusión; en el campo de trabajo alemán, en cambio, no hay fecha de salida. Mi madre no solo vive sin futuro, también su pasado le parece tan lejano como si lo hubiera dejado atrás en alguna zona exterior al mundo, en otra estrella, infinitamente distante, a la que ya nunca regresará. Tiene que oponerse con todas sus fuerzas a la nostalgia de la patria que la sacude, pues si no lo hiciera, su ánimo se derrumbaría. En su vida anterior no sabía lo valiosas que son, precisamente, las cosas sencillas y dadas por supuestas del día a día... lo gratificante que es poder salir simplemente a la calle, cerrar la puerta del baño, encender y apagar a placer la luz eléctrica por la noche, ponerse un vestido limpio y planchado. Mientras en la cadena de

montaje va repitiendo sin cesar la misma operación manual, que se ha transformado en una especie de función automática de su cuerpo, piensa en esas cosas como en una felicidad perdida para siempre. Una y otra vez, de modo casi compulsivo, desfilan en su mente las caras de aquellos que conocía, los rostros de los padres, los hermanos, los amigos y conocidos. Sostiene con cada uno de ellos diálogos donde se busca a sí misma, a la persona que una vez fue.

El día a día en el campo es siempre arbitrario e imprevisible. Constantemente llegan nuevas órdenes de arriba, las veleidades del personal de vigilancia cambian a diario, el reglamento se modifica de continuo. A veces se elimina el alambre de púas, luego se repone por motivos inexplicables. A veces las raciones de comida aumentan ínfimamente, luego vuelven a minimizarse. A veces está permitido salir del campo, luego queda prohibido por mucho tiempo. Una y otra vez ocurre que un trabajador es apaleado a muerte o fusilado sin razón aparente. El hambre, el miedo y la estrechez insufrible en los barracones provocan denuncias, robos y prostitución. Por un trozo de pan o de jabón, las mujeres venden su escuálido cuerpo a los alemanes o trabajadores extranjeros mejor situados por ser racialmente superiores, jugándose de esa manera la vida. «Rebanada de pan con mantequilla: un año de cárcel. Beso: dos años de cárcel. Relación sexual: decapitación...» reza la divisa dada por Sauckel.

Los trabajadores del Este constituyen un problema irresoluble para los nazis. Son indispensables para el mantenimiento de la industria bélica germana, pero su uso es incompatible con la ideología racial nacionalsocialista, pues compromete la limpieza de sangre del pueblo alemán. Aunque los hombres alemanes tienen terminantemente prohibido entablar relación sexual con una esclava, las violaciones forman parte de la vida cotidiana del campo. ¿Por qué mi madre habría de haberse salvado, máxime si era de mejor ver que las vulgares y toscas muchachas deportadas a montones de sus pueblos rusos y ucranianos? Pero las diferencias ópticas entre las trabajadoras probablemente no tengan importancia, todas ellas son un solo cuerpo, un único órgano sexual disponible en todo momento. Un hombre alemán cogido en flagrante delito afronta una pena mínima o incluso queda impune, mientras que la mujer violada afronta la pena de muerte o el

internamiento en un campo de concentración. Las mujeres alemanas condenadas por relación con un eslavo son expulsadas de la comunidad del pueblo, se les rapa la cabeza y se las arrea por las calles llamándolas putas; al eslavo que ha osado acercarse a una mujer alemana se le ahorca en público. Su cadáver permanece varios días balanceándose en el cadalso, como escarmiento para la población.

En los campos proliferan el tifus y la disentería. Los trabajadores que se contagian ingresan en el barracón de enfermería, que está repleto, donde reciben un mínimo de ayuda médica. Al principio, los enfermos son devueltos a sus países de origen, luego ya no se tienen tantos miramientos. Si el paciente no se cura con la suficiente rapidez, corre el peligro de que se le declare una incapacidad laboral permanente, lo que equivale casi siempre a la pena de muerte. Se suspende el tratamiento, que conllevaría un gasto excesivo en medicinas de primera necesidad para el pueblo alemán. El enfermo es abandonado a su suerte, ya solo recibe la llamada dieta de régimen y por lo general muere al poco tiempo.

Entre las típicas epidemias del campo figura la tuberculosis pulmonar. Dado su debilitado sistema inmunitario, una gran parte de los trabajadores está infectada, pero no a todos se les declara la enfermedad. Solo quien ya se halla al límite de sus fuerzas es incapaz de defenderse de la «muerte blanca». A los trabajadores que han dejado de ser útiles para el proceso productivo se los ingresa en las denominadas casas de salud, donde son eliminados mediante la administración de sobredosis de fármacos, a menos que hayan muerto antes por desnutrición y por falta de atención médica. Por añadidura, en septiembre de 1944 Himmler ordena el asesinato de todos los eslavos internos en establecimientos psiquiátricos. Al estar congestionados los hospitales alemanes, arguye, sería irresponsable tratar en ellos a eslavos con cuya fuerza de trabajo el Reich alemán no podrá contar en un plazo previsible. Otras fuentes dan fe de que no solo los presos judíos, sino también los trabajadores forzados eslavos sirvieron como conejillos de Indias para experimentos médicos. Sufrían ensayos en piscinas refrigeradas y cámaras hiperbáricas, se les inyectaban vacunas a título de prueba, se los exponía a fuertes radiaciones con rayos X y a otros tormentos, en su mayoría mortíferos.

Con el paso del tiempo, la miseria de los trabajadores forzados se fue agravando. Un funcionario del entonces Ministerio de Asuntos Exteriores hizo notar lo siguiente:

El trabajador del Este se encuentra en un estado de apatía general en el que ya no espera nada de la vida. A las mujeres se las golpea en la cara con tablas provistas de puntas. En invierno, tanto a hombres como a mujeres que han cometido faltas levísimas se los encierra, una vez despojados de su ropa exterior, en fríos calabozos, donde se les deja sin comida. Por «consideraciones de higiene» se les echa agua fría con una manguera en el patio del campo en pleno invierno. A los famélicos «trabajadores del Este» se los ejecuta de la manera más inhumana posible por el robo de una patata y en presencia del conjunto de los internos.

Parece que la desprotección legal de los trabajadores del Este llegaba al punto de que todo alemán que se sentía llamado a hacerlo podía pegarles. Por lo general, hacia finales de la guerra, no tenía que temer sanciones ni siquiera en caso de homicidio.

También los bombardeos aliados adquieren intensidades cada vez más despiadadas. Si el recinto de viviendas de mi madre está lejos de su puesto de trabajo, tiene que superar cada día las largas y agotadoras marchas a pie; si está alojada cerca de su puesto de trabajo, quizás en el recinto 1, directamente en el área fabril, se ve expuesta de forma inmediata a los raids, entre cuyos principales objetivos se encontraban las factorías de armamento germanas. Los refugios antiaéreos suelen reservarse a los alemanes; un sinnúmero de trabajadores del Este mueren encerrados en los barracones durante los bombardeos. Un trabajador forzado ruso, que igualmente prestó servicio en una empresa ubicada en Leipzig, cuenta lo siguiente:

Los ingleses lanzaban sus ataques por la noche, los americanos durante el día... Uno podía ajustar el reloj según los mismos. En cuanto oscurecía, ya empezaban a aullar las sirenas. Pues bien, bombardeaban. Era una cantidad loca de aviones, los llamábamos

«fortalezas volantes». Si uno levantaba la cabeza, ya no veía el cielo de tanto avión. En nuestro campo solo hicieron impacto esas pequeñas bombas incendiarias, que caían como granizo al sol. Explotaban en el suelo y regaban fósforo. Una vez, no nos acostamos hasta la medianoche porque esperábamos el ataque siguiente; pero no venía. Nos pareció extraño y al final nos quedamos dormidos. De repente, a las cuatro de la mañana y sin aviso alguno, cayeron las bombas. Y sabe usted, afectaron a media ciudad o más... eran las bombas de fragmentación, las grandes y de varias toneladas. La ciudad entera en llamas. El día estaba oscurecido por el humo, la noche estaba clara. Tal era la conflagración. En algún momento le dieron a nuestra fábrica, nosotros vivíamos más hacia las afueras. Se suspendió la producción, nos llevaron bajo escolta a la ciudad para desescombrar. Allí nos fue mejor. Encontramos alimentos entre los cascotes, y claro, iban a parar a nuestros estómagos para complementar la ración. En una ocasión, unos SS nos condujeron al trabajo con metralletas. Tuvimos que tapar los agujeros abiertos por las bombas. Había un fascista que había perdido a toda su familia entre las bombas. Tomó un trago de una botella pequeña, solo un trago porque los alemanes no beben mucho, luego se quitó el brazalete con la esvástica y se sonó con él la nariz...

Un desconocido que me muestra lo que también debió de ver mi madre: las «fortalezas volantes», la reverberación de la ciudad encendida. Tras las bombas alemanas que cayeron sobre Mariúpol y las soviéticas que amenazaron su vida durante la travesía en barco hacia Rumanía, ahora se encuentra bajo la lluvia de fuego de los ingleses y americanos. Al menos, en Mariúpol podía refugiarse en el sótano de su casa; en el campo alemán se halla por completo a merced del cataclismo. Ni siquiera puede salir corriendo al exterior, sino que está atrapada en un barracón que puede saltar en llamas en cualquier momento.

¿Es en esas noches de bombas, en el apogeo de la guerra, cuando comienza a perder el juicio? ¿O ya lo había perdido en alguna parte del camino, en el trayecto catastrófico de su vida, que debe de antojársele toda

una pesadilla? Su madre, que, aunque católica, al parecer estaba muy arraigada en el credo popular ruso-ortodoxo, la educó para la fe, la fe en un Dios salvador, redentor. ¿Rezará durante los ataques aéreos? ¿Invocará a sus santos protectores, a la mártir Yevguenia, cuyo icono a buen seguro estuvo sujeto a su cama de niña alguna vez? ¿Rezará o estará ya librando su duelo sin perspectivas con Dios, esa instancia despiadada, desentendida, cuyo silencio la matará? Si todavía abriga esperanzas, únicamente pueden dirigirse hacia los aliados que son, al mismo tiempo, sus potenciales liberadores y sus potenciales asesinos.

Solo décadas después de su muerte se me ocurrió la idea de hacer cálculos. El resultado fue inequívoco: mi vida había comenzado en un campo de trabajo del consorcio Flick, en la última fase de la guerra mundial. ¿Cómo había sido eso posible? A las parejas casadas, ¿les estaba permitido mantener relaciones sexuales? ¿Tenían ocasiones esporádicas para encontrarse a solas, sin ser observadas? Cuesta imaginarlo, pues los hijos de los trabajadores forzados, y más aquellos de los esclavos inferiores, eran seres indeseables.

Me figuro que es un domingo, día que la mayoría de los internos aprovecha para dormir, lavar la ropa, asear el cuerpo. Sin embargo, ese domingo a principios de marzo, con la primavera ya en el aire, es un día festivo para mis padres. Les han concedido salir del recinto, y los dos lo abandonan juntos. Dotados de un permiso, pueden ir a la ciudad sin vigilancia. Unas horas que van a pasar juntos, por fin sin el ojo omnipresente de quienes los supervisan día y noche. Mi madre, mareada por el hambre y por tanto espacio libre al que ya no está acostumbrada, se ha cogido del brazo de mi padre. Su esmirriado cuerpo se hunde en su abrigo gris, posiblemente le queden todavía un par de zapatos remendados traídos de Mariúpol que le evitan la molestia de ponerse los zuecos, que han de arrastrarse. Aún hace fresco y es probable que lleve un pañuelo; por debajo, su cabello espeso, recogido, que le cae sobre los hombros como una esclavina negra... Ahora, sin duda, está cortado, rapado en prevención de los piojos. En el torso de mi padre oscila una chaqueta raída que ha acompañado, en honor del día, con la única corbata que trajo de casa y que se ha anudado al flaco cuello. Los dos portan el reglamentario distintivo OST en el lado derecho del pecho. A lo mejor tienen, ese domingo, unos cuantos marcos para comprar algo de comer.

Muchos negocios de la destruida ciudad de fantasmas no atienden a los harapientos trabajadores forzados, a veces un letrero en la misma puerta indica que se les prohíbe el acceso; a otros comerciantes les da lo mismo de dónde viene el dinero. A lo mejor mis padres pueden permitirse el lujo de un panecillo de harina auténtica y una limonada. Quizá mi padre se dedica al trueque en el mercado negro, quizá mi madre ya solo se sostiene de pie gracias a las actividades furtivas de su marido.

Caminar por las calles devastadas entraña peligro. A cada momento pueden ulular sirenas anunciando otro raid, a cada momento mis padres pueden ser parados por una de las patrullas que circulan por todas partes, sean de la milicia popular o de las SS, organizaciones autorizadas a proceder de cualquier manera con ellos, sobre todo hacia el final de la guerra, cuando la violencia practicada contra los trabajadores forzados adopta formas cada vez más arbitrarias. La mano de mi madre comprueba angustiada si todavía puede palpar el permiso en el bolsillo del abrigo; sin esa legitimación estarían perdidos, se los arrestaría en el acto y posiblemente los fusilarían. Puede que en algunas partes se vean ya brotes verdes, primeras y vacilantes flores de retama, miasmas de una naturaleza de cuya existencia mi madre se ha olvidado en aquel invierno de nunca acabar.

Tal vez ocurra ese día, tal vez encuentren un escondite quién sabe dónde entre las ruinas o detrás de unos arbustos de la periferia urbana. Pero también cabe que yo sea el resultado de un abrazo ansioso, sin aliento, en alguna parte del campo, donde en cualquier instante pueden ser descubiertos, olfateados quizá por uno de los perros pastor con los que el personal de vigilancia rastrea los pasos de los fugitivos. Tal vez fui concebida en un momento de respiro favorecido por el cercano final de la guerra que se percibe en el ambiente, por los eufóricos rumores acerca de la pronta liberación propiciados, sobre todo, por el recrudescimiento de las incursiones aliadas.

Sea como sea, un día mi madre nota que está embarazada. Hace tiempo que su cuerpo se lo indica, pero ella no ha entendido el mensaje. Son muchas las mujeres a las que la inanición origina ausencias menstruales; las náuseas por la mañana pueden ser síntoma del hambre prolongada. Su expoliado cuerpo se le ha vuelto extraño desde hace tiempo, ya no le pertenece, es propiedad de la empresa Flick. Pero en algún momento comprende, de golpe,

que en su cuerpo crece una criatura, otro ser vivo con el cual tiene que compartir en adelante su ración de comida. Una criatura que quiere vivir a través de ella, que requiere su fuerza vital, que demanda protección, un lugar en el mundo. Ella misma no posee nada de eso.

¿Sabe lo que sucede con los niños que nacen en el campo? Si se hubiera quedado embarazada antes, probablemente yo no existiría. Al principio, a las trabajadoras embarazadas se las devuelve a su patria, pero cuando cada vez más mujeres se dejan preñar aposta para escapar del campo, Sauckel cambia de táctica. Las mujeres alemanas deben parir cuantas más criaturas mejor, con el fin de fortalecer a la raza germana; el aborto está prohibido bajo severo castigo. Las trabajadoras eslavas, en cambio, no solo tienen permiso para abortar, sino el deber de hacerlo, puesto que su prole racialmente inferior es indeseable. A miles de «primitivas eslavas patiocortas», como Hitler las llama, se las impele al aborto bajo amenaza de castigo y, si se niegan, se las obliga a practicarlo.

Aquellas mujeres que, no obstante, consiguen dar a luz, carecen de cualquier tipo de asistencia sanitaria. En opinión de los nazis, las eslavas no necesitan cuidados especiales porque el embarazo y el parto se desarrollan en ellas tan libres de complicaciones como en los animales. Después del parto, el recién nacido les es sustraído y llevado a un lugar a veces denominado «centro de cuidados para niños extranjeros», otras «establecimiento infantil heterorracial», otras «sala de cría de bastardos». Se trata de nombres solapados para encubrir los campos mortuorios de lactantes. Con algunos recién nacidos se procede de forma clemente matándolos mediante inyecciones tóxicas nada más han visto la luz; la mayoría ha de morir de modo lento y penoso. Están cubiertos de furúnculos, eczemas, impétigo; mueren de hambre, hipotermia, falta de higiene; de abandono, desapego y desatención organizados. En los barracones llenos de excrementos, chinches y gusanos, los cadáveres de los recién nacidos se amontonan apilados unos encima de otros antes de que los entierren en cajas de margarina. Hay fuentes que señalan que, en las respectivas instituciones nazis, perdieron la vida entre cien mil y doscientos mil niños de «trabajadoras del Este»... otras estimaciones son notablemente más altas.

En agosto de 1943, el jefe de grupo de las SS Erich Hilgenfeldt escribe a Himmler:

Aquí solo cabe el sí o el no. O bien no queremos que los niños vivan: entonces no hay que dejarlos morir de hambre lentamente, con este método se consumen demasiados litros de leche destinados a la alimentación colectiva; hay una forma de hacerlo sin tormento ni dolor. O bien existe el propósito de criar a los niños para más adelante poder utilizarlos como mano de obra. Entonces se los debe alimentar de tal manera que algún día puedan funcionar a pleno rendimiento en el servicio de trabajo.

Parece que Himmler opta por la segunda propuesta del jefe de grupo de las SS, pues se crean algunas guarderías donde se admite a los recién nacidos y se les dispensan alimentos y cuidados suficientes. Da la impresión de que ni siquiera en la última fase de la guerra los responsables del servicio de trabajo han comprendido aún que ese esfuerzo es inútil, que ya muy pronto dejará de haber empleo para los esclavos laborales.

En Leipzig reina el caos. Con frecuencia creciente, campos y fábricas son tocados por las bombas y destruidos. Por la ciudad envuelta en humaredas, merodean trabajadores forzados huérfanos de amo que buscan un techo y algo comestible. Se los tiene por saqueadores y son blanco fácil para las SS y la Wehrmacht, que los someten a juicios sumarios. El abandono sin permiso del puesto de trabajo —aunque ese puesto haya dejado de existir— y el miedo a la venganza, a que declaren como testigos, motiva miles de fusilamientos.

Pero luego, por fin, llegan los americanos. Los GI entran en los barracones del campo y dicen: *You are free*, sois libres. Ríen: *The war is over*, la guerra ha terminado, dicen, y reparten tabaco y chocolate.

La gerencia de la ATG y sus oficinistas han puesto pies en polvorosa. Los trabajadores destrozan los despachos de la dirección de la empresa, asaltan los barracones de explotación, se abalanzan sobre las provisiones de víveres, los cubos de mermelada, las hogazas de pan, las ruedas de queso. Saquean comercios alemanes en la ciudad, arramblan con cuanto pueden, asan carne sobre fogatas que encienden en la vía pública. Afluyen desde todos los

campos, se hermanan en las calles, rusos con italianos, franceses con polacos, ucranianos con serbios, cada quien con cada quien, mientras no esté demasiado débil para compartir el vértigo de alegría. Los alemanes tienen miedo, se encierran en sus casas a cal y canto. Se han vuelto las tornas: los señores se han convertido en perdedores, los subyugados en vencedores. Recorren la ciudad a miles, trabajadores forzados sin empleo que ya no tienen utilidad. Unos emprenden, a pie, el camino hacia la patria, otros vagan a la deriva... seres sin dirección, figuras ruinosas y degradadas, que a menudo andan en hordas y pandillas. De un día para otro ha surgido una nueva categoría humana: las personas desplazadas o, en su forma breve, PD. Millones de eslavos sin nombre que no tardan en levantar suspicacias entre los propios liberadores americanos. Estos, junto con Stalin, sospechan que colaboraron con los alemanes, y en *Stars and Stripes*, el periódico de las fuerzas armadas, se los califica de vagabundos delincuentes, fascistas y bolcheviques.

La repatriación forzosa de todos los ciudadanos soviéticos pactada en la conferencia de Yalta no sirve, pues, solo a los intereses de los alemanes, quienes ya no necesitan a aquella mano de obra desangrada y temen la venganza; responde también a los deseos de los americanos, que quieren poner orden lo antes posible. Comienza así el traslado de vuelta de millones de personas deportadas, de millones de seres que van rumbo a las sanciones de Stalin, a una existencia miserable hasta el fin de sus días. Para el dictador, los antiguos trabajadores forzados son traidores y colaboracionistas que no se opusieron a la explotación a manos del enemigo, sino que se doblegaron, mientras millones de sus compatriotas se dejaban la vida defendiendo la patria. Algunos, tras el regreso, son fusilados; otros pasan, sin solución de continuidad, del campo de trabajo alemán a uno soviético. La mayoría de ellos está condenada a malvivir el resto de su vida al margen de la sociedad; no encuentran empleo y tienen que hacerse mantener por sus padres o parientes, y menos aún pueden cursar estudios universitarios. No solo viven en la pobreza, sino también en el aislamiento, porque todo el mundo recela del trato con los retornados, declarados traidores; las extrabajadoras esclavas son consideradas putas de los alemanes.

Solo décadas después, en la República Federal de Alemania empieza a hablarse de indemnizar a los antiguos trabajadores forzados. Los repatriados

que solicitan una reparación deben presentar documentos probatorios de que realizaron labores esclavas. No es más que una minoría la que está en condiciones de cumplir con este requisito, porque los papeles se perdieron en las vicisitudes de la guerra o fueron destruidos por miedo al Estado soviético. Para los beneficiarios de una indemnización la suma abonada es, dada su miseria persistente, una gota en el mar.

Durante la repatriación se producen escenas horribles. Hay desplazados soviéticos que se tiran a los pies de los americanos implorando que los fusilen en vez de devolverlos a la patria. Algunos se suicidan, colgándose de una viga del barracón porque temen la venganza de Stalin. Han sido deportados, su fuerza de trabajo ha sido explotada hasta límites extremos, y ahora los mandan de regreso entregándolos al delirio de un déspota despiadado.

Para aquellos bálticos, bielorrusos y ucranianos que antes de la guerra vivían en territorio polaco y fueron deportados a Alemania desde ese lugar, hay una cláusula de excepción. Pueden optar entre repatriarse, permanecer en Alemania o emigrar a otro país. Gracias a ese subterfugio mis padres se salvan. La mano de un estadounidense hace constar en sus documentos «Cracow» como lugar de origen, aunque pocas líneas más abajo dice que mi madre vivió en Mariúpol y mi padre, en Kamishin y Mariúpol, y que ambos fueron deportados desde Odesa. De Polonia, nada. No obstante, el punto de deportación consignado es Cracovia. El gran misterio de los papeles americanos: la mentira de mis padres, quizá el acto de gracia de un militar estadounidense, quizá su mera ignorancia geográfica... En cualquier caso, la pequeña palabra «Cracow» debió de preservar a mis padres de la repatriación y hacer que yo naciese en Alemania en vez de en la Unión Soviética.

En julio de 1945, los americanos se retiran de Sajonia, cediendo esa parte de Alemania al Ejército Rojo. De nuevo mis padres se ven alcanzados por el poder soviético, que los ha seguido hasta Alemania. Huyen una vez más, ahora en dirección a Núremberg, la gran ciudad más próxima situada en la zona de ocupación americana. Allí pronto se celebrarán los juicios contra los criminales de guerra, en los cuales el trabajo forzoso será declarado crimen de lesa humanidad. También la empresa Flick se sienta en el banquillo de los acusados. Un empleado de ATG declara bajo juramento que nunca se hicieron discriminaciones entre trabajadores alemanes y extranjeros, que estos últimos

tuvieron alojamientos impecables, que los jefes de campo alemanes disfrutaron de gran popularidad. Continúa así:

Ciertamente, la vida de un trabajador extranjero no era una vida paradisíaca, ya que estaba separado de su familia y patria. Pero en justicia he de declarar que la dirección de la fábrica hizo cuanto pudo para facilitar la vida de los trabajadores. [...] La manutención debe calificarse de buena atendiendo a las circunstancias. [...] A fin de abastecer a los extranjeros, la gerencia, más allá de las asignaciones, proporcionaba por cuenta propia y en grandes cantidades alimentos, sobre todo patatas y hortalizas, que conseguía en el entorno rural de Leipzig. También se prestó atención al resto de las variadas necesidades de los trabajadores. [...] A los trabajadores foráneos tampoco les faltaron eventos artísticos periódicamente. Durante mucho tiempo, los de la ATG eran reputados como campos modélicos, y solo cuando algunos fueron destruidos por los ataques aéreos y se hizo necesario un reagrupamiento dejaron de ofrecer su antigua y particularmente buena estampa rodeados de zonas verdes.

Los fiscales llegan a una conclusión distinta:

En todas las fábricas del consorcio Flick reinaban condiciones particularmente malas; en muchos casos, los alojamientos eran miserables y las jornadas de trabajo, excesivamente largas; el miedo y la privación de libertad, las dolencias físicas y las enfermedades, los malos tratos de toda índole, entre ellos los azotes, estaban a la orden del día.

Entre las personas nominalmente acusadas está Fritz Sauckel, el máximo superior de mis padres. En Núremberg, me crío precisamente con el dialecto que hablaba Sauckel, el apoderado general al mando del servicio de trabajo; su alemán es el primero que aprendo. Dicen que tenía un acento francón tan marcado que durante el juicio hubo que amonestarle repetidas veces para que

hablara más claro. Cuando fue condenado a muerte en la horca, rompió a llorar. Estaba convencido de que su condena se debía a errores de traducción.

Friedrich Flick niega toda culpa, es más, se presenta como víctima de la tiranía nacionalsocialista. La sentencia dictada contra él resulta leve. Lo condenan a siete años de prisión, pero sale en libertad a los tres y rápidamente se convierte en uno los hombres más ricos de la recién fundada República Federal. Su consorcio será el único en no pagar un solo marco de indemnización a los antiguos trabajadores esclavos. La ATG de Leipzig es desmantelada por las tropas rusas: las máquinas se trasladan a la Unión Soviética, el edificio fabril es volado por los aires.

Vuelvo a preguntarme cómo mis padres, en su fuga de los soviéticos, llegan de un lugar a otro, esta vez de Leipzig a Núremberg, salvando una distancia de trescientos kilómetros en un país asolado. ¿Simplemente compran los billetes y se suben a un tren? ¿Tienen el dinero para hacerlo? ¿Es que siquiera hay trenes, o las vías están destrozadas por las bombas? ¿Avanzan por etapas, recorriendo un trecho sobre ruedas y otro a pie? Son millones los que se encuentran en su situación, personas desplazadas, trabajadores forzados de todas las naciones, presos de campos de concentración y prisioneros de guerra liberados, alemanes evacuados que desean regresar a casa, un sinnúmero de población expulsada de Silesia, Prusia Oriental, Bohemia. Todos ellos migran hacia el oeste con sus últimas pertenencias, solos o en caravanas... una de las mayores migraciones humanas de la historia, el ocaso de los dioses del «Reich milenarío».

Mis padres se han juntado con otra pareja ucraniana, a la que conocieron en Leipzig o después, durante la huida. Solo cuando llegan a Núremberg constatan que ya no queda mucho de la ciudad. En su último raid de envergadura, la Royal Air Force descargó sobre la capital francona seis mil bombas de fragmentación y un millón de bombas incendiarias en media hora. Un mundo fantasmal de escombros. No obstante, mis padres han conseguido escapar de los soviéticos una vez más.

Transitan sin rumbo horas y horas, está lloviendo y cae la oscuridad. En el patio de una fábrica situada a trasmano, en la misma línea divisoria de la ciudad doble de Núremberg-Fürth, dan con un cobertizo sin cerrar, que al parecer forma parte de la adyacente fábrica metalúrgica. Es allí donde se

cobijan, con la esperanza de no ser descubiertos y poder dormir un rato entre los oxidados flejes de hierro viejo depositados en aquel almacén. Mi madre no sospecha que su hermano Serguéi también se encuentra en Alemania, que canta arias para los soldados del Ejército Rojo en la zona de ocupación soviética, de la que ella ha logrado evadirse. No sospecha que su madre vive todavía, pero que la guerra la catapultó, con su hija Lidia, hasta el otro confín del mundo, a la ciudad kazaja de Almá Atá, ubicada ya casi en China. Mojada, hambrienta y casi desmayada de puro agotamiento, se queda dormida en el duro suelo de tablas. El ser en sus entrañas aún está vivo, se mueve. El terror que le infunde ese ser llega hasta su sueño sin sueños.

CUARTA PARTE



La tumba de Yevguenia, con las hijas y el padre.

Una noche furtiva en aquel patio de fábrica de Núremberg bajo el techo de un cobertizo se transforma en casi cinco años. El dueño de la fábrica al que pertenece el depósito parece ser un alemán singular. No echa a los infrahumanos eslavos, sino que se compadece de ellos concediéndoles asilo en su territorio, pese a violar de ese modo las leyes aliadas. Y es que las PD no pueden escoger su residencia, tienen que alojarse en campos específicos destinados a ellas, donde se hallan de nuevo bajo control, aunque también cuentan con una atención mínima. Pero se ve que mis padres y sus compañeros prefieren cualquier inseguridad, cualquier existencia en una libertad extralegal, a ingresar en otro campo.

No sé cómo aciertan a superar los comienzos de su huida, viviendo como viven al margen de todo sistema asistencial. Quizá el dueño de fábrica alemán no solo les cede su cobertizo, sino que les proporciona también algún alimento y los «muebles» que todavía recuerdo, camas de campaña, mantas de la Cruz Roja, un quinqué, una mesa cuya silueta sigo viendo bajo el ventanuco torcido y medio ciego del edificio. Debió de haber también una estufa, de lo contrario

no habríamos sobrellevado cinco inviernos en aquella posada vieja y carcomida.

Mi madre habita en el miedo perpetuo. El dueño de la fábrica puede privarnos de nuestros medios de vida en cualquier momento; las autoridades pueden fijarse en nosotros; alguien puede denunciarnos; en definitiva, la espada de Damocles de la expulsión, del envío a un campo de personas desplazadas, pende sobre nosotros. Durante cinco años, el cobertizo es una residencia con fecha de caducidad diaria; durante cinco años, el dueño alemán mantiene su mano protectora sobre nosotros, nos cubre una y otra vez transgrediendo la ley. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso ha quedado prendado de la abismática belleza de mi madre? ¿Acaso se le desgarraría el alma si pusiera en la calle a esa mujer notoriamente desamparada y perdida junto con su compañero? ¿Acaso él también tuvo trabajadores forzados y ahora quiere redimirse con aquellos esclavos sin techo?

En una noche de diciembre de 1945, a mi madre le empiezan las contracciones. Dado que en mi partida de nacimiento consta Fürth, sé que no puede haberme parido en el cobertizo, situado en el territorio municipal de Núremberg. Seguramente, nací en una clínica de Fürth, y solo puedo conjeturar cómo llegó mi madre hasta allí. Al estar la linde con la ciudad vecina a pocos cientos de metros, quizá fue a pie, en el intervalo de dos contracciones, aún espaciadas, acompañada por mi padre a través de la oscuridad, la nieve y el hielo. También cabe la posibilidad de que alguien llamara a una ambulancia... solo pudo ser el dueño de la fábrica, que vive en el extremo opuesto del patio y tiene teléfono.

Quizá nunca tuvo más miedo, quizá nunca se sintió más perdida que en la maternidad del hospital alemán donde, al fin, se queda sola, a merced de aquellos que no solo la consideran una esclava infrahumana que contamina la sala de partos con su sangre infecta, sino que también ven en ella la encarnación del poder soviético vencedor, de los comunistas y bolcheviques, que han matado a millones de padres e hijos alemanes, que se han lanzado sobre Alemania como asesinos, saqueadores y violadores, y que mantienen ocupada una gran parte del territorio del país. Desnuda, reventada de dolor, yace cual verdugo ante las víctimas, obligándolas a recibir a su criatura. ¿Pudo sentir eso, o tiene el parto una pujanza natural que borra el resto de

sensaciones? Desnutrida, marcada por una grave extenuación física y por la huida, hacia las siete de la mañana da a luz a una niña sana y sorprendentemente vigorosa, que solo padece la difundida ictericia del recién nacido.

Desde la primera mirada, se siente perpleja ante ese ser azufrado parecido a una rana, que brama sin cesar y luce en la cabeza un vello entre rubio y blanco que no puede venirle ni de ella ni de su padre. Tiene, desde el principio, la sensación de que su cuerpo ha incubado algo maligno, un pequeño monstruo... una criatura que grita casi sin pausa y a la que no hay manera de calmar, que se convierte en una tortura para ella, en una nueva modalidad de la violencia a la que ha estado expuesta desde siempre, y que no puede contrarrestar con sus nervios desbaratados. Una criatura que le muerde dolorosamente el pecho del que la leche mana escasa. Que declina todo lo demás que le ofrece: llevarla en brazos, mecerla, hablarle con buenas palabras, las nanas, los besos, los achuchones... cosas todas que solo parecen hacer redoblar sus gritos. ¿Siente la niña dolor? ¿Está colmada del horror que le fue transferido en el vientre materno? ¿Será que está enferma, gravemente enferma, y morirá pronto? No puede comprender, no sabe interpretar las continuas y rabiosas reclamaciones de la niña, a veces cree que la criatura la odia y pide a gritos otra madre. La mece en sus brazos y llora de desesperación y agotamiento, tiene miedo de sí misma, de perder el control y hacer algo terrible para que de una vez haya silencio, para que de una vez pueda dormir una hora completa.

Llega la noche en que ella y su marido son detenidos por la policía militar americana. Imposible que me acuerde, la imagen debe de surgir de mi fantasía inspirada en relatos posteriores, y, sin embargo, tengo la sensación de haber visto realmente la escena, como por un pequeño agujero en una cortina negra. Junto a la pared de tablas del cobertizo oscuro, hay dos sombras desnudas con las manos en alto. Las enfoca una luz tétrica, sin origen. Podrían ser muñecas, pero sé que son mis padres, cuyos cuerpos extrañamente cerosos veo de espaldas, apretados contra la pared de tablas por una fuerza invisible. Solo es un momento, luego la luz se apaga y todo vuelve a sumergirse en la oscuridad anterior al cómputo del tiempo. Pero la imagen de los dos, desnudos

e indefensos, está grabada a fuego en mi memoria. La haya visto de veras o no, para mí es el principio del mundo.

Probablemente, mis padres son detenidos porque los americanos los consideran sospechosos de haber colaborado con los nazis, sospecha que pesa sobre todos los trabajadores forzados soviéticos que, tras el final de la guerra, se encuentren todavía en Alemania; pero, curiosamente, solo han venido por mis padres y no por la otra pareja ucraniana, que comparte el cobertizo con nosotros y que también logró escapar a la repatriación forzosa. En la cárcel, mi padre, hambriento, inicia una huelga de hambre para forzar la puesta en libertad de su mujer, sin cuya leche no podrá sobrevivir la niña, que ha quedado con los compañeros de vivienda. De no haber existido la preocupación por la criatura, la cárcel habría podido ser un lugar casi paradisíaco para mi madre. Por primera vez en muchísimo tiempo puede comer hasta saciarse, está calentita, el griterío ha enmudecido y por fin puede dormir. Pero la huelga de hambre de su marido surte efecto; al cabo de una semana la sueltan. Poco después, también mi padre sale en libertad.

Obviamente, la sospecha contra mis padres, sea cual sea, no se ha confirmado. Ni siquiera se ordena su ingreso en un campo de personas desplazadas; al contrario: mi padre empieza a trabajar al servicio de los americanos. Su potente voz de tenor, ejercitada en coros religiosos rusos desde la infancia, se convierte, en Alemania, en su capital. Sus primeras actuaciones tienen lugar en un teatro de Núremberg, donde junto con otras PD soviéticas entona los famosos cantos rusos que los soldados americanos desean oír. Se le paga en especie, recibe exquisiteces con las que el grueso de la población alemana de la posguerra solo puede soñar: pan blanco, queso enlatado, mantequilla con sal, leche en polvo, cigarrillos Lucky Strike, chocolate Hershey disponible en tabletas y en lata. El chocolate, en forma sólida o líquida, es el alimento básico de mi niñez.

El cobertizo del patio de la fábrica consta de dos espacios reducidos. En el de delante, orientado al propio patio, vivimos mis padres y yo; en el de atrás, que linda directamente con el muro de la fábrica, se ha instalado la otra pareja, cuyo más que olvidado nombre surge del fondo de mi memoria en el instante en que la evoco y me sorprende con su familiar cadencia: Tsyganenko... ya no veo sus caras, pero el nombre recordado me sirve como

prueba de que fueron personas reales, de que, hace mucho tiempo, lo fueron también para mí.

El sitio en el pequeño cobertizo lo tenemos que compartir no solo unos con otros, sino también con los polvorientos flejes de hierro viejo que allí se almacenan para fines insondables y que despiden un penetrante olor a óxido. Todo huele a herrumbre: la ropa, el pelo, las mantas, el pan blanco americano que comemos. No disponemos de armarios ni de estantes donde guardar las cosas, el conjunto de nuestras pertenencias está colocado sobre los hierros que, al contacto, tiñen los dedos de rojo. La fábrica metalúrgica hace que el cobertizo vibre suavemente todo el día al ritmo del pistoneo de las máquinas, nos hemos acostumbrado al ruido, ya apenas lo oímos. Lo mismo que el retumbar de los trenes que circulan en breves intervalos sobre el terraplén de la vía; por lo general, son convoyes de mercancías integrados por pesados vagones de hierro que llevan sin tregua bienes invisibles hacia destinos invisibles, emitiendo un fragoroso golpeteo de ruedas sobre los desvencijados rieles de la posguerra.

En el cobertizo no hay ni agua ni electricidad. La luz proviene del quinqué colgado de la manija de la ventana; el agua se debe ir a buscar a la caseta del guardavía, situada al otro lado del patio. Mi madre se lleva dos cubos para tener que desplazarse cuanto menos mejor. El guardavía ha guardado fidelidad a los nazis y no oculta su odio a los rusos. El que no niegue su grifo a los infrahumanos del patio de la fábrica se debe sola y únicamente a la autoridad del propietario, quien al tolerarnos en su recinto crea situaciones contra las que el guardavía no se atreve a rebelarse. Así y todo, mi madre nunca sabe cómo va a reaccionar, si la dejará o no abastecerse de aquella agua tan necesaria.

El espectro que nos amenaza se llama Valka, el campo más grande de su categoría en Baviera, tristemente famoso por las condiciones calamitosas que reinan en él, la quintaesencia del horror para todas las personas desplazadas. Está ubicado a la vuelta de la esquina, como quien dice, en Núremberg-Langwasser, y justo allí terminaríamos si no pudiésemos quedarnos en el cobertizo. En tanto que señor del agua, el guardavía es para nosotros la última instancia decisoria sobre si acabamos o no en el campo de marras. El hombre parece estar haciendo acopio del valor y el furor necesarios para saltarse la

voluntad del propietario, para incluso denunciarlo, si cabe. Hostil y codicioso a la vez, mira fijamente a mi joven madre con su vestidito desgastado mientras ella permanece frente a él, esperando a que el delgado chorro de agua que mana del grifo llene los dos cubos, lista en todo momento para cualquier cosa que pudiera romper el hilo de seda del que pende su vida fuera del Valka. A menudo, vuelve llorando de sus expediciones de aguadora, cargada con los dos cubos pesados que le hunden los hombros y con su resignada cara de no-puedo-más. Mi padre no comprende sus susceptibilidades, le parece una histérica, una quejica, una inútil. Casi todo ha de hacerlo él, preparar la sopa en el infiernillo de gasolina, remendar la ropa, ganar el sustento. Espera de su mujer que, al menos, mantenga limpio el cobertizo y vaya a buscar el agua.

Aparte del guardavía, hay otras personas que ven con malos ojos la presencia de la gentuza rusa en el patio de la fábrica. Por la noche, a menudo se oyen pasos delante del cobertizo, susurros, crujidos de grava; de súbito, aparece una linterna en la ventana o se produce un forcejeo con la puerta. La niña empieza a gritar, la madre se levanta de un salto y, dominada por el pánico, le tapa la boca. No se sabe quién ronda, quién va espiando afuera. ¿Maleantes, ladrones? ¿Y qué pillarían en nuestro refugio? Lo más probable es que sean personas rusófobas, como el guardavía, que una y otra vez sobresaltan a los residentes ilegales del cobertizo, los sacan del sueño, les infunden un miedo cerval y tal vez quieren matarlos.

No obstante, hay también algo así como un día a día. Junto a su trabajo de artista ruso de entretenimiento para los soldados americanos, mi padre se dedica a ocupaciones varias. Una parte de los cigarrillos y los chocolates estadounidenses que recibe en calidad de sueldo la utiliza para el trueque en el mercado negro, además de recoger hierro viejo, como hace mucha gente en aquella época. Lleva agua al mar, puesto que vivimos rodeados de chatarra, aunque no nos pertenezca. Por las noches, mientras mi padre canta para los americanos, mi madre y yo tenemos que clasificar el metal viejo que él ha ido encontrando en las calles durante el día. Trabajamos sentadas en el suelo, a la luz del quinqué. Hay un objeto fascinante que se llama imán y que separa el hierro bueno del malo. Mi madre me enseña que no solo sirve para hacer saltar el hierro, sino incluso para pasarlo por el suelo sin tocarlo; siempre sigue al imán. Este es el hierro bueno, que tenemos que cribar de entre el malo

y que al día siguiente mi padre lleva al chatarrero, quien le paga algo a cambio. Con el dinero compramos pan moreno alemán, sal, repollo y remolacha.

Una vez, mi padre trae del mercado negro una vieja y pesada bicicleta de hombre; otra, unafiligranado reloj de pulsera para mi madre. Ella, que nunca ha poseído nada semejante, a duras penas se atreve a llevar tan valiosa pieza. Yo, por mi parte, ya he comprendido que los alemanes nos miran con desdén, y quiero demostrarles que se equivocan sobre nosotros, de modo que un día, en el patio de la fábrica, le ofrezco aquel bonito reloj con eslabones de color dorado a un individuo completamente extraño. Al principio, el hombre ríe y rechaza meneando la cabeza, pero después de que mis pocas palabras de alemán y los gestos correspondientes le han dado a entender que puede cogerlo, que nos quedan muchos otros, mira cauteloso a su alrededor, toma rápidamente el inesperado regalo, lo guarda en el bolsillo del pantalón y se aleja con recias pedaladas en su bicicleta. Aún semanas después mi madre continúa buscando el reloj; más que su pérdida, la agita el miedo a mi padre, persuadido de que ha extraviado su regalo. Durante mucho tiempo se seguirá hablando de la desaparición sin rastro de aquel objeto, y una y otra vez mi padre la mencionará como ejemplo de la falta de cabeza y de la irresponsabilidad de mi madre.

Hace tiempo que su medio, el ucraniano primero y el alemán después, la habrá convencido de su inferioridad, y si alguna vez ha tratado de conquistar un mínimo de autoestima, su marido debe de haberle cortado las últimas alas. Parece que no queda gran cosa del amor que mi padre alguna vez le tuvo, por lo visto ella ya no significa más que una carga para él. En Alemania, soy el único ser en cuyo amor mi madre puede confiar todavía. En parte, tal vez, quiere consolarme cuando dice que no es mi madre verdadera; en parte, tal vez, quiere provocar mis protestas. Cuenta que mi madre verdadera es tan rubia como yo, una hermosa mujer alemana que vive en una casa de verdad, con muebles y con grifo propio, y que un día vendrá a buscarme. Me habla del niño Moisés, abandonado por su madre en una cesta sobre el Nilo pero descubierto entre los juncos y salvado por la hija de un rey. Me canta la canción rusa del cuco, la *kukkushka*, que ha perdido a sus crías y no para de llamarlas entristecida. Todo ello da pábulo a mi idea de ser una niña

abandonada, y me debato entre dos extremos. Por un lado, nada desearía más que ser la hija de una madre alemana y vivir en una casa alemana tan fina como la del dueño de la fábrica, que se levanta en el otro extremo del patio en medio de un jardín con rosas y árboles frutales; por otro, la idea de no ser la hija de mi madre me colma de una tristeza sin fondo. Me echo a llorar, a gritar, a rabiarse, quiero que mi madre diga que me ha mentado, que ella es mi madre verdadera. Pero no lo dice nunca.

A veces me cuenta la misteriosa historia de la ciudad cristalina. Es una ciudad donde todo está hecho de vidrio, las calles, las casas, los muebles, hasta los zapatos de sus habitantes. Estos van equipados con trapos de limpieza blancos como la nieve y sacan brillo al cristal, eliminando cada mota de polvo, cada vaho. No sé lo que quiere decirme con esa historia, no sé lo que representa la lustrosa y cristalina ciudad. Quizá sea su réplica a la mugre de la pobreza en que vivimos, quizá se sienta mugre ella misma, quizá la imagen exprese, ya entonces, su anhelo de anestesia, de muerte.

La mayoría de personas desplazadas vive, como nosotros, en la esperanza de poder emigrar a América. En la zona de ocupación americana se ha establecido una representación provisional del consulado general de Estados Unidos, situada en alguna gris ciudad cuartelaria, donde se alojan las PD deseosas de partir mientras aguardan la tramitación de su solicitud. El desplazamiento a ese lugar es, tal vez, el primer viaje de mi vida. Pero no lo recuerdo. Solo me acuerdo de los destartados cuarteles y de la empleada americana, a la que veo tras haber hecho cola varios días en pasillos atestados y ventosos. Al tiempo que va interrogando a mis padres en un ruso chapurreado, sus dedos de largas y fúlgidas uñas de esmalte rojo aporrear a velocidad vertiginosa las teclas de una máquina de escribir de hierro forjado. Lleva una permanente rubia plateada, y de la comisura de sus grandes labios pintados con carmín chillón cuelga un cigarrillo humeante. El olor del tabaco se mezcla con el aroma de un perfume indefinible... Mi primera imagen de América.

Es invierno y hace frío en el cuartel, todo el mundo tose, y yo también me pongo enferma de neumonía. Por las noches, mientras duermo en una sala llena de desconocidos, un gran conejo negro se sienta sobre mi pecho y me mira con aviesos ojos ámbar desde la oscuridad. Pesa tanto que no me deja respirar, me

aplasta, estoy acalorada, jadeo, pugno por conseguir aire, y entonces siento los dedos frescos de mi madre repartiendo en mi pecho la milagrosa pomada verde que me ha recetado el médico americano. Nunca he anhelado nada con más fuerza que aquel ungüento. Su olor acre se me incrusta en la nariz y enseguida quedo aliviada, enseguida vuelve a afluir aire a mis pulmones y el repugnante conejo desaparece.

En lo hondo de mi memoria de aquel receptáculo de miles de PD que quieren emigrar a América, ya solo encuentro a las gemelas rusas. Estoy curada y al pasear por la calle de la mano de mi madre, vienen a mi encuentro con sus gruesas trenzas de color miel. Figuran entre las elegidas que han recibido un visado y pueden viajar a América con sus padres. Ya entonces, en esa desolada calle alemana de la posguerra, entre los cuarteles costrosos y cochambrosos, las envuelve el nimbo de aquel otro mundo lejano, el esplendor de la vida que las aguarda en el mítico reino de la libertad y la felicidad, donde existirán pomadas milagrosas contra lo que sea.

Mi madre tiene un miedo latente a que nos concedan el visado. Está segura de que el barco se hundirá, de que ella correrá la suerte de la que se libró por muy poco durante la travesía de Odesa a Rumanía. Pero el suyo es un temor por completo infundado: pertenecemos a la ingente mayoría de aquellos a quienes se les deniega el visado. Son poquísimos los afortunados que pueden ir a la tierra de promisión; los demás deben volver a sus respectivos campos, y nosotros a nuestro patio fabril. En el fondo, mi madre nunca creyó en el visado. Tener suerte no hubiera cuadrado con su vida, le habría parecido otra traición a los que dejó atrás, a las personas encerradas, laceradas, de Ucrania. En este sentido, el camino de vuelta al cobertizo quizá viene a ser para ella algo así como un regreso a casa.

Nuestros compañeros de vivienda, los Tsyganenko, lo suficientemente sensatos como para desestimar la opción de un visado para Estados Unidos, han presentado una solicitud de inmigración a Brasil, y al poco reciben el permiso de entrada. Me acuerdo del dolor feroz, inconcebible, que me invade cuando la traqueteante furgoneta Goliath, con nuestros compañeros de vivienda y sus pertenencias a bordo, sale del patio de la fábrica, obligándome a comprender que lo que yo tenía por un juego iba en serio. Alguien que forma parte de mí, que es parte de mi mundo normal e intocable, puede marcharse,

abandonarme, no importa que yo lo quiera o no. Deseo morir y me meto en el resquicio oscuro que media entre la fábrica y el cobertizo, donde están las ratas, donde todo vibra y no hay otra cosa que el pistoneo de las máquinas. Durante horas mi madre rastrea el patio buscándome. Solo al anochecer, a punto ya de pedir socorro a la policía alemana, dirige el foco de la linterna al resquicio y me descubre. Es muy delgada, pero no lo bastante como para colarse por el hueco, que a duras penas ofrece sitio a mi cuerpo infantil, por lo que me ruega y suplica para que salga sola. Y tan pronto como estoy fuera, sucia, pringada de lágrimas y entumecida por el frío, los golpes de mi padre me llueven como chuzos de punta. Mi madre le tira de la chaqueta y le grita que pare, pero él sigue pegándome hasta que quedo tumbada en el suelo y una sangre caliente me gotea por la nariz. Mi madre se echa sobre mí, gritando y gritando, mientras mi padre ya vuelve a estar sentado en el cobertizo y bebe. En los últimos tiempos lo hace con frecuencia creciente.

Los Tsyganenko han prometido escribir, pero nunca más recibimos noticias suyas. Los malos presentimientos de mi madre parecen confirmarse, el barco que había de llevar a Brasil a sus compañeros de destino tiene que haberse ido a pique. Después oímos, no recuerdo dónde, que hallaron la muerte de una forma más cruel todavía: unos caníbales brasileños los asesinaron y se comieron su carne. Es probable que se trate de un engendro de las violentas y angustiosas fantasías rusas con las que me toparé aún muchas veces.

Mi madre se queda sola en el cobertizo, con su marido y su hija. Ha perdido a las únicas personas que, en el extranjero, constituían una protección para ella, que eran su pequeña Ucrania en territorio alemán. Quizá sea un despertar duro, un momento en que de improviso capta en lo más íntimo que está separada de Ucrania para siempre, que no hay para ella otro lugar en el mundo que ese cobertizo que debe únicamente a la piedad del dueño de una fábrica alemán, que está condenada a vivir en un país donde es una foránea, una proscrita, entregada a un hombre que parece odiarla. Es probable que ya entonces sienta yo que no puede más con su vida, que está en un continuo trance de alejarse, de evadirse. Es probable que ya en aquel tiempo los papeles se hayan invertido, que a mis cuatro años yo cargue con ella en los hombros, desde la angustia constante de perderla, angustia que en mí es innata.

Paso la mayor parte del tiempo fuera, en el patio de la fábrica. Juego con restos de hierro o me siento en el umbral de nuestro cobertizo para seguir con la mirada los trenes que pasan de largo, tratando de imaginar de dónde vienen y adónde van. Mi madre sufre nostalgia de la patria, yo sufro nostalgia de la lejanía. No paro de dar vueltas a la pregunta de cómo será el mundo más allá del patio, recinto que me está prohibido abandonar porque inmediatamente detrás comienza la ancha y peligrosa Leyher Strasse. Cuando veo a alguien atravesar el patio, aprovecho la ocasión para practicar las pocas palabras alemanas que conozco. Digo *grüss Gott* y *auf Wiedersehen*, rápido y seguido, *grüss Gott* para saludar y *auf Wiedersehen* como despedida, y no entiendo por qué los alemanes se ríen.

A veces no aguanto más y salgo a la ancha calle, hacia la cual conduce un camino estrecho sin pavimentar. Entonces me detengo y miro. Contemplo las casas alemanas, casas de verdad, grandes y de piedra, que admiro como si fueran palacios. Los alemanes tienen cortinas blancas en las ventanas, y detrás de los cristales hay plantas verdes y coriáceas puestas en macetas. Contemplo con añoranza la bollería extraña, espolvoreada de azúcar, en el escaparate de la panadería donde mi madre, cuando tenemos dinero, va a buscar el pan moreno alemán que sabe tan diferente del vaporoso pan blanco americano. Contemplo las caras de los alemanes, sus gafas, su cabello, las bolsas, los paraguas, los sombreros. Lo que más me asombra es que haya también niños alemanes. Pintan con tiza recuadros en la acera y saltan de un recuadro a otro. Escucho con avidez la lengua extraña, los sonidos distintos, incomprensibles para mí, que, intuyo, son la llave para acceder al mundo alemán... el mundo de los grifos de agua y de la corriente eléctrica.

El precio que suelo pagar por mis incursiones en aquel universo es alto. Si mi madre me pilla in fraganti, lo que suele ocurrir, me castiga con diez correazos en el trasero desnudo. Es un pacto entre ella y yo, tengo la elección entre el dolor y la renuncia. Mi madre no me regaña, no está enfadada, solo cumple el deber que le impone nuestro pacto. He elegido el dolor y lo cobro. Los azotes con la correa arden como el fuego, pero mientras de bebé chillaba sin contención, ahora he aprendido a hacerme la muerta. Nunca le manifiesto a mi madre, ni con una convulsión ni con un sonido de dolor, que su castigo me afecte, que sea vulnerable a él.

Un día veo, al otro lado de la espesura verde frente a la casa del propietario, a una niña... el primer ser vivo de mi edad que observo en el patio. Tengo explícitamente prohibido acercarme a la casa del fabricante alemán, pero aquella niña desconocida que, desde detrás de la verja del jardín, me hace señas de aproximarme, ejerce una atracción irresistible sobre mí. Estamos cara a cara y nos miramos con curiosidad. La niña lleva un vestido claro de mangas con volantes y tiene una cabellera rizada castaña. Sonríe y me abre la verja, es la primera vez que entro en la tierra ignota del otro lado de la valla, en el reino de nuestro amo y señor, del cual depende nuestro ser y no ser. La niña me enseña una muñeca que está viva, que puede abrir y cerrar los ojos y que sabe decir «mamá». El que me deje coger y sostener la muñeca me produce un vértigo de placer. Además, tiene un patinete, y me muestra cómo se hace para montar y me anima a que pruebe. Pero a eso no llego. Mi madre me agarra por el cuello y me saca a rastras del jardín. No puedo seguir su paso, me caigo y soy arrastrada por el patio entero, sobre chatarra y cascotes de cristal; aún semanas después mis rodillas echan pus. A la niña desconocida del otro lado de la valla no la volveré a ver, por más veces que la busque con la mirada. Solo una cicatriz en mi rodilla derecha me la recuerda hasta el día de hoy.

Finalmente llega el día, previsible, que mi madre temía desde el comienzo. No sabemos por qué, pero la autoridad alemana ordena nuestro ingreso forzoso en el campo de Valka. El fabricante ya no puede hacer nada por nosotros, sus posibilidades están agotadas. Al despedirnos, le regala a mi madre un valioso broche antiguo: una salamandra de oro con pequeñas esmeraldas de destello verde en el dorso.

Aquella joya, que por no sé qué motivos mis padres nunca convirtieron en dinero por mal que nos fuese, la llevé durante mucho tiempo tras la muerte de mi madre, hasta que en algún momento la perdí. Pero aún hoy me pregunto quién fue ese valiente fabricante alemán que nos otorgó cobijo ilegal en su terreno a lo largo de casi cinco años y que, en cierto modo, con un preciado broche le abonó a mi madre la indemnización que Friedrich Flick negó a sus trabajadores esclavos. El nombre de nuestro enigmático benefactor lo he olvidado o nunca lo supe. En una ocasión, buscando sus huellas, me desplazé hasta la frontera municipal entre Núremberg y Fürth, donde debió de

encontrarse nuestro cobertizo. Pero ya no había nada, la fábrica había desaparecido. Solo vi hipermercados y autovías y el terraplén del ferrocarril de antaño, sobre el cual seguían retumbando los trenes.

Los barracones del campo de Valka en Núremberg-Langwasser se utilizaron hasta 1938 para alojar a los participantes en los congresos del partido, con sus grandes desfiles y juras de la bandera de sangre. Más tarde hospedaron transitoriamente a prisioneros de guerra soviéticos. Cuando nos instalamos nosotros, aquellos barracones forman una pequeña ciudad en la que viven hacinadas cuatro mil PD procedentes de treinta naciones, la mayoría desde el final de la guerra... cuatro mil personas que no saben qué hacer con sus vidas salvadas. El campo es un hervidero de varias docenas de idiomas, casi nadie sabe alemán. Lo que todos tienen en común es una sola cosa: el trabajo forzoso prestado en el imperio de Hitler. Los antaño codiciados esclavos laborales ahora están sin empleo; son un remanente molesto de la guerra perdida.

Aquel campo americano lleva el nombre de la ciudad de Valka, fronteriza entre Letonia y Estonia, pero los rusos le anteponen una «S» y dicen *Svalka*, que significa «basurero». Al igual que la ciudad báltica, el campo se dividía hasta hace poco en dos partes: en la mitad oriental estaban, hasta 1949, altos mandos del partido nacionalsocialista; la mitad occidental estaba reservada, ya entonces, a las PD. Víctimas y verdugos vivían casi puerta con puerta junto al terreno, en trance de decadencia, donde se celebraban los congresos del partido, terreno con el que sucedía exactamente lo mismo que con nosotros: ya no se necesitaba. En el desierto de piedras, bajo la tribuna gigante sobre la cual Hitler pronunciaba otrora sus arengas, ahora los GI americanos jugaban al rugby.

Los aliados esperan de los esclavos liberados gratitud y obediencia, pero se equivocan. Los campos de trabajo los han privado de la creencia de que en Alemania hay orden y justicia; están desmoralizados y siguen teniendo fama de agresivos y difíciles de manejar. El Valka es un lugar ampliamente conocido y temido por su anárquica criminalidad, un vórtice de naciones amigas y enemigas, una Sodoma y Gomorra, un sitio que seguramente tiene la peor reputación del mundo. Cada uno está a la caza de un trabajillo, de una fuente de ganancias, de un medio de vida. Se hacen toda clase de negocios

imaginables e inimaginables. Unos hurgan en las escombreras buscando hierro viejo y demás desechos aprovechables, otros contrabandean con cigarrillos, comercian con estampitas pornográficas, insulina y medicamentos varios, fuerzan casetas de venta por las noches, organizan partidas de cartas ilegales, viven del hurto y de la estafa. Constantemente se producen peleas y reyertas, hay navajeos, asesinatos, suicidios. Se confirman todos los prejuicios de los alemanes, según los cuales los eslavos son hotentotes. La maquinaria propagandística nazi los presentaba como peligrosos animales salvajes, dotándolos a veces de cuernos y colas. Los alemanes siguen encerrados en el miedo a actos de venganza, hechos que apenas ocurren. Quienes residen en el campo no se mezclan, sino que permanecen en un mundo propio, segregado del universo alemán, donde solo la policía germana opera sin tregua y las redadas se suceden casi a diario. También mi padre anda en quién sabe qué trapicheos de los que está prohibido hablar. Mi madre vive en el temor incesante de que la policía acabe llamando a nuestra puerta.

Las PD reciben tres ranchos al día contenidos en marmitas que deben ir a buscar a un puesto. También les corresponde una paga mensual de 12,50 marcos. Uno de cada dos días hay electricidad, de forma alterna para los barracones de madera y los de piedra. Cada barracón, habitado por una treintena de personas, está equipado con un váter y un grifo de agua.

Vivimos en uno de los barracones de madera, junto con los ratones y los chinches que nos mortifican toda la noche. Cuando llueve, hay goteras en el tejado y rápidamente hay que colocar todos los recipientes disponibles para recogerlas. La ventana, alabeada, cierra mal, la estufa no tira y humea, durante el invierno tenemos frío y tosemos. Atravieso en aquel tiempo la mayoría de mis enfermedades infantiles, desde el sarampión hasta la varicela, pasando por las paperas y la tos ferina.

Uno de los focos que caen sobre ese periodo me muestra a mi madre embarazada. Tiene poco más de treinta años, pero en la imagen del recuerdo me parece vieja, marchita, enferma; el pelo con raya al medio está anudado en un moño severo. Lleva un vestido de dibujo verdiblanco cuyo dobladillo fruncido sobresale en pico por delante, realzado por la barriga henchida que resulta como una bola desproporcionada pegada a su flaco cuerpo. Le pregunto por qué tiene la barriga tan grande, y la veo cruzar una diminuta

sonrisa de complicidad con mi padre... un momento de intimidad entre los dos que ha quedado en mi memoria casi como un hecho singular. No soy consciente de haber visto jamás un abrazo entre ellos, y menos un beso u otro gesto de ternura. Dado que dormí toda mi infancia en la misma habitación que mis padres, por lo general debí de estar presente cuando hacían lo que en su caso, a duras penas, puede llamarse el amor. O bien eso acontecía de un modo completamente velado y silencioso, o bien los sucesos en la cama sombría de mis padres me parecían tan truculentos que mi cerebro infantil los arrinconaba al instante.

Lo que le supone a mi madre una tortura cotidiana es el ruido, al que no es capaz de habituarse. En el campo de trabajo la acústica debía de ser más clemente, porque tras la extenuante jornada todos se desplomaban sobre sus literas y se quedaban dormidos. En nuestro barracón del Valka se desarrolla la vida ruidosa de los que no tienen nada que hacer en todo el día y sufren, en su inmensa mayoría, lo que hoy se llama trastorno por estrés postraumático: insomnio, pesadillas, ansiedad, irritabilidad, depresiones, delirios, agresiones no controladas y muchas otras cosas, además de toda clase de patologías físicas, causa de no pocas muertes entre las PD incluso después de su liberación. Los reducidos ambientes del barracón vibran en medio de las tensiones. Nadie habla bajo, todos gritan para hacerse oír en el maremágnum del bullicio. Siempre hay discusiones, las voces de dolor y las carcajadas de escándalo se van alternando, se oye cada palabra, cada estornudo, cada suspiro del otro lado, los ruidos confluyen en una gran cacofonía de nunca acabar. Sobre todo en invierno y con mal tiempo, el pasillo largo y oscuro les sirve a los niños de campo de juego, y siempre los ahuyenta alguien que necesita ir al váter o abrirse paso con su recipiente hasta el único grifo de agua, situado al final del corredor.

El ruido acentúa aún más la condición de apátrida de mi madre. Se tapa los oídos, se pone de pie bruscamente y sale corriendo del barracón, donde, por si no bastara con la tortura acústica, sufre además las vejaciones de una vecina paranoica, una anciana de Estonia que no para de dirigirle los improperios más absurdos a través del delgado tabique de tablas. Por algún motivo, aquella mujer trastocada ha proyectado todas sus fobias sobre mi madre, a la que tacha de comunista, puta judía, espía americana, furcia nazi...

Mi madre no sabe defenderse, a veces se pasa el día llorando, en el fondo llora siempre. Su enfermedad más grave es la nostalgia de su casa. Es un dolor mortificante que no cesa, una especie de sed que nunca mengua, sino que va a más, hasta que uno termina muriendo por su causa.

Para mí, el Valka es, ante todo, el lugar donde comienza la escuela alemana. Lo demuestra una foto del primer día de clase: ante un sórdido trasfondo de barracones hay veintinueve niños colocados en filas de tres. Dos filas de chicas y, delante, a sus pies, una de chicos, sentados a la turca. Cuatro niños no tienen el cucurucho del primer día. Soy una de ellos. La más rubia de todos, radiante a pesar de no tener cucurucho.

Es una escuela del campo para niños del campo que lo primero que deben aprender es el alemán. Como mi madre ya me daba clases en el cobertizo del patio de la fábrica, sé leer y escribir en ruso cuando entro en la escuela alemana. Conozco las fábulas de Iván Krylov, las hechizantes historias para niños de Samuil Marshak, sé declamar de memoria por lo menos una docena de poemas de Aleksandr Pushkin y Alekséi Tolstói, pero el alemán continúa siendo para mí una especie de ruido ambiental. Con mi ingreso en la escuela alemana eso cambia de golpe. Empieza el relampagueo de las palabras alemanas... como si esas palabras hubiesen estado adormecidas en mí desde hacía tiempo, esperando solo el momento de su despertar. La lengua alemana se convierte en una fuerte maroma que enseguida agarro para balancearme hacia el otro lado, al mundo alemán. Aún está fuera de mi alcance, pero sé que me espera y que un día acabaré formando parte de él.

Estalla una guerra lingüística con mis padres. Ellos se niegan a entender mi alemán. Mi padre no lo entiende de verdad, no lo entenderá hasta el final de sus días; mi madre, que lo habla mejor que todas las personas de mi entorno, no quiere entenderlo. Y yo ya no quiero comprender su ruso, es más, ya no quiero tener nada que ver con mi madre. Hay discusiones constantes, ella intenta pegarme, pero yo me zafó, además de que sus manos son demasiado débiles para hacerme daño. Nada puede ante mí porque no la temo, no temo más que a las manos de mi padre, que me pega rara vez, solo en última instancia, cuando mi madre me entrega a él. Es el único recurso del que dispone contra mí, la única de sus amenazas que me da miedo: «Se lo diré a tu padre». A veces, si pido perdón por mis desplantes y mentiras, me indulta,

pero lo normal es que la sentencia se ejecute, por la noche, cuando mi padre llega de su actividad secreta y suele estar borracho. Es de los que se ponen agresivos con el alcohol, así que una queja de mi madre le viene de perlas. Me llama *kolera*, *parasitka*, *kretinka*, sujetándome con una mano mientras la otra se abate sobre mí como un hacha. Mi madre es la juez; él, el verdugo, el órgano ejecutor.

Después de las clases acostumbro a merodear por el recinto del campo. No me acuerdo de otros niños, sino únicamente de un descampado grisáceo, un área en cierto modo calcinada, donde en mis recuerdos no hay un solo árbol. No puedo ampliar el perímetro de mis evasiones... el territorio del campo es mucho más extenso que el patio de la fábrica; pero es una cárcel rodeada de una tapia provista de alambre de púas. Solo se puede salir o entrar si el centinela, apostado en la entrada, abre la barrera.

No es solamente mi padre quien se dedica a los negocios; yo también. Un hombre repulsivo, abotargado, que chapurrea el ruso y lleva una redecilla en el pelo, me hace señas desde una ventana animándome a entrar en el cuarto de barracón donde vive solo. Tengo que quitarme las bragas y bailar con la falda alzada. Siento temor y repugnancia por aquel hombre, pero me muestro con cierto placer exhibicionista e intuyo el opaco poder que ejerzo sobre él mientras me come con los ojos, menea una trompa incomprensible que emerge de su bragueta y lanza gemidos. No comprendo por qué lo hace, pero sé que muy pronto un líquido lechoso saldrá a chorro por aquel enigmático miembro de su cuerpo, líquido que el hombre recogerá con un pañuelo. Ahí se acaba mi actuación. Guarda la trompa desinflada en su pantalón, me advierte de que no le hable a nadie de mis visitas y me da diez pfennigs. Con mi remuneración voy al quiosco y compro chicle y un pirulí con sabor a cereza. Eso se repite hasta el día en que el hombre me sujeta y se dispone a meterme su trompa en la boca. Me promete cincuenta pfennigs si le dejo, una fortuna, pero no logro superar mi asco. Me deshago con esfuerzo de sus garras y suspendo mi furtivo trabajo retribuido; domino en adelante la gula de golosinas.

A veces, mi madre cuenta que, en una ocasión, cuando niña todavía en Ucrania, decidió meterse en un convento y hacerse *monashka*, monja. Llora y dice que su vida actual es el castigo de Dios por no haber seguido su llamada. Sé que las monjas no tienen hijos y le pregunto: «¿Y yo? ¿Ni siquiera habría

nacido si te hubieses hecho *monashka?*». Se me queda mirando con sus ojos ensombrecidos. «Quizá sería mejor que no hubieses nacido —dice—. Si tú hubieras visto lo que he visto yo...». Y de nuevo sus ojos miran a un punto invisible, donde yo no existo.

Durante el día, cuando no está mi padre, nos visita con alguna frecuencia un santo varón, un ruso con el mismo aspecto que Lev Tolstói en el calendario de pared ruso, que también colgamos en nuestro cuarto de barracón del Valka aunque había perdido actualidad hacía tiempo. Andréi Sajárovich es un hombre enjuto de baja estatura, tez de vegetariano y barba rala de color blanco. Fue trabajador forzado en una mina y siempre lleva consigo una Biblia envuelta en papel de periódico. Mi padre dice que ejerce una mala influencia sobre mi madre, que le fomenta la enfermedad mental, amén de que los considera a los dos sospechosos de adulterio y le ha prohibido a ella que siga encontrándose con ese hombre. Cuando alguna vez mi madre me vuelve a amenazar con entregarme a los golpes de mi padre, yo le devuelvo la amenaza: «Entonces le diré que Andréi Sajárovich ha estado contigo».

Según observo, la relación entre los dos es puramente mística, religiosa, la de un mesías con una *monashka* frustrada que ha perdido la fe. Mi madre quiere que la convierta a esa fe, quiere volver a poder creer en el Dios bondadoso y amante de cuya existencia estuvo persuadida alguna vez. Lo tiene en sus labios cuando habla o le lee la Biblia, pero sus encuentros acaban casi siempre en una discusión alterada, de contenido incomprensible para mí. Solo entiendo que Andréi Sajárovich defiende a Dios y que mi madre lo acusa, probablemente de lo que ella ha visto y yo también desearía ver para poder comprender lo que siente, aquello en que consiste su dolor incesante, inconmensurable. Tengo miedo a ese dolor, pero me gustaría experimentarlo una sola vez. De modo que mi oración fervorosa al acostarme dice casi siempre: «Déjame sentir, Señor, lo que siente mi madre, aunque solo sea un momento, para que pueda comprenderla».

Andréi Sajárovich, además de la Biblia, trae bollitos calientes, igualmente envueltos en papel de periódico, que, fritos en su casa sobre el infiernillo de petróleo, proceden de un mundo por completo distinto al de nuestra dieta del campo: las sopas pastosas y las papillas de las que nunca puedo comer más que unas cucharadas, motivo por el cual he adelgazado

peligrosamente. Me cuento entre los niños desnutridos de la posguerra para quienes la Cruz Roja costea estancias de recuperación. Yo también tendré que someterme a dos de ellas, en cebaderos ubicados en no recuerdo qué localidad de las montañas bávaras, estancias de las que vuelvo aún más flaca porque no puedo con la extraña comida alemana, aquellos *klösse*, *dampfnudeln* y *lungenhaschees*, y enseguida vomito todo lo que me meten a la fuerza.

Los dulces y cremosos bollitos rusos de Andréi Sajárovich, en cambio, son lo más delicioso que he probado jamás. Es así como me imagino el maná que Dios hizo caer del cielo sobre el desierto para su pueblo, los israelitas, según me ha contado mi madre. Sin embargo, Andréi Sajárovich no solo trae cosas dulces, sino también algo amargo, unos polvos verdes amarillentos llamados quinina. Se supone que curan todas las enfermedades, el reumatismo de mi madre, su dolor de cabeza, su dolor de corazón, su dolor de estómago, el conjunto de los muchos males que aquejan sin descanso a su cuerpo y su alma. Yo también tengo que ingerir regularmente una pizca, lo que cabe en la punta de un cuchillo, pero mi madre y yo solo lo conseguimos si inmediatamente después nos bebemos un tazón de agua, porque aquellos polvos son inefablemente amargos. Andréi Sajárovich los traga sin agua y sin torcer el gesto. «No son amargos —dice—. Solo nos lo parecen.»

Noto realmente los efectos de la quinina, corro cada vez más lejos y deprisa, siento una energía nueva, desconocida, casi una suerte de robustez inexpugnable. Quizá sea eso lo que contribuye a la exacerbación de las luchas con mi madre. Ya no dejo que me diga lo que puedo hacer y lo que no, ya no paro en casa prácticamente, y sobre todo, miento. Mentir es la marca infamante de mi niñez. Miento de forma compulsiva, sin razón, sin sentido ninguno; miento simplemente porque la verdad, por el motivo que sea, nunca me sale de la boca. Mi madre, desesperada porque no sabe qué hacer conmigo, recurre a una medida de castigo propia del Antiguo Testamento. Fija en la pared un gran trozo de cartón que rotula con una letra negra y gruesa. «Natascha le miente a su madre», dice ahí, en ruso y alemán. Tengo prohibido salir del barracón, tengo que soportar, abrasada por la vergüenza, la afrenta pública cada vez que alguien entra en el cuarto y mira primero el mensaje en la pared y luego a mí. Lo que más temo es que venga Andréi Sajárovich, bajo cuya mirada, según me parece, ardería enseguida. Y he aquí que viene. Se para delante del cartón, se

calza las gafas y estudia atenta y detenidamente la inscripción de mi madre. Después sucede algo increíble. Se quita las gafas y arranca el trozo de cartón de la pared. «¿Qué hace usted con su hija, Yevguenia Yákovlevna? —dice airado—. Usted, una mujer inteligente... ¿Son esos los métodos impíos de Stalin o Hitler? ¡¿Adónde hemos llegado todos?!», añade, entristecido. Veo cómo el rubor invade el rostro de mi madre. Se han vuelto las tornas, ahora es ella la avergonzada. Humillando la mirada, se dirige a mí y dice por lo bajo: «Puedes salir a jugar».

El nacimiento de mi hermana coincide con las fechas en que nos mudamos a otro lugar de residencia. Aunque el campo de Valka no se disolverá hasta mediados de la década de los sesenta, a nosotros nos trasladan en 1952, año en que los americanos entregan a las PD a las recién creadas autoridades alemanas para refugiados y se les asigna una nueva categoría. En adelante ya no se denominan personas desplazadas, sino «extranjeros apátridas». Carecen de Estado, pero tienen derecho a permanecer en Alemania. En las afueras de una ciudad de provincias francona, al norte de Núremberg, se ha edificado una colonia para un puñado de ellos, una especie de Valka en miniatura. Solo que ahora no se trata de un alojamiento temporal, sino de un domicilio fijo, el primero y último para la mayoría de las PD en Alemania, su paradero definitivo. Los lugareños, al referirse a aquellos bloques de pisos junto al río Regnitz, dicen las «casas»; constituyen nuestro nuevo enclave y son mucho más confortables de lo que jamás hubiéramos soñado. En vez de barracones, hay auténticas casas de piedra, cuatro bloques que forman un cuadrado, un patio interior ajardinado con tres jóvenes abedules destinados a suscitar reminiscencias patrias a los habitantes venidos de Europa oriental. Cada familia tiene su propia vivienda, equipada con agua corriente, electricidad, gran cocina de hierro forjado con horno y depósito de agua, y —¡lujo impensable!— un cuarto de baño con caldera. Nuestro gueto está emplazado detrás de las últimas casas del núcleo urbano que, chatas y gibosas, se encuentran al otro lado de la carretera asfaltada y, desde el punto de vista topográfico, casi pertenecen más a nuestra colonia que a la ciudad. En los días calurosos sin viento el aire está preñado del hedor a putrefacción que despide la llamada fábrica de los huesos o «la gas», como le dicen los autóctonos, en la cual se procesan osamentas animales para elaborar cola. Sus

emisiones se mezclan con los olores dulces y pegajosos que emanan de una cercana fábrica de chocolate. Un cóctel olfativo inconfundible que produce vértigo.

La ciudad quedó intacta en la guerra, su casco antiguo me resulta como un cuento de hadas alemán. Hay un ayuntamiento medieval cuya fachada entramada se eclipsa, en verano, tras la policromía de los geranios; callejas intrincadas y silenciosas, que son como pasillos entre las casitas adosadas con sus siempre cerradas puertas y ventanas; un riachuelo veloz, en el que gira la rueda de madera de un molino; una muralla aterciopelada de musgo, con atalayas y aspilleras; una vieja y corroída fortaleza palatina ceñida por un foso de agua. La ciudad, denominada puerta de acceso a lo que se llama la Suiza francona, la provincia de las provincias, solo evoca la pasada catástrofe por el gran número de veteranos mutilados, hombres que, a diferencia de mí, han visto Rusia y ahora caminan mancos, con una manga vacía de la chaqueta, o con un parche negro en un ojo; otros patean sobre una pierna, con muletas de madera de confección propia. Del día a día también forman parte los tanques americanos que, ya solos, ya en columnas, se cuelan por las estrechas calles haciendo temblar la villa. Desde jeeps descapotados, los soldados lanzan chicles y caramelos a los niños que los esperan expectantes en el borde de la vía. Las campesinas de las aldeas contiguas, que vienen a la ciudad para hacer compras, llevan todavía los antiguos trajes de la región. Dentro de unos años se rodará allí una película americana titulada *Ciudad sin compasión*, cuyo tema es la doble moral y la mentalidad persecutoria de los vecinos de una pequeña ciudad. La protagonista de la película, encarnada por Christine Kaufmann, tiene algo en común con mi madre: se suicida ahogándose en el río Regnitz.

Mi madre no se ha trasladado con nosotros, viene después, derecha del hospital. De pie ante la ventana de nuestra cocina, la veo bajarse de un coche en el patio. Parece no alegrarse por la nueva vivienda, su cara expresa algo que está a medias entre la desesperación feroz y la callada desesperanza. Sostiene en brazos un fardo blanco en el que se oculta mi hermana, una niña, como se verá, tierna y quieta con una cresta de pelo negro, que ya de bebé guarda un parecido llamativo con mi madre. Un ser minúsculo, enigmático

para mí, que no grita casi nunca, que yace satisfecho y aparentemente sin deseo alguno en su camita, y que por lo general duerme.

En el nuevo lugar de residencia ya no nos despachan la comida; una vez al mes tenemos que personarnos en la oficina del ayuntamiento para recoger el dinero en concepto de asistencia social y organizar la alimentación por nuestra cuenta. Cáritas nos regala una serie de muebles, entre otros, una alacena con ventanitas, un recio maletón para viajes a ultramar, cuyo interior huele a moho e incienso, y una vieja cómoda historiada que hoy pasaría por una antigüedad, pero que en aquel entonces figuraba entre los trastos viejos para tirar. Es la época en que en Alemania todo se vuelve nuevo, las casas, los muebles, las personas; es la época del renacer, del olvido tras la guerra. Por eso las «casas» de la periferia no son vistas con buenos ojos, pues evocan algo de lo que ya nadie quiere oír hablar. La fama del Valka nos ha seguido; también aquí nos consideran unos bárbaros, una manada de delincuentes.

Mi madre debía de sentirse doblemente extranjera. En el Valka había, a pesar de las masivas repatriaciones forzosas, rusos, ucranianos y otros ciudadanos soviéticos de habla rusa; aquí no queda ninguno. Hemos aterrizado definitivamente en una Babilonia de Europa del Este, en un caos lingüístico, donde solo entendemos palabras sueltas, similares a las de nuestro propio idioma. Aparte de nosotros, no hay más que un ruso, un inválido con una pierna que no se queda mucho tiempo. Sufre tanto la nostalgia de la patria que ni siquiera teme a la muerte, y un día, tras haber ahorrado el dinero para un billete de tren, emprende el camino de vuelta a Rusia, apoyado en sus muletas y desoyendo las imploraciones de mi madre. Promete que nos escribirá, pero tampoco volveremos a saber nada de él; permanece desaparecido para siempre, lo mismo que los Tsyganenko.

En tanto que rusos, no solo somos el enemigo político declarado de los alemanes; también en el gueto seguimos estando marginados. Un día, al anochecer, se va cociendo algo inquietante que apunta a nosotros, una especie de pogromo. Hombres borrachos se agolpan bajo nuestras ventanas, se profieren palabras como «bolcheviques», «comunistas» o «estalinistas», términos que son iguales en todos los idiomas. Una piedra, acompañada de cristales rotos, entra volando en nuestra sala.

De la bruma gris de mis recuerdos de las «casas» surgen algunas figuras sueltas, aún reconocibles. Estaba Marjanka, la polaca, cuyo cuerpo voluminoso y abotargado por el alcohol parecía derretirse en las manos de cualquiera que la tocara. Por lo visto, no tenía paradero propio en las «casas», vivía a veces aquí, otras allá, yendo con su prole de hombre en hombre. Cada uno la dejaba preñada, le pegaba y al final la echaba. Acabó viviendo con nuestro vecino, un rumano con un ojo de vidrio. Cuando ella murió de una oclusión intestinal, él se encontró solo con sus hijos. Se los quedó porque no sabía qué hacer con ellos. Pasaba fuera, en el patio, la mayor parte del tiempo, bebiendo cerveza, defendiendo con modos de buscabroncas su honor masculino y tratando de averiguar quiénes eran los padres de aquellos hijos sin nombre que se veía obligado a alimentar.

Estaba Farida, mi amiga serbia secreta, que tenía prohibido jugar conmigo porque la incitaba a excursiones aventureras a la ciudad y a andanzas por las vegas del río y las canteras de grava hasta entrada la noche. Nadie conocía nuestro crimen sacrílego: habíamos abierto la puerta de una pequeña ermita en la vega que, para nuestra sorpresa, no se hallaba cerrada. Afuera picaba el sol, allí dentro nos envolvió un silencio umbrío y fresco cargado de un tufo rancio y mohoso. Contemplamos la vieja sillería labrada, a la Virgen alemana de celeste indumentaria, con su corona de estrellas ceñida a la cabeza, y los recios candelabros de bronce; palpamos el mantel blanco y fino del altar, hundimos los dedos en una pila de agua estanca que olía a podrido, nos fijamos en el Cristo alemán que, dotado de costillas prominentes y cubierto solo por un paño, colgaba de una cruz de madera situada en lo alto, sobre el altar, y que a Farida, hija de padres musulmanes, le resultó aún más extraño que a mí. No supimos qué hacer con nuestro hallazgo y, en un arranque de coraje, Farida puso el dedo en la herida sangrante, perforada por un clavo grueso en el pie del crucificado, pero curiosamente no sucedió nada, el Cristo alemán ni siquiera pestañeó. Tampoco reaccionó cuando movimos y removimos la cruz, ni se inmutó ante nuestros insultos. Le propiné un golpe en la tibia, que lo hizo temblar levemente en sus inalcanzables alturas, y al ver que seguíamos allí sin que nos partiera un rayo, empezamos a escupir a aquel santo mudo de los alemanes, a arrancar las flores del jarrón que descansaba en el altar, a tirarle los tallos gelatinosos y medio corrompidos. Nos ensañamos

hasta que la corona de espinas se cayó de la testa del Salvador de arcilla para estrellarse en el suelo de piedra. Solo entonces despertamos de nuestro delirio destructor, observamos lo que habíamos hecho y salimos corriendo campo a traviesa, por las mieses maduras que nos hicieron invisibles para nuestros perseguidores que, sin dudar, nos meterían en la cárcel a perpetuidad para castigarnos por aquella profanación.

Estaba el hombre mudo y tétrico de no se sabe qué origen, un hércules, que siempre andaba por el patio con una mujer diminuta de los barracones gitanos. Ella se hundía en una de las chaquetas de él, que le llegaba casi hasta los talones y por debajo de la cual asomaba el dobladillo fruncido de una falda negra. Nunca los vi hablar entre ellos, seguramente el uno no entendía la lengua del otro, pero a lo mejor tampoco tenían nada que decirse. Sobre el cuerpo de la mujer tintineaban abalorios de color dorado, y en su pelo de brillo aceitoso lucía una rosa de plástico rojo. De esa manera caminaba, siempre envuelta en su descomunal chaqueta de caballero, al lado de su hércules mudo, de ceño conminatorio, sustraída a las cámaras de gas por alguna feliz circunstancia.

Estaba el joven checo que, como tantos otros vecinos de las «casas», había enfermado de tuberculosis, la típica enfermedad de los pobres en la posguerra que entonces aún implicaba un riesgo letal. Hacía poco se había casado con una alemana, pero solía estar fuera, en el patio, tocando el acordeón... melodías alemanas de siempre y piezas checas que no conocíamos. Yo estaba un poco enamorada de él por lo bien que tocaba, por cómo con alegría infatigable, casi obsesiva, entonaba aires contra la tristeza de sus ojos. Un día, al volver de trabajar, su mujer lo encontró muerto en el suelo de casa. Yacía de cara en un charco de sangre que había brotado de sus carcomidos pulmones.

Estaba la madre de Dschemila, que, a través de la ventana abierta, hizo vibrar el patio durante días con sus lamentos por su hija pequeña, a quien los niños alemanes habían empujado al río Regnitz. El patio estaba sumido en un silencio de tumba, no había un alma; solo yo, sentada en el umbral de nuestra casa, atendía a aquel exótico llanto de dolor que, creciendo y decreciendo en oleadas, ya sin palabras, ya en un idioma incomprensible para mí, salía por la oscura ventana detrás de la cual vivía Dschemila. En el poste de luz del patio,

donde se fijaban todas las novedades de importancia, colgaba un papel que decía cuándo se celebraría el entierro. Un asesinato que quedó sin esclarecer, sin castigo, que nunca fue investigado por la policía alemana.

Poco a poco, también algunos alemanes fueron llegando a las «casas». No los queríamos, eran intrusos, reducían el espacio de por sí exiguo que se nos había prometido exclusivamente a nosotros. Sin duda, experimentaban como una afrenta el hecho de haber sido alojados en aquel lugar. Se trataba, ciertamente, de marginados sociales, pero entre los antiguos trabajadores esclavos debían de sentirse como arrojados a la basura.

Me acuerdo de los gemelos alemanes, hombres jóvenes de pelo rubio cortado al cepillo, los dos con americanas pepita a la última moda, ambos pintores de brocha gorda que cada día salían y volvían juntos del trabajo, siempre con rostros impenetrables. Su madre, una mujer rolliza y callada con un aseado moño, empujaba en el patio la silla de ruedas de su marido paralizado. Los cuatro hacían una vida completamente retirada, no saludaban ni hablaban una sola palabra con nadie.

Justo en el piso sobre el nuestro vivía con su familia el señor Kreller, el matón más rabioso de las «casas». Era un bebedor empedernido que daba palizas a su mujer y a su hija adulta, Anneliese, usando una violencia tal que el techo amenazaba con caérsenos encima. Aterradas, mi madre y yo nos encogíamos bajo un estrépito propio de muebles haciéndose pedazos, y los estridentes gritos de la señora Kreller y su hija que se oían en el patio entero. Anneliese trabajaba de peluquera y escondía el dinero que ganaba. El motivo de las peleas era ese dinero: el señor Kreller buscaba su escondite, que, según su mujer había revelado a mi madre, se hallaba en el interior de la máquina de coser. La guapa y ambiciosa Anneliese pronto logró cambiar de lado. Entró por casamiento en el gran y reputado negocio de cuero de la calle mayor, ascendiendo de ese modo de la clase más baja a la burguesía acomodada y respetable de la ciudad que, en mi imaginación de entonces, era la estrella más remota, la más alta felicidad que un ser humano podía alcanzar. Con su blanco y espumoso vestido de boda descendió, de la mano de su novio, de un celeste Opel Rekord descapotable frente a la puerta de nuestra casa... todo un espectáculo, el primero y último de esta índole en las «casas». Poco después de la boda de su hija, el señor Kreller sufrió un ictus, y la calma vino a

instalarse en el piso de arriba. Solo de cuando en cuando se le oía gemir por lo bajo o soltar quién sabe qué roncas maldiciones.

En el bloque de enfrente vivía una mujer alemana con la complexión de un mamut y sin los dientes anteriores. Tenía fama de robar café y aguardiente en los comercios para agasajar a sus amantes. Estaba casada con un hombrecito flaco como un palillo, enfermo de tuberculosis, que solía pasarse las horas sentado en el patio, bebiendo cerveza de la botella, tosiendo, escupiendo sangre y calentando su esmirriado cuerpo al sol. La hija, de unos diez años, cuellecito delgado y rizos marrón corzo, era la criada de su madre. Se la veía fregar la escalera y barrer el patio, limpiar las ventanas y llegar a casa arrastrando las compras. En invierno, su madre la obligaba a ir a buscar carbón a la carbonería, siempre pequeñas cantidades porque el dinero no daba para más. Pálida y enflaquecida (a lo mejor se había contagiado con la tuberculosis de su padre), tiraba cada semana y a lo largo del invierno de un pequeño carro cargado con un montoncito de hulla y algunas briquetas.

También nuestro conserje era alemán, un hombre mayor anodino que permanecía asomado a la ventana de la mañana a la noche, custodiando con recelo el césped germano del patio, el verde santuario teutón ubicado en medio de nosotros. ¡Ay de aquel que osara poner un pie en la hierba, dejar entrar una pelota o acaso atajar cruzando aquel prado! En verano, con las ventanas abiertas, se oían durante todo el día las amonestaciones ladrantes de ese señor Hensch, quien simplemente no conseguía inculcarnos el orden a los hotentotes.

En las «casas» empieza otro calvario de mi madre. Ya su primera hija fue un desastre para ella, ahora tiene que cuidar de dos; también el piso propio exige que asuma de una vez por todas el papel de ama de casa. A mi padre se le ha colmado la paciencia y deja de encargarse de los trabajos domésticos. En adelante tiene que ser ella la que lo haga todo sola: cocinar, lavar, limpiar, planchar, remendar calcetines... las labores que en su tiempo y su mundo forman parte de las tareas naturales de una mujer.

En el campo de Valka había poca gente con la que mi madre podía hablar, compartir el recuerdo de su patria; sobre todo estaba Andréi Sajárovich, imperturbable a la hora de contrarrestar con su fe en Dios el abatimiento de aquella alma perdida, un hombre que tal vez fue una especie de padre para

ella. Ahora no hay nadie. Está completamente sola, es una paria en todas partes, no solo en su entorno alemán, no solo en las «casas», donde como «rusa» no pertenece al colectivo, sino en su propio matrimonio, que se le convierte en un infierno.

Entro en el segundo curso de la escuela elemental protestante, después de que la escuela católica haya rechazado tajantemente mi admisión. Al principio, la escuela protestante tampoco quiere aceptarme porque soy ruso-ortodoxa, pero el director acaba por apiadarse y me otorga un permiso especial para cursar estudios. En la escuela del campo fui una niña como las demás, en la escuela alemana experimento desde el primer día mi estatus excepcional, mi particularidad negativa.

El edificio escolar se encuentra detrás del parque de la ciudad con su recia muralla y ostenta, sobre su portón, el escudo de la villa con las dos truchas. Cada mañana, aquello es la entrada al tártaro, poblado por veintitrés niños que, nacidos al final de la guerra como yo, mamaron el odio a los rusos con la leche materna, que a los siete u ocho años ya saben que los rusos son infrahumanos, el mal por excelencia de este mundo. La señorita Schorn, la maestra, una rubia germana de ojos azul acero que en ningún momento se desprende de la vara ni escatima los temidos palmetazos, no es una protección para mí; al contrario. Con sus relatos sobre las atrocidades cometidas por los rusos, sobre sus ansias asesinas y su bestialidad, invita a mis compañeros de clase a abalanzarse sobre mí. Soy una válvula oportuna para la agresividad reprimida de los niños, en cuyas casas sigue reinando el espíritu de la disciplina nacionalsocialista y que sufren asfixia en el espeso silencio de la posguerra. Sus estallidos violentos contra mí les proporcionan breves dosis de oxígeno.

Aún más que los ataques físicos en el patio de la escuela y las batidas al salir de clase temo las burlas, el arma más económica y eficaz que mis condiscípulos alemanes tienen a mano. La señorita Schorn nunca me llama por mi nombre, sino siempre por el apellido, que no sabe pronunciar. En vez de Vdovin dice Dovin, que mis compañeros transforman en *doofin*, estúpida. Es mi apodo escolar. Se ríen de todo lo mío, de mis pies, mi pelo, mi nariz, mi ropa. «¡Niña meona!», gritan desde aquella vez que tuve que salir a la pizarra y de puro miedo me hice pis encima. «¡Niña apestosa!», gritan. «La estúpida

no lleva bragas, la estúpida no se lava, la estúpida huele mal, los rusos lavan las patatas en la taza del váter.» Cuando algo desaparece en el aula, sea un sacapuntas o una goma de borrar, de inmediato la sospecha recae en mí. El que miente roba, se dice en alemán, y como yo miento siempre, forzosamente tengo que ser una ladrona. Basta con que se mencione la palabra «robar» para que la sangre se me suba a la cabeza y me quede con las mejillas encendidas ante el pupitre, ofreciendo la prueba manifiesta de que concito las sospechas con razón, aunque nunca haya usurpado ninguna propiedad alemana.

Robar, solo robo del monedero de mi madre para comprarme un panecillo o una galleta blanquinegra en la panadería camino de la escuela, sucedáneo del bocadillo alemán que llevan los otros niños y que mi madre no acierta a preparar... porque es incapaz de cortar las rebanadas de pan rectas, porque no tenemos fiambre y aún menos papel de estraza, y porque se siente tan floja y enferma que por las mañanas, cuando debo salir para la escuela, ni siquiera puede levantarse de la cama. Parece ser, sobre todo, el mal interminable y misterioso de la nostalgia el que la va debilitando cada vez más. Habla casi a diario de su padre, muerto tan tempranamente; de su hermano, tan querido por ella, y, en particular, de su madre, de la cual no sabe si todavía está viva. Mientras habla, llora, siempre llora, parece que se va disolviendo en sus lágrimas, y yo no sé qué pérdida puede deparar un dolor tan persistente, tan insondable. A ratos, sentada a la mesa de la cocina, dibuja caras con el lápiz; en realidad, es la misma cara una y otra vez. Es, me imagino, el aspecto de los habitantes de la ciudad de cristal de la que me ha hablado, personas vidriosas de ojos gélidos enfocados en el vacío. Los dibujos se acumulan en el cajón de la mesa, prácticamente todos los días se les suma uno nuevo.

Lo único que por poco tiempo la arranca de su melancolía es el canto. El canto es nuestra contramagia, ahuyenta momentáneamente a los fantasmas. Nuestro repertorio abarca no solo las canciones rusas y ucranianas, sino también las alemanas que aprendo en la escuela y que también adoran mis padres. «Silencio del anochecer», «Si yo fuera un pajarito», «Allá en las montañas nevadas»... Por lo general, mi madre con su soprano claro canta la primera voz, yo la segunda y mi padre la tercera; él, que en realidad es tenor, acompaña nuestro canto con sus modulaciones de bajo sin palabras porque, a

diferencia de mi madre, no puede cantar la letra alemana. Con su tilín talán imitador de una campana grave, confiere a las canciones germanas un colorido ruso. Cuando es verano, los vecinos a menudo se congregan bajo nuestras ventanas abiertas, escuchan y aplauden. Con nuestros conciertos en privado los reconciliamos por un instante con los rusos, al igual que nos reconciliamos nosotros mismos, sintiéndonos solidarios mientras cantamos.

Si después de la escuela mis condiscípulos me dejan en paz y no me persiguen hasta las «casas» porque no les apetece, doy un rodeo por el cementerio que me lleva por el parque de la ciudad con su poderoso sauce llorón, que hunde las puntas de sus álaves verdes en el charco oscuro y cenagoso. Paso por delante del otro parque, frente al cual los alemanes comen helado bajo parasoles multicolores. Mi meta es el tanatorio, donde se puede contemplar a los muertos, que en aquel entonces están exhibidos todavía en el ataúd abierto de la capilla ardiente, y que me atraen con una fuerza mágica. Escueto las caras de los alemanes difuntos que, envueltos en un silencio solemne, yacen detrás del cristal del tanatorio, con cipreses sombríos y cirios blancos a ambos lados de sus cabezas. Estudio los ojos cerrados, las bocas, los pelos, las manos dobladas sobre la mortaja blanca. En una ocasión, observo cómo una mosca que se pasea por el rostro diminuto y acartonado de una anciana desaparece por uno de los agujeros de su nariz y, al poco, sale por la garganta negra de su boca desencajada. Me atormenta la idea de que los muertos no lo estén de verdad, de que lo oigan y lo sientan todo y sean enterrados con vida, sin poder hacerse notar. Siempre estoy a la espera de que se les mueva una pestaña o una de las comisuras de los labios, como le ocurre a mi madre cuando se desmaya y yace como muerta. Por mi padre sé que no solo ha heredado la enfermedad mental de una pariente suya, sino también el corazón demasiado pequeño y débil de esta. De repente, ella se lleva la mano a ese corazón y se derrumba. Aun conociendo yo el juego, no puedo saber nunca si esta vez va en serio. Trato de resucitarla, le pellizco, le lanzo objetos, le tiro del pelo, cada vez más presa del pánico al ver que no se mueve, grito y la machaco hasta que una sonrisa convulsa pasa por su boca, de pronto se incorpora con facilidad y me castiga por mis desaforadas agresiones físicas. No sé qué es más fuerte en mí: el deseo de que muera de verdad o el miedo a que lo haga, a que suceda exactamente eso. A que un día yo no pueda

resucitarla o a que ella haga realidad su permanente amenaza de ahogarse. Por las noches no me atrevo a dormirme por temor a que ya no esté cuando me despierte. Ato una soga a su pie, me llevo el otro extremo a mi cama y lo sujeto con firmeza, siempre desde el miedo por ella y, al mismo tiempo, el miedo a ella.

En una ocasión, me pregunta si prefiero quedarme con mi padre o tirarme al agua con ella y mi hermana pequeña. «No duele», dice, y como de ninguna manera quiero quedarme con mi padre y, según mi madre, no duele, enseguida estoy de acuerdo con tirarme al agua con ella y mi hermana. Casi me parece una distinción que quiera llevarme consigo.

Pero da la impresión de que el agua se harta de esperar a que nos acerquemos, y es ella la que se nos acerca a nosotros. Tras días de lluvias impetuosas, el pequeño y, de ordinario, inofensivo río Regnitz se convierte en un torrente de color marrón sucio que se lleva árboles y cantos rodados a su paso y se expande sin tregua. El agua muy pronto ocupa nuestro patio, primero formando charcos para la diversión de los niños, que saltan descalzos en ellos; luego, los charcos se transforman en una superficie al principio lisa y quieta, después movida por corrientes y remolinos, que se extiende hasta la puerta de la casa. Por las noches vuelvo a yacer insomne, no me atrevo a dormir. Quizá ya estemos inmersos, quizá ya el agua llegue a nuestras ventanas y al momento siguiente irrumpa en la sala y nos sepulte. Pero solo ha sido una amenaza. Sigue chapoteando unos días en el patio, a continuación se repliega lentamente, de modo tan enigmático como ha venido, y el Regnitz se transmuta de nuevo en el riachuelo apacible e idílico que, azul y rielante como siempre, serpentea por el paisaje detrás de nuestras casas. Solo los campos y prados han quedado devastados, y también nuestro pequeño huerto ribereño, cuyos pepinos, tomates y calabazas nos alimentaron durante el verano.

Llega el día en que mis padres están sentados ante la radio, atentos a una voz rusa anegada por interferencias perturbadoras; entre las noticias se oye música de Bach. Stalin está agonizante. Mi madre nunca ha temido y odiado tanto a una persona como a ese hombre, el georgiano de baja estatura y brazo tieso, hijo de un zapatero y una sierva de la gleba, que en realidad se llamaba Dzugashvili y que se puso a sí mismo Stalin, el hombre «hecho de acero». Nunca mi madre dejó de calificarlo de monstruo. Ahora, tumbado en su lecho

mortuorio, de repente le produce lástima. Escucha la música de Bach y se seca una lágrima en el ojo. «Pero si era malo», protesto yo, extrañada. «Sí, era malo —dice mi madre—, pero no sabemos por lo que está atravesando en estos momentos. Lo espera el castigo de Dios.» Según recuerdo, es la última vez que oigo en su boca algo que haya nacido de la fe en un Dios justo.

Con la muerte de Stalin ha sucedido una cosa inmensa, una cosa que puede cambiarlo todo. ¿Ahora podemos regresar a Ucrania? ¿Vuelve a comenzar el mundo desde cero? ¿Ucrania es de nuevo un país libre? No sé si mis padres se plantearon estas preguntas, pero si lo hicieron, tuvieron que ver muy pronto que con la muerte de Stalin nada cambiaba para ellos. También durante el llamado periodo del deshielo, la Unión Soviética continúa siendo un Estado totalitario, cerrado a cal y canto al exterior, en donde a personas como a mis padres se los sigue considerando enemigos del pueblo, traidores a la patria y colaboracionistas. No obstante, cada vez que tienen que comparecer ante las autoridades alemanas, estas les sugieren con énfasis que regresen a su patria; lo que les pasaría en la Unión Soviética les tiene sin cuidado. Mi madre siempre vuelve llorando de esas citaciones, con aspecto de haber recibido una paliza.

Poco después, se extingue también nuestra esperanza de poder emigrar a América. Hemos presentado varias solicitudes de visado cuando, tras los obligatorios exámenes médicos, a mi padre le comunican que está enfermo de tuberculosis. Es un hecho conocido que Estados Unidos solo acoge a personas de salud intachable, por lo que ese diagnóstico viene a ser la razón definitiva e irreversible para la denegación del visado. Además, significa una amenaza de muerte para mi padre, y quizá para todos nosotros, porque podemos habernos contagiado sin saberlo. De pronto, mi padre, quien salvo sus ocasionales brotes de malaria nunca ha estado enfermo, es el más débil de nosotros y está más cerca de la muerte que mi siempre enferma madre.

Los cuatro tenemos que ir a la oficina de salud alemana, donde nos hacen radiografías y nos sacan sangre para comprobar si somos focos de contagio. Transcurridos unos días, llaman al timbre de casa y, para gran sorpresa nuestra, es el médico inspector alemán, aunque no vestido de bata blanca, sino de corbata y traje gris. Ha venido en persona a las «casas» para decirle a mi madre que no hay motivo para preocuparse, que todos estamos sanos, que el

diagnóstico del facultativo americano era erróneo: mi padre solo tiene una mancha vieja e inocua en el pulmón, secuela seguramente de una neumonía padecida hace mucho tiempo. Mi madre hace pasar al médico inspector y le ofrece una taza de té con *varenye* que ha preparado con las frambuesas de nuestro huertecillo de la ribera; el joven y guapo médico hasta toma otra taza y conversa con mi madre de una forma tan amable como nunca he oído hablar a un alemán. Después, mi madre dice que fue Dios quien le envió a ese hombre. Está convencida de que el diagnóstico de tuberculosis no fue un error, sino una infame mentira de los americanos, quienes no tienen reparos en inventar una enfermedad tan cruel para deshacerse de nosotros para siempre.

El sobresalto ha curado a mis progenitores. Abandonan sus intentos de emigrar, y mi padre desempleado decide convertirse en emprendedor. Quiere montar una granja de pollos. Quiere comprar por lo menos cien gallinas ponedoras y varios gallos con el fin de aprovisionar de huevos a los comercios alemanes y, con pollos de sacrificio, al gran hotel junto a la estación. Ayudado por mi madre, quien, como es habitual, tiene que hacer de intérprete entre él y los alemanes, solicita un préstamo en la caja de ahorros municipal de la calle mayor. Mi madre no cree que los alemanes nos den un préstamo, pero a las pocas semanas, durante las cuales tenemos que ir una y otra vez al banco y a la oficina de la administración pública, acaban por concedérselo. La suma increíble, vertiginosa, de mil marcos.

El municipio, a cambio de un modesto arriendo, permite a mi padre montar una granja avícola en un descampado de las afueras, a orillas del Regnitz. Colabora en la tarea un anciano azerbaiyano enfermo del estómago, cuyo sueldo consiste en un cobertizo vivienda que, además del gallinero, puede construir sobre el terreno y utilizar como hospedaje adicional... en las «casas» vive con su hija, el marido de esta y cuatro nietos en un piso de dos habitaciones tan pequeño como el nuestro.

En adelante, mi padre se pasa el día fuera de casa, pero vivimos más que nunca aterradas y angustiadas por él, por el momento en que, al anochecer, lo vemos volver, a través la ventana, del lugar de la obra en su bicicleta, las más de las veces ebrio. Ahora que trabaja, nosotras hemos de cumplir los deberes femeninos con mayor razón.

Cada día, mi madre y yo libramos una lucha perdida contra el desorden y la suciedad de la casa. Mi padre dice que nuestro piso es una pocilga. Ninguno de nosotros hemos entrado jamás en una vivienda alemana, pero él no para de confrontar a mi madre con el modelo de las mujeres del país, cuyas casas están tan limpias que, según cree saber mi padre, uno podría comer en el suelo. En nuestra casa eso sería absolutamente imposible; en nuestra casa siempre cruje la arena bajo las suelas de nuestros zapatos, por más que freguemos el suelo o lo barramos con la desgañada ala de ganso que nos sirve de escoba. No logramos trasladar la materia del lugar equivocado a su sitio correcto... la materia burla todos nuestros esfuerzos regresando enseguida desde nuestros trapos o nuestra agua de fregar al lugar erróneo. Probablemente, la materia del mobiliario viejo y medio corrompido de nuestra vivienda se disuelve a un ritmo que no podemos seguir, probablemente los muebles mismos son la fuente del polvo que no paramos de eliminar. Un agravante añadido es el desorden, ante el cual somos aún más impotentes. En nuestra casa siempre hay que buscar las cosas, aunque en realidad no hacemos más que ordenar; pero nunca les encontramos un sitio fijo, no sabemos qué orden oponer al caos.

A mi padre tampoco le gusta la comida de mi madre. Una vez, descubre en su *borsch* un billete de diez marcos deshecho por la cocción, que por caminos inescrutables ha ido a parar a la olla y, desde esta, justo al plato de mi padre. Mi madre se pone pálida, y yo con ella. Mi padre se la queda mirando como si de un momento a otro fuera a matarla a zurriagazos. Luego barre el plato haciéndolo caer de la mesa. *Kolera*, ruge, *kretinka*, *parasitka*, *debilka*, mientras mi madre recoge los añicos del suelo con manos temblorosas. Mi padre le propina tal patada que ella se da de bruces en el charco de la sopa y se corta el pómulo con un fragmento de loza. La roja sangre gotea en el caldo rojo regado por el suelo.

Me acuerdo vagamente de otro suceso amenazante protagonizado por mi padre. Mi madre, mi hermana y yo nos hemos hecho un ovillo en la cama del dormitorio para ocultarnos de un peligro. De repente, la puerta se abre de un empujón y la luz invade el cuarto oscuro. Tambaleante por una fuerte borrachera, según parece, mi padre se mantiene en el vano iluminado de la puerta, balbuceando frases que aluden a las «manitas blancas» de mi madre, a

su «sangre azul», a su «enfermedad mental congénita». Ella, con ambos brazos, nos oprime contra su cuerpo a mi hermana y a mí, mientras grita: «¡A las niñas no, a las niñas no, por favor! ¡Pégame a mí, pero deja a las niñas en paz!». En Ucrania habría podido abandonarlo, huir de él, divorciarse; en Alemania no tiene alternativa, está a su merced.

Mi hermanita es siempre la niña tierna, quieta y retraída que ha sido desde el principio. Conserva el cabello negro, la tez pálida y los ojos azules, levemente velados, de mi madre. No es santa de mi devoción porque tengo que cuidarla muchas veces y no sé qué hacer con ella. En una ocasión la ato a la pata de una mesa para que me deje en paz. Lo soporta sin queja, como casi todo. Las pocas veces que en casa hay una exquisitez, por ejemplo un puñado de cerezas, mi gozo suele duplicarse. Yo devoro mi ración al instante, mientras mi hermana come despacio con los ojos. Coge las cerezas una a una, las contempla absorta largo rato y por todos lados, las ordena frente a ella sobre la mesa componiendo misteriosos dibujos, cambia con recogimiento una por otra como si estuviera haciendo solitarios, va retrasando el gozo pese a saber cómo acabará el asunto porque siempre ocurre lo mismo. No necesito quitarle nada, solo necesito pedirle, y ni eso. Me da, de forma completamente espontánea, la primera cereza, la segunda, la tercera, alcanzándome cada fruta con una sonrisa devota y vacilando solo con la última. Al menos esa le gustaría comérsela, tendría suficiente con una sola, pero no sabe defender su propiedad, no lo consigue. Su mero conocimiento de mi deseo la obliga a entregarme también la última, con una expresión de redomada nobleza.

En mí, en cambio, está siempre esa sed, esa carencia, que mi hermana parece desconocer. Y, sobre todo, me escuece la envidia a los otros niños, no solo a los alemanes, sino también a los de las «casas». Quisiera tener, como ellos, una madre que supiera hacer patatas salteadas y pastel, que cosiera cortinas para nuestras ventanas y no dejara la vuelta sobre el mostrador de la tienda porque le resulta violento recogerla. En la escuela se ríen de mí porque llevo las medias rotas y casi me suspenden en manualidades. «Eso no es propio de una chica de verdad —dice la señorita Schorrn—, así los sobresalientes en las demás materias no te sirven.» Un nuevo estigma: además de no ser alemana, de mentir y de robar, ahora me entero de que no soy una chica de verdad. Los niños alemanes tienen madres que saben tejer jerséis de

lana y remendar la ropa con la máquina de coser; mi madre ni siquiera es capaz de coser un botón, no hay nada de lo que tenga menos idea que de las labores de aguja. No puede enseñarme cómo se hace el punto de cruz ni el punto del revés ni cómo funciona un carrete tejedor. Por lo visto, he heredado también sus «manitas blancas», pues los puntos se me salen de la aguja constantemente y tengo que deshacer todo lo que llevo hecho. Mientras los demás ya están tejiendo calcetines, yo sigo dándole a mi agarrador de ollas.

A principios del verano, mi padre termina el gallinero. Cien pollos blancos de la raza leghorn y varios gallos gallardos del mismo color con pletóricas crestas rojas se pasean por el lejano terreno a orillas del Regnitz. El gallinero está fabricado de madera y se parece a los barracones del Valka. Tiene dos puertas batientes para que los pollos, después de trepar por las estrechas escaleras, puedan salir al aire libre. El cobertizo del azerbaiyano, donde hay una cama hecha a mano, no es más que una sección separada del gallinero provista de una ventanita. Mi padre ha habilitado también un huerto de hortalizas y me ha enseñado a grabar mi nombre en una joven calabaza para luego observar, durante el verano, cómo las letras crecen con el fruto. Un perro pastor al que ha bautizado Ada está tumbado delante de su perrera, sujeto a una cadena, y me lame los pies.

A menudo vamos juntas a la granja, mi madre, mi hermana y yo, porque tenemos que ayudar a mi padre con el trabajo. Mi hermana es todavía demasiado pequeña para recorrer el largo trayecto andando, por lo que mi madre la pone sobre una tabla con ruedas dotada de un tirador y la arrastra tras de sí. Caminamos y caminamos, bordeando siempre el Regnitz; hace calor, estamos cansadas y tenemos sed, el camino es interminable. Una vez, recién llegadas, mi madre se detiene ante la puerta y clava la vista en el columpio que mi padre ha construido para mi hermana y para mí. «Hay un esqueleto colgado del columpio», dice con un hilo de voz. Yo no veo nada, pero mi madre permanece inmóvil, lívida, como hipnotizada ante aquel armazón de madera con la tabla de asiento que, suspendida por dos cuerdas, se balancea en el aire.

Es el periodo en que ya no habla mucho. Está cada vez más rara, cada vez más abstraída, anuncia con frecuencia creciente que se tirará al agua. Y eso que hasta hacía poco estaba tan alegre y despreocupada como no la había visto

nunca. De pronto había empezado a cepillarse su largo cabello negro y a ensayar nuevos peinados, a menudo simplemente se colocaba ante el espejo y se contemplaba durante largo rato, como si hubiera olvidado su aspecto o se viera a sí misma por primera vez. Cuando esperaba al médico inspector alemán, quien repetía sus visitas —siempre de día, cuando mi padre estaba en la granja— se ponía su vestido negro y floreado de volantes fruncidos y se prendía el broche de la salamandra que le había regalado el dueño de la fábrica. De repente bromeaba con mi hermana y conmigo y cantaba *Póviy vitre na Vkraínu* y la canción del paño azul claro con el que el viento cantarín juega a orillas del río. A ratos entonaba *Na sópkaj Manchúrii*, un viejo vals ruso que habría cantado ya su madre, y se giraba al compás, parando abruptamente y mirándose los pies, de nuevo extrañada, como si no entendiera lo que estaba haciendo, o como si tuviera que comprobar que esos pies eran realmente los suyos.

El joven médico inspector, que se llamaba Wilfried, era tan alto que para mirarle a la cara tenía yo que levantar la cabeza como ante la torre de una iglesia. Todo en él era claro, el pelo, el traje, los ojos detrás de las gafas. Siempre traía algo, naranjas o chocolate, un frasco azul oscuro de perfume francés para mi madre, en una ocasión un reloj de pared, que desde entonces colgaba sobre la radio de nuestra cocina y emitía su tictac. Se sentaba en una de nuestras sillas de Cáritas y escuchaba a mi madre contarle su vida. Probablemente fue el primer alemán que le hizo preguntas, probablemente incluso fue la primera persona desde hacía eternidades que se interesaba por ella. Tampoco con mi hermana y conmigo nunca un alemán había sido tan simpático. Nos llamaba Blancanieves y Rosarroja, bromeaba con nosotras, sentaba a mi pequeña hermana sobre sus rodillas y le cantaba el «arre arre caballito», cosa que ella aceptaba entusiasmada. En cierto momento, mi madre nos mandaba salir al patio a jugar, o al otro cuarto si el tiempo era malo. Desde allí yo oía, a través de la puerta, unas palabras alemanas dichas medio susurrando, que a veces subían, a veces bajaban de volumen, sin que pudiera comprenderlas, salvo el repetido «¡No! ¡No!» aterrado, declinatorio, de mi madre. Luego volvían los susurros y suspiros.

En cierto momento, Wilfried dejó de venir. Mi madre nunca dijo una palabra al respecto, solo comenzó a apagarse de nuevo. Fue como si se

congelara, como si su cuerpo se contrajera. Ya no se miraba en el espejo, ya no cantaba, y dejó de hablar casi por completo.

Entretanto, es evidente que los negocios de mi padre no marchan ni de lejos tan bien como él había imaginado. Ni una sola tienda de la ciudad quiere comprar los huevos de su granja, nadie los esperaba, todos tienen sus suministradores habituales. Al parecer, él ni siquiera ha pensado en esa eventualidad, aparte de que sus huevos les resultan demasiado caros a los dueños de los comercios alemanes. Mi padre quiere que le paguen por su frescura, cuando aquellos huevos son todo lo contrario a frescos, pues se apilan durante semanas en nuestro sótano porque nadie los compra. La mayoría de los huevos nos los comemos nosotros mismos o los compartimos con el azerbaiyano y su familia numerosa. De cuando en cuando, alguien llama al timbre, uno de nuestros clientes de las «casas», que se pueden contar con los dedos de una mano. También ellos prefieren comprar los huevos a los comercios alemanes antes que a nosotros.

El gran hotel junto a la estación acepta, de tanto en tanto, algunos pollos de sacrificio, como esperaba mi padre. Es un negocio que va precedido de un espectáculo horripilante. Mi padre caza los pollos, que salen corriendo como si le vieran las intenciones. Cuando por fin ha atrapado uno, lo descabeza de un hachazo. Tiene que mantener sujeto al pollo aun después de que la cabeza haya caído en la tierra, porque el animal sigue queriendo escapar dando feroces aletazos. En una ocasión, un pollo logra zafarse de verdad, revolotea decapitado, vuela un trecho desparramando sangre hasta que su trayectoria declina y el ave se estrella contra la hierba, donde se queda tirado, a cien metros de distancia de su cabeza.

Todos los sábados, después de las clases, tengo que salir a vender huevos. Tengo que llamar a las puertas de los alemanes y decir: «Vendo huevos frescos de la granja de los pollos». En las escaleras reina el frescor y un silencio de sepulcro, y la limpieza realmente es tal que uno podría comer en el suelo. A través de las puertas abiertas, capto por primera vez una vista de los interiores de las viviendas alemanas, de alfombras, pantallas de lámparas, ficus y otros objetos que no existen en nuestra casa. Las mujeres alemanas se hacen la permanente, llevan delantales y pantuflas que nosotros tampoco conocemos y que deben de formar parte del secreto de la limpieza alemana.

Pero... la mayoría de ellas tampoco quiere nuestros huevos. «¿Qué granja es esa de los pollos? —preguntan—. ¿Dónde está? Ah, ya, eres de las “casas”... Esos huevos son demasiado caros, en Wiemann cuestan tres pfennigs menos.» Siento vergüenza de mis huevos caros de las «casas», preferiría regalárselos a las mujeres alemanas y darles las gracias por aceptarlos.

La verdad es que yo misma contribuyo a mi vergüenza porque siempre engordo con dos o tres pfennigs el precio fijado por mi padre. Si, pateando de casa en casa con la pesada cesta, vendo treinta huevos, en una tarde de sábado me gano treinta o hasta sesenta pfennigs. Con eso me dan un bombón *granatsplitter* en la pastelería, y el resto lo ahorro para un estuche escolar, un auténtico estuche escolar alemán como el que tienen todos los niños de mi clase salvo yo. Un día saco tanto que puedo ir al cine furtivamente, a la sesión de tarde de la película *Son las doce, doctor Schweitzer*, que trata del hospital de la jungla de Albert Schweitzer. Es la primera película que veo en mi vida; días después sigo como en estado de trance.

Aun descontando mis trapicheos, la granja de mi padre es un batacazo, eso lo comprendo hasta yo con mis nueve años. Empieza a faltarnos comida y a menudo nos acostamos con hambre por la noche. De momento, la salvación parece llegar en forma de un trabajo en casa que asume mi madre. Es una tarea que se le da bien. Cada semana nos traen un gran paquete con material, y entonces ella y yo nos sentamos a la mesa de la cocina y nos ponemos a pegar flores, unas rositas pálidas que, dotadas de una hoja verde, deben secar sobre una tabla con agujeros antes de que armemos ramitos de doce unidades y les atemos un cordel. Apenas hacemos otra cosa que pegar flores, la escuela pasa a segundo plano y ya no participo casi nunca en las correrías de los otros niños por las canteras de grava y las vegas del río. Sentada a la mesa de la cocina, pego y no paro de pegar, aunque los dedos y los ojos me arden a causa de la cola. Mi madre y yo nos afanamos como si se tratara de una competición, somos cada vez más rápidas, pero por mucho que nos apliquemos no pasamos de ganar una miseria.

No podemos continuar así. Mi padre toma la decisión de volver a probar suerte con su voz y se une a un coro de cosacos que está de gira todo el año, llenando las salas de conciertos y las iglesias de Europa entera. Entrega al azerbaiyano la granja con un número de aves drásticamente reducido, prepara

una vieja y voluminosa maleta de cartón que se ha agenciado en Cáritas con la ayuda de mi madre, y parte hacia Düsseldorf, donde se encuentra la dirección del coro y donde espera el autocar de las giras. Ignoro si entre los miembros del conjunto había de veras cosacos o si el nombre fue elegido por las resonancias románticas que despertaba en oídos alemanes. En cualquier caso, al coro pertenecía Ivan Rebroff, quien se haría famoso por su inmensa amplitud vocal y porque encarnaba el alma rusa, aunque el hombre no tenía absolutamente nada que ver con Rusia. Era un alemán que no se llamaba ni Ivan ni Rebroff, sino Hans Rippert.

La vida que mi padre lleva ahora nos resulta inimaginable. Prácticamente cada día para en una ciudad distinta, duerme en hoteles y come en restaurantes. Nos manda dinero y coloridas tarjetas postales: de los Alpes cubiertos de nieve con casitas minúsculas en los valles, de enormes campos de tulipanes holandeses, de la Torre Eiffel, de una bailaora de flamenco con castañuelas en las manos. Con aquellas tarjetas, mi hermana compone sus misteriosos solitarios en el suelo que no barremos desde hace tiempo. Mi madre no las lee, y el dinero que envía mi padre lo deja tirado sobre la mesa sin que le importe, mi hermana y yo podemos servirnos de él a placer. Compramos enormes cantidades de embutido francón, de pirulís de cereza y de tartitas heladas, y nos damos atracones hasta vomitar. Antes, cuando se encendían las farolas por la noche, yo tenía que estar en casa religiosamente; ahora mi madre se ha desentendido. Apenas voy a la escuela, y merodeo en el exterior hasta caída la oscuridad. De vez en cuando mi madre aún va a la granja a recoger los huevos, pero solo para guardar las apariencias. Los huevos que ya no reparto se van acumulando en nuestro sótano y se pudren. Si un cliente de las «casas» llama al timbre, mi madre no abre; de hecho, ya no abre a nadie, parece no oír el timbre. El día en que nos trae pastel una vecina que, por lo visto, presiente la desgracia que se va fraguando en nuestra casa, mi madre nos prohíbe que lo toquemos. El pastel está envenenado, dice, y lo tira al cubo de la basura.

Hemos abandonado la limpieza, solo a veces friego algunos platos al chorro del grifo o llevo la basura al contenedor del sótano; el resto se hunde en la suciedad, mi hermana y yo ya no tenemos ropa interior limpia. Es otoño,

al anochecer el piso se enfría, pero no lo calentamos porque nos faltan leña y carbón.

Cuando, antes de acostarnos, mi hermana y yo nos arrodillamos para decir nuestra oración de la noche, nuestra madre dice: «Dios no existe», y nos prohíbe rezar. Al día siguiente se persigna, se echa a llorar y nos manda decir el rezo. A menudo ve cosas que yo no puedo ver... monjas vestidas de blanco que cruzan por delante de la ventana, los abedules del patio en llamas, una serpiente que se le acerca en la cocina haciéndola retroceder, oprimir la espalda contra la pared y soltar gritos. Lo habitual es que esté sentada en una silla de la cocina y mire al vacío. Tampoco sirve ya zarandearla, pellizcarla o tirarle de los pelos, pues lo consiente todo y ha dejado de reaccionar. «Mamá, ¿cuándo vamos a tirarnos al agua?», le pregunto en una ocasión. Y entonces, por fin, dice algo: «Pronto».

Un día, sus ojos vuelven a avivarse de forma inesperada, se levanta de un brinco de la silla, agarra mi cuerda de saltar y me la pasa por el cuello para estrangularme. Está convencida de que soy una hija de Satanás, el mal que ella ha puesto en el mundo. Tiene que matarme, Dios se lo ha ordenado. En otra ocasión, me saca de debajo de la cama, donde me he escondido de ella, y me pone un cuchillo en el cuello. Grito como una condenada, entonces desiste.

Luego soy yo la que trata de asesinarla. A escondidas, le meto agujas en la cama para que la penetren mientras esté dormida y le lleguen, por la sangre, al corazón. Ella misma me ha contado que eso puede ocurrir cuando se juega con las agujas. Contengo el aliento toda la noche, pero a la mañana siguiente mi madre se levanta como si nada. No parece haber notado en absoluto las agujas en su lecho.

Sé que pronto sucederá algo terrible en nuestra casa, pero cargo sola con este conocimiento, no puedo comunicárselo a nadie, no puedo dar la alarma en ninguna parte, soy impotente. Espero todo el tiempo que alguien se dé cuenta, pero nadie observa nada. No sé dónde está mi padre, aunque tampoco se me ocurriría llamarlo a él precisamente en auxilio.

Mi madre tiene una amiga rusa, Maria Nikoláievna, que no reside en las «casas», sino en una casa propia con su marido alemán en la Weingartsteig. Allí, en una habitación alfombrada y con cuadros adornando las paredes, una vez oí a mi madre tocar el piano... fue algo inefablemente bello y triste, algo

que no había escuchado nunca. Camino de casa, me sostuvo la mano y dijo que era el preludio de las «Gotas de lluvia» de Frédéric Chopin, un compositor polaco muerto joven y pobre. Desearía correr a casa de Maria Nikoláievna y pedirle socorro, pero sé que no debo. Durante un tiempo mi madre y ella se visitaron regularmente, pero luego el marido de Maria Nikoláievna prohibió las visitas. Tenía que cuidar la reputación de su bufete de abogado y no quería que su mujer tuviera trato con gente de las «casas».

Un día en que mi madre vuelve a llamarme «hija de Satanás» y me sacude de tal manera que casi quedo inconsciente, me zafa de sus brazos, me precipito al dormitorio y cierro la puerta por dentro. Después cojo nuestras tijeras y destrozo todos sus vestidos con tijeretazos dictados por un odio delirante. El furor me dura hasta que no queda una sola prenda, solo las que lleva puestas. Cuando soy consciente de lo hecho, tengo ganas de huir por la ventana, pero afuera ya está oscuro y llueve. En algún momento no tengo más remedio que abrir la puerta. Estoy con las tijeras en la mano y espero a que mi madre entre. Cuando por fin lo hace y ve en el suelo el montón de vestidos tijereteados, se queda inmóvil. Luego una sonrisa ensimismada se desliza por su rostro. «Has hecho bien, niña mía —dice, y me acaricia la cabeza tiernamente—, has hecho muy bien.»

A partir de ese momento deja de hablar por completo. Le ruego, le suplico, la zarandeo, ella ya no pronuncia palabra. Vuelve a estar sentada con su mirada rígida, ausente, que no revela nada de lo que ve en alguna parte de una realidad distinta.

Finalmente, llega el 10 de octubre. He ido a la escuela ese día, donde nadie me interpela por mis ausencias constantes, tampoco la nueva maestra, que al parecer ya no me considera alumna suya. Llego a casa y, según es mi costumbre, empiezo a parlotear, hablo por los codos, a borbotones, sin ton ni son, le cuento a mi madre que al día siguiente mi clase se irá de excursión al monte Walberla. Y entonces, de súbito, ella dice algo. «Tú mañana no irás», dice. Solo estas cuatro palabras, después vuelve a enmudecer. Le explico que debo ir, que eso forma parte de las obligaciones escolares, rompo a llorar, doy un patadón en el suelo, «tengo que ir —grito—, van todos», pero ella ya no me oye.

Salgo corriendo rabiosa dando un portazo. Siempre ha sido así. Siempre he tenido prohibido lo que en el mundo de los niños alemanes era lo más normal, lo que no solo podían, sino debían hacer. Siempre se me ha dicho: No somos alemanes. Que esta vez las palabras de mi madre no son una prohibición, sino una profecía es algo que no puedo saber. Tú mañana no irás... las últimas palabras que oí en boca de mi madre.

Llego a casa tarde, más tarde aún que otras veces, ya son las nueve cuando giro la llave en la cerradura de la puerta. Pero no se abre. Empujo con ímpetu, la hoja cede un poco, y de pronto oigo a mi pequeña hermana estallar en gritos afligidos. Se ha parapetado detrás de las sillas de la casa, que ha colocado unas al lado de otras y unas encima de otras; constituyen su baluarte. Vuelvo a hacer fuerza contra la hoja de la puerta y las sillas se derrumban con estrépito. Me cuelo al pasillo y enseguida constato que mi hermana está enferma. Sus ojos tienen un brillo febril, su cara y sus brazos están cubiertos de puntos rojos. Es el aspecto que yo tenía con sarampión.

Mi madre no está. Nunca a horas tan tardías ha ocurrido semejante cosa. Si sale a alguna parte, siempre es a la granja, adonde va para recoger los huevos; pero de allí tendría que haber vuelto hace rato. Ahora, en el camino junto al Regnitz, la oscuridad es tal que no se ve a un palmo de la nariz. Mi hermana no recuerda cuándo salió, tiene fiebre y parece totalmente confusa. Esperamos sentadas a la mesa de la cocina. El silencio es sepulcral, se oye sobre la radio el tictac del reloj de pared que el médico inspector le regaló a mi madre. Mis ojos están fijos en la aguja grande, que salta cada minuto. En el calendario colgado por debajo del reloj, la fecha del día de hoy aparece marcada con una cruz.

En algún momento voy al dormitorio a buscar una manta para mi hermana, que tiene escalofríos, y enseguida observo el cambio. En la pared solía estar la copia ampliada del retrato de mi madre, el que la muestra con el pañuelo ucraniano y que era considerado el particular documento de su belleza. Ahora la foto está descolgada; se encuentra tirada sobre la cama y rasgada por la mitad.

Voy volando a casa de los padres de Farida y les digo que mi madre ha desaparecido. El padre de Farida toca al timbre del conserje alemán, ya acostado, que tiene teléfono y llama a la policía. La madre de Farida recoge a

mi hermana afiebrada en nuestro piso y se la lleva al suyo, donde la arrebujaba en la cama. Yo tengo que enseñarles el camino a la granja a los dos policías que han venido en coche. Es la primera vez que estoy sentada en un automóvil, solo por eso es un viaje histórico para mí. La noche está clara y fría, en el río oscuro cabrillea la luz de la luna.

El azerbaiyano sale de su cubículo, con cara dormida y gesto asustado al ver a los agentes. No, dice, no ha visto a mi madre, que no ha ido hoy, que no ha ido mucho últimamente. Ada, sujeta a su cadena, gañe, sus ojos de color ámbar son lo único que se ve en la oscuridad. El tonto del gallo canta en plena noche.

«Mi madre se ha tirado al río», digo a los policías. Cruzan una mirada y dicen: «Bah, qué bobada dices». Pero a la vuelta enfocan el río con el proyector que tienen a bordo y avanzan muy despacio por la ribera. Siento pánico a que de repente, en el cono de luz, aparezca mi madre, tirada muerta junto a la orilla. Pero solo se ve el agua negra.

Durante el resto de la noche, yo también puedo dormir en casa de Farida, y al día siguiente viene a buscarme Maria Nikoláievna para llevarme a la Weingartsteig, a su casa con los cuadros y el piano en el que tocó mi madre. Tengo miedo de su marido alemán, sin duda se enfadará cuando me vea, pero solo me mira con una mirada larga y triste a través de sus gafas.

En los dos días que siguen, Maria Nikoláievna hace varias veces ademán de decirme algo, pero luego meneaba la cabeza y acaba en llanto. «No puedo — solloza —, no puedo. Tu madre solo se ha ido de viaje, a casa de unos conocidos, volverá pronto.» Quedo extrañada. ¿A casa de quién se habría ido mi madre? Si no conoce a nadie. Además, se habría puesto sus zapatos buenos, pero esos están en el pasillo de casa.

De la Weingartsteig hasta el cementerio es un buen trozo, pero soy una esprinter experimentada. Corro sin parar una sola vez, de una punta de la ciudad a la otra, hasta que me detengo sin aliento frente al tanatorio. Y allí está mi madre. No esperaba no verla detrás de ese cristal. Desde hace tiempo sabía que un día me encontraría allí para contemplarla, que un día la broma de mal gusto que me había gastado tantas veces acabaría haciéndose realidad. Ahora ya no tendría sentido zarandearla y pellizcarla, ahora ya no podría arrancarle una sonrisa, ya no podría hacer nada contra su muerte. Siempre me ha

perseguido la idea de que los muertos al otro lado de ese cristal en verdad son falsos muertos que no pueden hacerse notar, aunque lo oyen y lo sienten todo; pero sé que mi madre ya no siente nada. Ahora está muerta de veras.

Qué feliz debe de estar de que sea así, pienso, de no sentir ya nada de la vida que tanto la atormentaba. O... ¿habría regresado a la orilla en el último momento si hubiese sabido nadar? ¿Murió, al fin y al cabo, contra su voluntad? Por no sé qué razón lo que más me aterra es imaginarme el agua fría de octubre. Probablemente no se ha ahogado, pienso, probablemente su corazón débil y demasiado pequeño se ha detenido, se ha roto antes, mientras se adentraba en las frías aguas.

El cabello negro suelto sobre la blanca almohada del ataúd le da un aspecto extraño, como el de Blancanieves en el libro de cuentos de hadas alemán. En su mejilla derecha, bajo el ojo, tiene un morado. ¿Contra qué se habrá chocado en el agua? Le han plegado las manos sobre la mortaja, como a los otros dos muertos de ese día en la capilla ardiente, pero no le han colocado una cruz entre las manos. Frente a su ataúd tampoco hay flores ni coronas. Yace completamente sin adorno, completamente para sí, en un lugar distinto del de los otros dos muertos a su lado.

Más tarde me entero de que su abrigo gris con los puños de terciopelo raído, su última prenda de Ucrania, fue hallado en la orilla, a pocos cientos de metros de su cuerpo sin vida devuelto por la corriente. Se lo quitó, lo dobló minuciosamente y lo dejó en la hierba. Seguramente había escogido el lugar hacía mucho tiempo, quizás el día en que marcó con una cruz el 10 de octubre en el calendario de la pared. Eran las señales que dejó: la cruz en el calendario, la foto rasgada y el abrigo en la orilla. ¿Por qué se lo quitó? ¿No sabía que su peso le habría ayudado a hundirse?

Por las fechas de su muerte, no quedaban plazas libres en el viejo cementerio, y el nuevo aún se estaba construyendo. Hoy este cementerio se asemeja a una urbanización de casas particulares con bonitos antejardines; en aquel entonces era un lugar en obras. Durante mucho tiempo, la lápida con la inscripción rusa estuvo en un desierto surcado por buldóceres y excavadoras. Ahora la tumba ya no existe. No existe ya nada de ella salvo algunas viejas fotos en blanco y negro, una copia invertida de su partida de matrimonio y un

icono que en su día trajo de Ucrania; presumiblemente, una pieza del patrimonio familiar que se libró por casualidad de las expropiaciones.

Me quedo mirándola largamente detrás del cristal, hasta que oscurece, hasta que cierran el portón del cementerio y tengo que irme. Su cara es distante y hermética, no revela nada de las circunstancias de su muerte, nada de por qué renunció a llevarnos con ella, a mi hermana y a mí, de por qué, al final, se fue sola.

Agradecimientos

Doy las gracias a todos aquellos que han contribuido a la génesis de este libro. En primer lugar, a Ígor Tasits, quien me ha apoyado infatigablemente y con pericia.

Además, quiero manifestar mi gratitud a Oleg Dobrozákov, Alekséi y Dmitri Dobrozákov, Liudmila Dobrozákova, Tatiana Anójina, Yevguenia Iváshchenko, Irina Yakuba, Yélena Suyetina, Dmitri Morotsov, Olga Timoféieva, Roman Lévcenko, Yélena Lévína, Maria Pirgo, Svetlana Lijachova, Tatiana Matýtsina, Dr. Tim Schanetzky, Alex Köhler, Barbara Heinze, Bettina von Kleist, Dr. Elke Liebs-Etkind, Gabriele Röwer, Anne Friebel, del Memorial del trabajo forzado de Leipzig. Mi agradecimiento especial es para Vólker Strauß.

Y no en último término doy las gracias a mis antepasados ucranianos, coautores de este libro: Matilda De Martino y Yákov Iváshchenko, Lidia y Serguéi Iváshchenko, Epifán Iváshchenko y Anna von Ehrenstreit, Valentina Ostoslávskaaia, Olga Chelpánova y Gueorgui Chelpánov, Natalia Martinóvich, Yélena Perkóvskaia, Leonid Iváshchenko, Teresa Pacelli y Giuseppe De Martino, Angelina, Valentino, Federico y Antonio De Martino, Marusya y Vólodya Pichajchí, Ledyá Suiétina, Eleonora Tsubránskaia. Le debo una gratitud especial a mi tía Lidia Iváshchenko, quien con el relato de su vida me hizo un regalo de inestimable valor.

Berlín, en el otoño de 2016

Árbol genealógico de Natascha Wodin

Referencias bibliográficas

P. 99: Anna Ajmátova, *Réquiem; Poema sin héroe*, edición bilingüe y traducción de Jesús García Gabaldón, Cátedra, Madrid, 1996, p. 109.

P. 131: Gueorgui Ivanov, *Biblioteka poeta*, San Petersburgo, 2005.

P. 210: Franz Fühmann, «Jedem sein Stalingrad» [A cada uno su Stalingrado], en: ídem, *Autorisierte Werkausgabe in acht Bänden*, vol. 3, Hinstorff Verlag, Rostock, 1993.

P. 232 y s.: [Apuntes de un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich], en: Ulrich Herbert, *Geschichte der Ausländerpolitik in Deutschland. Saisonarbeiter, Zwangsarbeiter, Gastarbeiter, Flüchtlinge*, C. H. Beck, Múnich, 2008.

P. 233 y s.: [Relato de un trabajador forzado ruso destinado a una empresa de Leipzig], en: Höraufnahme, Stiftung «Erinnerung, Verantwortung, Zukunft», Berlín.

P. 242: [Declaración prestada por un empleado de la ATG en la causa Flick durante los juicios de Núremberg], en: RG 242, National Archives Collection of Foreign Records Seized, M 891-33 (extracto).

P. 242 y s.: [Declaración de los fiscales de la causa Flick durante los juicios de Núremberg], en: Th. Range, «Totaler Krieg, totaler Profit», en: *Die Zeit*, núm. 34, 12/08/2004.

Fotografías

Las fotografías de este libro proceden del archivo privado de la autora.

«Tu madre te conoce, pero tú no la conoces.»

PAUL ERNST

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Mi madre era de Mariúpol*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



* Abreviatura de *Hilfswillige*, «auxiliares voluntarios»; nombre que en los territorios ocupados por el ejército alemán recibían quienes colaboraban con el invasor. (*N. del T.*)

* Abreviatura de *Durchgangslager*, campo de paso. (N. del T.)

Nota biográfica

Natascha Wodin nació en Fürth (Baviera) en 1945. Hija de trabajadores esclavos soviéticos, se crió en campos alemanes para personas desplazadas y, tras la temprana muerte de su madre, en una residencia católica para chicas. Ha sido traductora e intérprete del ruso, profesiones que combinó durante muchos años con su actividad literaria. Es autora, entre otras obras, de las novelas *Die gläserne Stadt* (1983), *Einmal lebt ich* (1989), *Die Ehe* (1997) y *Nachtgeschwister* (2009), y de dos libros sobre sus padres: *Mi madre era de Mariúpol* (2017) galardonado con el premio Alfred Döblin y el premio de la Feria del Libro de Leipzig– e *Irgendwo in diesem Dunkel* (2018). Su obra ha sido distinguida con los premios Hermann Hesse, Hermanos Grimm y Adelbert von Chamisso.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Mi madre era de Mariúpol*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[Sigo aquí](#), de Maggie O'Farrell

[Claus y Lucas](#), de Agota Kristof

[Stop time](#), de Frank Conroy

Libros del Asteroide ✿



Natascha Wodin

Mi madre era de Mariúpol

Traducción de Richard Gross

